

A woman in a vibrant purple, long-sleeved gown with intricate gold lace detailing and floral embroidery stands next to a man in a dark tuxedo. She is wearing white gloves and a matching necklace. The background is a dark, textured wall.

*Sueños*  
*de una dama*

Brianne Miller



*Sueños*  
*de una dama*

Brianne Milber







*Bethlem Royal Hospital*, más conocido como el *Bedlam* (casa de locos) o “el palacio de los lunáticos”.

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Así mismo, queda prohibida su incorporación a cualquier sistema informático, ya sea por copia, transcripción o donación. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Enero 2019

Título original: Sueños de una dama

Brianne Miller© 2019

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Adobestock

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

# Prólogo

Londres, 3 octubre de 1853

Kenneth Dankworth, tercer marqués de Lansdowne, se paseaba de un lado a otro del inmenso estudio de *Lansdowne Hall*, su casa de campo y hogar familiar desde que a su abuelo le concedieran el título. En el piso de arriba podían oírse los gritos de Evelyn, su esposa, que en ese momento estaba dando a luz a su primogénito... o primogénita, cosa que a él poco importaba aunque aparentase lo contrario ante la sociedad londinense. Su amigo Charles, conde de Warwick, estaba sentado en un sillón de orejas junto al fuego bebiendo whisky mientras le observaba pacientemente pasear.

—Algo no va bien —susurró el marqués de repente—. Esos gritos no pueden ser normales, Charles.

—Todas las mujeres gritan al dar a luz, Kenneth, deja de preocuparte.

—¿Y tengo que fiarme de tu experiencia paternal?

—No tengo hijos, cierto, pero te recuerdo que tengo cuatro hermanas casadas y con descendencia.

—Si algo le pasara a Evelyn...

—¿Ahora resulta que eres una gitana de feria que predice el futuro? ¡Siéntate, hombre, que vas a terminar mareándome con tanto paseo!

El marqués, lejos de obedecer a su amigo, se acercó a la ventana y apartó los pesados cortinajes de damasco. El día era gris, como el presentimiento que permanecía en la boca de su estómago. El cielo empezó a tronar y el agua cayó entonces como si Dios también temiese que algo saliera mal. Un escalofrío recorrió su espalda y se apartó de inmediato de la ventana. Se acercó a la chimenea para coger de nuevo su copa de la repisa y dar un buen trago a su whisky escocés. Fijó la vista en el fuego y recordó la sonrisa de Evelyn, sus rasgos suaves y dulces y lo mucho que la amaba. Necesitaba estar en la habitación con ella, pero su prima Edwina se había ofendido por lo escandaloso de su decisión y le había sacado de allí a rastras. Quería decirle



cuánto la amaba y brindarle todo su apoyo en un momento tan difícil para ella. Con suerte pronto todo habría terminado y podría reunirse con su esposa y su hijo recién nacido.

Pero los gritos de Evelyn no cesaban y empezaban a ponerle realmente nervioso. Habían pasado más de cinco horas y la espera le estaba matando, y aunque hubiese intentado animarle Charles también empezaba a estar preocupado. Podía verlo en su semblante cuando creía que no le miraba. Apuró su copa y se dirigió con paso decidido a la puerta para irrumpir en la habitación de su esposa y ver cómo estaba yendo todo, pero el ama de llaves entró en ese momento en el estudio con el rostro marcado por la pena y el dolor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kenneth— ¿Mi esposa se encuentra bien?

—Milord, por favor, acompáñeme —dijo la mujer tendiéndole la mano.

—¿El bebé está bien, Martha?

—Yo... Lo siento mucho, milord, pero el parto ha sido complicado, y...

El dolor por la pérdida de su hijo casi le parte en dos, pero Kenneth tenía que ser fuerte por su esposa, porque para ella el golpe sería infinitamente más duro y doloroso.

—Tengo que estar con mi esposa.

Kenneth echó a andar, pero Martha le sostuvo del brazo y le miró negando con la cabeza.

—No... —susurró el marqués apartándose de ella con lágrimas en los ojos— Ella no ha muerto... ¡No ha muerto!

—La marquesa perdió mucha sangre durante el parto, milord —explicó la mujer—. No pudimos hacer nada para salvarla.

Kenneth subió las escaleras a toda prisa para arrodillarse junto al cuerpo sin vida de su esposa. Parecía estar dormida, pero su dulce ángel se había ido y él no sabía cómo iba a continuar viviendo sin ella.

—¡Maldita sea, Evelyn! —sollozó— ¡Tenías que quedarte conmigo! ¿Cómo has podido abandonarme, maldita sea? ¡Cómo has podido!

Edwina posó una mano sobre su hombro para intentar darle las fuerzas que a él le faltaban en ese fatídico momento.

—Lo siento mucho, Kenneth —susurró—. Hicimos cuanto pudimos para salvarla, pero había demasiada sangre y...

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó— ¿Dónde está el cuerpo de mi hijo?

—La comadrona tuvo que sacar el feto muerto del cuerpo de tu esposa. No es una imagen agradable de ver y pensé que sería mejor ahorrarte el mal

trago. Ya tienes bastante con la muerte de tu Evelyn.

—Quiero verlo —susurró.

—No creo que sea lo más acertado, Kenneth.

—¡Exijo verlo! ¿Me oyes? —gritó poniéndose de pie— ¡Quiero ver a mi hijo!

Edwina asintió y fue en busca de la comadrona para traer el cuerpo sin vida del pequeño heredero. Aunque estaba manchado de sangre, se podía ver su dulce carita. Kenneth cogió al pequeño, lo acunó entre sus brazos y depositó un beso en su minúscula frente antes de volver a entregárselo a su prima.

—Llévatelo y déjame solo, Edwina.

—Lo siento mucho, Kenneth —contestó ella compungida—. Estaré aquí al lado por si me necesitas.

El marqués se dejó caer junto al cadáver de la que fuera el amor de su vida y permaneció abrazado a ella hasta que los hombres de la funeraria le arrancaron el cadáver de los brazos. No solo había perdido a su esposa y a su hijo... había perdido con ellos el corazón.

*Dos semanas después...*

Kenneth permanecía encerrado en su biblioteca ahogándose en la pena y el alcohol. Habían pasado dos semanas desde la muerte de Evelyn, pero todo estaba disperso en su memoria, como si fuese una pesadilla de la que no podía despertar. Fijó su mirada en el fuego de la chimenea recordando sus rasgos, su sonrisa, el tacto de su piel marfileña... y estampó el vaso contra la piedra maldiciendo a Dios por habérsela arrebatado tan pronto.

Edwina y su esposo Robert se instalaron en la casa en cuanto pasó el entierro para ayudarle a superar su pérdida, pero de buena gana Kenneth les habría echado a patadas para ahogarse en alcohol y morir con Evelyn. Sin embargo, Robert le obligaba a acudir al club y Edwina no paraba de parlotear a su alrededor durante las comidas intentando captar su atención. Era agotador. Por suerte esa noche habían tenido que acudir a la cena de los condes de Chester, así que estaría en paz con su pena hasta bien entrada la madrugada. Se levantó como pudo de la silla y subió las escaleras con paso errático hasta la habitación de su esposa. Todo estaba tal y como ella lo había dejado, no había permitido que se llevasen sus cosas a la buhardilla. Acarició

el collar de perlas que reposaba sobre el tocador. Fue su regalo de compromiso y Evelyn lo llevaba puesto siempre que la etiqueta lo permitía. Cogió el frasco de su perfume, una suave fragancia de jazmín, y espolvoreó un poco en el aire para olerla una vez más. Después de eso se desnudó y se metió en la cama. Las sábanas no olían a ella. las últimas sábanas sobre las que su esposa había dormido habían sido quemadas, así que abrió el cajón de la mesita de noche donde guardaba el camisón y se lo llevó a la nariz para poder sentirla, para creer cuando cerrase los ojos y la viera que ella en realidad seguía a su lado, y se quedó completamente dormido. Le despertó el llanto de un niño, que llegó hasta él como un débil lamento. Se sentó de golpe en la cama agudizando el oído, pero la casa seguía en silencio.

Dos días más tarde Kenneth seguía en el cuarto de su esposa. Se limitaba a dormir en su cama y acariciar sus pertenencias con reverencia, y comía a regañadientes porque Martha conseguía persuadirle de que lo hiciera. Cada vez que se acostaba a dormir oía el llanto del bebé, y lo había buscado por toda la casa sin éxito. Sus primos intentaron hacerle entender que todo era fruto de su imaginación, que el alcohol le hacía oír cosas que no eran ciertas, pero él estaba seguro de que ese llanto era el de su hijo.

Ese día no estaba dormido, ni borracho, cuando lo oyó. Aún no había tenido tiempo de echar mano a la botella y estaba seguro de que provenía de la habitación de al lado. Se escuchaba nítidamente a través de la pared y se perdía al salir al pasillo, pero al entrar en el dormitorio de invitados lo encontró completamente vacío. Bajó hasta el cuarto de arreos y cuando regresó traía en las manos un enorme hacha que estampó con furia contra la pared de la biblioteca. Continuó clavando la herramienta sobre la fría pared una y otra vez, convencido de que el llanto provenía del otro lado, pero cuando dejó al descubierto el esqueleto de la casa no encontró absolutamente nada. Se dejó caer de rodillas sobre la alfombra *Aubusson* con el hacha a su lado, desesperado por dar con aquella criatura.

—¡Por Dios santo, Kenneth! —exclamó su primo entrando en la habitación seguido de otro caballero— ¿Qué has hecho?

—Tengo que encontrarlo —susurró el marqués—. No deja de llorar y debo encontrarlo.

—¿A quién, Kenneth? ¿A quién tienes que encontrar?

—A mi hijo. Mi hijo se ha perdido y debo encontrarlo.

—Tu hijo está muerto, debes aceptarlo.

—¡No lo está! ¡Yo sé que no lo está! ¡Le oigo llorar, maldita sea!

—Deja que el doctor Appleton te examine y...

—¡No necesito un médico! ¡Necesito encontrar a mi hijo!

El caballero que acompañaba a Robert hizo un movimiento de cabeza y dos hombres vestidos de blanco entraron en la habitación y levantaron al marqués del suelo.

—¿Qué hacen? —espetó el marqués— ¿A dónde me llevan?

—Tiene que venir con nosotros —contestó el médico—. Le llevaremos a un lugar donde estará tranquilo y podrá recuperarse.

—¡No estoy loco! ¿Me oyen? ¡No estoy loco!

El marqués intentó zafarse de los enfermeros, pero estos eran mucho más corpulentos que él y le inmovilizaron para inyectarle un calmante.

—¡Le he oído, Robert! —gritó— ¡Te juro que le he oído!

Robert observó con tristeza cómo se llevaban a su primo, que había contraído la locura llevado por el dolor de la pérdida. Suspiró.

—Hemos hecho lo que teníamos que hacer, querido —dijo Edwina sentándose a su lado.

—Lo sé... Lo sé.

# Capítulo 1

*Febrero de 1855*

Lady Anne Townsend llegó a *Bedlam*, situado en St. George's Field, bien entrada la mañana. Siguió el amplio pasillo de grandes ventanales hasta el despacho del doctor George Novak, que la recibió con una cálida sonrisa.

—Me alegra ver que ha decidido formar parte de mi proyecto, lady Townsend —dijo el doctor mientras la acompañaba por los pasillos hasta el salón principal—. Podrá ver por sí misma que las condiciones de los enfermos han mejorado mucho desde que he tomado el mando del hospital.

—Agradezco que haya terminado con esas horribles prácticas inhumanas, doctor Novak. Me temo que cuando mi abuelo estuvo recluido en este centro se cometieron muchas atrocidades no solo con él, sino con todos los enfermos.

Anne observó con atención las instalaciones, de un blanco immaculado. Las habitaciones, lejos de ser los oscuros agujeros que recordaba de sus visitas a su abuelo cuando era niña, ahora eran sencillas estancias dotadas de una cama y un excusado parapetado tras unas cortinas, y estaban bastante pulcras y cuidadas. Llegó entonces a una estancia amplia llena de ventanales cubiertos por barrotes y mesas en las que los enfermos se dedicaban a manualidades inofensivas, vigilados siempre por algún miembro del personal. Había ya varias damas pululando por la habitación y aportando su granito de arena ayudando a los enfermos con sus actividades.

—Como puede ver —continuó el doctor— contamos con la ayuda de algunas damas de la alta sociedad que se han ofrecido como usted a ayudarme en esta ardua labor.

—¿Por qué solo hay damas, doctor?

—Me temo que los caballeros son más reacios a mezclarse con los enfermos, milady. El corazón femenino es infinitamente más misericordioso.

En la mesa de la derecha había varias enfermas mirando entusiasmadas

las revistas que lady Davenport les mostraba, y a la izquierda un grupo de personas observaban con admiración cómo lady Cornick decoraba con el pincel una pequeña vasija de barro. Anne traía bajo el brazo un cuaderno y una caja de lápices de colores para entretener a los enfermos con el dibujo. Aunque estaba nerviosa, quería hacer algo por estas personas del mismo modo que a ella le hubiese gustado que alguien hiciese por su abuelo. Se acercó a una mesa vacía y fue desprendiendo hojas del cuaderno para dejarlas en los diferentes puestos y esparció los lapiceros en el centro de la mesa. Estaba ensimismada recogiendo uno de ellos que había terminado en el suelo cuando le vio. Era el hombre más apuesto que hubiese visto jamás, con una viril figura repleta de gracia felina. De pómulos altos y prominentes, la línea de su mandíbula parecía cincelada en mármol. Tenía el pelo oscuro, demasiado largo para lo que dictaba la moda, y una barba de varios días cubría su rostro. Por su porte era evidente que se trataba de un noble. Estaba sentado junto a la ventana con la mirada perdida en el vacío, y Anne sintió algo extraño en el estómago cuando volvió la cabeza y fijó su mirada del color del cielo en ella para volverla hacia el jardín un minuto después.

—¿Quién es? —preguntó al doctor Novak.

—¿A quién os referís, milady?

—El hombre que está junto a la ventana.

—Es el marqués de Lansdowne. Perdió la cordura tras la muerte de su esposa y su hijo en el parto.

—Pobre hombre...

—Se pasa las horas mirando por esa ventana y desde el día que le ingresaron no ha vuelto a hablar.

—¿Es peligroso?

—En absoluto, pero le será imposible lograr atraer su atención. Nadie lo ha logrado en todo el tiempo que llevo aquí.

Anne se encaminó lentamente hacia el marqués, que pareció no percatarse de la presencia de la joven cuando se sentó en la silla que había junto a la suya. Al principio Anne permaneció en silencio, observando las vistas tranquilamente, intentando averiguar una forma de llegar hasta él.

—Bonitas vistas —susurró.

Si oyó lo que acababa de decir, el marqués no dio indicios de ello. Su único movimiento fue cambiar las piernas de posición sin prestarle la mayor atención.

—Tal vez podría convencer al doctor Novak de que nos permita dar un

paseo por los jardines —continuó—. ¿Qué le parece la idea?

El marqués se levantó y se marchó de la habitación sin mirarla siquiera, seguida de cerca por uno de los enfermeros. Anne se sintió frustrada y suspiró, pero sabía por experiencia que llegar a esta clase de enfermos era un arduo trabajo y no pensaba rendirse tan pronto. Se levantó de la silla y se acercó de nuevo al doctor, que la había estado observando atentamente en todo momento.

—Le dije que sería una tarea imposible, milady. Lansdowne no se deja ayudar.

—Seguiré intentándolo de todas formas, doctor. Creo que seré capaz de ayudarle. Pero ahora —dijo mirando a las tres jóvenes que se habían sentado en la mesa— voy a ocuparme de que estas preciosas damas aprendan a dibujar.

Pasó toda la mañana ocupada, y cuando se levantó para marcharse prometió traer acuarelas en su próxima visita para que las muchachas se divirtieran pintando con los dedos, como su madre había hecho con ella y sus hermanos cuando era niña. Buscó con la mirada al marqués por los pasillos, pero había desaparecido, posiblemente refugiado en su dormitorio. Cuando llegó a su casa de Mayfair descubrió con sorpresa que su hermano Darío había ido de visita.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —exclamó su hermano levantándola en el aire— ¡Si es la dama más bella de toda la ciudad!

Anne se abrazó sonriendo al cuello de su hermano preferido y le besó en la mejilla.

—Me alegro de verte, Darío. Te he echado mucho de menos.

—Lo sé, pequeña, pero ha habido ciertos asuntos que he tenido que atender fuera de la ciudad.

—¿Cómo está Jillian?

—Enormemente preciosa —sonrió su hermano recordando a su adorada esposa embarazada—. En un par de meses tendremos un pequeño heredero al que podrás malcriar.

—Sigo diciendo que mi ahijada será una preciosa niña traviesa como su padre —bromeó Anne.

Darío era dos años mayor que ella y había heredado el título de su difunto padre, el conde Gosford. Siempre habían estado muy unidos, y aunque debían respetar las normas de etiqueta en público, en casa seguían siendo dos niños traviosos que se dedicaban a lanzarse pullas a todas horas.

Pero ese día Anne necesitaba el consejo de su hermano, así que le tomó del brazo y le acompañó hasta el comedor para sentarse junto a él.

—¿Qué tramas, hermanita? —preguntó Darío suspicaz.

—Solo quiero sentarme a comer junto a mi querido hermano. ¿Qué tiene eso de malo?

—Te has puesto de repente demasiado taciturna y eso no es nada normal en ti.

—Tienes razón —suspiró Anne—. Me conoces demasiado bien. Quería preguntarte una cosa, pero prefiero esperar a que mamá se retire para sacar el tema.

—¿Debo preocuparme? —preguntó su hermano alzando una ceja.

—En absoluto, solo necesito matar mi curiosidad.

Aunque estaba decidida a no abordar el tema del marqués de Lansdowne hasta que su madre se retirase, la impaciencia estaba matándola. Se movía inquieta en la silla, incapaz de mantener la atención en la banal conversación que se mantenía en la mesa, y apenas probó bocado.

—¿Qué te ocurre, querida? —preguntó su madre, que la observaba con detenimiento— ¿Acaso tu visita a *Bedlam* te ha dejado indispuesta?

—No, madre. Es solo que no tengo apetito.

—Entiendo que ese lugar sea una visión desagradable, pero...

—*Bedlam* ya no es lo que era, madre —interrumpió ella—. De hecho las instalaciones son nuevas y están limpias, y ahora se trata a los enfermos con dignidad.

—*Bedlam* siempre será el palacio de los lunáticos, Anne —protestó su madre—. No entiendo por qué sigues empeñada en visitar ese lugar.

Incapaz de soportar ni un minuto más la nula sensibilidad de su madre, Anne dejó la servilleta sobre la mesa y tras excusarse salió al jardín para intentar serenarse. Estaba harta de escuchar a su madre reprenderla por su decisión de colaborar en el psiquiátrico, no entendía que para ella era muy importante hacerlo. No habían pasado ni diez minutos cuando su hermano apareció por la puerta trasera.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Darío sentándose a su lado—. ¿Qué te pasa con mamá?

—¡No me entiende! —exclamó Anne frustrada— Por culpa de su caprichosa exquisitez he terminado siendo una pobre solterona, y ahora que he encontrado algo que me hace sentirme viva no entiende que quiera hacerlo.



Anne tuvo que reprimir las ganas de llorar. Aún le dolía el hecho de que su madre no hubiese sido capaz de ver aceptable a ninguno de sus pretendientes, y que temporada tras temporada permitiese que Anne se marchitase perdiendo la oportunidad de ser feliz. Una noche la escuchó discutir con su padre por el asunto y descubrió que el plan de su madre siempre había sido mantenerla a su lado para que la cuidara cuando no pudiese valerse por sí misma. Había sido sentenciada a una vida de soledad porque su madre temía morir sola y abandonada.

—Dicen que *Bedlam* es peligroso —dijo su hermano sacándola de esos dolorosos pensamientos.

—No, no lo es. El doctor Novak solo nos permite estar con los enfermos más tranquilos, los más peligrosos no acuden a nuestras terapias.

—Hablaré con mamá entonces para que deje de incordiarte con el tema.

—Te lo agradezco mucho.

—¿Y de que querías hablarme antes?

—Esta mañana he conocido al marqués de Lansdowne.

Su hermano permaneció callado un momento, poniendo nerviosa a Anne.

—¿Le conoces? —preguntó para captar la atención de Darío.

—Solo de oídas. Se dice que se volvió loco al perder a su esposa y a su hijo en el parto. Terminó destrozando la mansión familiar porque decía oír el llanto de un bebé.

—Pobre hombre... Debió ser un duro golpe para él.

—Así es. El suyo fue un matrimonio por amor, aunque el enlace fue muy ventajoso para ambas familias. Perder a su esposa le destrozó el corazón.

—¿Y ahora quién posee el título?

—Aún no se han atrevido a arrebatárselo, pero dicen que pronto pasará a ser de su primo Robert, que se ocupa de sus asuntos desde que le encerraron hace dos años. ¿A qué viene ese interés en el marqués, Anne?

—Le vi en el salón de *Bedlam* y me dio la sensación de que se encontraba muy solo —aclaró su hermana—. El doctor Novak dice que no habla desde que le encerraron y permanece absorto mirando al vacío sin hacer caso de nada.

—¿Vas a convertirlo en tu próxima obra de caridad?

—No, solo quiero aliviar un poco su dolor.

—Suerte en tu propósito. Siempre fue un hombre obstinado, y si está

decidido a permanecer en silencio te aseguro que te costará mucho esfuerzo lograr que cambie de opinión.

Su hermano se marchó una hora más tarde con la promesa de Anne de acudir esa misma tarde a visitar a su cuñada, que se sentía terriblemente sola y aburrida ahora que apenas podía moverse debido a su enorme barriga. Le pidió a la cocinera que le preparase una cesta con tartaletas de fresa y melocotón, las preferidas de Jillian.

Jillian no solo era su cuñada, sino también su mejor amiga. Habían estudiado juntas en la escuela y se habían hecho inseparables. Jill había pasado dos años en Francia con su tía Loretta, que le había mostrado las maravillas de la corte francesa, y cuando regresó a Londres los padres de Anne la invitaron a pasar una temporada en el campo. Fue entonces cuando Darío dejó de ver a la insulsa amiga de su hermana para darse cuenta de que Jillian se había convertido en una mujer preciosa, divertida e interesante, y no pasó mucho tiempo antes de que se decidiera a pedirle matrimonio. Anne envidiaba la relación que poseían. A ella también le hubiese gustado encontrar a un apuesto caballero del que lograr enamorarse, pero en vez de eso lo único que tenía era su empeño en mejorar las vidas de los enfermos del psiquiátrico.

Encontró a su cuñada sentada junto al fuego, mirando distraídamente las llamas por encima de su enorme y redondeada tripa.

—Veo que estás entretenida —bromeó Anne.

—¡Anne! —exclamó su cuñada levantándose con mucho esfuerzo— ¡Qué alegría me da verte!

—¿Cómo ha ido el viaje de vuelta a la ciudad?

—Ha sido terrible —se quejó su amiga—. Tuvimos que parar infinidad de veces porque el movimiento del carruaje era terrorífico para mi dolor de espalda. Estoy deseando dar a luz para poder deshacerme de esta incómoda barriga.

—Estás preciosa con ella.

—No seas mentirosa. Me hace andar como un pato y tu hermano se ocupa de reírse de ello siempre que quiere.

—Le gusta hacerte rabiarse, ya lo sabes. Pero está loco por ti.

—Lo sé —sonrió traviesa Jill—. Por eso me aprovecho todo lo que puedo.

Jillian cogió a Anne del brazo y salieron a pasear por el inmenso jardín. La tarde era fresca, pero el sol brillaba en el cielo y los pájaros llenaban el

aire de una agradable melodía.

—Me ha dicho tu hermano que estás enfrascada en un nuevo proyecto —dijo Jillian mirándola de reojo.

—Darío tendría que aprender a mantener esa boca que tiene bien cerrada.

—Sabía que ibas a terminar contándomelo, Anne.

—Sí, pero siempre termina adelantándose.

—Vamos, no te enfades. ¿Qué es eso que te traes entre manos?

—He empezado a ayudar como voluntaria en *Bedlam*.

—¿*Bedlam*? —preguntó su cuñada escandalizada— ¡Ese es un lugar horrible!

—Ahora ya no. Desde que el doctor Novak se hizo cargo del hospital hace unos meses las cosas han cambiado mucho. Ya no se emplean las técnicas macabras que se usaban cuando mi abuelo estaba allí, Jill. Ahora se trabaja con la creatividad de los enfermos para lograr que su vida sea un poco mejor.

—Me alegro de oír eso. ¿Y cuál es tu cometido?

—Tengo un grupo de chicas a quienes enseño a pintar. Esta mañana he logrado que tres de ellas consigan pintar un amasijo de líneas sin sentido, pero ha merecido la pena ver sus sonrisas brotar.

—Y eso te ha hecho sentir bien, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Estar con esas personas me ha hecho sentirme útil, Jill. Y luego está el marqués.

—¿El marqués? ¿Qué marqués?

—No te hagas la tonta, que sé que Darío te lo ha contado todo.

—Te aseguro que no me ha dicho nada de un marqués. ¿Y es apuesto ese marqués?

—¿Qué tiene que ver...

—Contesta.

—Creo que no he visto a un hombre más guapo en toda mi vida, Jill, pero está terriblemente enfermo. Perdió la cordura junto con su mujer y su hijo, y nadie es capaz de llegar hasta él.

—Y tú te has propuesto hacerlo.

—No es solo eso... algo me dice que mi misión en ese lugar es hacer que ese caballero consiga hallar la paz.

Kenneth permanecía como cada día perdido en el paisaje que se veía a

través de los grandes ventanales de la sala común del sanatorio. No estaba loco... pero si seguía en ese lugar mucho más tiempo terminaría por estarlo. No había vuelto a oír aquel llanto desde que le encerraron en ese lugar, y a pesar de ello el médico se negaba a darle el alta para que pudiese volver a su vida. Al principio era incapaz de pensar por sí mismo porque la medicación que le daban le aturdía. Le mantenían encerrado en su habitación hasta la hora de comer, en la que le reunían con una veintena de enfermos en el comedor para alimentarlos con esa bazofia que ellos llamaban comida.

Por suerte el doctor Novak se interesó en su caso y había logrado que Appleton le consintiera ocuparse de él desde hacía un par de semanas, aunque a regañadientes. Ahora apenas le sedaban, lo que le había dado la oportunidad de estar lo suficientemente lúcido como para ocultar las medicinas dentro de uno de los barrotes de hierro de la cama a través de la tapa de goma que tenía en la parte inferior. Le mantenían ocupado con las terapias de grupo, en las que le animaban a hablar de lo que sentía, pero se negaba a decir una palabra por miedo a terminar de nuevo imposibilitado.

Ahora el doctor había inventado una nueva terapia en la que colaboraban varias damas de la ciudad, y no había prestado atención a los juegos... hasta que la vio a ella. No sabía por qué, pero desde que la mujer entró en la habitación todos sus sentidos se centraron en sus movimientos aunque su mirada siguiese perdida en el jardín. Pero en vez de mantenerse ocupada como el resto de damas se acercó a él... y le habló. Esa voz dulce y armoniosa le inundó como un bálsamo que curó levemente sus heridas, y quiso odiarla por hacerle olvidar por un segundo algo del dolor de la pérdida de su amada Evelyn... pero la verdad era que ella no tenía la culpa de nada. Ya habían pasado casi dos años desde aquella fatídica tarde, dos años desde que su mundo se derrumbara a su alrededor y hacía tiempo que ya no le dolía tanto como antes.

Ahora necesitaba escapar de esa cárcel que llamaban hospital. Necesitaba volver a su vida para reconstruir los pedazos y conseguir seguir adelante, pero debía andarse con mucho cuidado hasta conocer bien a William Novak. Empezaría a mejorar muy poco a poco... y lady Townsend le sería de gran ayuda. Fijó la mirada en el montón de papeles que descansaba en la repisa bajo la caja de madera adornada con flores en la que la dama había metido los lápices, y se dirigió con paso decidido hasta ella. Observó con satisfacción cómo el doctor Novak permanecía mirándole gratamente sorprendido, pero hizo caso omiso de esa mirada y se sentó en una mesa junto

a la ventana, donde comenzó a dibujar.

## Capítulo 2

Anne había quedado con el doctor Novak en que iría al sanatorio una vez a la semana, pero no habían pasado ni tres días cuando la vio aparecer de nuevo por la puerta del hospital. Traía consigo una cesta repleta de dulces y la caja de acuarelas que había prometido la vez anterior.

—Lady Townsend, un placer, como siempre —dijo el doctor con una reverencia—. No esperaba verla de nuevo hasta la semana que viene.

—Esta mañana hice demasiadas galletas y pensé que podría traerlas como regalo para los enfermos que colaboren en las terapias.

—Es una magnífica idea.

Anne observó con satisfacción que lady Cornick, una de las damas más importantes de la ciudad, también se encontraba allí, y se acercó sonriente a ella en cuando la vio.

—Lady Townsend, me alegro de verla de nuevo —dijo la dama—. Tenía miedo de que todo esto fuera demasiado abrumador para una dama como usted.

—En absoluto, lady Cornick. La verdad es que me siento bien ayudando a esta pobre gente.

—Sé que su abuelo estaría enormemente orgulloso de usted, pequeña.

—¿Conoció a mi abuelo?

—Por supuesto, mi difunto esposo y él eran buenos amigos. Fue una pena que contrajera esta horrible enfermedad cuando se hizo mayor, era un hombre extraordinario.

—Sí que lo era —suspiró Anne—. He traído unas galletas para recompensar a los pacientes que participen en nuestra terapia. Tal vez así les animemos a hacerlo, ¿no cree?

—Es una idea fantástica. El próximo día seré yo quien se ocupe de los premios, querida. Estoy segura de que lady Davenport estará encantada de ayudarnos también.

Anne volvió la vista inconscientemente hacia los ventanales, hacia el

lugar que el día anterior ocupara el marqués, pero para su decepción lo encontró vacío. Suspiró y se acercó a la estantería donde había dejado el material de dibujo la vez anterior y se extrañó de no encontrar el estuche por ningún sitio.

—Vaya por Dios —susurró agachándose para buscar en los estantes más bajos.

—¿Ocurre algo, querida? —preguntó lady Cornick.

—No encuentro los lápices. Los dejé aquí mismo el martes, pero ahora no están por ninguna parte.

—Eso es porque no has mirado bien —contestó la dama con una sonrisa señalando a una esquina de la estancia.

Allí, sentado en una pequeña mesa, estaba el marqués, entretenido dibujando en una hoja de papel con sus lápices. Anne sonrió, pero lejos de acercarse a molestarle cogió el resto de papeles y se sentó en una mesa a repartirlos. Inmediatamente las chicas del día anterior se sentaron a su alrededor haciendo palmas y aspavientos, y Anne abrió los botes de pintura y se dispuso a enseñarles cómo pintar un enorme sol con los dedos. Una hora después y tras lavarse las manos, repartió los paquetitos de galletas por las mesas, reservando uno para el marqués.

Kenneth no había perdido de vista a la muchacha en ningún momento desde que la había visto entrar en la habitación, pero siguió dibujando como si nada le importase. Hoy llevaba un elegante vestido de raso color melocotón que estilizaba su figura y elevaba pecaminosamente sus pechos, cubiertos por una finísima capa de tul. Había traído una enorme cesta llena de dulces, la había oído comentárselo a lady Cornick, y se había dedicado a entretener a las mujeres más jóvenes con sus dibujos. Tenía que reconocer que dibujar era muy relajante. En cuanto se sentó frente a la hoja de papel el día anterior había sentido una calma que había echado mucho en falta en los últimos tiempos.

Siempre le había gustado dibujar, su esposa solía presumir de los detallados dibujos que había insistido en enmarcar y colocar en la galería. Y ahora que la muchacha le había proporcionado los medios tenía tiempo de sobra para dedicarse a su pasión. Sombrió el tronco de un árbol antes de soplar sobre el dibujo y analizar detenidamente el diseño.

—Es muy bonito —comentó la joven sentándose a su lado.

—Es mi hogar —susurró el marqués.

La joven, lejos de mostrarse sorprendida por sus palabras, ladeó la cabeza para admirar los detalles y tras unos momentos asintió.

—Pues tiene usted un hogar realmente maravilloso.

Puso sobre la mesa un pequeño paquetito de papel de seda adornado con una cinta rosada y se lo entregó.

—Aquí tiene su premio por participar, milord. Se lo ha ganado.

Tras un escueto agradecimiento Kenneth desenvolvió las galletas de arándanos y nueces. Estaban realmente deliciosas. Casi gimió de placer al llevarse una de esas maravillas a la boca, y la muchacha sonrió complacida ante su reacción.

—Me alegro de que le gusten, milord. Las he hecho yo misma esta mañana.

Él siguió comiéndose las galletas con deleite.

—El próximo día será lady Cornick la encargada de traer los regalos — continuó la dama—, pero cuando sea mi turno de nuevo traeré tartaletas de melocotón. Espero que le gusten tanto como mis galletas.

La dama se levantó de su asiento dispuesta a marcharse, pero Kenneth la retuvo sujetándola suavemente del brazo.

—Para usted —susurró tendiéndole el dibujo.

—Muchísimas gracias, milord —contestó ella con una radiante sonrisa, apretando el dibujo contra su pecho con cariño—. Lo guardaré como si fuera un tesoro.

El marqués recogió los lápices, los depositó de nuevo en la estantería y se marchó a su habitación. Por primera vez desde que entrase en ese hospital se sentía completamente normal, y tenía que agradecersele a ella. Esa muchacha le miraba como a un igual, no como a un pobre demente. Le gustaba... era preciosa y generosa, y a él le encantaría pasar horas enteras escuchándola hablar. Tal vez en su próxima visita le pidiese que trajese algún libro para leer. Recordó la enorme sonrisa que le brindó cuando le regaló su dibujo de *Lansdowne Hall*. Parecía que en vez de una simple hoja de papel le hubiera regalado un collar de diamantes... y eso la hacía tremendamente especial.

El doctor Novak interceptó a Anne en cuanto la vio salir de la sala común. Estaba realmente sorprendido por lo que esa muchacha había conseguido con el marqués en tan solo un par de días, y quería agradecersele en persona.



—No sé cómo lo ha conseguido, lady Townsend —dijo ayudándola a ponerse el abrigo—, pero ha logrado obrar el milagro.

—¿El milagro? —preguntó ella sin comprender.

—¡Con el marques! Nunca ha querido participar en las actividades que le sugeríamos y usted ha conseguido con tan solo una visita no solo que lo haga por sí mismo, sino también que vuelva a hablar.

—Apenas ha dicho un par de palabras —respondió ella azorada.

—Es un gran avance dadas las circunstancias. ¿Volveremos a verla esta semana?

—Me temo que no podré volver hasta el martes que viene. No creo que a mi madre le hiciera mucha gracia que pasara aquí más tiempo del estrictamente necesario, según ella.

—Lo entiendo, lo entiendo. Esperaremos ansiosos su regreso, milady.

Anne aún sonreía cuando llegó a casa. En cuanto entró en su habitación se apresuró a sacar el dibujo que le había regalado el marqués para ponerlo sobre el tocador apoyado en sus botes de perfume. Se sentía tan bien... el doctor Novak se había quedado impresionado ante el avance del marqués, pero ella no se dejaba engañar por ese pequeño momento de lucidez que lord Lansdowne le había mostrado. Tenía que encontrar alguna actividad interesante para llevar a cabo en su próxima visita que llamase su atención...

Su hermana Edith entró en ese momento en su habitación y se dejó caer sin mucha ceremonia en la cama.

—Necesito un momento de paz —protestó.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Anne sin apartar la mirada del dibujo.

—¿De dónde has sacado ese dibujo tan bonito? Parece que estuvieras viendo realmente esa casa.

—Lo ha dibujado uno de los enfermos del sanatorio.

—¿Y está enfermo, dices? Cualquiera lo diría.

—Perdió su cordura junto con su esposa y su hijo, pero espero poder ayudarle en lo que pueda.

—Me alegro de que hayas encontrado algo que te satisface tanto, de verdad, pero necesito que me ayudes.

Anne suspiró y se sentó junto a su hermana menor. Esta era su segunda temporada, y su madre estaba siendo demasiado abrumadora con la pobre Edith.

—A ver, cuéntame qué te pasa —dijo.

—Mamá quiere que asista al baile de Almack's con tía Agnes.

—¡Auch! —exclamó Anne recordando a aquella mujer con cara de pocos amigos y ninguna simpatía por sus parientes.

—Exacto. Le he dicho que prefiero quedarme en casa a descansar, porque la verdad es que estoy exhausta, pero ha puesto el grito en el cielo y no piensa permitir que no vea esta noche a su queridísimo duque de York.

—¡Pero ese hombre es terrible!

—¡Ya lo sé! Hay un sinnúmero de caballeros apuestos con título por los que podría decantarme, pero ¡No! ¡Ella tiene que ser la que elija al hombre con el que pasaré el resto de mi vida! ¡Mi vida, Anne!

—Cálmate, Eddy, encontraremos una solución.

—Solo quedan horas para el baile.

—¿Qué te parece si me acompañas a hacer unas compras esta tarde? Así podrás despejarte y dejar de pensar en ese baile.

—Te adoro, ¿lo sabías? —dijo su hermana abrazándola— No sé qué haría yo sin ti.

—Hacer todo lo que te dice mamá —rió Anne.

Observó a su hermana desaparecer por la puerta y se quedó pensativa. Su madre había arruinado cualquier oportunidad que ella hubiera podido tener para ser feliz, pero no iba a permitir que hiciera lo mismo con Edith. Ahora que su hermano era el conde podría contar con él para que le concediera la aprobación a cualquier pretendiente que ella considerase aceptable para su hermana.

A la hora de la comida abordó el tema, cosa que sorprendió considerablemente a su madre.

—Me ha dicho Edith que esta noche no podrás acompañarla al baile de Almack's —dijo.

—¿Desde cuándo te interesan a ti los bailes, Anne? —preguntó su madre sorprendida.

—Siempre me han interesado. Al menos me interesaban cuando era una debutante a quien sacaban a bailar...

—Pues no, hoy no me encuentro muy bien y he decidido quedarme en casa.

—A Edith también le vendría bien un descanso...

—¿Te has vuelto loca? Esta es su segunda temporada, y no puede perder ni un minuto si quiere atrapar a un caballero apuesto como el duque.

—¿York, apuesto? —rió Anne— ¡Vamos, mamá! Ese hombre tiene cara de sabueso.

—¡Eso no es cierto! —espetó su madre ofendida— No solo tiene un gran porte, sino que además es un hombre de impecables modales e intachable reputación.

—Tal vez pueda acompañar yo a mi hermana —sugirió tomando una cucharada de sopa.

Edith la miró con una mezcla de sorpresa y agradecimiento que casi consigue hacerla echar el caldo por la nariz.

—¿Harías eso por mí? —preguntó esperanzada.

—¡Claro! Ya que soy una solterona, puedo ser considerada una buena carabina. ¿No es así, mamá?

—Bueno, sí, pero...

—Así no tienes que molestar a la pobre tía Agnes —interrumpió a su madre—. He oído que últimamente sufre de gota.

—Si a tu hermano le parece bien...

—Lo hará. Le escribiré en cuanto termine de comer para comentárselo —contestó satisfecha.

—Gracias, Anne —dijo su hermana.

—No hay de qué, pero a cambio quiero que esta tarde me acompañes a hacer unas compras en la ciudad.

—No tenéis tiempo para banalidades, niñas —protestó su madre.

—No tardaremos nada —se defendió.

—Además, mamá, así aprovecho y compro una cinta nueva para mi vestido color marfil —la ayudó su hermana—. Creo que necesita un toque de color.

—Muy bien, pero no volváis tarde —aceptó al fin su madre.

Un par de horas más tardes ambas hermanas paseaban por *Coven Garden* buscando alguna actividad para los enfermos del *Bedlam*.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Edith curioseando entre las cintas de uno de los puestos.

—Algo que puedan utilizar sin hacerse daño.

—Podrías llevar cintas y plumas para hacer adornos —sugirió su hermana.

—Eso no me sirve para un caballero.

—¿No dijiste que ayudabas a un grupo de mujeres?

—No se lo digas a mamá, pero también estoy ayudando al conde de Lansdowne.

—Me suena ese nombre.

—Creo que es bastante conocido.

En vistas de que no encontraron nada provechoso, compraron las cintas de su hermana y se encaminaron a casa. Anne se detuvo en el escaparate de una juguetería cercana buscando algo que pudiese utilizar... y lo vio. Un precioso rompecabezas de *Hyde Park*.

—Ya lo tengo —dijo Anne triunfal entrando en la tienda.

—¿Qué es eso? —preguntó su hermana curioseando sobre su hombro.

—Es un *whatami*, un dibujo dividido en varias partes que hay que juntar correctamente.

—¿Y eso es divertido?

—No lo sé, nunca he jugado a ese juego, pero creo que podré captar la curiosidad del conde con él.

—¿Te gusta el conde! —exclamó su hermana con los ojos como platos.

—¿Qué? ¡Claro que no! Es solo que...

—¿Qué?

—Creo que se siente muy solo ahí encerrado y que no está tan loco como todos creen.

—¿Y de dónde has sacado esa idea tan ridícula? Si está en *Bedlam* será porque está loco.

—¿Y si el doctor se equivocó? Tal vez el dolor de la pérdida de su esposa le dejó aturdido, ¿pero loco? No he visto la locura en sus ojos, Edith.

—¿Y qué sabrás tú de la locura?

—Fui muchas veces a visitar al abuelo.

—¿Te has parado a pensar que el abuelo era un loco peligroso, Anne? Tú misma has dicho que el conde es muy tranquilo, tal vez tenga un tipo diferente de locura.

—Tal vez, pero...

—No quiero que te hagas falsas ilusiones —interrumpió su hermana—. Me parece maravilloso que pretendas ayudarle, es un acto lleno de bondad que Dios tendrá muy en cuenta, pero no vayas a pensar que es tu caballero de brillante armadura, Anne. No quiero que termines sufriendo.

Anne prefirió dejar el tema aparcado por el momento. Hasta que lo había dicho, no se había dado cuenta de lo reales que eran sus palabras. Cuando el marqués la miró al entregarle el dibujo pudo ver en su mirada muchas cosas, pero no locura. Tristeza, desesperación, cansancio... Ese pobre hombre había sufrido mucho en los últimos años y ella sentía la imperiosa necesidad de aliviar un poco esa carga, aunque fuera entreteniéndole con actividades

banales que en otras circunstancias el marqués hubiese visto ridículas.

Llegaron a casa y Edith fue a arreglarse para el baile. Anne sabía que ningún caballero se percataría de su presencia, pero las damas de la alta sociedad la examinarían a conciencia. Abrió su armario y suspiró. Tenía un par de vestidos nuevos de baile que su madre había insistido en confeccionar aunque ella le había asegurado que no acudiría a ningún baile este año, pero los dos eran algo insulsos para su edad. Sacó el traje azul oscuro y lo extendió sobre la cama.

Cuando su doncella entró en la habitación media hora después, ella seguía mirando el vestido sin tener ni la más mínima idea de qué hacer con él.

—¿Qué ocurre, milady? —preguntó la muchacha.

—Mira este vestido, Prudence. ¿Qué ves?

—Un vestido precioso, milady.

—¿Precioso? ¡Es muy simple! Solo raso. Ni encajes, ni adornos...  
¡Nada!

—Eso se podría arreglar.

La muchacha salió para volver un momento después con un ramo de plumas de pavo real.

—¿Qué se supone que vas a hacer con eso? —preguntó.

—Un precioso vestido de fiesta —sonrió la doncella.

Tras pasar más de media hora cosiendo plumas en el escote y la falda, ambas muchachas admiraron el trabajo con satisfacción. Ahora el insulso vestido había sido sustituido por uno mucho más sofisticado que sería la envidia de todas las damas del baile.

—Prudence... eres un genio —susurró Anne.

—Ambas lo somos, milady. Si no hubiese contado con su ayuda no habría podido tenerlo a tiempo para el baile.

—Es una pena que vaya a pasarme toda la velada sentada en una silla junto al resto de “floreros” —suspiró.

—Quién sabe, tal vez algún apuesto caballero caiga rendido a sus pies y la saque a bailar.

—Y puede que las vacas vuelen —rió Anne—. Anda, arrégrame el pelo, que como mi hermana entre y me vea sin arreglar va a entrar en pánico.

## Capítulo 3

Anne sonrió en cuanto vio a sus dos amigas saludarla con efusividad al verla entrar en el salón principal de Almack's. Desde que el año anterior habían pasado gran parte de la temporada sentadas en un rincón como mujeres "florero", habían trabado una bonita amistad. Hester Thompson, una americana hija de uno de los más ricos comerciantes de su país, y lady Adelaine Allingham, hija del conde de Perth, una joven con una dote más que considerable pero con un pequeño defecto al andar que la había recluido al lugar de las "florero" en su primera temporada.

—¡Anne! —exclamó Hester dándole un caluroso abrazo— Creí que esta temporada te habías propuesto no acudir a los bailes.

—Y lo hice, pero Edith necesitaba que la rescatase de la compañía de tía Agnes.

—Ese vestido es precioso, Anne —dijo Adelaine tras saludarla también.

—Pues aunque no lo creáis, ha sido mi doncella quien ha hecho este magnífico trabajo con las plumas. Parece que mi madre opina que ahora que no voy a casarme no tengo derecho a llevar vestidos bonitos.

En cuanto las cuatro damas fueron anunciadas en el salón de baile, un grupo de apuestos caballeros rodeó a su hermana, cada uno de ellos más encantador que el anterior. A Anne le entristeció que, siendo la dama más popular del baile y pudiendo elegir a quien ella quisiera como futuro marido, su madre estuviese empeñada en casarla con el insulso duque de York, que podía ser su padre. Por suerte su hermano lo impediría a toda costa, pero eso no evitaba tener que escuchar las protestas de su madre porque no la tomasen en cuenta.

—Parece que Edith no va a tener ni un minuto libre —comentó Hester con una sonrisa.

—Siempre ha sido igual —suspiró Anne—. A veces la envidio.

—Tú también fuiste la dama más solicitada en tu primera temporada, Anne —recordó Adelaine.

—Sí, pero mi padre adoraba a mi madre y la dejaba actuar a su antojo. Edith tiene la suerte de tener a Darío velando por ella.

—Aún somos jóvenes, Anne —dijo Hester—. No podemos perder la esperanza de encontrar un esposo adecuado.

—Querida, a no ser que sea un apuesto americano a quien le importen un rábano el título o que sea nuestra cuarta temporada, me temo que las tres terminaremos ocupando nuestros asientos el resto de nuestras vidas —contestó Adelaine con tristeza.

Cuando Eddy se marchó con el primer caballero a la pista de baile, Anne y sus amigas ocuparon su lugar acostumbrado, unos sofás muy cómodos junto a los ventanales que daban al jardín.

—¿Cómo ha ido tu nuevo proyecto? —preguntó Hester.

—Es estimulante. Hay un grupo de jovencitas que se divierten mucho con mis pinturas... y luego está el marqués.

—¿Un marqués? —preguntó Adelaine con curiosidad.

—Lansdowne —contestó Anne.

—He oído hablar de él —añadió Adelaine—. Dicen que se volvió loco al perder a su esposa y su hijo en el parto.

—¡Pobre hombre! —suspiró Hester.

—El doctor dice que dejó de hablar cuando le ingresaron en *Bedlam*. Se pasaba las horas enteras mirando por la ventana en el salón principal, pero he conseguido que se interese por la pintura.

—¿En solo un día? —preguntó sorprendida su amiga.

—En realidad he ido dos veces esta semana —reconoció Anne—. Hizo un dibujo de su hogar.

—¿Y es guapo el marqués? —preguntó Adelaine con una risita.

—Es más que eso —suspiró Anne—. Es el hombre más apuesto que he visto en mi vida.

—Está loco, Anne —advirtió Hester al ver su expresión.

—Ya lo sé, pero eso no quiere decir que no pueda ayudarle a llevar una vida mejor en ese hospital, ¿no creéis?

Su hermana llegó en ese momento y se dejó caer con gracia junto a ella. Anne sonrió ante el suspiro que soltó cuando se cercioró de que nadie le prestaba atención.

—¡El conde de Chase es insoportable! —protestó Eddy— He perdido la cuenta de las veces que me ha pisado. Como otro caballero sea igual de torpe en la pista mis zapatillas de baile quedarán destrozadas.

—Y tus pies —rió Hester.

—Ya lo están —suspiró Edith.

—¿Cuántos bailes te quedan? —preguntó Anne.

—Acabo de empezar y tengo el carnet de baile lleno a excepción de los dos vales.

—Pronto llegará Darío para cubrir esos huecos —dijo Anne.

—Y para sacarte a ti a bailar —contestó Adelaine con un suspiro—. Ojalá yo tuviese un hermano que lo hiciera por mí. Mi pobre padre está demasiado mayor para hacerlo.

—Te presto el mío, si quieres —rió Edith—. Así yo podré quedarme aquí descansando mis pobres pies.

Un joven apuesto se acercó con paso decidido hacia las damas, y Edith se alisó la falda y aparentó sonreír.

—Bien, mi próximo pretendiente viene hacia aquí —dijo levantándose—. Espero que baile mejor que el anterior.

Las tres amigas rieron ante la ocurrencia de Edith, que puso su mano en el brazo del joven y se encaminó a la pista para bailar una cuadrilla, no sin antes volver la cabeza para lanzarles un guiño.

—¿Qué os parece si vamos a comer algo? —sugirió Hester—. Estoy muerta de hambre y los pastelillos se ven deliciosos.

—¡Si has cenado antes de venir! —rió Adelaine.

—Lo sé, pero apenas he probado bocado porque mi padre no dejaba de incordiarne con mi necesidad de encontrar un buen matrimonio.

Las jóvenes siguieron a su amiga alrededor de la sala hasta llegar a la mesa de los refrigerios. Anne se sirvió un poco de ponche y se volvió para ojear la pista. Vio a su hermano llegar y sonrió cuando este se acercó hasta ella.

—Lady Perth, señorita Thompson —dijo Darío con una exquisita reverencia—. Están encantadoras, como de costumbre.

Sus amigas se ruborizaron complacidas por el halago de su hermano, que se volvió hacia ella y la miró con sorpresa.

—Anne, ¿ese vestido es nuevo? —preguntó el conde— No lo había visto nunca, pero estás preciosa con él.

—He arreglado uno de los que mamá me mandó hacer —contestó Anne dando una vuelta completa.

—¿Es que no te gustan tus vestidos?

—La verdad es que solo me ha mandado a hacer dos y a cuál más



insulso. Al parecer mamá considera que a mi edad no merezco tener vestidos bonitos.

—Yo me encargaré de eso —contestó su hermano—. ¿Bailamos?

—¿Dónde te has dejado la etiqueta, Darío? —rió su hermana.

—La dejo para cuando saque a bailar a tus encantadoras amigas —contestó con un guiño.

Su hermano era un experto bailarín, y no tardó demasiado en sentirse transportada por la pista de baile. Aunque para ella solo era su querido hermano, sus amigas pensaban que era un hombre muy apuesto, y las damas suspiraban cuando él estaba cerca.

—¿Cómo se encuentra hoy Jill? —preguntó.

—Estaba un poco más cansada de lo normal y se ha ido pronto a la cama. El embarazo está siendo una dura tarea y ambos estamos deseando que nazca ya la pequeña.

—¿Pequeña? ¿No querías que fuera un niño?

—Pero Jillian y tú estáis empeñadas en que sea niña, así que me temo que no puedo ganar esta discusión. Además, hay tiempo de sobra para un heredero. ¿Y qué me dices de ti? ¿Hay algún guapo caballero que llame tu atención?

—¡Vamos, Darío! Ya he sido descartada por completo. Nadie va a tenerme en cuenta para el matrimonio teniendo jovencitas maleables para elegir.

—Tal vez te sorprendas, pero aún hay caballeros que se interesan por ti.

—¿En el club? Intentan ser amables contigo porque saben que eres uno de los más influyentes caballeros de la ciudad.

—Anne, si quisieras...

—No —le interrumpió—, no lo digas. Me he hecho a la idea de mi posición, y me conformaré con que me permitas hacer uso de mi dote para poder vivir por mi cuenta.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Puedes hacerlo si lo adornas un poco. Al fin y al cabo tendrás que ocuparte de tu hermana soltera, ¿no es cierto?

—¿Eso es lo que verdaderamente quieres?

—Sí. Viviré con mamá como ella desea, pero cuando falte quiero tener mi autonomía. Me he dado cuenta de que me gusta ayudar a los que más lo necesitan y pienso dedicar mi vida a ello.

—Muy bien. Cuando llegue el día dispondré todo lo necesario para que

puedas vivir como deseas, pero a cambio quiero que me prometas que te lo pensarás si recibes una oferta de matrimonio.

—Lo prometo, pero te aseguro que eso no va a pasar.

—Aún no pierdo la esperanza de que termines encontrando a un caballero que te haga cambiar de idea.

Cuando el vals llegó a su fin Anne volvió a su lugar con el resto de sus amigas.

—¡Dios, qué apuesto es tu hermano! —suspiró Adelaine.

—Si tú lo dices...

—¿Es que no lo ves, Anne? —protestó Hester— Es uno de los caballeros más apuestos de Londres.

—Es mi hermano —respondió ella—. Y os recuerdo que está casado.

—¿Quién es ese que habla con él ahora? —preguntó Adelaine.

Anne volvió la mirada para encontrar a su hermano hablando con un apuesto caballero... y señalando hacia donde ella se encontraba.

—Como esté haciendo lo que creo que está haciendo juro por Dios que le mataré —protestó Anne.

—¿Haciendo qué? —preguntó Hester.

—Se ha empeñado en buscarme un marido —respondió Anne.

—Pues ese caballero no está nada mal —comentó Adelaine.

—Quédatelo.

Anne se levantó para escurrirse de la mirada de su hermano, pero ya era demasiado tarde. Darío se encontraba a pocos pasos de ella con un caballero rubio, tan alto como él y a quien el traje de gala le sentaba terriblemente bien... pero no lograba llamar su atención.

—Querida, déjame presentarte al conde de Warwick.

—Es un placer conocerla, milady —dijo el caballero con una reverencia.

—Lo mismo digo.

—Warwick quería saber si aún te quedan bailes libres en tu carnet de baile, querida —explicó su hermano.

—Por supuesto —contestó ella tendiéndole la tarjeta.

—En ese caso, y si lady Lieven lo aprueba, sería un honor que bailase el próximo vals conmigo.

—Será un honor, milord.

En cuanto el conde se alejó para buscar a la condesa de Lieven, Anne miró a su hermano con reproche.

—¿Qué ocurre? —preguntó Darío.

—Sé lo que intentas y no va a funcionar.

—Te aseguro que no estoy intentando nada, Anne. Warwick se acercó a mí para pedirme que os presentase.

Anne se quedó con la boca abierta ante las palabras de su hermano. ¡Un caballero quería bailar con ella! El conde volvió seguido de la condesa y la guió a la pista de baile. Anne estaba nerviosa, tanto que apenas atinaba a recordar los pasos de baile, pero en cuanto la música empezó a sonar el conde la hizo volar por la pista de baile con gracia.

—Me sorprende que se atreva a bailar con una dama “florero”, milord —comentó como si tal cosa.

—No me gustan los convencionalismos, milady. He querido conocerla desde que supe de su existencia y este baile me ha dado la oportunidad idónea para hacerlo.

—¿Por qué tanto interés, milord?

—Tenemos un amigo en común. Lord Lansdowne.

Un escalofrío recorrió la espalda de la joven al escuchar el nombre del marqués. Miró al conde con sorpresa, pero siguió bailando como si nada.

—Le conocí hace unos días en *Bedlam*, sí —respondió—. Me alegra saber que aún le quedan amigos, el pobre debe sentirse muy solo.

—Debe saber que Kenneth fue encerrado injustamente en ese lugar, milady. Me encontraba fuera del país y cuando volví ya era demasiado tarde para hacer nada por él, y me temo que terminó por perder la cabeza de verdad.

—¿Por qué dice que le encerraron injustamente?

—¿Acaso no estaría usted rota de dolor si perdiera al hombre que ama y a su hijo en una sola noche?

—Seguramente sí —reconoció Anne.

—Es lo que le ocurrió a él. Y su familia, lejos de ayudarle a soportar mejor el dolor, aprovechó la oportunidad para deshacerse de él.

—Sus acusaciones son muy graves, milord.

—Pero no dejan de ser ciertas.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque creo que a usted le importa Kenneth tanto como a mí, o al menos se ha empeñado en hacerle reaccionar a los estímulos y por lo que me ha contado el doctor Novak ya ha logrado que lo haga.

—Apenas logré que dijera un par de palabras.

—Llevaba casi dos años sin hablar, milady. Ni siquiera yo conseguía

arrancarle una palabra. Solo le pido que no se rinda con él, que siga visitándole y le anime a mejorar. Creo que solo usted será capaz de hacerle volver a la realidad.

A Anne le dolió un poco que el interés del conde en ella fuera únicamente para convencerla de seguir ayudando a su amigo, pero intentó que no se notase en su rostro la decepción.

—Haré lo que esté en mi mano por el marqués, lord Warwick, se lo prometo —contestó con una sonrisa.

—Le estaré eternamente agradecido. Ha sido un placer conocerla, milady.

—Lo mismo digo.

Anne observó al conde alejarse hasta la sala de fumadores. Lo que había dicho sobre Lansdowne... En su última visita al sanatorio tuvo la leve sensación de que el marqués no estaba tan loco como todos creían, pero si era así, ¿por qué aparentar lo contrario?

Ya de vuelta en casa, su hermana parecía estar en una nube. No dejaba de suspirar mirando por la ventana, y ella tuvo que taparse la boca para que no la oyese reír.

—¿Una gran noche? —preguntó atrayendo la atención de Edith.

—Una noche maravillosa.

—¿Puedo suponer que algún caballero ha llamado tu atención?

—Montrose.

El duque de Montrose era uno de los nobles escoceses de mayor fortuna... y un libertino sin remedio. Anne frunció el ceño ante la elección de su hermana, pero no dijo nada.

—Te conozco, Anne —dijo su hermana—. No te gusta el duque.

—No es que no me guste, Edith. Es un caballero muy apuesto, pero tiene muy mala reputación... dicen que es un libertino.

—Eso lo dicen siempre las malas lenguas y no tiene por qué ser verdad. No necesita casarse, Anne. Ya tiene un heredero, su hermano James, y su fortuna puede ensombrecer a la de la reina.

—Precisamente. ¿Quién te asegura que lo que busca es un matrimonio? Los hombres tienen la libertad de elegir si quieren o no casarse, lo sabes.

—Pues ha pedido permiso a Darío para venir mañana a tomar el té a casa.

—Mamá pondrá el grito en el cielo.

—Darío estará allí para calmarla. ¿Qué puede salir mal?

No tuvieron que esperar demasiado para escuchar el estallido de su madre al enterarse de la noticia. Su hermano había decidido ir a hablar con su madre de varios asuntos que le preocupaban, entre ellos el insulso guardarropa que había confeccionado para ella y la visita del duque del día siguiente.

—Tu hermana ya no es una niña, Darío. No puede vestir como si fuera una debutante —protestaba su madre.

—¿Y qué tiene eso que ver para que le mandes hacer un guardarropa como Dios manda, mamá? ¿Sabes que se ha pasado toda la tarde cosiendo plumas a uno de sus únicos dos vestidos de fiesta porque le avergonzaba aparecer en el baile con él?

—Eso no son más que tonterías. Tu hermana ya no tiene edad de casarse y...

—¿Que no tiene edad de casarse? —tronó Darío— ¿Pero tú te estás oyendo? ¡Tiene veintidós años! —Cerró los ojos e inspiró hondo intentando calmarse—. En vistas de que no eres capaz de mirar por el bien de tus hijas, se trasladarán de inmediato a vivir con Jillian y conmigo.

—¡No puedes hacer eso! ¡Soy su madre!

—¡Y yo soy su tutor! ¡No pienso permitir que tires su futuro por la borda por tus malditos caprichos como hizo mi padre!

Edith y ella escuchaban atentamente sentadas en el descansillo de las escaleras. Jamás habían visto a su hermano tan enfadado, mucho menos hablarle a su madre de esa manera.

—Una cosa más —añadió Darío—. Mañana vendrá el duque de Montrose a tomar el té. Quiere cortejar a Edith y tengo toda la intención de permitirlo.

—¡Es un escocés!

—Magnífico, dicen que son mucho más fogosos en la cama. Al menos mantendrá caliente a tu hija en las frías noches del invierno escocés.

Darío salió del salón dando un portazo y sonrió al descubrir a sus hermanas en camisión escondidas en las escaleras.

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó— Vais a terminar enfermando.

—Hemos oído gritos y vinimos a ver qué ocurría —explicó Anne levantándose del suelo y bajando al recibidor.

—Siento que hayáis tenido que oír todo eso —se disculpó—, pero estoy harto de que mamá haga con vosotras lo que se le antoje. En cuanto os levantéis mañana empezad a preparar vuestro equipaje, os venís a vivir con

Jillian y conmigo lo antes posible.

Anne no sabía cómo agradecerle a su hermano que hubiese intervenido. Edith, más efusiva, abrazó a su hermano con fuerza con los ojos anegados en lágrimas.

—No creo que el duque sea el hombre indicado para ti, Eddy —continuó Darío—, pero voy a permitirte decidir con quién quieres casarte. Espero que tengas en consideración mis consejos a la hora de elegir.

—Te prometo que lo haré.

—En cuanto a ti, Anne, vendré mañana temprano a recogerte para ir a la modista. He tirado casi todos los vestidos que tenías en el armario, cosa que Prudence ha agradecido, por cierto.

—Estaré lista cuando llegues —respondió la mayor de las hermanas.

—Id a descansar, ha sido una noche larga y no creo que os apetezca oír los lamentos de nuestra madre.

Ambas hermanas subieron al piso de arriba a toda prisa y se dejaron caer en la cama de Edith con una sonrisa.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó Edith— ¡Vamos a vivir con Darío!

—No creo que pueda ser más feliz, Eddy. Me ha prometido que dispondrá que pueda hacer uso de mi dote para vivir por mi cuenta si no encuentro marido, cosa que no pasará, como bien sabes.

—Yo no estoy tan segura.

—En cualquier caso, podemos estar tranquilas porque Darío no nos obligará a casarnos con un viejo decrepito como pretendía hacer mamá contigo.

—Y podrás ir a ver a tus enfermos siempre que quieras sin escuchar las protestas de mamá.

Pensó en el marqués de Lansdowne. Ahora que viviría con su hermano, no tendría que andarse con secretos para que su madre no la reprendiera por acudir al sanatorio. Sería libre de visitarle cuantas veces quisiera y así cumplir la promesa que le había hecho al conde de Warwick.

## Capítulo 4

Su hermana la despertó a la mañana siguiente abriendo las cortinas de su habitación de par en par. El sol de la mañana entró a raudales por la ventana dándole de lleno en la cara, pero Anne no tenía fuerzas para levantarse de la cama. Se había despertado con un terrible dolor de cabeza y lo último que necesitaba era que Edith la incordiasse con alguna nimiedad. Se tapó la cabeza con las mantas, pero su hermana se metió junto a ella en la cama y la destapó.

—Vamos, Anne, levántate —pidió.

—No quiero, me duele mucho la cabeza.

—No me apetece desayunar sola con mamá —protestó Eddy.

—Pues quédate en la cama hasta que ella termine.

—Darío va a venir a recogerte en cualquier momento, ¿recuerdas? Va a llevarte a la modista.

La idea de salir de casa con su hermano le dio fuerzas para sentarse en la cama y llamar a Prudence. Su hermana llevaba un sencillo vestido de muselina color lavanda adornado con pequeñas florecillas de seda, y suspiró al abrir el armario y encontrarse un insípido vestido gris sin un solo adorno.

—No es que mi guardarropa fuera gran cosa antes —protestó—, pero le habría agradecido a nuestro hermano que eligiese salvar cualquier otro vestido. Este es el que menos me gustaba de todos.

—Yo te puedo prestar uno, si quieres —sugirió su hermana mirando el vestido con atención.

—Eres más baja que yo, Eddy. No me serviría.

—En ese caso puedo ayudarte con este.

Su hermana salió de la habitación para volver unos minutos después con varios lazos amarillos. Cosió una trenza de lazos en el escote y utilizó uno más ancho como cinturón, adornándolo con margaritas. Cuando Anne se miró en el espejo sonrió.

—Es el tercer vestido que pasa de desagradarme a encantarme —comentó dando una vuelta—. Gracias, Eddy, ha quedado precioso.

—Ahora vamos a desayunar, que quiero intentar que Darío me deje ir con vosotros.

—Sabes que te lo permitirá, pero deberías quedarte a preparar el equipaje. Cuanto antes lo tengamos, antes nos iremos a vivir con él.

—Te aseguro que puedo preparar mi equipaje en menos que canta un gallo. Todo sea por huir de mamá y su queridísimo duque de York.

En cuanto ambas hermanas entraron al salón, su madre las increpó con sus lamentos, así que se limitaron a tomar una taza de té y subir a esperar a su hermano en su habitación. Darío no tardó demasiado en llegar y ambas muchachas corrieron a su encuentro.

—Buenos días, chicas —las saludó—. Anne, ¿estás lista?

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Edith.

—¿Acaso tienes ya tus cosas preparadas para la mudanza?

—No, pero si escucho a mamá quejarse sobre ti un minuto más voy a terminar gritando.

—Muy bien, sube al carruaje.

Pasaron toda la mañana en la modista, y aunque gran parte de su guardarropa sería enviado a casa de su hermano cuando estuviese terminado, habían logrado arreglar varios vestidos para que Anne pudiese aguantar hasta que eso ocurriera. Por primera vez en mucho tiempo volvía a sentirse toda una dama. El gusto de su hermano era exquisito y había sabido elegir colores que le sentasen bien a su tez y formas que favorecían su figura. De los vestidos que se llevaba a casa el que más le gustaba era uno color borgoña con el corpiño de encaje. Se había mirado en el espejo y se había visto como toda una mujer, y estaba deseando que llegase el baile del día siguiente para lucirlo.

—¿Coméis en mi casa? —preguntó su hermano.

—¿Mamá no se molestará? —contestó Edith.

—Si lo hace, no creo que se atreva a llevarme nuevamente la contraria. Mientras estemos en su casa a tiempo para el té y la visita del duque, no creo que importe.

—A mí me encantaría ver a Jillian —dijo Anne—. Tengo algunas cosas que contarle.

Quería hablar con su amiga del baile del día anterior y su conversación con el conde de Warwick. Jillian siempre había sido muy intuitiva y necesitaba su opinión al respecto. En cuanto su cuñada las vio aparecer las abrazó con una sonrisa.



—Me alegro mucho de que estéis aquí —comentó—. Estoy preparando vuestras habitaciones y me gustaría saber si tenéis alguna preferencia al respecto.

—Me encantaría que diera a tu precioso jardín —contestó Edith—. Sería maravilloso sentarme en el alféizar de la ventana con una taza de té a relajarme mirando las flores.

—¿Y tú, Anne? ¿Tienes alguna preferencia?

—Ninguna —contestó la muchacha—. Cualquier habitación que me asignes será perfecta porque sé que me conoces mejor que nadie.

—Eso es cierto. Venid, sentaos conmigo y contadme qué tal fue el baile de anoche.

—Conocí a un caballero —suspiró Edith—. Es alto, guapo, elegante...

—Es el duque de Montrose —aclaró Anne.

—Le conozco —respondió Jillian—. Tiene fama de libertino, debes tener mucho cuidado.

—Lo sé, Darío ya me lo advirtió —la tranquilizó Edith—. Va a venir esta tarde a casa a tomar el té.

—¿Con vuestra madre? —preguntó Jillian claramente sorprendida.

—Anoche Darío y ella tuvieron una pelea enorme —contestó Anne—. Mi hermano se impuso y no creo que se atreva a hacer nada que moleste al marqués por miedo a las represalias.

—Así que por eso os venís a vivir aquí... Tu hermano no quiso contarme el motivo, y como vino tan contrariado no quise insistir.

—Todo fue culpa mía —se lamentó Anne—. Me quejé de que mis vestidos eran insulsos y él explotó.

—No es culpa tuya —protestó Edith—. Mamá debería haberte confeccionado un guardarropa aceptable y lo sabes.

—Los vestidos que sueles llevar son bastante feos, Anne —asintió Jill—. El único que se salva es el que arreglamos para el picnic de verano, el color melocotón.

—Pues me temo que el pobre no sobrevivió al ataque de tu esposo a mi armario —se quejó Anne—. Solo me ha dejado el que llevo puesto y el que me puse para el baile, que también tuve que arreglar para no ser el hazmerreír de la fiesta.

—Baile en el que mi querida hermana bailó con un apuesto caballero —comentó Edith con picardía.

—¿En serio? —se interesó su cuñada— ¿De quién se trata?

—El conde de Warwick —explicó Anne—, pero no os hagáis ilusiones. Lo único que quiere de mí es que ayude a su amigo Lansdowne.

—¿Estás segura? —preguntó Jillian— Porque creo recordar que Warwick es uno de los solteros más codiciados de la sociedad, no solo por su fortuna y su posición, sino también porque es guapísimo.

—No tanto —dijo Anne—. Al menos a mí no me parece tan guapo.

—Pues te aseguro que son muchas las damas que suspiran por él —aclaró Edith—. Estoy segura de que anoche muchas de ellas te odiaron por haber bailado el vals con él.

—Así que el vals, ¿mmm? —preguntó su cuñada— Para hablar contigo sobre Lansdowne podría haber elegido una cuadrilla.

—No le deis más importancia de la que tiene —protestó Anne—. Era el siguiente baile, eso es todo. Piensa que Lansdowne fue encerrado erróneamente.

—Destrozó las paredes de su casa buscando a su hijo fallecido, eso no es de estar muy cuerdo —comentó su cuñada.

—Lo sé, pero ¿acaso no perderías la cabeza transitoriamente si mi hermano y el bebé muriesen a la vez?

—Puede ser, pero...

—En cualquier caso mi único interés en el marqués es que mejore, y le ayudaré en todo lo que pueda.

Tras la comida, las dos muchachas decidieron volver a casa dando un paseo, pues su hermano no vivía demasiado lejos y hacía un día maravilloso. Al llegar a la esquina con Central Park se cruzaron con Warwick, que se acercó a ellas en cuanto las vio.

—Lady Townsend, Lady Edith, me alegra verlas de nuevo.

—Lo mismo digo, milord —contestó Edith con una reverencia.

—Es un placer volver a verle —dijo Anne imitando a su hermana.

—¿Vienen a dar un paseo por el parque?

—En realidad volvíamos a casa —contestó Anne—. Vivimos a un par de manzanas de aquí.

—En ese caso, será un honor escoltarlas hasta la puerta —se ofreció el conde.

Ambas hermanas se cogieron del brazo de Warwick y comenzaron a caminar en silencio. Después de la conversación con Jillian, Anne se sentía un poco nerviosa por si su cuñada estaba en lo cierto y el interés del conde no era únicamente por su amigo.

—¿Ha ido a visitar a Lansdowne esta mañana, milord? —preguntó de repente.

—Me temo que no, pero intentaré escaparme esta tarde para verle un rato. Quiero ver de primera mano esos avances que dice el doctor Novak.

—Como ya le dije, apenas cruzó conmigo un par de palabras.

—Las suficientes para intentar de nuevo que hable conmigo.

—Espero que obtenga los resultados que espera, milord.

—Si no es así esperaré a que usted le haga mantener una agradable conversación.

—No sé si seré capaz de conseguirlo, tiene usted demasiada fe en mí.

—Es la única persona que se ha acercado a él en estos años y ha logrado que reaccione. Aunque sé que para usted sus logros son insignificantes le aseguro que para mí son una gran hazaña y se lo agradezco de veras.

La sonrisa del conde logró sonrojar a Anne, que agachó la cabeza para evitar volver a mirarle a los ojos. Ahora que se había fijado detenidamente en Warwick gracias a su amiga, se daba cuenta de que era tan apuesto como el que más... pero aun así no tenía nada que hacer ante Lansdowne.

Cuando llegaron a su casa, el conde hizo una reverencia y dio un paso atrás sin perder su encantadora sonrisa.

—Ha sido un placer traerlas a casa sanas y salvas, señoritas. Espero verlas esta noche en el baile de Perth.

—Me temo que esta noche vamos a descansar de eventos sociales, milord —contestó Anne—. Mi hermana está exhausta y necesita una noche de sueño, pero mañana acudiremos al baile de los Somerset.

—En ese caso, me gustaría que me reservase el primer vals, milady. Esperaré ansioso bailar con usted.

En cuanto ambas hermanas entraron en la casa, Edith, que había permanecido en silencio durante todo el paseo, se puso a dar saltitos alrededor de Anne.

—¿Qué? —preguntó riendo su hermana.

—¡Le gustas! ¡Te lo dije! ¡Está interesado en ti!

—No digas bobadas, solo ha sido amable conmigo.

—¿Amable? ¡Te ha pedido el vals, Anne!

—Solo para que le ayude con su amigo, nada más.

—Entiendo que te dé miedo hacerte ilusiones, Anne, pero es evidente que el conde está interesado en ti. Deberías aprovechar la oportunidad, hermana. No todos los días se logra acaparar la atención del soltero más

codiciado de Londres.

—Precisamente, Eddy. ¿Cómo iba a fijarse en una solterona cuando puede elegir a cualquier debutante que le plazca?

—Tal vez porque esta solterona es preciosa y ayer causó sensación con su vestido de pavo real.

—Muy bien —suspiró—, te prometo que estaré receptiva con el conde, pero solo eso.

—Me basta. Y ahora vamos a cambiarnos que Montrose debe estar al llegar y quiero que le recibas tú, no mamá.

Una hora después Anne ultimaba los últimos detalles para la visita del duque. Había mandado hacer tartaletas de frutas para acompañar el té, y decidió recibirle en su salita personal, que aunque era más pequeña que la sala de estar, tenía unas preciosas vistas al jardín de rosas de su madre. Su hermano llegó en ese momento y la besó en la frente admirando su trabajo.

—Está todo perfecto, hermana. Ha sido todo un acierto elegir tu sala para la visita.

—Mamá no va a acompañarnos —confesó Anne—. Dice que se siente indispuesta y que le transmitamos sus disculpas al duque.

—Casi mejor que no esté presente —suspiró Darío—. Temo que sea capaz de ponernos en evidencia con su comportamiento mezquino.

—Su comentario de ayer fue muy ofensivo. Escocés o no sigue siendo duque y debería alegrarse de que se haya interesado en Eddy.

—Espero que se haya interesado en ella de verdad, porque Eddy está verdaderamente ilusionada.

—Todos los hombres sentáis la cabeza en algún momento, Darío. Tal vez a él le ha llegado su hora.

—Lo dices como si fuera su sentencia de muerte.

—No pretendía que sonase así en absoluto.

En ese momento llamaron a la puerta y el mayordomo se apresuró a abrir. Anne se alisó las faldas y se levantó del sillón para recibir al duque. El escocés era enorme, de cabello rojizo y ojos cristalinos como el agua de un riachuelo. Llevaba una barba pulcramente recortada que no escondía sus rasgos juveniles y traviosos, y aunque iba elegantemente vestido el broche del clan Montrose que lucía en la solapa mostraba perfectamente su orgullo de ser escocés.

—Excelencia —dijo Anne con una reverencia— es un honor recibirle en nuestra casa.

—El honor es mío, milady —contestó el escocés tomándole la mano—. Lord Gosford, ¿cómo está su esposa? Tengo entendido que se encuentra en estado de buena esperanza.

—Así es, excelencia. Falta poco para que dé a luz, pero es una mujer muy inquieta y el reposo va a acabar con ella —contestó Darío con una cálida sonrisa.

—Su vida no será nada aburrida, entonces. Me alegro por usted.

Edith entró en ese momento al salón y todos los ojos se volvieron hacia ella. Aunque las dos hermanas eran preciosas, era innegable que la belleza de Edith eclipsaba la de cualquier dama que se encontrase a su lado. Llevaba el cabello recogido en la nuca dejando caer sus tirabuzones por su cuello, y se había puesto un vestido de raso rosa adornado con flores bordadas en blanco y lazos en las mangas y el escote. En cuanto la vio, el duque permaneció observándola hechizado, y se acercó lentamente a ella para tomar su mano y depositar un cálido beso en ella.

—Milady, su belleza deslumbra tanto como el mismísimo sol —susurró.

Anne tuvo que contener las ganas de reír cuando su hermano bufó ante un cumplido tan rebuscado, pero se limitó a tomar asiento y ofrecerle al duque que se sentase junto a su hermana.

—¿Cómo toma el té, excelencia? —preguntó con la tetera en la mano.

—Solo y sin azúcar, gracias.

Anne sirvió el té y colocó la bandeja de dulces al alcance de todos. El duque puso tres de ellos en su plato y se volvió de nuevo hacia Edith. Aunque en ningún momento se distrajo de la conversación, era evidente que todos sus sentidos estaban puestos en su hermana, y aunque su hermano se mostraba algo más taciturno de lo normal, la velada fue un éxito.

—Tal vez al duque le apetezca dar un paseo por nuestro jardín antes de marcharse —sugirió a su hermana ante la mirada de advertencia de Darío—. Mi madre posee la mayor colección de flores de la ciudad, pero sus rosas son lo mejor de todo.

—Por supuesto, Anne —contestó Edith agradecida—. ¿Me acompaña, excelencia?

Cuando ambos salieron por la puerta del jardín su hermano se enfrentó a ella.

—¿Se puede saber en qué pensabas, Anne? ¡Has mandado a Eddy a solas al jardín con un libertino!

—No seas exagerado, Darío. Les veremos perfectamente por los

ventanales, no corre ningún peligro.

—¿Y qué pasa si se propasa con ella?

—¿Qué va a hacer, besarla? —protestó Anne— Pues debería. Nuestra hermana tiene derecho a estar segura de sus sentimientos antes de prometerse con él. ¿O acaso vas a decirme que tú no besaste a Jill hasta el día de vuestra boda?

Su hermano agachó la cabeza ante la sonrisa victoriosa de Anne. Sabía que no solo la había besado, sino que se había tomado ciertas libertades que de ser descubiertas habrían terminado con la reputación de su amiga. Terminó su taza de té observando a la pareja por la ventana, que no hicieron otra cosa que pasear cogidos del bazo y sonreírse como solo hacen los enamorados. Recordó un tiempo en el que ella fue esa dama enamorada y paseaba por el jardín con el hombre con quien quería casarse. Después de muchos pretendientes rechazados por su madre, su padre intervino y permitió que un joven caballero la cortejara. Pero cuando James la besó en el baile de los Bedford, toda la magia del amor se esfumó por completo. Debería haber sido un beso mágico, pero en vez de eso se trató de un simple roce de labios que no despertó en ella ningún sentimiento. Aun así consintió en permitirle cortejarla un poco más, pero en cuanto su padre notó su desinterés desestimó su oferta de matrimonio aludiendo al carácter caprichoso de su madre, salvándola de una vida sin amor.

Poco después su hermana entró en la habitación con una sonrisa tan plena que Anne se sintió feliz por ella.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó cuando Darío salió a despedir a su invitado.

—¡Ha sido maravilloso, Anne! Es tan apuesto y divertido... Me habría encantado pasar horas hablando con él.

—¿Te ha besado?

—¡Anne! —exclamó su hermana con una risita nerviosa.

—¿Vas a decirme que no lo ha hecho?

—Pues no, solo hemos paseado y me ha estado hablando de su casa en Escocia.

—Deberías no centrarte solo en él, Eddy. Acaba de empezar la temporada y tienes derecho a disfrutarla hasta el final.

—Lo sé, no te preocupes. Le he dicho que nos veremos en el baile de los Somerset y me ha pedido el primer vals.

Anne sonrió al recordar que ella también tenía comprometido su primer

vals para esa noche. Se pondría su nuevo vestido borgoña, quería comprobar si el interés del conde no era solo por su amigo en común.

## Capítulo 5

En cuanto se bajó del carruaje frente a la puerta de *Bedlam* a la mañana siguiente, Anne comenzó a sentir un hormigueo en el estómago. Llevaba bajo el brazo dos cajas de *whatami*, el nuevo juego que había comprado para los enfermos... en especial para el marqués. Estaba impaciente por ver si su obsequio le gustaba, pero más aún por comprobar si había más avances en su estado de salud como le había dicho el conde de Warwick.

El doctor Appleton se acercó a ella con una sonrisa en cuanto la vio y se apresuró a liberarla del peso extra debido a las dos enormes cajas de los juegos.

—Bienvenida de nuevo, milady —la saludó con una reverencia.

—Buenos días, Appleton. ¿Dónde se encuentra el doctor Novak?

—Ha tenido que ausentarse unos días por cuestiones familiares. Pase, por favor. Las chicas están deseando pasar tiempo con usted.

Mary, Rose y Karen eran un auténtico encanto a pesar de su enfermedad. Las tres muchachas se comportaban como unas niñas pequeñas a pesar de tener ya bastantes años, pero las pocas veces que Anne había ido al sanatorio la habían colmado de cariño y felicidad.

—Yo también estoy deseando verlas, doctor —contestó—. ¿Qué hay del marqués de Lansdowne?

—No ha vuelto a hablar ni una sola vez, me temo. Warwick ha estado aquí esta mañana intentando que lo hiciera, pero su única reacción ha sido al mencionarla a usted.

—¿A mí? —preguntó sorprendida.

—No sé qué le habrá contado sobre usted, milady, pero el marqués ha echado al conde y se ha puesto algo violento.

—¿Violento? Me cuesta creerlo.

—Me temo que así ha sido, lady Townsend.

—Debo ir a verle. Por favor, lléveme hasta sus aposentos.

—No creo que sea conveniente debido su estado, milady.



—Insisto. Debo averiguar qué le ha dicho Warwick para que reaccione de esa manera.

El doctor la acompañó por un laberinto de pasillos repletos de altos ventanales con barrotes que dejaban entrar la luz del sol a raudales. Por fin se detuvo frente a la puerta blanca de metal con una pequeña ventana cubierta por barrotes.

—¿Por qué le tienen aquí encerrado? —protestó.

—Está en aislamiento, lady Townsend. Metemos aquí a los enfermos que reaccionan violentamente.

—Le repito que Lansdowne no es violento —repitió—. Sáquelo de ahí de inmediato.

A Anne casi se le parte el corazón cuando vio al conde sentado en el suelo de la habitación con los brazos encadenados a la pared. Estaba cubierto de mugre y un moretón cubría su hinchado ojo derecho.

—¡Por Dios santo! —exclamó arrodillándose a su lado y levantándole el rostro con las manos— ¿Qué te han hecho? ¡Suéltene de inmediato!

—Pero milady...

—Exijo su inmediata liberación o hablaré con mi futuro cuñado, el duque de Montrose, para que tome cartas en el asunto.

Echó mano de la única baza que poseía bajo la manga. Montrose era uno de los nobles más poderosos del país y su sola mención hizo que Appleton abriera al momento los grilletes que aprisionaban al marqués. Anne le ayudó a levantarse y le llevó hasta la enfermería guiada por uno de los enfermeros, donde le asearon y curaron las abrasiones causadas por las ataduras.

—Hablaré con Novak sobre esto, Appleton —amenazó—. Usted no tenía ningún derecho de tratar al marqués de esta manera.

—Solo he hecho mi trabajo.

—¡Su trabajo no consiste en maltratar a los enfermos!

—Es el procedimiento habitual con los enfermos peligrosos, milady.

—¡Él no es peligroso! ¿Acaso no lo ve?

Lansdowne permanecía con la cabeza gacha, como si temiera mirar a Appleton. Anne pasó un paño seco por su cabello húmedo y se dedicó a desenredarlo con pasadas lentas de un cepillo. Por último, le llevó a su habitación, donde le ayudó a ponerse ropa limpia y tumbarse en la cama.

—Vamos, intente descansar —susurró.

Se levantó de su lado para alcanzar una silla, pero el marqués la retuvo por la muñeca.

—No te vayas —susurró.

—No pensaba hacerlo, iba a sentarme en la silla para dejarle más espacio en la cama.

—Quédate conmigo.

Anne sonrió y volvió a sentarse en el borde del camastro. El marqués entrelazó sus dedos con los de la joven y cerró los ojos con un suspiro, quedándose dormido casi al instante.

—Intenté impedirlo, lady Townsend —susurró uno de los enfermeros—, pero Appleton no me prestó atención.

—¿Cómo te llamas?

—Tom Wells, milady —contestó el muchacho con una reverencia.

—Quédate con él, Tom. Voy a ver a las chicas mientras descansa y volveré antes de irme.

Anne volvió al salón principal, donde lady Cornick la recibió con preocupación.

—¡Querida! ¿Qué ha pasado? —preguntó— Estás hecha un desastre.

Anne no se había parado a mirar el desastre que había terminado siendo su vestido, lleno de suciedad y arrugado.

—Tenían al marqués encerrado como si fuera un animal, no podía permitirlo —explicó.

—¿Al marqués? ¿Pero por qué?

—Al parecer se enfadó con su amigo Warwick esta mañana y Appleton aprovechó la oportunidad para encerrarle. Estas pobres personas no estarán a salvo hasta que Novak regrese al sanatorio y no sé qué puedo hacer.

—Yo sí que lo sé, hablaré con mi hermano para que tome medidas. Es uno de los benefactores del sanatorio y no consentirá que ese hombre haga lo que le plazca.

—Gracias, milady. Y ahora querría pedirle un favor. —Se acercó al lugar donde habían dejado los puzles y le entregó el más sencillo a la dama—. Esto es para las chicas. Me habría encantado jugar con ellas, pero creo que Lansdowne necesita mis cuidados más que ellas en este momento.

—Por supuesto, querida, pierde cuidado. Ve a velar por ese pobre hombre.

Cuando volvió a la habitación, el marqués aún dormía. Le dio al enfermero un par de monedas de su ridículo y se sentó de nuevo a su lado.

—Debo pedirte que hagas algo por mí, Tom —susurró.

—Lo que sea, milady.

—Necesito que cuides de él hasta que vuelva el doctor Novak. Lady Cornick va a hablar con su hermano sobre el asunto y no creo que Appleton se atreva a encerrarle una vez más, pero aun así necesito que cuides de él. ¿Lo harás?

—Sin dudar, milady. El marqués ayudó a mi familia cuando estaba bien y gracias a eso yo tengo un empleo decente. Se lo debo todo y daría mi vida por él.

Lansdowne abrió los ojos y la buscó de inmediato por la habitación. Anne volvió a su lado y tomó su mano con una sonrisa.

—¿Cómo se encuentra, milord? —preguntó.

—Kenneth —susurró el marqués.

—¿Quién es Kenneth?

—Mi nombre. Me llamo Kenneth.

—Encantada, Kenneth. Yo soy Anna.

—Mi dulce Anna...

Ella sonrió y el marqués intentó ponerse de pie, pero el dolor de los golpes le hizo hacer una mueca.

—Quédese en la cama, Kenneth. Tom se ocupará de usted hasta que vuelva el doctor Novak. Nadie volverá a hacerle daño, se lo prometo.

—Gracias.

—En cuanto a lo que le dijo Warwick sobre mí...

—Le ha pedido un baile —la interrumpió mirándola a los ojos—. Le ha pedido un baile y yo no puedo hacerlo.

—Por supuesto que puede, Kenneth. Vendré al baile mensual y prometo que bailaré con usted.

—¿Un vals?

—Claro que sí.

El marqués pareció quedarse satisfecho por su respuesta y cerró los ojos nuevamente con un suspiro. Anne dejó sobre la mesa el puzle de *Hyde Park* y tras cubrirle con las mantas cerró suavemente la puerta a su espalda.

—Le dejo en tus manos, Tom —susurró—. Procure que tome un poco de caldo para la cena, porque me temo que con la hinchazón no será capaz de comer nada más.

—Le pediré a la cocinera que lo prepare, milady.

—Mándeme una nota urgente si ese doctor despreciable intenta hacerle daño de nuevo, por favor.

—No se preocupe, defenderé al marqués con mi vida si hiciera falta.

—No creo que sea necesario llegar a esos extremos —contestó sonriendo—, pero gracias.

—Gracias a usted por preocuparse por él, milady. Aparte del conde nadie se ha molestado en velar por su seguridad.

—Entonces ya era hora de que alguien más lo hiciera.

Salió del hospital con la cabeza bien alta, mirando con desprecio a Appleton al pasar por su lado. Estaba enfadada, muy enfadada, y si de ella dependiera sacaría al marqués de inmediato de ese inmundo lugar. Esa noche hablaría con Warwick para ver qué se podía hacer al respecto.

Iba tan enfrascada en sus pensamientos que no se percató de que su hermano estaba a solo unos metros de ella.

—¿Anne? —la llamó— ¿Qué le ha ocurrido a tu vestido? ¿Y por qué estás tan alterada?

—Estoy furiosa, Darío, no alterada —contestó besándole en la mejilla—. El doctor Novak ha tenido que marcharse unos días y han golpeado a Lansdowne para después encerrarle en una mazmorra.

—¿Pero por qué? —preguntó ofreciéndole el brazo para acompañarla a casa.

—Appleton.

Su hermano apretó los dientes con furia. Conocía a ese desgraciado, era el médico que había tratado a su abuelo como si fuera escoria cuando enfermó.

—Veré qué puedo hacer, Anne —se ofreció—. Tengo contactos que pueden intervenir.

—No hace falta. Lady Cornick hablará con su hermano sobre el asunto. Es uno de los beneficiarios del hospital al parecer.

—¿Eres amiga de lady Cornick? —preguntó su hermano sorprendido.

—Colabora conmigo y con lady Davenport en el sanatorio, ¿por qué?

—Cariño, ¿acaso no sabes quién es?

—Sé que es una dama muy cariñosa y amable. Me cae muy bien.

—Es la hermana del duque de Lancaster, Anne. Es la dama más poderosa de Inglaterra después de la reina.

—Pues es mi amiga y va a ayudarme a solucionar el problema.

—Es bueno saber que tienes amigos tan influyentes, hermanita. Acudiré a ti si me meto en algún lío en el futuro —bromeó.

Anne estaba mucho más calmada. Estaba dispuesta a sacar al conde de ese sitio costase lo que costase, y debía urdir un plan para lograrlo. Si su

nueva amiga era tan poderosa como su hermano decía, tal vez pudiese pedirle ayuda. Otra vez.

—Cambiando de tema —dijo su hermano al entrar en casa—, ¿tienes pensado qué vestido ponerte esta noche?

—Sí, voy a ponerme el vestido borgoña que me compraste ayer. ¿Por qué lo preguntas?

Su hermano se limitó a meter una mano bajo su chaqueta y sacar una caja de terciopelo negro con una sonrisa de oreja a oreja.

—Supuse que sería ese el elegido por cuánto te gustó, así que he pensado en hacerte un regalo —contestó entregándosela.

Anne abrió la caja para descubrir una gargantilla de diamantes con pendientes y pulsera a juego.

—¡Madre mía, Darío! —susurró— ¡Es precioso!

—Es hora de que empieces a tener tus propias joyas, Anne. Ya eres toda una dama y mereces lucir como tal.

—Eres el mejor hermano del mundo —dijo abrazándole.

—Soy el único hermano que tienes.

—Aun así, eres el mejor.

Su madre irrumpió en el salón con cara de pocos amigos, como de costumbre, y miró a sus hijos con reproche al pasar por su lado para sentarse junto al fuego.

—Me alegra ver que os lleváis tan bien —dijo—. Conspirar contra vuestra pobre madre os ha sentado de maravilla a todos.

—No empieces, mamá —advirtió Darío—. No estoy de humor para escuchar tus tonterías.

—¡Me vais a dejar sola! —le reprochó.

—Tú solita te lo has buscado. ¿Tenéis listo el equipaje, Anne? —preguntó a su hermana— Os mudaréis a primera hora de la mañana.

—Está todo listo, Darío. Solo queda meter nuestros efectos personales.

—Dios os castigará —amenazó su madre.

—Si no te ha castigado a ti por lo que le has hecho a mi hermana... —contestó Darío.

—¡La protegí de los hombres! —exclamó la anciana.

—¡La obligaste a quedarse soltera!

—Por favor, dejad de discutir —pidió Anne—. Mamá, vendremos a verte a menudo, te lo prometo.

—Eso dices ahora, pero con el paso del tiempo te olvidarás de que existe

tu pobre madre y...

—¡Por el amor de Dios, deja ya de compadecerte! —explotó su hermano — Debería buscarte un marido, mamá. Creo que eso te vendría muy bien.

—¿Te has vuelto loco? —se escandalizó su madre.

—No eres demasiado mayor y las mujeres se vuelven a casar cuando pasan el luto —contestó Darío—. Un nuevo marido me evitará muchos dolores de cabeza.

—No te lo perdonaré en la vida, ¿me oyes? —dijo su madre con los dientes apretados— ¡No te lo perdonaré!

—Tal vez un escocés sea la mejor opción —continuó Darío acariciándose la barbilla—. ¿Tú qué crees, Anne?

Anne permaneció callada, pero intentaba aguantarse las ganas de reír. Cuanto más se quejase su madre, más se burlaría su hermano de ella, pero bien pensado la idea de buscarle un nuevo marido no era tan descabellada. Hacía ya varios años que su padre había fallecido y su madre necesitaba compañía. Había algunos nobles viudos con hijas pequeñas que encontraban a su madre irresistible, y si se deshacía del luto tal vez alguno de ellos se atreviese a cortejarla.

—Creo que tienes razón, Darío —dijo al fin—. Deberías considerar la idea, mamá. Hay viudos con hijas a las que podrías moldear a tu antojo como hiciste con nosotras que estarán dispuestos a cortejarte.

—Estoy de luto —se defendió ella, aunque con menos convicción.

—Eso se puede arreglar —contestó Darío—. Concertaré una cita con la modista para confeccionarte un nuevo guardarropa.

—Te costará una pequeña fortuna —protestó su madre.

—He triplicado mi fortuna desde que adquirí el título, puedo concederte ese capricho.

Anne se lanzó sobre la cama y rompió a reír por fin. Se había divertido tanto con las burlas de su hermano que casi se había olvidado del marqués. En cuanto volvió a su mente sus ojos azules aparecieron en su recuerdo, nítidos y brillantes. Cuando la miró reprochándole el baile con Warwick había sentido su fuerza, su magia. Sus ojos la habían cautivado desde que le conoció, pero ver su cuerpo desnudo había causado en ella sentimientos que jamás había experimentado. Tom había insistido en ocupar su lugar, pero aunque sabía que no era decoroso había querido ser ella misma quien le ayudase a vestirse. No era la primera vez que veía a un hombre desnudo, una vez vio a hurtadillas a su hermano después de un baño y sabía perfectamente

cuál era la anatomía masculina. Pero el marqués parecía estar cincelado en mármol, con unos músculos bien definidos y la piel suave y tersa.

Edith entró en la habitación para encontrar a su hermana soñando despierta.

—¿Qué tal ha ido todo en el sanatorio? —preguntó sentándose a su lado.

—No demasiado bien, Eddy. Novak ha tenido que ausentarse unos días y Appleton se ha quedado al mando.

—¿Appleton? ¿No fue el doctor que atendió a nuestro abuelo?

—El mismo. Se ha atrevido a golpear y a encerrar a Lansdowne porque discutió con su amigo.

—¡Ese medicucho ruin y despreciable! —protestó su hermana.

—Por suerte he logrado convencerle de que le liberase, aunque he tenido que mentir un poco y decir que Montrose ya es tu prometido.

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre, Anne? ¿Y si al final decido no casarme con él?

—No creo que ese hombre se preocupe de airear la noticia. Parece que le tiene miedo al duque, porque liberó a Kenneth de inmediato.

—¿Kenneth?

—El marqués.

—Te estás encariñando con él, Anne.

—Creo que es al revés. Se enfadó con Warwick por haberme pedido un baile esta noche, así que le prometí bailar uno con él en el baile mensual.

—Ten cuidado, dicen que un loco enamorado es muy peligroso.

—Sigo pensando que ese hombre no está tan loco como quiere hacer creer, pero si fuera así no creo que haya nada de malo en bailar en un inocente baile.

Anne se levantó y cogió la caja de joyería que le había entregado su hermano.

—Mira lo que me ha regalado Darío para el baile —dijo entusiasmada—. ¿No es lo más bonito que has visto jamás?

—Qué envidia me das, Anne. Ojalá yo pudiera llevar joyas como estas —susurró Edith acariciando los diamantes.

—Cuando seas la esposa de Montrose tendrás joyas infinitamente más bonitas y deslumbrantes.

—Es cierto —contestó Edith con una sonrisa—, y con suerte ese día llegará muy pronto.





## Capítulo 6

Kenneth se despertó bien pasada la noche con un increíble dolor en todo el cuerpo. Intentó levantarse, pero el esfuerzo solo consiguió que gimiera de dolor. Sintió unos brazos robustos ayudarlo a levantarse y abrió los ojos para encontrarse cara a cara con uno de los enfermeros.

—No se preocupe, milord —susurró el joven—. Ahora está a salvo.

Se dejó ayudar y se sentó con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. El muchacho le limpió el sudor de la frente debido al esfuerzo con un paño húmedo y le cambió los vendajes de las costillas con cuidado.

—Ya está. Ahora quédese quieto, que voy a traerle un poco de caldo que ha hecho la cocinera para usted.

Miró al muchacho salir de la celda y permaneció pensando en Anne. Había sido tan amable con él... Le dieron ganas de echarse a reír cuando la vio defenderle como toda una leona, pero estaba tan dolorido que apenas fue capaz de respirar. Si algún día salía de ese lugar se ocuparía personalmente de ese desgraciado de Appleton, le haría apalear igual que él hacía con esas pobres personas enfermas.

Llevaba mucho tiempo allí encerrado y sabía todas las prácticas macabras que ese hombre ponía en práctica a espaldas de Novak, y ahora que el director del hospital se encontraba fuera ese desgraciado campaba a sus anchas creyéndose un ángel vengador. Ni siquiera sabía por qué le había golpeado, para empezar. Charles había venido a visitarle y le había encantado escuchar noticias del exterior... hasta que nombró su baile con Anne. No sabía qué le había poseído al escucharle, pero en ese momento había enloquecido de verdad y había golpeado con fuerza la mesa. Su reacción había animado a Charles a presionarle un poco más, pero su única respuesta fue gritarle que Anne era suya y marcharse a su habitación.

Su amigo estaba seguro de que no estaba loco e intentaba por todos los medios demostrarlo, pero aunque era verdad no podía arriesgarse a que lo descubrieran. Si algo caracterizaba a su mejor amigo era su incapacidad de

guardar un secreto, y si quien quiera que orquestase su internamiento se enterase de que no estaba realmente loco terminaría por intentar asesinarle. No, debía mantener la charada un poco más.

Tal vez la joven Anne pudiese ayudarle a descubrir todo el ardid. La falta de información del exterior jugaba en su contra, y si le pedía que le trajese el periódico cuando viniera a visitarle tal vez ella accedería y él podría descubrir qué estaba pasando con su título y su fortuna. Porque si de algo estaba seguro era de que Robert era demasiado simple como para tramar un plan tan retorcido él solo, debía tener ayuda. ¿Quién tenía tanto interés en que él desapareciera? No tenía enemigos, al menos eso creía. Había amasado su fortuna honradamente, invertía en negocios que habían ido en alza siguiendo su instinto, y siempre había procurado no enredarse en las faldas de mujeres casadas.

El enfermero llegó en ese momento sacándole de sus pensamientos con una bandeja de comida y la colocó junto a la cama.

—¿Le ayudo o puede usted solo? —preguntó.

—Yo puedo.

Intentó llevarse una cucharada de caldo a la boca, pero estaba aún débil y la mano le temblaba, así que desistió y le hizo una seña al muchacho para que le ayudase.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Me llamo Tom, milord. Tom Wells.

Wells... ese nombre le sonaba. Había conocido una vez a un hombre con ese apellido, pero de eso hacía ya mucho tiempo. Aún era joven y temerario, pero ese hombre le salvó la vida y le hizo madurar de un plumazo. Aunque su padre insistió en que se quedara en casa esa noche, él insistió en acudir al teatro en su estado, poniendo en evidencia a su familia y a sí mismo. Aquel día había bebido más que de costumbre y se sentía con derecho a todo, incluido retar al duque de Beaufort porque ahora era el benefactor de su antigua amante. Su atrevimiento casi le cuesta la vida, porque el duque era uno de los mejores tiradores del país, pero tuvo la suerte de encontrarse con James Wells tirado junto al camino con una herida de bala en el costado cuando acudía al bosque al amanecer.

Dejó su orgullo de lado y subió a Wells a su carruaje para llevarle a que le viera el médico en vez de acudir a ese maldito duelo. Wells había sido herido por su propio patrón sin razón aparente. Se había emborrachado una noche y le pareció divertido dispararle a su pobre lacayo para luego

abandonarle a su suerte. En ese momento Kenneth se dio cuenta del tipo de hombre en el que se convertiría si continuaba por ese camino y dejó de beber. Recompensó a Wells con una buena suma de dinero y el hombre invirtió en un pequeño negocio que había sido la salvación de su familia.

—¿Tu padre es James? —preguntó.

—¿Le recuerda?

—Me salvó la vida.

—Se equivoca, milord. Usted se la salvó a él.

Aún no conocía al muchacho lo suficiente como para confiarle su secreto, pero si resultaba ser tan leal como su padre tendría en él a un aliado dentro de ese maldito hospital. Continuó comiendo en silencio, y cuando terminó se tumbó de nuevo y cerró los ojos con un suspiro. Su día había sido terrible y no tenía fuerzas para seguir pensando en su estrategia de huida... porque sentía que ahora tenía una razón de peso para hacerlo.

Pero su razón de peso no apareció al día siguiente, ni al otro. Kenneth se recuperaba lentamente con la ayuda de Tom, que no se separaba de su lado ni un solo instante. Al tercer día apareció en su habitación un hombre alto y fuerte que se sentó junto a su cama para examinar sus lesiones detenidamente.

—¿Esto se lo ha hecho Appleton? —preguntó.

—Así es, milord —contestó Tom—. Dio un golpe en una mesa y el doctor le castigó con una paliza y encadenándole en una de las celdas de aislamiento.

—¿Encadenándole?

El hombre salió de su cuarto con paso decidido y Kenneth seguía sin comprender quién demonios era, pero Tom despejó sus dudas al momento.

—Es el duque de Lancaster —susurró—, el hermano de lady Cornick.

¿Qué hacía Lancaster preocupándose por su bienestar? Anne era más poderosa de lo que parecía...

—¡Ordené expresamente que se modificaran las salas de castigo! —oyó gritar al duque— ¿Por qué esa celda no se ha modificado, Appleton?

—Es para enfermos peligrosos, milord. A algunos hay que inmovilizarlos para...

—¿En el suelo? ¡¿Se les inmoviliza tirados en el frío suelo de piedra?! ¡Son personas, Appleton, no animales!

—Pero milord...

—Está despedido, ¿me oye? Tiene cinco minutos para recoger sus cosas

y marcharse.

—¡Pero Novak no está!

—Creo que hay otros doctores mucho más competentes que usted trabajando en este lugar.

El duque volvió a la habitación de Lansdowne y le dio un par de monedas de oro a Tom.

—Gracias por ocuparte de él, muchacho. —Se volvió hacia Kenneth—. No sé si me entiende, milord, pero le juro que esto no volverá a pasar jamás.

Dicho esto, salió de la habitación cerrando suavemente la puerta a sus espaldas y Kenneth miró a Tom con una ceja arqueada.

—¿Por qué ha intervenido? —preguntó.

—Lady Townsend le contó lo ocurrido a lady Cornick y ella prometió tomar medidas en el asunto.

—¿Y qué tiene que ver Lancaster con el sanatorio?

—Es su mayor benefactor y se hace lo que él dice, milord. De hecho fue él quien contrató a Novak.

—Bendito sea por ello. Esas pobres personas no se merecen los tratos vejatorios de Appleton.

Tom se le quedó mirando con los ojos como platos. Kenneth se apresuró a saltar de la cama y taponarle la boca con la mano.

—Cállate, no digas nada —ordenó con un susurro—, ¿lo prometes?

El muchacho asintió y Kenneth quitó la mano de su boca dejándose caer en la cama con un suspiro.

—¿Por qué está aquí encerrado cuando es evidente que no está loco? —preguntó Tom.

—Alguien me quería aquí y debo averiguar quién antes de hacerlo.

—¿Y no sería mejor que lo hiciera desde su casa?

—Aunque no lo creas, Tom, este sitio me ha venido muy bien para pensar. Digamos que me he tomado un retiro espiritual, pero ahora necesito tu ayuda.

—Lo que sea, milord. Usted salvó mi familia.

—Como he dicho antes, tu padre también me salvo la vida a mí. Necesito que averigües quién paga mi estancia en el hospital.

—No es ningún secreto, milord. Lord Robert Dankworth viene todos los meses a pagar su estancia y a informarse de su bienestar.

—¿Y nunca ha pedido verme?

—No, milord. Afirma que es demasiado doloroso para él encontrarle en

este estado.

—Creía que Robert no era capaz de hacerme algo así —se lamentó—. Nos criamos juntos y creía que no quería el título. Estaba más contento que yo si cabe por el nacimiento de mi hijo.

Pensar en su hijo un agujonazo de dolor cruzó su pecho y su rostro.

—Ahora está en un lugar mejor, milord, con los ángeles —dijo Tom al ver su gesto de dolor.

Kenneth asintió y apartó ese doloroso pensamiento de su mente. Ahora más que nunca debía estar lúcido para tramar un plan, ya había esperado demasiado para hacerlo. Tal vez se había sentido más seguro allí dentro, alejado de los recuerdos de su pérdida y de las obligaciones del título, pero debía ser responsable y volver a su vida de una vez por todas.

—Alguien está muy interesado en que Robert herede el título. Mi primo puede ser muchas cosas, pero es más un títere al que manejar que un conspirador, Tom.

—Veré qué puedo averiguar, milord. Tal vez alguien más se interese por su salud aparte de lord Dankworth.

—Gracias, muchacho.

Tom se marchó y la mente de Kenneth volvió de nuevo hacia Anne. ¿Qué le impedía volver al sanatorio? Tal vez lo ocurrido con Appleton fue demasiado para ella y había decidido no volver... Pero le había prometido un vals en el baile mensual y lo poco que conocía de ella le decía que no era de las que rompían sus promesas.

El doctor Novak volvió al día siguiente. En cuanto le informaron de los sucesos ocurridos se apresuró a tener una sesión de terapia individual con él, pero Kenneth no tenía humor ni fuerzas para seguir con la pantomima. Debía hacerlo, por supuesto, pero ahora que había hablado y que Novak lo sabía no tenía más remedio que hacerlo delante de él. Se jugaba mucho y lo sabía.

Cuando entró en el despacho del doctor se sentó en el sofá de cuero marrón junto a la chimenea y fijó su mirada en el fuego.

—Siento mucho lo que ha ocurrido en mi ausencia, Kenneth —comenzó—. Si lo hubiera sabido te aseguro que no le habría dejado al cargo de todo.

Kenneth permaneció con la mirada fija en el fuego. Tenía que estar muy concentrado o se delataría, y aún no sabía en quién podía confiar.

—Me han contado que fue lady Townsend quien te sacó del calabozo. ¿Es cierto?

Kenneth le miró fijamente y asintió.

—Anne es buena —se limitó a decir.

—Sí que lo es. ¿Te cae bien?

—Es mía.

—Kenneth, lady Townsend es una persona, y las personas no son propiedad de nadie.

—Va a bailar conmigo.

—Así que bailará contigo en el baile mensual, ¿eh? En ese caso podrías ayudarnos con la decoración. Estoy seguro de que a ella le gustará saber que te esmeraste.

—Quiero bailar.

—Lo sé, pero aún es pronto. ¿Cómo están tus heridas?

—Me duele. Appleton me golpeó.

—Appleton no volverá a hacerte daño.

—Lo sé, el hombre grande le echó.

—¿El hombre grande? Supongo que te refieres a Lancaster... aunque a decir verdad tú eres tan grande como él.

—Lancaster es mi amigo.

—Es amigo de todos los enfermos, muchacho. Se preocupa mucho por vosotros.

—Tom es mi amigo también.

—Así que Tom también es tu amigo... creo recordar que antes no te caía bien.

—Tom me curó. Anne gritó por mí y me llevaron a mi cama, y Tom me curó.

—Entonces Anne también es tu amiga...

—Anne es mía.

—¿Por qué discutiste con Charles? Creía que era tu amigo.

—Ya no lo es.

—¿Y eso por qué?

—Quiere bailar con Anne.

—Pero Anne puede bailar con él también, ¿no te parece?

—No, solo puede bailar conmigo.

—Creo que es suficiente por hoy —dijo Novak levantándose—. Le diré a tu amigo que te lleve a la enfermería para cambiarte los vendajes y vigilar esas heridas.

Kenneth se levantó y siguió sumisamente al doctor, pero en cuanto

estuvo a solas con Tom suspiró y se estiró como si hacerse el loco le hiciera encoger varios centímetros.

—Cada vez me cuesta más engañarle —admitió—. No debería haber hablado con Anne.

—Lleva mucho tiempo en este hospital, seguro que sabe cómo reaccionan los enfermos ante las preguntas de Novak.

—El problema son las sesiones privadas. Me paso el tiempo en tensión por miedo a meter la pata.

—Sigo sin entender por qué no habla con Novak y le cuenta la verdad. Él también podrá ayudarnos.

—No sé si puedo confiar en él, Tom. ¿Y si es aliado de mi enemigo?

—Es por estas cosas que me alegro de no ser un noble caballero. Hay demasiadas intrigas y conspiraciones en la alta sociedad.

—Eso me temo, muchacho.

Aunque aún estaba algo dolorido por la paliza decidió acudir esa misma tarde al salón principal por si lady Townsend aparecía, y se sentó en una mesa apartada con el puzle que días antes había dejado en su habitación. La dama en cuestión no hizo acto de presencia, pero sin embargo llegó una nueva dama a colaborar en las terapias del doctor Novak. Era el epítome de la belleza: bajita, esbelta, de cabellos rubios como el trigo formando perfectos tirabuzones y ojos azules. Una muñeca perfecta para cualquiera... excepto para él. Le molestó que la dama se acercase a él y se sentase a su lado sin pedir permiso, pero en vez de levantarse y marcharse, como era su deseo, permaneció ignorándola fijando su atención en el juego.

—Buenas tardes, milord. Creo que no nos han presentado —dijo la muchacha.

Al contrario que la dulce y armoniosa voz de Anne, la de ella era incluso algo chillona, y taladró sus tímpanos cada vez que se dignó a hablar.

—Soy Victoria Manning. Creo que conoce usted a mi padre, el conde Wickham.

Por supuesto que le conocía, pero no pensaba decir ni una palabra al respecto. Wickham y él acudían al mismo club y habían cruzado algunas palabras un par de veces, pero aparte de eso lo único que conocía del conde era su celo en proteger a su única hija. Corrían rumores de que ella jamás había salido de casa excepto acompañada de sus progenitores y que jamás había tenido contacto con ningún hombre. ¿Cómo era posible que su padre le hubiese permitido acudir a ayudar al hospital?

—Veo que no es usted muy hablador —suspiró apoyando su redondeada y sonrosada mejilla sobre su mano enguantada—. Creí que sería usted mucho más divertido que el resto de enfermos.

—Buenos días, lady...

La voz de lady Cornick le salvó de marcharse de malas formas, porque estaba empezando a cansarse de su verborrea. Lady Cornick miró a la muchacha con una ceja arqueada, esperando una respuesta.

—Soy lady Victoria Manning, milady —contestó ella haciendo una reverencia—. Me alegro de conocerla, lady Cornick. Tengo entendido que usted es una gran dama de la alta sociedad.

—Aquí no somos damas, Victoria. Aquí venimos a ayudar a los enfermos a que mejoren en sus enfermedades mentales, y te aseguro que no ayudarás nada a lord Lansdowne abrumándole con tus preguntas. Acompáñame, tal vez puedas enseñar a las niñas algún juego inofensivo con el que entretenerse.

La joven se levantó compungida y se alejó con la cabeza gacha.

—Siento que le haya molestado, milord. Puede seguir con su actividad, le prometo que no volverá a acercarse a usted en toda la tarde.

Kenneth asintió y continuó con su tarea. Al cabo de una hora tenía terminado el juego, que mostraba una preciosa imagen de *Hyde Park* en todo su esplendor. Cómo le gustaría tener la oportunidad de pasear por esos jardines con Anne... pero por desgracia ese día quedaba aún muy lejos. Con un suspiro, guardó las piezas nuevamente en la caja de madera y la puso en la estantería con el resto de actividades. En cuanto lo hizo, Rose, una joven de unos quince años a quien Kenneth se había propuesto proteger, se acercó a él y se sentó a su lado apoyando la cabeza sobre sus brazos cruzados.

—Le has gustado —dijo la muchacha sonriendo.

—A mí me gustas tú —contestó él devolviéndole la sonrisa.

—Mentiroso... te gusta lady Anne, lo he notado.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque con la única persona con quien has hablado desde que entraste aquí ha sido conmigo, pero has decidido hablar con ella también.

—Anne solo es una dama amable que se preocupa por nosotros.

—Si tú lo dices...

Kenneth se levantó dispuesto a marcharse de la habitación y se percató de la mirada atenta de Novak, que le observaba desde su escritorio junto al pasillo.



—Parece que le gustas a Rose —dijo el doctor.

—A mí me gusta Anne.

Su respuesta pareció satisfacerle y el marqués se dirigió a toda prisa a su dormitorio para no estar expuesto al escrutinio del médico más tiempo del necesario, porque corría el riesgo de ser descubierto... y eso sería una catástrofe para su plan de descubrir a quien le tenía allí encerrado.

## Capítulo 7

Por primera vez en varios años Anne se sentía nerviosa. Hacía mucho tiempo que no acudía a un baile con ilusión, y tener reservado aunque solo fuera un baile con el conde de Warwick la hacía sentirse de nuevo especial. Seguía pensando que su interés en ella era meramente por el marqués, pero aun así le alegraba que al menos se tomase la molestia de sacarla a bailar por ese motivo.

En cuanto se puso el vestido borgoña alisó las faldas mirándose en el espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación.

—Está preciosa, milady —dijo Prudence dejando sobre el tocador una peineta decorada con diamantes y flores—. Menos mal que su hermano se tomó la molestia de intervenir, su madre le estaba haciendo flaco favor tratándola como a una solterona.

—Es lo que soy —suspiró Anne sentándose frente al tocador.

Su doncella permaneció en silencio recogiendo su cabello en un sencillo peinado que dejaba algunos tirabuzones escapar alrededor de su rostro, y colocó estratégicamente la horquilla para que brillara cuando su señora girase alrededor del salón.

—Es usted una joven dama muy bella, lady Townsend —contestó observando su trabajo—. Y ese joven sería muy estúpido si la dejase escapar.

—El conde no se interesa por mi persona, sino por mi interés en su mejor amigo.

—O quizás eso es lo que quiere hacerle creer.

—Soy muy mayor para casarme.

—¿Quién lo dice? Hay muchas damas que se vuelven a casar después de viudas, y le aseguro que son mucho mayores que usted.

Anne permaneció sentada mirando al vacío un buen rato, pensando en las palabras de Prudence, aunque la verdad era que no quería creerlas. Porque si las creía debía reconocer que el conde le parecía apuesto y todo un caballero, y no tendría ningún motivo para negarse si él se decidía a pedir su

mano. Y ella quería seguir soltera, su idea de vivir por su cuenta le parecía mucho más atractiva que pasar su vida con el conde por muy apuesto y amable que fuera.

—¿Qué haces ahí sentada? —protestó su hermana entrando en la habitación haciendo aspavientos— ¡Vamos a llegar tarde!

—Ya estoy lista, solo tengo que coger mi capa.

Su hermana estaba absolutamente arrebatadora con su vestido azul cielo bordado con hilo de seda. Edith era el modelo de belleza londinense, de rasgos suaves, tez delicada, cabellos dorados y ojos azules. Estaba segura de que encontraría un buen compromiso ahora que ambas estaban bajo la tutela de su hermano.

Darío llegó puntual como siempre, pero en vez de entrar a la casa las instó a subir al carruaje. A ninguna de las dos le extrañó debido a las continuas discusiones que sucedían entre él y su madre cada vez que ambos permanecían más de diez minutos en la misma habitación.

—Estáis preciosas, chicas —dijo al verlas entrar—. Voy a ser la envidia del baile esta noche.

—¿Cómo se encuentra Jill? —preguntó Edith— Estoy deseando verla mañana.

—Se encuentra bastante cansada. Ya estaba dormida cuando he salido de casa, pero os manda saludos.

—El bebé llegará pronto —comentó Anne—. Estoy deseando poder tenerlo entre mis brazos.

—Esta noche es tu oportunidad de brillar, Anne —contestó su hermano—. Tal vez puedas pensar en tener tus propios hijos con algún apuesto caballero.

—No quiero casarme y lo sabes —protestó ella con un mohín.

—Pues parece que Warwick está bastante interesado en ti.

Anne suspiró. Su hermano ya había empezado a elucubrar contra ella y su futuro en solitario. No le quedaba más remedio que poner buena cara y conocer a los pretendientes que le presentara, pero eso no significaba que fuera a ceder al matrimonio. Su hermana, viendo su incomodidad, cambió de tema.

—Ya tenemos preparado el equipaje, Darío —comentó—. ¿A qué hora vendrás a recogernos?

—Lo antes posible —contestó su hermano.

—¿Podrías al menos dejarnos descansar? —protestó Edith—

Terminaremos exhaustas después del baile.

—Entonces vendré a mediodía —claudicó su hermano—. Pero debéis estar listas para marcharnos en cuanto llegue, quiero pasar el menor tiempo posible escuchando los lamentos de nuestra madre.

—Prometido —dijo Anne.

En cuanto llegaron al baile, Anne buscó al conde por la habitación, pero aún no había llegado, así que se acercó a saludar a sus amigas.

—¡Pero mírate, Anne! —exclamó Hester cogiéndola de las manos— ¡Estás arrebatadora!

—¿También has modificado este vestido? —preguntó Adelaine.

—No, creo que mi época de modista ha pasado a mejor vida —contestó Anne—. Mi hermano me llevó ayer a confeccionarme un nuevo guardarropa y vamos a ir a vivir con él y con Jillian.

—Me alegro tanto por ti... —suspiró Hester— Que seamos unas solteras no significa que no podamos tener vestidos bonitos.

—Eso mismo pienso yo —dijo Adelaine—. ¿Nos sentamos? Aún falta un poco para la cena.

Las tres mujeres se acercaron a unas sillas que había junto a la pared, y cuando tomaron asiento Anne vio llegar al conde de Warwick, lo que la puso algo nerviosa.

—Ya está aquí —susurró para sí—. Se supone que los libertinos siempre llegan tarde a los bailes.

—¿De quién hablas, Anne? —preguntó Adelaine.

—Warwick. Le encontré el otro día cuando Edith y yo veníamos de dar un paseo y me pidió un vals para esta noche.

—¡Vaya! Así que el soltero de oro está interesado en ti...

—No exactamente. Ambos velamos por el bienestar de un amigo en común.

—Entonces, ¿por qué viene hacia aquí?

Anne no sabía en qué dirección mirar para aparentar no haberse percatado de la presencia del conde. Cuando estuvo a su altura, hizo una exquisita reverencia a cada una de sus amigas antes de dirigirse a ella.

—Lady Townsend, permítame decirle que está usted esta noche deslumbrante —dijo con su voz de barítono—. Espero que no le parezca demasiado osado, pero he pedido permiso a su hermano para escoltarla hasta el comedor. Así podremos hablar tranquilamente de nuestro fin común.

Anne casi estrangula a Hester cuando suspiró. Reconocía que el conde

era apuesto, pero ¿tanto como para suspirar? La miró con reproche antes de aceptar el brazo de Warwick y dirigirse al comedor. Su hermano sonrió con satisfacción al verla pasar por su lado y ella tuvo que reprimir las tremendas ganas que sentía de pegarle un puñetazo en su apuesto rostro por hacerla pasar por aquello. Ahora todo el mundo creería que el conde estaba cortejándola y sería la comidilla de la alta sociedad.

—Ayer estuve en *Bedlam* —comenzó a decir Warwick— y me alegra decir que fui testigo de la mejoría de Kenneth.

—De eso quería hablar con usted, milord. Casualmente yo fui a visitarle horas después y su pequeño arrebato le costó una paliza y ser encerrado en aislamiento.

—¿Cómo dice? —preguntó horrorizado— ¡Apenas fue un cruce de palabras, por amor de Dios! ¿Cómo se atreven a tratarle de esa manera tan deleznable?

—Novak tuvo que ausentarse unos días por asuntos familiares y Appleton quedó al cargo. Por experiencia sé que sus métodos no tienen nada que ver con los de Novak y se creyó con derecho de ponerlos en práctica con Kenneth.

—Haré que le encierren —amenazó con los dientes apretados—. Se arrepentirá de lo que ha hecho.

—Por fortuna conseguí que le soltaran y cuento con la ayuda de un enfermero que tiene a nuestro amigo en muy alta estima. Además lady Cornick hablará con su hermano sobre el asunto, así que no tiene de qué preocuparse.

—¿Cómo vio a Kenneth? Dígame que no ha vuelto a encerrarse en sí mismo.

—Al principio estaba bastante taciturno, pero más tarde estuvo hablando conmigo. No demasiado, porque debía descansar, pero creo que se encuentra bien.

—Gracias por intervenir, milady. De no ser por usted mi pobre amigo seguiría encerrado como si fuera un animal.

—¿Hay alguna forma de sacarle de *Bedlam*, milord? Tal vez podría hablar con su familia...

—Me temo que eso no es posible. Su primo Robert se ha acostumbrado a la buena vida que conlleva el título y no está dispuesto a renunciar a ella.

—¿No tiene más parientes? Un hermano, o...

—Kenneth tuvo una hermana pero murió hace años debido a unas

fiebres. No tiene a nadie más que a nosotros.

A Anne se le encogió el corazón al descubrir que Kenneth se encontraba tan sumamente solo. Ella siempre había podido contar con sus hermanos y no podía ni imaginar lo que sería vivir sin nadie más en este mundo. Ahora entendía un poco mejor la reacción del marqués ante la muerte de su esposa.

—Kenneth confía en usted, Anne —susurró de repente Warwick—. Reaccionó cuando la nombré, ¿se lo han dicho?

—Él mismo me lo dijo. Se sentía afligido porque no podía bailar conmigo como hará usted esta noche, pero le prometí que acudiría al baile mensual para bailar también con él.

—Estoy seguro de que será un gran regalo para él.

—Dígame una cosa, milord. ¿Es usted consciente de que haberme acompañado a la cena dará mucho de qué hablar?

—Lo tuve en cuenta, en efecto, pero para mí es mucho más importante el bienestar de mi mejor amigo que las malas lenguas.

—¿Por qué se preocupa usted tanto por él?

—Nuestros padres eran amigos y nos criamos juntos. No solo es mi mejor amigo, lady Townsend, es también un hermano para mí.

—Lástima que no pueda interferir en este asunto en particular, milord. Pero le prometo que no descansaré hasta encontrar una solución a todo este asunto.

—Le estaré eternamente agradecido por ello.

Tras la cena, Anne se reunió con sus amigas a la espera de su baile. Ambas mujeres la miraron con picardía, a lo que ella respondió con un bufido mal disimulado.

—¿Podéis dejarlo ya? —protestó— Solo lo ha hecho para que podamos hablar de nuestro asunto en común sin que nos interrumpen.

—Pues me temo que todo el mundo habla de ello, Anne —contestó Adelaine—. Te has convertido en el único tema de conversación.

—Perfecto —protestó—. Ahora mi hermano creerá que quiero casarme con él.

—¿Acaso no te gustaría? —preguntó Hester sorprendida— Es el soltero más codiciado de la ciudad, Anne.

—Y el más atractivo —coincidió Adelaine.

—Pues a mí no me lo parece. Es apuesto, es cierto, pero no tanto como...

Se calló de repente al darse cuenta de lo que iba a decir. Si alguien

supiese que para ella no había hombre más apuesto que Lansdowne, la harían encerrar con él.

—¿Como quién, Anne? —preguntó Hester.

—Como nadie.

—Vamos, cuéntanoslo —la animó Adelaine.

—Como mi hermano —mintió—. Si un caballero no es más apuesto que mi hermano no merece la pena que me fije en él.

—No era eso lo que ibas a decir —la acusó Adelaine suspicaz.

—Y en cualquier caso, no creo que haya ningún caballero más apuesto que tu hermano en todo el país —continuó Hester—. Lástima que se fijara en Jillian y no en mí...

Anne sonrió. Era cierto, su hermano poseía una belleza inusual que hacía que todas las damas suspirasen por él. Su tez morena y sus preciosos ojos grises le hacían parecer un pirata. Y él aumentaba el parecido llevando el cabello, una espesa mata de rizos color ébano, recogido con una sencilla cinta de cuero.

—No voy a hacerte caso porque sé que quieres mucho a Jill, Hester —contestó Anne—, pero tienes razón, mi hermano es muy apuesto y Jill tiene mucha suerte de tenerle como esposo.

—Y enamorado —añadió Adelaine—. No hay que ser muy listo para darse cuenta del amor mutuo que se profesan.

Anne vio al conde Warwick acercarse cuando se oían los últimos acordes de una contradanza.

—Creo que este es nuestro baile, lady Townsend —dijo con una reverencia.

En cuanto las primeras notas del vals llenaron el aire, Warwick la hizo girar alrededor de la pista de baile como si realmente volara. Nadie, a excepción de su hermano, la había hecho sentirse tan liviana, y tuvo que centrarse para abordar el tema que debía tratar con él de inmediato.

—Me temo que tengo malas noticias, milord —susurró—. Su interés en mí se ha convertido en el tema principal de conversación esta noche.

—¿Y eso la preocupa?

—Pues la verdad es que sí. No quiero que la gente piense que intenta cortejarme. Después sería un engorro desmentir tal hecho.

—Pero es que es cierto que intento cortejarla, Anne —contestó el marqués, sorprendiéndola.

—Pero acaba de decirme que...

—He cambiado de opinión.

Anne le miró con los ojos abiertos como platos, y si no fuese una falta de decoro inadmisibles en una dama habría dejado al conde plantado en mitad de la pista de baile.

—No bromeo, milord —pidió—. Esas bromas son muy peligrosas.

—No estoy bromeando. Es bien sabido que necesito una esposa y usted es infinitamente más interesante que esas insulsas debutantes con las que mi madre intenta casarme.

—Debo advertirle que sus esfuerzos serán inútiles. No deseo casarme y mi hermano me ha concedido ese capricho.

—Por lo que sé, Gosford consintió permitirle permanecer soltera si no encontraba un caballero digno de usted. ¿Acaso no me considera digno, milady?

Su sonrisa era tan seductora que casi logra desarmarla. Pero el recuerdo de Lansdowne volvió a su mente haciéndola volver a la cruda realidad.

—¿Ha hablado con mi hermano, lord Warwick?

—He tenido unas palabras con él, sí. Acudimos al mismo club, ¿lo sabía?

—Pues no, no tenía ni idea.

—Gosford está muy satisfecho con mi interés por usted, de hecho.

—Pues siento decirle que yo no lo estoy.

—En ese caso, invertiré todos mis encantos en hacerla cambiar de opinión.

Los últimos acordes del vals sonaron y, tras una reverencia, Warwick la llevó junto a sus amigas.

—Hasta pronto, milady —susurró depositando un cálido beso en el dorso de su mano.

—Hasta pronto, milord —contestó ella algo azorada.

Le observó hasta que se perdió entre la multitud y se dejó caer en el sillón sin prestar demasiada atención al decoro.

—¿Y bien? —preguntó Adelaine con una ceja arqueada.

—Teníais razón —suspiró Anne—, me temo que el conde está interesado en mí.

—¡Pero eso es maravilloso! —exclamó Hester.

—¿Maravilloso? He tenido mi libertad al alcance de la mano y ahora se ha esfumado por su culpa. Te aseguro que no tiene nada de maravilloso.

—No te cierres, Anne —le aconsejó Hester—. Conócele y permítele



cortejarte. Tienes la oportunidad de dejar el lado de las chicas “florero”, no la dejes escapar.

—¿Y quién dice que quiera hacerlo?

Quería... por supuesto que quería, pero su ilusión era hacerlo con un hombre al que amara, no con el primero que le ofreciese la oportunidad. Sabía que ya era demasiado mayor para andarse con exigencias, pero tras vivir de primera mano la relación de su hermano y Jillian no podía ni pensar en otro tipo de matrimonio que no fuera por amor.

Cuando Edith y ella volvieron a casa, su hermana la encontró más taciturna que de costumbre.

—¿Qué te ocurre, Anne? —preguntó.

—Estoy muy confusa, Eddy. El conde de Warwick me ha confesado sus intenciones de cortejarme.

—¿Eso es estupendo! Es uno de los solteros más codiciados de Londres y muy apuesto además.

—Lo sé, pero ahora que me había hecho a la idea de vivir mi vida sin casarme no sé si quiero casarme.

—Warwick es todo un caballero, tiene muy buena reputación.

—Sí, pero a pesar de ello no es el tipo de hombre en el que yo me fijaría.

—¿Y cuál es ese tipo de hombre, hermana? ¿Lansdowne?

—Tal vez —reconoció.

Sabía que con su hermana podía hablar de cualquier cosa, sus secretos siempre estarían a salvo con ella.

—Pero no sabes si tus sospechas son ciertas. ¿Y si te equivocas? ¿Y si realmente está loco?

—No digo que le ame, Eddy. Me parece un hombre atractivo, nada más.

—Espero por tu bien que solo sea eso, Anne, porque no quiero verte sufrir una vez más.

A Anne aún le dolía que su madre rechazase a lord Hertford. Se había sentido tan enamorada que su negativa a permitir la boda le había roto el corazón. Alistair le había pedido que se huyese con él a *Gretna Green*, pero no podía traicionar así a su hermano, que acababa de heredar el título, así que no acudió a su cita y jamás supo de él.

—No te preocupes, Eddy —dijo—. Sé muy bien lo que hago.

## Capítulo 8

Hacía ya dos semanas que Anne y su hermana se habían instalado en casa de Darío. La preciosa habitación que Jillian había elegido para ella se había convertido en su santuario, porque era todo lo que una joven dama podía desear. No solo le encantaban los tonos vainilla de las cortinas y la ropa de cama, sino también el pequeño estudio que su cuñada había montado para ella en una pequeña habitación contigua. El precioso escritorio con rosas grabadas hacía juego con las estanterías y con la cajonera donde Anne pensó guardar todas sus actividades para el sanatorio. Terminó de colocar el último de sus libros en el estante y se dejó caer con una sonrisa en el cómodo sillón de orejas frente a la chimenea de su dormitorio.

No había vuelto a *Bedlam* desde el incidente con Appleton debido a la mudanza, pero esa misma tarde pensaba remediarlo. Había pasado gran parte de la mañana cocinando tartaletas de manzana y pera para llevarlas como premio, y ahora solo tenía que envolverlas en papel de seda y guardarlos en su cesta. Tenía muchas ganas de ver a las muchachas, pero sobre todo quería ver cómo se encontraba el duque después de aquello. Había recibido una carta de lady Cornick donde le informaba del despido inmediato de Appleton, así que en ese aspecto podía estar tranquila.

Bajó a almorzar con Jillian y Edith, puesto que su hermano tenía asuntos importantes que atender y comería en el club. Su cuñada se sentía hastiada, cansada del encierro impuesto por el embarazo, y la verdad es que sentía pena por ella, porque Jill era una polvorilla incapaz de permanecer quieta ni un solo momento.

—Contadme los planes que tenéis para esta tarde, chicas —suspiró Jill—. Al menos así podré pasarme la mía fantaseando con que os acompaño.

—Yo voy a tomar el té con lady Chase y sus dos hijas —contestó Edith con tristeza—. No he conocido nunca dos damas más insulsas que ellas.

—¿Y tú, Anne? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a *Bedlam*. Hace mucho tiempo que no lo hago y quiero llevar

unas tartaletas que he hecho esta mañana.

—¿Y le has guardado alguna a tu pobre cuñada? —preguntó Jillian con un puchero.

—Claro que sí, están en la cocina para que las sirvan a la hora del té.

—¿Warwick estará allí? —preguntó Edith con picardía.

—No lo creo —contestó Anne pensativa—, o al menos espero que no esté cuando yo llegue. Sería embarazoso, dadas las circunstancias.

—¿Por qué no quieres aceptar su cortejo? —preguntó una vez más Jill—  
Es un hombre muy apuesto.

—Te lo he dicho mil veces, Jill. No quiero casarme con nadie y mi hermano accedió a ello.

—Tu hermano jamás va a aceptarlo ahora que el conde se ha interesado por ti y lo sabes. ¿O por qué crees que insiste en que le invites a tomar el té?

—¿Por qué nadie entiende que no podré ser feliz con ese hombre? —protestó Anne— jamás podré amarle.

—A tu edad no puedes albergar esas fantasías, Anne.

—Mi hermano y tú os casasteis por amor.

—¡Y fue un auténtico milagro! Nadie se casa por amor.

—Por eso no pienso casarme y mi hermano debería aceptarlo en vez de atormentarme.

—Se preocupa por ti —le reprochó Edith.

—También lo sé, pero debería dejarme decidir por mí misma lo que quiero hacer con mi vida.

—¿Eres consciente de que la sociedad no aprobaría el tipo de vida que pretendes llevar? —preguntó Jill.

—Me iré a vivir a un pueblecito en el campo donde las normas sociales no sean tan estrictas.

—Alejándote de nosotros —protestó su cuñada.

—No es lo que quiero, créeme, pero tendré que hacerlo ni no me queda más remedio.

—Yo creo que estás siendo una niña caprichosa —le reprochó Edith—. Warwick es un buen hombre y estoy segura de que llevarías una buena vida con él.

—Pero no le amo, Eddy. Puede que tú te conformes con llevar una buena vida, pero te aseguro que yo no. Y ahora, si me disculpáis, me he quedado sin apetito.

Anne depositó la servilleta de hilo sobre la mesa y subió a su habitación,

donde se dejó caer sobre la cama rompiendo en llanto. Ella quería un matrimonio como el de su hermano, lleno de amor y cariño, y sabía que jamás tendría eso con Warwick porque ella jamás le amaría. Pero en su interior sabía que había perdido la oportunidad de casarse por amor, ya era demasiado mayor para encontrar a un caballero dispuesto a amarla.

Pensándolo bien, debía sentirse afortunada y agradecida de que el conde se mostrase interesado en ella. ¿Acaso sería tan terrible terminar casándose con un apuesto y amable conde? Tal vez su hermano tenía razón, Warwick se había comportado siempre como un caballero, había sido amable y atento, y ella le pagaba con su desprecio. Tomó una decisión: le escribiría una nota para invitarle a tomar el té al día siguiente, dándole así la oportunidad que todos parecían estar deseando.

Sacó de la cajonera una hoja de papel perfumado y se dispuso a escribir... pero al cabo de un rato lo único que había logrado era malgastar tres hojas en garabatos sin pies ni cabeza. Con un suspiro, bajó a la salita donde Jillian solía pasar el tiempo bordando. La encontró sentada en el alféizar de la ventana mirando hacia el enorme jardín, posiblemente añorando poder respirar un poco de aire fresco.

—Escríbele una nota al conde, Jill —dijo Anne desde la puerta—. Invítale a tomar el té mañana.

Su amiga la miró con una ceja arqueada. La conocía demasiado bien para confiar en ese cambio repentino de actitud, pero Anne estaba decidida a darle una oportunidad a Warwick, no por ella misma, sino para contentar a los demás.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó Jillian suspicaz.

—Ya que todos parecéis convencidos de que Warwick puede ser un marido adecuado para mí, le daré una oportunidad.

—No tienes que hacerlo porque nosotros creamos que es lo correcto, Anne, sino porque tú lo deseas así.

—No le conozco —reconoció—. No le conozco y sería injusto rechazarle antes de hacerlo. Además, tal vez termine amándolo con el tiempo, ¿verdad?

—Muy bien, le escribiré de inmediato.

—Gracias. Me marchó a *Bedlam*, volveré a la hora de la cena.

—Ten cuidado.

En cuanto bajó del carruaje de su hermano en la puerta del sanatorio, el hormigueo que ya le resultaba tan familiar volvió a aparecer dentro de su

estómago. Se alisó las faldas y precedió al mozo que la acompañaba portando la pesada cesta de dulces. Como no había tenido tiempo de buscar una actividad nueva para los enfermos eligió un libro de su biblioteca para leer. Al menos esperaba que las damitas estuviesen calmadas y disfrutasen de la lectura. En cuanto al marqués... esa era otra cuestión. Después del arranque de celos que había sufrido por el baile con Warwick ella no había vuelto a acudir al sanatorio y temía que hubiese podido recaer en su silencio.

Novak se acercó a ella bastante compungido e hizo una exquisita reverencia.

—Me alegro de verla, milady. Temía que hubiese decidido no volver debido al incidente con Appleton.

—Me he mudado a vivir con mi hermano y he estado muy ocupada acomodando mi habitación, por eso no he podido venir antes. ¿Cómo esta Lansdowne?

—Taciturno nuevamente —contestó el doctor con pena—. Parece que aquel episodio le ha afectado drásticamente, milady.

—Y que yo haya dejado de venir no le ha ayudado en absoluto —se lamentó.

—Siento muchísimo lo ocurrido, lady Townsend. Si hubiera sabido lo que ese animal iba a hacerle al marqués le juro que jamás le hubiese dejado al cargo.

—No es culpa suya, sino de él, y tengo entendido que ha recibido su merecido.

—Así es, Lancaster le despidió en cuanto la noticia llegó a sus oídos y yo volví de inmediato cuando me comunicó el fatídico desastre.

—Espero que se hayan solucionado sus problemas familiares.

—Todo lo que cabía esperar, milady.

—Me alegro. ¿Vamos con los enfermos, doctor?

Novak asintió y la acompañó hasta el salón principal. Aún no habían llegado el resto de damas que ella conocía, pero había una joven rubia sentada con Kenneth junto a la ventana con el rostro levantado hacia el sol y los ojos cerrados con una sonrisa. De repente sintió los celos bullir en su interior, pero intentó apartarlos de su mente.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Es lady Victoria Manning, la hija del conde Wickham —aclaró Novak—. Vino hace unos meses con lady Davenport y desde entonces suele pasarse por aquí de vez en cuando.

Anne levantó el mentón y se acercó a la mesa donde las damas a su cargo coloreaban un bonito paisaje hecho a carboncillo.

—¿Me habéis echado de menos? —susurró.

Las muchachas levantaron la cabeza y sonrieron, pero no mostraron ni un ápice del entusiasmo que solían mostrar cuando ella llegaba al sanatorio.

—No se preocupe —intentó tranquilizarla Novak—, en cuanto vuelvan a verla a menudo todo volverá a ser como antes.

—Iba a leerles un libro, pero mejor las dejo con sus dibujos.

Miró de reojo a Kenneth, que había fijado su mirada azul en ella. El calor subió por su estómago hasta sonrojar sus mejillas, pero agachó la cabeza para que el doctor no se diera cuenta de su reacción. De pronto Anne sintió la imperiosa necesidad de apartar a Kenneth de aquella jovencita de inmediato y se volvió hacia el doctor con una sonrisa.

—¿Cree que sería posible permitir que el marqués diese un paseo por el jardín? —preguntó— Sé que echa de menos salir al aire fresco y no creo que corra peligro alguno si uno de los enfermeros nos acompaña.

—No sé si es buena idea, milady...

—Lansdowne ha demostrado ser un paciente pacífico, doctor. Ni cuando le golpearon salvajemente se defendió. No creo que vaya a hacerme daño solo por llevarle a pasear, ¿no cree?

—Muy bien, le preguntaremos si quiere acompañarla.

El médico se acercó a Lansdowne, que siguió con la mirada fija en ella. Estaba demasiado lejos para escuchar lo que el médico le decía, pero vio al marqués asentir antes de levantarse y salir de la habitación seguido por Tom.

—Ha accedido, milady —dijo el doctor acercándose nuevamente a ella—. Tom va a llevarle a ponerse un abrigo y la esperarán en la puerta del jardín. Si me acompaña, la llevaré hasta allí.

—Gracias, doctor.

Cuando la joven la miró con reproche, Anne se sintió poderosa e increíblemente satisfecha. Cogió de la cesta un par de tartaletas y las metió en su ridículo antes de seguir a Novak por los pasillos hasta una enorme puerta de arco. Lansdowne llegó pocos minutos después, y estaba muy guapo con su traje de día y su capa.

—Ha insistido en vestirse para la ocasión —aclaró Tom con una sonrisa—. Quería estar presentable para la dama.

Kenneth se acercó y le ofreció el brazo sin apartar los ojos de ella, y a Anne se le calentó nuevamente todo el cuerpo. Aceptó el brazo y salió al

jardín en cuanto Novak abrió la puerta.

—Permaneceré algo alejado, milady, pero si me necesita solo tiene que llamarme —dijo Tom.

—Muchas gracias, Tom.

Kenneth tenía que averiguar si Anne había decidido aceptar a Charles como pretendiente. Su amigo le había confesado días antes sus intenciones y él había sentido algo muy parecido a los celos correr por sus venas. Esa mujer se preocupaba por él y tenía que reconocer que a él le gustaba, y mucho. Desde la muerte de Evelyn había pensado que jamás volvería a sentir algo por ninguna mujer, pero allí estaba esa joven, con una dulce sonrisa y un gran corazón que lograban que no pudiera dejar de pensar en ella. Sabía que él no le era indiferente, lo había visto en sus ojos cada vez que la miraba fijamente, pero su situación hacía imposible cualquier tipo de cortejo. No iba a ponerla en esa tesitura. No tenía nada que ofrecerle y de todos los caballeros de Inglaterra Charles era el único a quien permitiría acercarse a ella, pero aun así ese hecho le enfurecía.

—Gracias —susurró.

Anne le miró con una sonrisa y él deseó besar esos labios tiernos en forma de corazón.

—No hay de qué —contestó Anne—. Quería disculparme por mi ausencia. Me he mudado a casa de mi hermano y debía acomodarme.

—Creí que no volvería.

—¿Por qué no iba a volver?

—Por lo que ocurrió.

—No fue culpa suya, sino de ese animal. Y ya no está, ¿verdad? Lady Cornick habló con su hermano para que le echasen del sanatorio, debería darle las gracias.

Kenneth asintió, no quería mostrarse demasiado lúcido en presencia de la joven, así que fijó su atención en unos pajarillos que cantaban posados sobre una rama cercana y se sentó en el banco.

—He traído un libro —dijo Anne—, con todo el ajetreo de la mudanza no he tenido tiempo de buscar otra actividad. ¿Le gustaría que le leyese un rato?

Kenneth volvió a asentir y cerró los ojos para disfrutar de la armoniosa cadencia de su voz. Su mente dejó de prestar atención a la historia e imaginó una escena similar en una situación muy distinta. Vio a Anne sentada a la

sombra del enorme ciprés que daba sombra en los jardines de *Lansdowne Hall*, con el cabello castaño suelto alrededor de su rostro cayendo sobre sus turgentes pechos, y se vio a él mismo tumbado sobre su regazo, con los ojos igualmente cerrados, acariciando distraídamente la piel de su pantorrilla con un dedo. Anne tenía un brazo cruzado sobre su pecho, y sus dedos se adentraban por la abertura de su camisa para acariciar el vello que lo cubría, y de repente Kenneth sintió que esa sería su nueva vida perfecta. Tenía que salir de allí, tenía que averiguar si Novak era de fiar y debía demostrarle que no estaba loco. Quería cortejarla, quería ser él quien la sacase a bailar y le llevase flores, pero para ello tenía que solucionar los problemas que le mantenían allí encerrado.

El tiempo pasó volando y antes de lo que esperaba Anne dio por terminados la lectura y el paseo. Volvieron al hospital dando un paseo y la joven se despidió de él antes de que entrase de nuevo al salón.

—Tal vez mañana pueda volver para seguir leyendo el libro —dijo Anne—. ¿Le gustaría?

—Mañana es el baile.

—¿En serio? Lo había olvidado por completo. En ese caso nos veremos aquí a las diez. No olvide que me debe un baile —continuó con una sonrisa.

—Jamás podría hacerlo.

Hizo una impecable reverencia y depositó un suave beso en el dorso de su mano enguantada. Sintió el temblor de la muchacha y una oleada de pura satisfacción masculina se apoderó de él. Hablaría con Charles, le contaría a su amigo toda la verdad y sus intenciones de cortejar a lady Townsend en cuanto su vida volviese a la normalidad. Ya estaba cansándose de esconderse, tenía que empezar a actuar.

El corazón de Anne aún latía con fuerza cuando se dejó caer en el asiento de su carruaje. ¿Por qué se sentía así? No era el primer caballero que se tomaba la libertad de besarle la mano, pero sí era la primera vez que ese beso la afectaba. Debía recordarse constantemente que Kenneth estaba enfermo y que no había ninguna posibilidad de que se curase por arte de magia. Pero la verdad era que no podía apartarle de su mente. Pensaba en él a todas horas, y se sentía culpable por haber aceptado las atenciones de Warwick. Ojalá las circunstancias fuesen diferentes, ojalá Kenneth y ella se hubiesen conocido en otro lugar... pero no debía engañarse. Si así hubiera sido, el marqués ni siquiera se habría fijado en ella. De hecho Warwick no lo



habría hecho de no ser porque logró que su amigo reaccionara.

Con un suspiro, entró en casa de su hermano dispuesta a subir a darse un baño antes de cenar, pero los gritos de su madre la desviaron hasta el salón.

—¡No tienes derecho! —gritaba su madre.

—Tengo todo el derecho, madre —contestó su hermano—. Soy el cabeza de familia y debo ocuparme de vosotras como considere oportuno.

—No pienso casarme de nuevo, ¿me oyes? ¡No pienso hacerlo!

—¡Lo harás o no recibirás de mí ni un solo penique! —amenazó Darío— La boda se celebrará dentro de un mes, y confío en que colabores en la organización.

—Antes muerta —contestó la madre cruzándose de brazos.

—Te juro que irás al altar aunque tenga que ser a rastras. No me lo pongas más difícil.

—Parad, por favor —intervino Anne.

Ambos se quedaron mirándola como si acabasen de descubrir su presencia, y su madre se dejó caer a su lado, hecha un mar de lágrimas.

—Por favor, hija, convéncele de que no lo haga —le rogó—. ¡Quiere casarme con Midleton!

—¡Es un buen hombre! —protestó su hermano— Es un buen hombre y te tratará bien.

Anne miró a su hermano para que guardara silencio y se arrodilló junto a su madre.

—¿Ya le has concedido su mano a Midleton? —preguntó.

—Tenía la leve esperanza de que mamá accediese antes de hacer ningún movimiento.

—Tengo entendido que el duque de York también está buscando esposa, y ya cuenta con dos herederos que salvaguarden su título. ¿Me equivoco?

—No, así es —contestó Darío sorprendido.

—¿Accederías a casarte con él, mamá? —preguntó Anne.

—El quiere una dama joven, no a una matrona como yo.

—No digas bobadas, eres aún joven y guapa, y estoy segura de que el duque siente algo por ti.

—Venía a ver a tu hermana —aclaró, aunque sin demasiada convicción.

—Puedo hablar con él para ver si hay posibilidades —concedió su hermano—. No perdemos nada con intentarlo.

—Si York accede, juro que no pondré ningún impedimento para esa boda —prometió su madre.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó Anne.

—Será mejor que me vaya a casa —contestó levantándose—. Creo que he incordiado a tu hermano suficiente por esta noche.

## Capítulo 9

Anne se alegró muchísimo cuando a la mañana siguiente le entregaron el resto de su guardarropa. Aunque podía ponerse el vestido borgoña para el baile del sanatorio, la verdad era que le encantaba la idea de estrenar otro vestido de fiesta. Prudence extendió sobre la cama los nuevos vestidos para que su señora eligiera alguno, pero estaba tan indecisa que a punto estuvo de ponerse a gritar.

—¡No sé cuál elegir! —exclamó Anne dejándose caer con un gemido en el sofá junto a la chimenea— Son todos tan bonitos...

—¿Por qué no le pregunta a su cuñada? —sugirió Prudence— Seguro que ella tiene mejor gusto que yo, milady.

—Tienes razón, voy a buscarla.

Anne salió a toda prisa de su habitación y bajó las escaleras para buscar a Jillian, que estaba sentada en su salita tejiendo una nueva mantita para el bebé.

—¿Otra manta? —rió Anne— Debes tener ya cientos.

—Lo sé, pero también tengo más de cien trajecitos, calcetines y rebecas... Además, siempre puedo guardarlas para cuando tengas tu propio hijo.

—Creo que Edith será más rápida que yo en ese aspecto.

—No veo a tu hermana demasiado convencida con el cortejo de Montrose.

—¿En serio? ¿Qué ha ocurrido?

—No quiere contarme nada. Solo dice que no le ha resultado tan interesante como esperaba.

—Pues la verdad es que me alegro. No me gustaba demasiado el duque, tiene fama de libertino y temía que pudiera comprometer su reputación.

—Aún no le ha rechazado formalmente, pero ya le he dicho que debería hacerlo lo antes posible para no dar lugar a habladurías innecesarias. Espero que me haga caso.

—Hablaré con ella mañana, si quieres, pero ahora te necesito.

—¿Qué ocurre?

—No soy capaz de decidir qué vestido ponerme para el baile de esta noche. Sé que no es algo formal, pero...

—¿Pero quieres estar guapa por si resulta que el conde se decide a asistir?

Anne asintió aunque esa no era la verdadera razón por la que quería estar guapa.

—Si me ayudas a levantarme del sofá te ayudaré a decidir —continuó su cuñada con una mueca—. Ahora mismo parezco una enorme bola de nieve andante.

Anne rió y ayudó a su cuñada a incorporarse. Faltaban aún algunas semanas para el nacimiento de su sobrino, pero todo parecía indicar que Jillian podía estar embarazada de gemelos, pues su tamaño era demasiado exagerado para un embarazo normal. Cuando llegaron a su habitación Jill se dejó caer en la butaca junto al fuego y le ordenó que se probara todos los vestidos. Al final se decidieron por el de satén color champán con flores bordadas.

—Te queda precioso —susurró su cuñada—. Las esmeraldas le irán perfectas.

—No tengo esmeraldas.

—Pero yo sí.

Su cuñada se levantó y salió de la habitación para volver poco después con una gargantilla de diamantes y esmeraldas y unos pendientes de lágrima a juego.

—Te los presto —dijo con satisfacción—. Al menos ellos irán a algún baile.

—No es un baile de gala, Jill.

—Tengo la sensación de que lo pasarás mucho mejor en este.

Jillian tenía razón, en el baile de *Bedlam* se sentiría mucho más cómoda y feliz que en cualquiera de los bailes de la alta sociedad. En este baile no tendría que fingir ser alguien que no era, ni sentarse en una silla de un rincón a mirar cómo los caballeros sacaban a bailar a aquellas debutantes que disfrutaban de sus primeras temporadas. En este baile ella sería una más, bailaría con todos y se sentiría realmente feliz. Había mandado una invitación a Adelaine y a Hester para que acudieran con ella al baile. Sabía que sus amigas también disfrutarían mucho más de esta velada y esperaba que sus

padres les permitiesen perderse por una noche un baile formal para que sus hijas pudiesen divertirse.

Prudence había terminado de colocar la última horquilla de madreperla en el intrincado recogido de su señora cuando Darío entró a la habitación. Se quedó parado en mitad de la estancia, mirándola embobado.

—¿Qué pasa, hermano? —preguntó dando una vuelta— ¿No te gusta el vestido?

Sonrió, porque sabía perfectamente que era el que a él más le gustaba.

—Estás arrebatadora, Anne —dijo apoyando las manos sobre sus hombros desnudos—. Es una lástima que malgastes tu belleza en un baile del sanatorio.

—Creo que este es el único baile en el que voy a pasármelo realmente bien, Darío. Además, es posible que Warwick acuda también.

—¿Warwick va a ir? —preguntó Darío sorprendido.

—Sabe que yo lo haré.

—Muy bien, en ese caso que te diviertas. Te acompañaría, pero tengo que ir con Edith al baile de Almack's.

—Quédate tranquilo, allí no pasará nada. Además, estoy segura de que lady Cornick velará por mi seguridad.

Darío cogió el collar de esmeraldas de su cama de terciopelo y lo colocó alrededor del cuello de su hermana.

—Ojalá encuentres esa felicidad que tanto buscas, Anne —susurró besándola en la sien—. Bien sabe Dios que daría todo lo que tengo porque así fuera.

Anne había quedado con sus amigas en la puerta de *Bedlam*, así que se montó en el carruaje de su hermano, que la llevó al sanatorio antes de volver para llevarles a él y a Edith a Almack's. Adelaine se bajaba de su propio carruaje cuando llegó y ambas se fundieron en un caluroso abrazo.

—Me alegro de que hayas podido venir —dijo Anne.

—De no ser por mi madre ahora mismo estaría sentada en una silla en Almack's. De hecho, mi padre cree que nos encontramos allí.

—¿No lo descubrirá?

—Por suerte para nosotras sufre un ataque de gota, así que nunca tendrá que saberlo.

—¿Y dónde está tu madre? —preguntó mirando detrás de su amiga.

—Ha entrado a saludar a lady Davenport, son viejas amigas.

Hester llegó en ese momento acompañada por su hermana mayor y su

esposo. En cuanto las tres amigas se abrazaron, las presentó a sus familiares.

—Tengo la suerte de tener una hermana que odia los bailes tanto como yo —dijo—. En cuanto le hablé de nuestro baile se ofreció a acompañarme, y papá no pudo oponerse.

—Va a ser el mejor baile de la temporada, chicas —añadió Anne.

—Y por fin conoceremos al misterioso lord Lansdowne —dijo Adelaine con una pícaro sonrisa.

Kenneth estaba nervioso e impaciente. El baile estaba a punto de empezar, pero Anne no había llegado. ¿Se echaría atrás? No, ella jamás rompería una promesa, estaba seguro. Se colocó de nuevo la chaqueta de su traje de gala y se enderezó la pajarita una vez más antes de encaminarse hasta el comedor. Habían adornado la sala como si fuera una auténtica pista de baile, incluso habían contratado a una pequeña orquesta para que amenizara la velada. A la izquierda había una fila de mesas en las que podían encontrar canapés variados e incluso ponche, y todas las chicas del grupo de terapia lucían sus preciosos vestidos de baile, incluso aquellas a quienes sus familias ni siquiera se dignaban a visitar, como la joven Rose.

La muchacha le vio y su boca dibujó esa sincera sonrisa que a Kenneth llenaba de ternura antes de acercarse a él y dar una vuelta entera para que admirase el vestido que Wells había conseguido para ella.

—¿Estoy guapa? —balbució.

—Estás preciosa —contestó Kenneth.

—Quería darte las gracias por el vestido, sé que Tom se ha limitado a seguir tus órdenes.

—La dama más bella de la fiesta no podía llevar un vestido cualquiera. ¿Me harías el honor de reservarme un baile?

—Por supuesto, milord —contestó Rose haciendo una reverencia exagerada—. Será un placer bailar con usted.

Rose le tendió su carnet de Baile y Kenneth apuntó su nombre en la tarjeta de una cuadrilla. Rose miró a Tom con una sonrisa y le tendió el carnet también a él.

—¿Quieres que baile contigo, Rose? —preguntó Tom sorprendido.

—Solo si prometes no pisarme los pies.

El joven sonrió negando con la cabeza y escribió su nombre en otra tarjeta. Rose les sonrió y se fue corriendo hasta las demás chicas para incitarlas a acercarse a pedirles también un baile.

—Creo que se pronto seremos abordados por las damas —susurró Kenneth.

—Era muchacha es auténtico diablillo. Si no fuera porque tiene una fuerza sobrehumana habría terminado enloqueciendo de verdad.

—Es un ángel. Cuando salga de aquí haré todo lo que esté en mi mano para sacarla a ella también.

—Para ello tendrás que encontrar a su familia.

Su conversación se vio interrumpida por el revuelo que se formó ante la entrada de tres bellas damas al salón. Levantó la vista... y ante sus ojos apareció una auténtica visión. Anne estaba preciosa esa noche. El vestido color champán se ajustaba deliciosamente a sus curvas, se había vestido como si acudiese al mismísimo baile de Almack's y él no podía dejar de mirarla. Le había prometido un vals, y aunque Kenneth se moría de ganas de acercarse a ella permaneció en la esquina admirándola mientras bailaba con algunos de los enfermeros. Bailó también con todas las chicas, incluso con Rose, a quien puso su collar sin pensárselo dos veces cuando la muchacha lo acarició con admiración. Era perfecta... y en cuanto saliese de ese maldito hospital dedicaría toda su existencia a demostrarle cuán perfecta le parecía.

Cuando las dos mujeres salieron de la pista de baile en dirección a la mesa de las bebidas Kenneth se acercó a ellas e hizo una exquisita reverencia.

—Buenas noches, Anne —susurró—. ¿Bailamos, Rose?

Anne observó a Kenneth mientras bailaba con la pequeña Rose. Era una de las muchachas de su grupo, tan encantadora como inocente. Les vio sonreír, divertirse, y le pareció un gesto precioso que Kenneth le solicitase un baile, porque intuía que a la joven él le gustaba. Se sirvió un vaso de ponche y se sentó en el alféizar de la ventana a observarles.

—¿Se divierte? —preguntó Novak a su lado.

—Mucho. Es tan gratificante verles así de felices...

—De las actividades que hacemos, es la que más les beneficia. Todos colaboran en sus terapias porque ansían acudir al baile de final de mes. Incluso Lansdowne se ha mostrado más receptivo esta vez.

—Querría bailar con Rose —contestó ella sin apartar la mirada de los bailarines—. Mire qué bien se lo pasan juntos.

—El marqués quería bailar con usted, lady Townsend. Es cierto que ha acogido a Rose bajo su protección, pero la ve más como a una hermana menor a quien proteger.

—¿Cree que es malo que Lansdowne muestre tanto interés en mí?

—Al contrario, creo que es algo bueno. Podría mejorar su situación notablemente precisamente porque quiere impresionarla. Ha insistido en que le trajesen su traje de gala solo porque usted iba a venir, y para conseguirlo ha tenido que ser más participativo en sus sesiones individuales de terapia.

—¿Podría llegar a curarse?

—No lo creo, milady. Lleva dos años encerrado en este lugar, dudo mucho que después de eso sea capaz de recuperar la cordura.

—Es una lástima que un hombre haya acabado aquí por amor.

—Ya lo creo.

El baile de Rose terminó y Anne vio cómo Kenneth la llevaba hasta sus amigas. A cada una de ellas les pidió un baile, y todas rieron encantadas mientras el marqués escribía su nombre en su tarjeta de baile. Cualquiera que le viera en ese momento dudaría que estuviese loco. Se comportaba con unos modales exquisitos y trataba a todas las muchachas con respeto y educación. Parecía saber qué hacer para que todas estuviesen felices.

Sus amigas se acercaron riendo en ese momento y se dejaron caer a su lado con un suspiro.

—Nunca he bailado tanto como esta noche —suspiró Hester—. Es maravilloso ver cómo un simple baile puede hacer a estas personas tan felices.

—Es cierto —concordó Adelaine—. Convenceré a mi madre para que me deje participar en las terapias también.

—¡Qué gran idea! —aplaudió Hester— Espero que aún podamos unirnos...

Anne seguía hipnotizada mirando cómo Kenneth bailaba con sus compañeras, y por primera vez desde que le conociera descubrió su cálida sonrisa. Era sincera, tierna, y por un momento deseó que se las dedicara solo a ella.

—Anne, ¿me estás escuchando? —preguntó Hester con una sonrisa, porque había seguido la dirección de la mirada de su amiga.

—Es muy apuesto, lo reconozco —añadió Adelaine—. Es una lástima que esté loco.

Kenneth se acercó en ese momento e hizo una reverencia a las muchachas, arrancando sendos suspiros a Hester y Adelaine.

—Creo que este es nuestro vals —dijo con voz ronca—. Discúlpeme, señoritas.



En cuanto la música empezó a sonar, Kenneth comenzó a dar vueltas, guiándola por la pista de baile. Anne sentía que andaba entre algodones, Kenneth era un magnífico bailarín. Fijó su mirada en la de él... y al momento estuvo perdida. En sus ojos azules brillaban las luces de la habitación, pero también algo más, algo más intenso que no supo descifrar. De pronto todo desapareció a su alrededor, ya no estaban en *Bedlam*, sino en un universo paralelo en el que solo existían ellos dos. Anne podía escuchar el latir de su corazón martillar su oído y vio cómo el de Kenneth latía en su cuello. Poco a poco ambos corazones empezaron a latir al unísono y la música también desapareció.

Perdió la noción del tiempo, y cuando su acompañante aminoró el ritmo volvió a oír los últimos acordes de la melodía. Se detuvieron en mitad de la pista con la respiración acelerada y el corazón latiendo desbocado. ¿Qué había pasado entre ellos? Kenneth cogió su mano enguantada y depositó un suave beso en el dorso sin apartar los ojos de los de ella.

—Gracias, milady —susurró.

Anne se alejó hasta la zona de sillas y se dejó caer en una de ellas para recuperar la compostura. ¡No podía enamorarse de un loco! ¡Ella sí que estaba loca si consideraba por un solo segundo esa posibilidad! Tenía que apartar a Kenneth de su cabeza o terminaría encerrada con él en el hospital.

—¿Estás bien, Anne? —preguntó Adelaine preocupada.

—Sí —contestó—, solo estoy un poco mareada. Creo que necesito un poco de aire fresco.

—Vayamos al jardín —sugirió Hester.

—No se puede salir sin autorización —contestó ella levantándose—. Iré a buscar a Novak.

Salió al pasillo en busca del doctor, pero no estaba por ninguna parte. Decidió ir a mirar a su despacho cuando vio que Rose salía a correr hacia la puerta de la calle, que permanecía abierta por los invitados.

—¡Rose, no! —gritó asustada.

Salió a correr tras ella, pero antes de que alcanzara la puerta de la calle vio cómo Lansdowne salía corriendo por ella. Les siguió hasta la calle, donde los carruajes circulaban a toda prisa, y justo cuando Rose a punto estuvo de ser arrollada, Kenneth la agarró de la cintura y tiró de ella hasta quedar sentado en la acera con la muchacha entre sus brazos. Rose sollozaba desconsolada y Kenneth acariciaba su cabeza acunándola suavemente.

—Ya está, pequeña —susurraba—. Estás a salvo.

Tom pasó junto a Anne como una exhalación y se arrodilló junto a Kenneth, que continuó susurrando palabras tranquilizadoras en el oído de Rose hasta que la muchacha logró calmarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tom.

—Esa maldita muchacha se ha reído de ella —contestó Kenneth.

—¿Quién? ¿Victoria?

—Deberían prohibirle venir al hospital —protestó el marqués—. Solo sabe incordiar a las chicas y hacer que se sientan mal.

—Hablaré con Novak sobre este asunto —dijo el enfermero.

—Llévatela a descansar, yo volveré a la fiesta.

Tom se puso de pie y ayudó a Rose a levantarse, pero se quedó helado en el sitio cuando vio a Anne frente a ellos, con los ojos abiertos de par en par fijos en el marqués.

—No estás loco —susurró.

Kenneth maldijo en silencio. ¿Qué demonios hacía Anne allí? Creía que nadie les había visto salir del salón... Se acercó a ella y la cogió del brazo para apartarla de la puerta, donde todos podían verles.

—Te lo explicaré todo, pero por favor, no me delates —susurró.

—¿Por qué...

—Mañana —la interrumpió—, te lo explicaré todo mañana.

La muchacha asintió y les acompañó de nuevo adentro. En cuanto estuvieron de nuevo en el salón la joven se alejó hacia las damas con las que había venido. El marqués se quedó apoyado en una columna observándola, a la espera de que lady Townsend le delatará.

—Ya está —susurró Wells a su lado—. Se ha quedado dormida en cuanto la he metido en la cama.

—¿Está más tranquila?

—He tenido que darle un calmante.

—Bien. ¿Crees que podrías conseguir que Lady Townsend y yo salgamos al jardín? Necesito hablar con ella de inmediato o me delatará.

—Es imposible, milord. Tendrá que esperar a mañana.

Volvió a fijar la vista en Anne y descubrió que ella le estaba mirando fijamente, con una mirada intensa y desafiante. Se dirigió con paso decidido a ella, y cuando estuvo seguro de que nadie más le descubriría se acercó a su oído.

—Mañana en el jardín se lo explicaré todo. Se lo prometo.

Anne asintió casi imperceptiblemente antes de coger su abrigo y marcharse seguida de sus amigas. Muy bien... por ahora estaba a salvo de ser descubierto... aunque ni por asomo estaba a salvo de ella.

## Capítulo 10

El corazón de Anne latía desbocado cuando se dejó caer en el asiento de su carruaje. ¡Kenneth no estaba loco! Entonces, ¿por qué hacía como si lo estuviera? Su cabeza era un hervidero de ideas a punto de estallar. ¡Necesitaba saber más! ¿Qué intriga se tejía alrededor del marqués? Y lo más importante, ¿cómo podría ella ayudarlo?

Cuando llegó a casa subió a su habitación, y tras desnudarse se metió bajo las mantas. Necesitaba olvidarse de todo el asunto y descansar, pero no lograba conciliar el sueño. Una hora después Edith irrumpió en su cuarto como hacía cada vez que acudía a un baile sin ella y se sentó en la cama con un suspiro mientras deshacía los cordones delanteros de su vestido.

—¡Tengo los pies destrozados! —suspiró su hermana— Juro que no volveré a bailar con lord Clifford nunca más. —Se deshizo de los zapatos y empezó a masajearse los pies—. ¿Qué tal tu baile? ¿Te has divertido?

—Mucho —contestó recordando sus innumerables bailes con las muchachas—. Creo que no he bailado tanto en toda mi vida.

—¿Y lord Lansdowne?

—¿Qué pasa con él? —preguntó algo nerviosa.

—Ibas a bailar el vals con él, ¿no es así?

—Así es, y ha sido maravilloso. No creo haber bailado con ningún otro noble que sepa bailar tan bien el vals, Eddy. Parecía que me movía entre las nubes.

—Es una lástima que esté encerrado en ese lugar —dijo su hermana—. Estoy segura de que se fijaría en ti si estuviese lúcido.

Anne se mordió la lengua para no contarle a su hermana lo que había descubierto. No podía hacerlo hasta que no supiera toda la verdad, porque si algo caracterizaba a Eddy era su incapacidad para guardar un secreto. Sonrió a su hermana y bostezó.

—Deberías irte a la cama, Eddy —sugirió—. No sé tú, pero yo estoy muerta de cansancio.

—Tienes razón, mañana no podré levantarme hasta mediodía. Buenas noches, Anne.

—Que descanses.

Cuando su hermana cerró la puerta intentó dormirse nuevamente, pero por mucho que lo intentó no logró pegar ojo en toda la noche. Su mente no dejaba de crear historias sobre los motivos por los que Kenneth permanecía encerrado en *Bedlam*, cada una más escalofriante que la anterior. Decidió bajar a la cocina, hornear pasteles la relajaba y tal vez así lograrse descansar.

Jillian se levantó al alba y se apoyó en el quicio de la cocina a mirar a su cuñada mientras rellenaba un bizcocho con mermelada.

—¿No puedes dormir? —preguntó.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Y puedes compartirlas conmigo?

—No sé si debería.

—Nunca hemos tenido secretos entre nosotras. ¿Qué ha cambiado?

Anne suspiró y se dejó caer en el banco junto a la mesa con gesto cansado. Jillian se sentó junto a ella y metió un dedo dentro del tarro de la confitura.

—Deliciosa —susurró—. Vamos, cuéntame qué ocurre.

—Prométeme que no se lo dirás a mi hermano.

Jillian levantó una ceja junto con su meñique, y cuando su mejor amiga entrelazó el suyo hizo el juramento.

—Dios... —suspiró Anne nuevamente— le prometí que no se lo diría a nadie y ya estoy rompiendo mi promesa.

—No soy Eddy, sé guardar un secreto. ¿Qué ha pasado?

—Ayer una de las chicas se enfadó por algo y salió a correr hacia la calle. La puerta estaba abierta, y un carruaje casi la atropella y el marqués la rescató.

—¿Y qué tiene eso de especial?

—Uno de los enfermeros salió a buscarles y Lansdowne mantuvo una conversación con él completamente normal.

—¿Hablas en serio?

—No está loco, Jill. Lansdowne no está loco.

—¿Y por qué permanece en el psiquiátrico?

—Me dijo que me lo contaría todo cuando acudiese a las terapias, pero no pienso esperar tanto. Iré a la hora del té con este bizcocho, así tendré la oportunidad de hablar con él.

—No, no puedes. Te recuerdo que Warwick vendrá a tomar el té contigo. ¿Has olvidado que me pediste que le invitara?

—Dios... lo había olvidado. Pero no puedo esperar tanto, Jill... necesito saber...

—Pues no te queda más remedio que hacerlo, Anne.

—Creo que me gusta el marqués —reconoció.

—¿En serio?

—Deberías haberle visto hoy con las muchachas de la terapia. Ha sido tan bueno con ellas... debería haberme dado cuenta en entonces de que no está loco, una persona trastornada no se preocuparía tanto de ver a esas chicas tan felices.

—No podías saberlo.

—Casi me vuelvo loca al pensar que me gustaba. Creí que era una locura tener sentimientos hacia él, pero ahora debo rechazar a Warwick.

—¿Por qué? Es un gran partido, Anne, no puedes dejar pasar una oportunidad así.

—Ni siquiera me gusta.

—Nada te asegura que Lansdowne vaya a sentir lo mismo por ti, y aunque así fuera no sabes si logrará salir algún día de *Bedlam*.

—Lo sé, pero Warwick es su mejor amigo y si descubre que me está cortejando jamás se interpondrá entre nosotros.

—¿Y qué motivo vas a darle a Warwick? ¿Vas a decirle que su amigo no está loco?

—No puedo hacerlo todavía. No sé el motivo por el que finge y le he prometido no delatarle.

—¿Entonces?

—Algo se me ocurrirá, Jill.

—Deberías irte a descansar. No podrás tener una buena idea si estás cansada, ¿verdad?

—Creo que tienes razón.

—No te preocupes, prometo dejar ese bizcocho intacto para la hora del té.

—Warwick pensará que lo he hecho pensando en él, Jill. Puedes comértelo entero, mi adorable sobrino te lo agradecerá.

Consiguió dormir un par de horas, pero a la hora del té sus nervios estaban a punto de ganarle la partida. Se puso un vestido verde aceituna con flores cosidas en la falda y se miró en el espejo de cuerpo entero.

—Está preciosa, milady —dijo Prudence tras ella—. El conde quedará impresionado.

—No es al conde a quien quiero impresionar, Prudence. Esta tarde iré a *Bedlam*.

—¿Acaso le gusta ese doctor?

—No —contestó sonriendo—. El doctor es muy amable, pero está felizmente casado y acaba de ser padre.

Escuchó la voz de su hermano avisándola de la llegada del conde, y con un suspiro se alisó las faldas y bajó las escaleras. En cuanto la vio, el conde dibujó en sus labios una encantadora sonrisa y se acercó al final de la escalera para ayudarla a bajar los últimos peldaños.

—Está usted encantadora, lady Townsend —susurró besando su mano.

—Gracias, milord. ¿Pasamos a la sala de estar?

Jillian y Edith ya estaban allí, su cuñada sentada en su sofá preferido y su hermana apoyada en el alféizar de la ventana. Para Anne, la siguiente media hora pareció eterna y suspiró cuando su hermano les dio permiso para pasear por el jardín. El momento había llegado, y no podía atrasarlo más.

—Me alegro de que haya decidido aceptar mi cortejo, lady Townsend —dijo entonces Warwick.

—Milord...

—Charles —la interrumpió él—, puede llamarme Charles.

—No le he invitado a tomar el té para aceptar su cortejo —continuó ella—, sino para hablar de nuestro amigo en común.

—Vaya... pensé que...

—Siento haberle dado una impresión equivocada. Como le dije en el baile, he decidido permanecer soltera y mi hermano ha aceptado mi decisión.

El conde permaneció callado un momento, observándola.

—No sé por qué siente la necesidad de mentirme, pero acepto su negativa con deportividad.

—No le miento, es solo que...

—No se preocupe, milady, el error ha sido mío al crearme falsas esperanzas. ¿Qué quería hablar sobre Kenneth?

—Como bien sabe, ayer fue el baile mensual del sanatorio.

—Lo sé, hubiera querido acudir, pero mi deber como tutor de mis hermanas me lo impidió.

—No sabía que tenía usted hermanas.

—Tres, para ser más exactos, aunque por fortuna las dos que

permanecían solteras se casarán la próxima primavera. Continúe, por favor.

—Por supuesto. Ayer lord Lansdowne mostró una notable mejoría en dicho baile. Se comportó como todo un caballero con sus compañeras de terapia, e incluso bailó con todas ellas.

—Siempre le gustó mucho bailar —contestó el conde sonriendo—. Recuerdo que me arrastraba a los bailes con el único propósito de bailar con las damas más bellas.

—¿A usted no le gusta bailar?

—Debo hacerlo, pero prefiero una buena partida de cartas a una pista de baile. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿A qué se debe su denotado interés en Kenneth? Acaba de conocerle, ¿no es así?

—Mi hermana dice que me atraen las almas atormentadas, milord. Tal vez sea porque el alma de su amigo lo es.

—Le aseguro que es la más atormentada de todas, milady. Kenneth ha sufrido mucho y encerrarle en ese lugar tal vez fue lo mejor para él.

—No hace mucho aseguraba que su amigo no estaba loco.

—Y sigo creyéndolo. No pienso perder la esperanza.

Anne le acompañó a la puerta pensando seriamente en sus palabras. ¿Por qué no confiaba el marqués su secreto a su mejor amigo? Era evidente que el conde le apreciaba y que le ayudaría en todo cuanto estuviese en su mano.

El reloj del recibidor la sacó de sus pensamientos. Cogió su capa y su bolsito y se apresuró a llegar al hospital. Novak la recibió como siempre, con una sonrisa, y la acompañó a la sala. Anne se percató en seguida que Rose no se encontraba allí, y se preocupó.

—¿Dónde está Rose? —preguntó.

—Hoy se ha levantado algo melancólica y no ha querido salir de su habitación.

—Tal vez luego pueda visitarla.

—Sería bueno para ella. ¿Tenía pensado algo para hoy, milady?

Anne miró a las chicas de su grupo, que estaban enfrascadas en montar juntas el puzle que había traído semanas antes ante la atenta mirada de lady Davenport. Por suerte, Victoria Manning había decidido no acudir a las terapias ese día, por lo que Anne podría ir tranquila a su cita con el marqués en el jardín.

—Como las chicas ya están entretenidas me gustaría dar un paseo con el



marqués por el jardín —pidió—. La última vez no terminé de leerle el libro.

—Muy bien, avisaré a Thomas para que les acompañe.

El corazón de Anne se disparó. Solo de pensar en estar a solas con Kenneth sentía un millar de mariposas revolotear dentro de su estómago. Le vio acercarse seguido del enfermero, que abrió la puerta del jardín y les siguió a una distancia prudencial. El marqués no dijo ni una palabra hasta que estuvieron lo bastante lejos como para que nadie pudiese oírles. Se encontraban en una glorieta formada por varios parterres de flores y rodeada por bancos de piedra.

—Siéntese, por favor —fue lo primero que dijo Kenneth.

Anne obedeció sin rechistar y el marqués se sentó a su lado.

—Cuando mi mujer murió —empezó a decir— creí morir con ella. Me pasaba el día bebiendo para intentar olvidar el dolor, y entonces lo oí por primera vez.

Anne permaneció en silencio, animándole así a continuar.

—Día tras días escuchaba el llanto de un niño entre la neblina del alcohol, y busqué a ese bebé por toda la casa con la esperanza de que fuera el hijo que decían que había perdido.

—Dios santo, lo siento tanto...

—Mis primos insistieron en hacerme ver que todo era fruto de mi imaginación, que el alcohol me hacía oír cosas que no eran ciertas, y les creí... hasta aquella maldita noche.

Anne no podía ni imaginarse lo mucho que el marqués debía haber sufrido, y su corazón se encogió por la pena.

—Apenas hacía una hora que me había levantado y aún no había tenido tiempo de beber. Busqué en todos los rincones de la casa y no encontré absolutamente nada, pero el llanto continuaba sin descanso, clavándose en lo más profundo de mi cabeza. Venía de la habitación de al lado, pero al llegar allí no encontré nada y desesperado decidí comprobar si el sonido venía de detrás de la pared.

—Por eso destrozó su casa.

—Solo destrocé la pared del dormitorio de mi esposa, las habladurías se han encargado de adornar el hecho más de la cuenta. Hice un agujero que comunicaba esa habitación con el cuarto de invitados, y seguí sin encontrar nada. Pensé que me estaba volviendo loco y cuando mi primo apareció con Appleton no opuse ninguna resistencia, pero al llegar aquí las voces cesaron de inmediato.

—¿Le medicaron?

—Sí. Appleton no es como el doctor Novak, y sus métodos... Al principio intentaba hacerle ver que no estaba loco, que ya no escuchaba las voces, pero él se limitaba a encerrarme en la sala de aislamiento después de fustigarme. Después de eso, permanecía en silencio por miedo a que me dieran otra paliza.

—Así que por eso no hablaba.

—No conocía a Novak y no sabía cuáles serían las consecuencias de hacerlo, así que sí. Después llegó usted y lo puso todo patas arriba.

—¿Yo?

—Sí, usted. Llegó con su dulzura y con sus ganas de hacerme mejorar y puso mi vida del revés, Anne.

—Y le golpearon por mi culpa.

—No... —susurró él cogiéndole las manos— Nada de lo que pasó fue culpa suya. Al contrario, entró en aquella celda como mi ángel salvador y se enfrentó a Appleton para sacarme de allí. A partir de ese momento no fui capaz de sacarla de mi mente por más que quise, Anne.

Ella se ruborizó. No estaba acostumbrada a que los caballeros le hablasen con tanta franqueza, y aunque la avergonzaba ser el centro de sus pensamientos le gustaba que el marqués fuera sincero con ella.

—Cuando Charles me dijo que tenía pensado cortejarla casi me vuelvo loco de verdad —continuó Kenneth—. No puedo ni imaginar que otro hombre la toque, no soporto la idea de que otro hombre tenga el derecho de besarla.

Acarició su frente con la yema de los dedos y su rostro se suavizó.

—He soñado tantas veces con usted que he perdido la cuenta —susurró—. Espero con impaciencia las terapias porque sé que la veré, Anne.

—Pero, milord...

—Creía que jamás podría querer a ninguna otra mujer, pero llegó usted y se coló en mi corazón sin esfuerzo. Y ahora no sé cómo voy a lograr salir de aquí para poder cortejarla como quiero.

—¿Quiere cortejarme?

Anne apenas pudo pronunciar esas palabras. Tenía un nudo en la garganta que la dejaba sin voz... y sin respiración. Kenneth sonrió, una sonrisa cargada de ternura como las que le dedicaba a la pequeña Rose, y acercó lentamente sus labios a los de ella. Apenas fue un roce, pero el calor subió por el estómago de Anne hasta sus orejas, y sintió que le faltaban las

fuerzas para resistirse a él. El marqués acarició con sus labios los de ella, probando el sabor de sus besos, sintiendo su errática respiración en la mejilla, y se separó de ella para mirarla de nuevo a los ojos.

—Quiero mucho más que eso, Anne, lo quiero todo, por eso necesito saber si has aceptado el cortejo de Charles.

—No —susurró ella—. Le he rechazado esta misma tarde. Puede parecer una locura, pero creí que sería injusto aceptarle cuando me gusta más usted.

Kenneth sonrió y volvió a besarla, esta vez con mayor intensidad. Rodeó su cintura con sus grandes manos y la atrajo hacia su cuerpo. Los pechos de Anne se apretaron contra el musculoso pecho de Kenneth y un gemido escapó de su garganta. Rodeó el cuello del marqués con los brazos y enredó los dedos en su pelo, pero Kenneth la apartó suavemente de él y apoyó su frente en la de ella.

—Eres deliciosa, Anne —susurró—, pero si seguimos así no seré capaz de pensar y tengo que centrar toda mi atención en averiguar cómo salir de aquí.

—¿Por qué no habla con Novak? Tal vez él pueda ayudarle.

—Antes debo saber qué está ocurriendo en mi familia. Debo saber si me han declarado incapacitado y de ser así, debo saber quién es mi tutor.

—Veré qué puedo averiguar.

Anne se levantó del banco, pero Kenneth la sostuvo de la muñeca antes de hacer lo mismo.

—Prométeme que volverás mañana a verme —susurró el marqués—. Ahora que te tengo no podré soportar estar encerrado si no te veo todos los días.

—Sería demasiado sospechoso, Kenneth. Debemos permanecer como hasta ahora.

—Será un infierno, Anne. No podré soportar imaginarte en los bailes en brazos de otros hombres mientras yo permanezco aquí encerrado.

—No temas, el único hombre con el que saldré a bailar ahora que he rechazado a tu amigo será mi hermano Darío. Me temo que te has interesado por una dama “florero”, no soy muy buen partido.

—Eso es porque los demás no te ven como yo —susurró besándola en la frente—. Deberíamos volver, no queremos que el Novak empiece a sospechar antes de tiempo, ¿verdad?

Anne negó con una sonrisa y acompañó a Kenneth hasta donde se

encontraba el enfermero.

—Tom y Rose son los únicos que conocen mi secreto a parte de ti, cariño —susurró el marqués—. Si necesitas algo, solo tienes que pedirselo al enfermero.

—Volveré el jueves, como siempre.

—Contaré las horas para volver a verte.

Anne todavía sonreía cuando llegó a casa. Quería gritar de felicidad. ¡Ella le gustaba! El único problema era que Kenneth aún estaba encerrado en el sanatorio, y no podría salir de allí hasta que averiguase si aún era dueño de sí mismo o si había algún tutor al que derrotar.

# Capítulo 11

Anne estaba dispuesta a averiguar cualquier cosa que pudiera sobre el barón Dankworth, y eso incluía asistir esa noche al baile de rigor. Se levantó bien temprano para poder desayunar con su hermano y así poder interrogarle para ver qué sabía acerca de Lansdowne y el escándalo sobre su encierro.

Darío la miró por encima del periódico cuando se sentó en la mesa a desayunar.

—Buenos días, hermanita —dijo—. Veo que hoy estás muy madrugadora.

—Tengo algunas cosas que hacer hoy. —Se quedó mirando el periódico de su hermano—. ¿Qué hacemos con los periódicos viejos, Darío?

—Tírarlos, supongo. ¿Por qué?

—Me gustaría llevarlos a *Bedlam* en mi próxima visita para recortar las fotos con las chicas. Cualquier actividad que las ayude a concentrarse será buena para su estado de ánimo.

Mentía, por supuesto. Se le había ocurrido llevárselos a Kenneth para que pudiera investigar cualquier asunto que le afectase, pero no podía decírselo a su hermano.

—Llévate este, ya lo he terminado —contestó su hermano tendiéndole el periódico.

—No tendré suficiente con uno, son muchas chicas.

—Pregúntale entonces a George, es él quien se ocupa de tirarlos.

—Lo haré.

—¿Tienes pensado hacer algo hoy?

—Ir al baile de esta noche, por supuesto. —Su hermano la miró con incredulidad.

—¿Quieres ir a un baile? Hace dos días preferiste asistir a un baile del sanatorio antes que acompañarnos a Edith y a mí a Almack's.

—Prometí que pondría de mi parte para encontrar esposo, Darío. He rechazado a Warwick, pero aún no ha terminado la temporada.

—¿Qué me ocultas?

—¿Yo? Nada, ¿por qué dices eso?

—Porque estabas muy decidida a permanecer soltera a toda costa y ahora te planteas el matrimonio.

—He cambiado de opinión.

—¿Y puedo saber por qué has rechazado entonces a Warwick?

—Porque tenemos opiniones muy distintas sobre ciertos temas.

Si esa mañana le dieran una moneda por cada mentira que estaba diciéndole a su hermano, tendría dinero suficiente para mejorar las instalaciones de *Bedlam*.

—Mis opiniones suelen diferir de las de Jillian, pero no por eso ella me rechazó —comentó Darío.

—Jillian te amaba cuando la cortejaste, Darío. Yo no amo al conde, ¿recuerdas? Además, estoy considerando a otro caballero.

—¿Y puedo saber quién es?

—Es demasiado pronto para ello, pero te prometo que te informaré cuando sea el momento oportuno.

Su respuesta pareció conformar a su hermano, que terminó su café y se puso de pie.

—Me marcho —dijo besándola en la cabeza—. Volveré a tiempo para acompañaros al baile.

—¡Pero quería tener una conversación contigo! —protestó ella.

—¿Acaso no acabamos de tenerla? Nos veremos a la hora del té.

Anne vio impotente cómo su hermano se marchaba y se dejó caer sobre la mesa con gesto cansado. ¿Cómo iba a abordar el tema de Lansdowne con su hermano? Tendría que optar por alguien mucho más accesible y que además sabía parte del secreto: su cuñada. Pero por desgracia, Jillian no se despertaría hasta mediodía, porque el bebé no la dejaba dormir demasiado por las noches.

Decidió dar un paseo a caballo por *Hyde Park*. Aunque hacía fresco el sol ya brillaba en el cielo, así que subió a ponerse su traje de montar. Estaba terminando de ajustarse las botas cuando su hermana entró en su habitación con un bostezo.

—¿Vas a montar? —preguntó.

—Así es, necesito tomar un poco de aire fresco.

—Si me esperas, te acompaño.

—Pero aún no has desayunado, Eddy.

—Lo haré después, necesito un poco de aire fresco. No tardo, lo prometo.

Media hora después ambas hermanas se adentraban en el parque seguidas de un lacayo. Aún era temprano y había pocas personas paseando, pero tuvieron la suerte de encontrarse a Warwick, que se acercó al galope desde un sendero cercano. Anne pensó que sería la oportunidad perfecta para preguntarle por la situación de Kenneth.

—Lady Townsend, Lady Edith —dijo inclinando la cabeza—. Es raro ver a damas tan madrugadoras por aquí.

—Necesitábamos un poco de aire fresco, milord —contestó Anne con una sonrisa—. ¿Tiene prisa? Tal vez le apetecería acompañarnos dando un paseo.

Warwick bajó de su caballo y ayudó a las damas a hacer lo mismo. Pasearon en dirección al lago, una preciosa zona con parterres de flores y bancos de hierro forjado.

—¿Va a visitar hoy a Kenneth, lady Townsend? —preguntó el conde.

—De hecho le visité después de tomar el té con usted ayer. Estuvimos tomando el fresco en el jardín leyendo un libro —contestó Anne.

—A Kenneth le encanta la lectura. De hecho tiene una magnífica biblioteca en su mansión.

—¿Quién vive ahora en ella?

—Su primo, el barón Dankworth, y su esposa. Se mudaron cuando Evelyn murió y ahora que Robert se ocupa provisionalmente de los asuntos de Kenneth siguen allí.

—¿Robert es el tutor legal de Lansdowne?

—Aún no. Deben cumplirse dos años desde que Kenneth entró en *Bedlam* para que le declaren oficialmente incapacitado. El plazo se cumplirá a finales de año. ¿Por qué lo pregunta?

—Mera curiosidad.

—La única persona que responde ahora mismo por Kenneth es el doctor Novak. Es él quien debe decidir si es capaz de valerse por sí mismo y de ostentar el título.

Anne respiró un poco más tranquila. Con suerte podrían convencer al doctor de la lucidez de Kenneth y pronto estaría en libertad.

—Esa es una gran noticia, ¿no cree? —comentó— El marqués está haciendo muchos progresos y tal vez pronto volverá a ser el de siempre.

—Eso espero, echo de menos a mi mejor amigo.

Anne estaba convencida de que podían confiar a Warwick su secreto, y él les ayudaría a sacar a Kenneth del sanatorio, pero tendría que convencer al marqués de que su amigo solo quería lo mejor para él. El conde se despidió de ellas y Anne miró a Edith, que había permanecido callada todo el tiempo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Aún no entiendo por qué le has rechazado —dijo su hermana sin apartar la vista de la espalda de Warwick.

—Porque no le amo.

—Tú amas a Lansdowne, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¿Por qué dices eso?

—Por todas las preguntas que le has hecho al conde.

—Intento ayudarle a mejorar, Eddy. Debo saber cosas de él para poder hacerlo.

—Sí, ya.

—¡Es en serio! Si te dignases a venir conmigo al sanatorio lo entenderías.

—Te lo he dicho mil veces, Anne, no soportaría ver a esa pobre gente. Debe ser muy duro tratar con personas enfermas y no voy a ponerme a mí misma en esa tesitura.

—Es cierto que a veces es duro porque te sientes impotente al no poder ayudarlas, pero otras veces es muy satisfactorio.

—¿Cuando ayudas al marqués, por ejemplo?

—Pues sí. He sido capaz de ayudarle a hablar, Eddy. Cuando llegué al sanatorio no decía ni una sola palabra y ahora es capaz de mantener una conversación. Y también está Rose.

—¿Rose? No me has hablado nunca de ella.

—Rose es una muchachita de tu edad. Es muy especial, Eddy. Es dulce y cariñosa, y cualquier cosa que haces por ella lo agradece tanto... supongo que nadie ha sido amable con ella hasta que llegó el doctor Novak al sanatorio.

—Hablas de tu labor en ese sitio con tanta pasión que casi te envidio.

—Yo les ayudo a mejorar, pero ellos también me ayudan a mí. Me hacen sentirme útil y hacía mucho tiempo que no me sentía así.

—Pero no puedes conformarte con eso, Anne. Aún eres joven y tienes derecho a ser feliz.

—Soy feliz, ¿no te das cuenta? Mi trabajo en *Bedlam* me hace inmensamente feliz.



Y ahora que sabía que Kenneth estaba cuerdo y la había besado lo era aún más, pero no le dijo nada a su hermana. Tendría que guardarse esa felicidad para sí un poco más, aunque podía compartirla con su cuñada. Jillian guardaría el secreto, estaba segura de ello.

Cuando llegaron a casa su cuñada ya se encontraba sentada en una mesa en la terraza del jardín bebiendo una taza de té. Edith subió a su habitación para descansar hasta la hora del almuerzo, pero ella se sentó junto a su cuñada.

—¿Qué haces aquí sentada? —preguntó— Hace frío, ¿no será peligroso para el bebé?

—Estoy bien abrigada —contestó su cuñada mostrándole la manta de lana que llevaba sobre los hombros—. ¿Qué tal vuestro paseo?

—Ha sido bastante productivo. Nos hemos cruzado con Warwick y hemos mantenido una agradable conversación.

—¿Sobre Lansdowne?

—Te mueres de ganas de que te cuente qué ocurrió ayer, ¿no es cierto?

—Me conoces demasiado bien.

—Cree que alguien conspiró para encerrarle. Piensa que le hicieron creer que escuchaba el llanto de un niño para poder declararle incapacitado y poder hacerse con su fortuna.

—El único que podría beneficiarse de ello sería su primo Robert, y la verdad es que no le veo capaz de hacer algo así.

—Pero está casado, ¿verdad? Tal vez su mujer haya urdido el plan. Lo que nos resta saber es si él estaba al corriente de ello.

—Me temo que poco podré hacer para ayudarte estando encerrada en casa.

—Tal vez puedas invitarles a tomar el té.

—No nos han presentado.

—En ese caso esta noche me ocuparé de que nos presenten en el baile de lady Sefton.

—¿Vas a ir al baile?

—Debo hacerlo. Tengo que averiguar si su primo tiene intención de incapacitarle. Debemos saber de cuánto tiempo disponemos para sacar a Kenneth del sanatorio.

Esa noche Anne eligió un vestido de satén azul oscuro con bordados en hilo de plata. Se puso el collar de diamantes que su hermano le había

regalado y se enfundó unos guantes negros hasta el codo.

—¡Qué guapa estás, Anne! —exclamó su hermana desde la puerta— Pareces toda una dama.

—¿Acaso no lo soy? —rió ella.

—Sabes a qué me refiero, tonta. Ojalá yo pudiese ponerme vestidos tan bonitos y no estos insulsos vestidos de debutante.

Su hermana llevaba un vestido de gasa de color rosa pálido con pequeñas florecillas de un rosa más oscuro cosidas en el escote y el bajo del vestido. En el cuello llevaba un sencillo collar de perlas a juego con los pendientes de lágrima que adornaban sus orejas y la pulsera que colgaba por encima de su guante blanco de satén.

—A ti te sientan muy bien esos vestidos, Eddy. Estás muy guapa.

—Espero atraer la atención de algún guapo caballero. Ahora que he rechazado a Montrose estoy dispuesta a barajar otras opciones.

—¿Hay algún hombre en especial?

—Aún no, aunque no me importaría que Warwick me cortejase — contestó con una risita—. Es muy apuesto y dicen que es todo un caballero.

—Lo es, pero no creo que te corteje después de su intento fallido de hacerlo conmigo, Eddy.

—De ilusiones se vive —suspiró su hermana haciéndola reír.

Su hermano entró en la habitación con su traje de noche y permaneció en la puerta admirando en silencio a sus hermanas. Desde que habían abandonado la casa de su madre parecían haber florecido, y las dos muchachas se encontraban felices y relajadas viviendo en su casa. Ahora se alegraba de haber tomado una decisión tan difícil, porque lo había hecho por el bien de sus hermanas.

—Voy a ser el caballero más envidiado de la fiesta —dijo—. Las damas más bellas me acompañarán.

—Es una pena que seamos tus hermanas —bromeó Anne—, así no tiene mérito ir tan bien acompañado.

—Es cierto —suspiró Darío—, aunque eso me garantiza bailar sin temor a que mis pies se resientan por ello.

—Tal vez olvide los pasos esta noche —añadió Edith—, no te confíes demasiado.

La noche era más fría de lo habitual, y Anne se arrepintió de haber decidido salir esa noche en vez de quedarse leyendo junto al fuego. Se subió el cuello de su abrigo para resguardarse del frío y entró en el club, dispuesta a

lograr que alguien le presentase a los primos de Kenneth. En cuanto vio a sus amigas se acercó a ellas con una sonrisa.

—Me alegra ver que te has decidido a acompañarnos esta noche —dijo Adelaine besándola en la mejilla—. Te aseguro que los bailes de sociedad son mucho más aburridos sin ti.

—Es cierto —contestó Hester imitando a su amiga—. Lo pasamos mucho mejor en el baile de *Bedlam*.

—Al menos estaremos juntas, chicas. ¿Hay algún cotilleo nuevo que comentar?

—Hay una nueva debutante venida del campo —contestó Adelaine—. Yo no la he visto aún, pero dicen que es tan guapa como Afrodita y que los hombres caen rendidos a sus pies.

—¿Y sabéis si vendrá esta noche?

—No lo sabemos —dijo Hester—, pero si lo hace estoy segura de que nos enteraremos.

—Me gustaría saber su nombre —dijo Anne.

—Se llama Victoria —contestó Hester—, Victoria Manning.

Anne apretó los dientes. Ella conocía a la dama en cuestión y la odiaba por lo que le había hecho a la pobre Rose el día del baile.

—La conozco —reconoció— y no es para nada tan guapa como dicen.

—¿La conoces? —preguntó sorprendida Hester— ¿Dónde la has conocido?

—En *Bedlam*. Acompañó a lady Davenport un día y desde entonces aparece por allí de vez en cuando.

—¿Y cómo es? —preguntó Adelaine.

—Toda una harpía, eso es lo que es. Por su culpa Rose casi muere aplastada por los cascos de un caballo el día del baile del mes.

—¿Rose? ¿Esa chica tan simpática?

—Así es. Le dijo algo que la alteró muchísimo y salió a correr hasta la calle. Si el enfermero Tom no llega a alcanzarla a tiempo habríamos lamentado una desgracia.

—Así que por eso desapareció de repente... —dijo Hester.

—Sí, tuvieron que medicarla porque la pobre estaba muy alterada cuando se escapó.

La aparición de lord y lady Dankworth atrajo la atención de Anne, que les observó con la intención de averiguar si tenían amigos en común. Para gran sorpresa de Anne, Warwick se alejó cuando lord Dankworth se dirigía a

él para saludarle.

—¿Qué miras con tanto interés, Anne? —preguntó Adelaine.

—¿Conocéis a los Dankworth? —preguntó ella.

—Es la primera vez que escucho ese apellido —se lamentó Hester.

—Mi padre tiene negocios con él —respondió Adelaine—. ¿Por qué lo preguntas?

—Se encontraban con lord Lansdowne el día que le encerraron y me gustaría hacerles algunas preguntas.

—¿Por qué no le pides a lord Warwick que os presente? —sugirió Hester.

—¿No te has fijado? Se ha marchado para otro lado cuando Dankworth ha intentado acercarse a él.

Anne se quedó mirando la copa vacía de ponche que tenía en la mano y tuvo una idea.

—Ahora vuelvo —dijo a sus amigas.

Serpenteó entre la gente para llegar hasta la mesa de los refrigerios, donde se encontraba el barón charlando con un conocido. Al pasar por su lado simuló que la empujaban y casi cayó encima del barón. El caballero se apresuró a sujetarla para que no terminase de bruces en el suelo y Anne le sonrió con dulzura.

—¿Se encuentra bien, milady?

—Disculpe, milord —susurró—. Con tanta gente parece imposible que una dama logre alcanzar la fuente del ponche.

El barón sonrió embobado y Anne supo que su plan había surtido el efecto deseado.

—No tiene que disculparse —contestó el hombre —, será un placer rellenar su copa.

—Gracias, lord...

—Dankworth a su servicio, milady.

—Es un placer, lord Dankworth. ¿De qué me suena su nombre?

—Mi primo es el marqués de Lansdowne.

—Por supuesto. Colaboro en las terapias del hospital *Bedlam*, el marqués es un paciente muy aplicado.

—Es una pena que mi primo perdiera la cordura cuando su esposa falleció —contestó el hombre con tristeza—. No tuve más remedio que encerrarle. Es lo más duro que he tenido que hacer en mi vida, pero tenía miedo de que terminase haciéndose daño.

—Por supuesto, debía velar por su seguridad.

—Y dígame, ¿cómo se encuentra mi primo?

Anne había imaginado este momento infinidad de veces y tenía bien estudiada su respuesta a la pregunta.

—Va mejorando poco a poco —contestó—. Ha empezado a hablar, ¿sabe? Aunque el doctor no cree que vaya a recuperarse del todo, al menos su situación va mejorando poco a poco.

—Me alegro mucho de oír eso. Soy incapaz de ir a visitarle, no soportaría verle en ese estado, pero me preocupo de informarme periódicamente de su salud.

—Le entiendo, milord. Yo también tuve un pariente en *Bedlam* y fue muy duro visitarle. Ha sido un placer conocerle, lord Dankworth.

—Lo mismo digo, milady, aunque no tenga el placer de conocer su nombre.

—Soy lady Townsend, milord.

Anne inclinó la cabeza y se alejó apretando fuertemente la copa de ponche en la mano. Se sentía furiosa por la hipocresía del barón. ¿Realmente la creía tan tonta como para creer que su preocupación por Kenneth era genuina? ¡Parecía un buitre sobrevolando su próximo cadáver! Al menos había averiguado lo suficiente para poder informar a Kenneth sobre la situación en el exterior y ya no necesitaría que Jillian le invitase a tomar el té. Se acercó a su hermano y le sostuvo del brazo con gesto cansado.

—¿Podemos marcharnos, por favor? —pidió.

—Pero si acabamos de llegar, Anne. ¿Ocurre algo? ¿Te encuentras bien?

—Solo estoy algo mareada.

—Avisaré a Edith y nos marcharemos de inmediato.

## Capítulo 12

Kenneth se paseaba nervioso por el salón del *Bedlam* esperando que dieran las seis. Estaba impaciente por ver a Anne, desde que la había besado en el jardín no podía dejar de pensar en sus labios sonrosados como melocotones maduros y estaba ansioso por probarlos una vez más. El doctor Novak entró en la habitación con Rose, haciéndole olvidarse por un momento de sus propios problemas. Desde el baile mensual la muchacha no había vuelto a salir de su cuarto y Kenneth temía que los comentarios de Victoria Manning hubiesen causado más daños de los que parecía en un principio. En cuanto la muchacha le vio, corrió a sentarse junto a él. Kenneth la abrazó con cariño y le acercó el lapicero y unas hojas de papel perfumado que había traído lady Cornick para que se entretuviese pintando.

—¿Dónde has estado, pequeña? —susurró— Me tenías muy preocupado.

—No quería ver a la chica nueva, Kenneth. Intenté ser su amiga y ella me insultó.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo niña estúpida y loca. Y tal vez sea estúpida, pero no estoy loca.

—Claro que no estás loca, y tampoco eres estúpida.

Y lo creía de verdad. El único error de Rose fue nacer con una deformidad en la pierna que le impedía caminar como los demás, y sus padres la encerraron para evitar a vergüenza. En cuanto saliese de aquel maldito lugar se encargaría de sacarla a ella también, costase lo que costase.

—Anne es tan diferente... —continuó Rose— Trae regalos y se porta bien con todos. La quiero mucho, Kenneth, y sus amigas también son un encanto. Bailaron conmigo aunque seguramente les pisé los pies debido a mi problema.

—Cuando salgamos de aquí te enseñaré a bailar bien.

—Tal vez tú salgas, pero yo jamás lo haré.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mis padres me odian por ser coja, por eso.

Quiso contradecirla, prometerle que él conseguiría sacarla de allí lo antes posible, pero no sabía si podría hacerlo. En primer lugar tendría que averiguar quién era su padre y convencerle de que le cediera su tutela por una sustanciosa suma de dinero... si es que su primo había dejado algo con lo que poder negociar. Se fijó en el dibujo que la muchacha estaba haciendo. Realmente tenía talento para el dibujo, pero lo único que había visto del mundo era el jardín del sanatorio.

—Es un dibujo muy bonito —dijo.

—Es para Anne. Quiero agradecerle todo lo que hace por nosotros. Gracias a ella ahora tengo amigas nuevas.

—Me alegro.

—Prometieron ayudar a Anne en las terapias para enseñarme cómo ser una dama. Así tal vez algún caballero se fije en mí.

—Tú ya eres una dama, Rose.

—No lo soy, no tengo modales. Debo aprender modales para ser una dama como ellas.

Rose terminó de hacer los últimos retoques al dibujo y lo levantó en alto para admirarlo bien.

—Ojalá pudiera salir del sanatorio... —suspiró— así mis dibujos no serían siempre del jardín.

—Cuando consiga sacarte de aquí nos iremos a recorrer el mundo, así podrás dibujar todo cuanto quieras.

Anne llegó al hospital un poco antes de la hora acordada. Necesitaba ver a Kenneth, pero también quería saber si Rose se encontraba bien. El doctor la recibió en su despacho como de costumbre.

—Me alegra que haya venido, milady —dijo el doctor—. Es el día de los parientes y la mayoría de los enfermos han salido del sanatorio, pero me temo que lord Lansdowne y la pequeña Rose no han recibido visitas.

—En ese caso les llevaré a pasear yo misma, si le parece bien. Podría llevarles a *Hyde Park*, estoy segura de que a Rose le encantará ver los patos del lago.

—No creo que haya ningún problema siempre que les acompañe algún enfermero.

—Tom Wells nos acompañará. Rose parece estar enamorada de él y

seguro que le hará caso, y lord Lansdowne confía en él.

—Muy bien, iré a ordenar que les ayuden a vestirse adecuadamente.

En el carruaje, Anne no podía centrar su atención en el incesante parloteo de Rose, porque la intensa mirada de Kenneth estaba firmemente clavada en ella. Parecía que quisiera besarla... y a ella le encantaría que lo hiciera. Rose estaba asomada a la ventanilla del carruaje maravillada por las grandes mansiones que dejaban a su paso.

—Esta mañana Rose se lamentaba de no haber salido nunca del sanatorio —susurró Kenneth—. Creo que has cumplido su mayor deseo.

—Podemos dar un paseo desde *Coven Garden* hasta *Hyde Park* —sugirió a la muchacha—. Así podremos ver los puestos del mercadillo.

—¿De verdad? —exclamó la muchacha— ¡Eres la mejor, Anne!

En cuanto bajaron del carruaje Rose corrió hacia los puestos de flores. Tom se apresuró a ir tras ella, dejándola a solas con Kenneth. Caminaron uno junto al otro atentos a Rose, que reía encantada con los puestos del mercado, y Anne no pudo evitar la tentación de regalarle un precioso colgante en forma de trébol y una pulsera a juego.

Cuando llegaron a *Hyde Park*, Kenneth y ella se sentaron en un banco, ocultos de miradas indeseadas, mientras Rose y Tom paseaban en barca por el lago.

—Has hecho a Anne muy feliz con este paseo, Anne. Te lo agradezco.

—Es una muchacha muy especial, Kenneth. No entiendo cómo su familia se ha atrevido a encerrarla en el sanatorio.

—Tiene un leve defecto en la pierna derecha —aclaró Kenneth—. Ahora ya apenas se le nota, pero cuando era pequeña tuvo muchos problemas para caminar.

—En vez de protegerla y cuidarla la trataron como a un estorbo —protestó ella.

—Hay quienes piensan que si un hijo nace con una deformidad es porque debe pagar por los pecados de sus padres, por eso hay tantas personas abandonadas a su suerte.

—Si de mí dependiera las ayudaría a todas.

Kenneth colocó con una sonrisa un mechón de pelo que había escapado de su moño y acarició su mejilla con el dorso de la mano. Anne cerró los ojos, deseando que él la besara, pero no podían arriesgarse a hacerlo en mitad del parque más concurrido de Londres.

—Soñé con estar aquí contigo el día que trajiste el *Whatami* —susurró el



marqués.

—Me alegro de haber podido cumplir tu sueño —contestó ella sonriendo.

Rose se acercó a ellos riendo y se dejó caer en el césped a sus pies rebuscando en la cesta de comida que habían traído.

—He averiguado algo —susurró Anne—. No te declararán incapacitado hasta que no se cumplan dos años desde que te encerraron en *Bedlam*.

—A final de año...

—Creo que deberías confesarle a Warwick la verdad. Es tu mejor amigo y estoy segura de que te ayudaría.

—Lo sé, pero no es el capaz de guardar un secreto.

—Yo creo que lo hará si hay algo tan importante como tu vida en juego.

—Veo que confías mucho en él.

—Creo que sí. ¿Acaso tú no?

—La verdad es que no sé en quién confiar salvo en ti y en Tom. He tenido mucho tiempo para pensar en todo tipo de conspiraciones.

—Cuando se acercó a mí me dijo que creía que te habían encerrado injustamente.

—Pudo decirlo para asegurarse de que no sabías nada al respecto, eso no es una prueba.

—Pero tampoco pierdes nada por intentarlo.

Anne acarició su mejilla con ternura.

—Creo que es hora de que salgas de *Bedlam* —susurró—, es el momento de recuperar tu título.

—¿Y qué pasará si vuelvo a oír el llanto?

—No lo has oído en más de un año, ¿por qué ibas a oírlo de nuevo?

—Esa casa me trae demasiados recuerdos.

—Pues confíale tu secreto a Warwick y quédate una temporada con él. No vuelvas a tu casa hasta que tu situación se estabilice y manda a tu primo a su casa.

—¿Has conocido a Robert?

—Sí, y no me gusta nada. Anoche coincidí con él en el baile de Almack's y solo se interesa por ti para saber si tendrá que dejar de vivir a tu costa. No me cabe duda de que él está detrás de todo.

—Por mucho que le demuestre a Novak que estoy en pleno uso de mis facultades, no creo que esté de acuerdo en que viva solo en mi casa. Insistirá en que Robert me vigile, y si estás en lo cierto encontraría cualquier otra

excusa para encerrarme.

—¿Y si le pedimos que sea Warwick tu vigilante?

—Ni siquiera sabe que estoy cuerdo, Anne. Debemos ir paso a paso. — Cogió sus manos y entrelazó sus dedos con los de ella—. Te aseguro que nadie quiere verme fuera de *Bedlam* más que yo, Anne, pero no podemos hacer las cosas a la ligera.

—Ya lo sé, es que...

—Empecemos poco a poco, ¿de acuerdo? Escríbele una nota a Warwick y pídele que te acompañe al hospital mañana. Saldremos a dar un paseo por el jardín y le contaré toda la verdad. Después de eso continuaremos pensando un plan entre los tres.

Anne asintió con una sonrisa y Kenneth le tendió el brazo para seguir paseando por el parque. Llegaron a una zona boscosa, apartada del gentío, y el marqués se coló por los arbustos hasta un pequeño claro bordeado por espesos matorrales. Aprisionó a Anne contra el tronco de un árbol y probó por fin sus labios.

—Llevo toda la tarde queriendo besarte —reconoció—. Te he echado de menos, mi dulce Anne...

Volvió a unir sus labios a los de ella, pero esta vez ahondó el beso un poco más. Acarició la abertura de su boca con la punta de la lengua y Anne abrió los labios instintivamente. Su lengua, tímida, tanteó la de Kenneth cuando esta se introdujo en su boca, arrancando un gemido de la garganta masculina. Sintió el bulto de su erección presionarle el muslo y las manos del marqués bajaron por sus brazos, rozando el costado de sus pechos, hasta enlazarla por la cintura y apresarla contra su pecho.

La respiración de Kenneth se volvió errática, y con ella su cordura. Quería tumbarla en la fresca hierba para hacerle el amor, pero jamás osaría arruinarla de aquella manera. Acarició, sin embargo, el contorno de sus pequeños pechos, su cintura de avispa y la curva de sus nalgas antes de soltarla. Anne estaba deliciosamente sofocada y tuvo que sujetarse al tronco del árbol para no terminar de bruces en el suelo, porque los besos del marqués habían convertido sus rodillas en gelatina.

—Volvamos con Rose —susurró Kenneth—. Se hace tarde y deberíamos volver al hospital.

En cuanto llegó a casa, Anne escribió la nota a Warwick para que la acompañase a *Bedlam* al día siguiente. Le había dicho que debían tratar un asunto de suma importancia y esperaba que ese fuera motivo suficiente para

picar la curiosidad del conde. Su cuñada entró a su habitación y se sentó en el borde de la cama mirándola con ojos risueños.

—¿Qué? —preguntó Anne.

—Conozco los signos de un beso apasionado, Anne, y te aseguro que tú los muestras todos.

—No digas bobadas.

—Labios hinchados, sonrisa bobalicona, mejillas enrojecidas, mirada soñadora... Lansdowne te ha besado, ¿verdad?

—¡Oh, Jill, ha sido maravilloso! —exclamó— Jamás me habían besado así. Ha sido intenso, y dulce, y...

—Espero que no os haya visto nadie. Sería un auténtico escándalo.

—Estábamos lejos de miradas indeseadas.

—Ten cuidado, Anne, no quiero que termines sufriendo.

—¿Cuándo te has vuelto tan conservadora, Jill? Creo recordar que te escapaste a *Gretna Green* con mi hermano porque tu padre no quería aprobar vuestro compromiso.

—No es lo mismo y lo sabes.

—¿Por qué no? Kenneth fue injustamente encerrado y ahora está estudiando la forma de salir de allí.

—¿Y qué pasará cuando lo consiga? ¿Te ha hablado acaso de matrimonio, Anne?

—Aún no, pero...

—¿Te has parado a pensar que tal vez te esté utilizando para lograr su objetivo?

—¿Por qué piensas eso? ¿Acaso no tengo derecho de que un hombre se fije en mí?

—Yo no he dicho eso, Anne.

—Es lo que estás insinuando.

—Solo ten cuidado, ¿de acuerdo? No quiero que te hagan daño.

—Soy perfectamente capaz de cuidarme sola, Jill. Siempre lo he hecho. Y ahora, si me disculpas, estoy cansada y quiero acostarme.

Jillian abrió la boca para decir algo más, pero pensó que sería mejor dejar el tema por el momento. No quería que Anne sufriera, nada más, pero su amiga pensaba que no la valoraba lo suficiente. Ojalá todo saliera bien entre el marqués y ella, no quería tener razón.

Al día siguiente, el conde de Warwick recogió a Anne en su casa

puntualmente. Pasó todo el trayecto hasta el hospital mirándola pensativo, pero ella decidió guardar silencio mirando por la ventana.

—Me tiene intrigado, milady —dijo al fin el conde—. ¿Qué es eso tan importante que tiene que comentar conmigo?

—Todo a su debido momento, milord. Antes quiero que me acompañe en mi paseo rutinario por el jardín con Lansdowne.

—¿Significa eso que ha mejorado?

—Significa que lo verá por usted mismo.

Cuando llegaron al sanatorio, el doctor Novak les acompañó hasta el jardín. Anne llevó a Warwick por los senderos que daban a la glorieta donde solía sentarse con Kenneth, donde este les esperaba acompañado de Tom y de Rose. El enfermero y ella se alejaron discretamente con la muchacha dejando a solas a los dos amigos.

—Te veo bien, Kenneth —dijo Warwick acercándose a él.

—Pues yo a ti te veo cada día más viejo.

—Siempre serás un mes mayor que yo y lo sabes —bromeó el conde recordando sus bromas pasadas.

—Eso es porque siempre he sido más rápido que tú.

El conde abrió los ojos como platos y una lágrima solitaria resbaló por su mejilla antes de abrazar con fuerza a su amigo. Esa broma era habitual entre ellos desde el instituto, pero Kenneth jamás había reaccionado a ella hasta esa tarde. Había perdido la cuenta de las veces que había intentado hacerle despertar recordándole cosas como aquella, pero la única respuesta de su amigo había sido el silencio.

—No sabes lo agradecido que estoy de tus progresos, amigo mío —susurró el conde.

—Es mucho más que eso, Charles. Vuelvo a ser el de siempre.

—¿Hablas en serio?

—Siento mucho haberte hecho creer que estaba loco, pero tuve que hacerlo para mantenerme a salvo.

—Lo sabía... —susurró— Sabía que no estabas loco.

—Cada vez que intentaba hacer ver que no lo estaba recibía una paliza como castigo por parte de Appleton, por eso he estado fingiendo.

—Y por eso enmudeciste.

—Así es. Creí que debía ocultar la verdad a todos, incluso a ti. Después llegó el doctor Novak, pero hasta que Anne no entró a formar parte del equipo no fui capaz de confiar en él.

Kenneth se puso de pié y acarició el pétalo de una rosa cercana.

—Ella me ha demostrado que no todos los médicos son como Appleton —continuó—, pero también me ha dado una razón para querer salir de aquí, Charles. Sé que quisiste cortejarla, pero...

—Ella te prefiere a ti, ¿no es cierto? —Kenneth asintió—. He visto cómo te mira, Ed. Es evidente que siente algo por ti.

—Y yo siento algo por ella.

—¿Vas a cortejarla?

—Esa es mi intención cuando salga de aquí.

—Te ayudaré a hacerlo, tienes mi palabra.

—El único que puede sacarme de aquí es el doctor Novak, pero necesito pedirte un favor.

—Cuenta con ello, sea lo que sea.

—Necesito tener a alguien de confianza cerca cuando salga de aquí para que mi primo no vuelva a encerrarme.

—Puedes quedarte en mi casa.

—Ese es el plan inicial, pero si Novak se niega...

—No te preocupes, creo que me vendrá bien pasar una temporada en tu casa de campo.

—Yo pensaba más bien quedarnos en Londres. Me convendría dejarme ver en los bailes de sociedad.

—En ese caso, haré unas cuantas reformas en mi casa. Tendrás que darme cobijo mientras tanto.

—Gracias, Charles. Sabía que podía contar contigo.

Kenneth fijó su atención en las dos mujeres, que reían dando vueltas persiguiendo unas mariposas. La luz del sol se filtraba a través de los rubios cabellos de Rose, dándole un aspecto angelical.

—Esa muchacha tampoco debería estar aquí —susurró—, debería tener una educación y una vida normal, pero sus padres ni siquiera se acuerdan de que existe. Necesito que investigues a su familia, quiero convertirme en su tutor para poder sacarla de aquí y presentarla en sociedad.

—¿Por qué la encerraron?

—Tiene una leve deformidad en una pierna que la hace cojear ligeramente. Cuando era niña tenía muchas dificultades para caminar y sus padres se avergonzaban de ella. Nunca le han mostrado ni una pizca de cariño, y parece que Anne también la está salvando a ella.

—Haré cuanto esté en mi mano para ayudarla, tienes mi palabra.

Los caballeros se acercaron a las mujeres y Kenneth enlazó a Anne de la cintura para besarla en el cuello.

—¿Va a ayudarnos? —preguntó la muchacha.

—Haría cualquier cosa por mi mejor amigo, milady —contestó Warwick—. Lo tendré todo dispuesto lo antes posible.

—Dentro de poco podré sacarte de nuevo a bailar, Anne —susurró el marqués en su oído.

—¿Cuándo hablarás con el doctor? —preguntó Charles.

—Pronto —respondió el marqués—. Primero quiero ver cómo se tomaría que tuviésemos una conversación más o menos normal en una de mis terapias individuales.

—Yo me ocuparé de averiguar cómo van tus finanzas —dijo Warwick—. Ambos sabemos que Robert no se caracteriza por ser muy ahorrador.

—¿Cuidarás de mi dama hasta que salga de aquí? —preguntó Kenneth con un guiño.

—La protegeré con mi vida si hace falta.

—No creo que haga falta llegar a esos extremos, caballeros —intervino Anne—. He demostrado ser capaz de cuidarme yo solita.

Rose se acercó a Warwick y se quedó mirándole con un ojo cerrado por el sol.

—Tu amigo es más guapo que tú, Kenneth —susurró, arrancándole a Charles una sonrisa.

—Gracias, milady. Es un honor recibir tal elogio de una damita tan hermosa como usted.

—Disculpa su atrevimiento, Charles. Tengo un largo camino por delante hasta llegar a convertirla en una dama —se quejó Kenneth.

Warwick, que no había apartado la mirada de Rose, se encogió de hombros.

—Es encantadora tal y como es.

## Capítulo 13

Días más tarde, Kenneth tuvo terapia individual con el doctor Novak. Como cada día, el doctor le permitía acomodarse en su despacho antes de hacer su aparición y Kenneth decidió encender la chimenea y servirse una taza de té. Estaba dispuesto a confiar en Novak, pero si esa sesión terminaba mal todo su plan para salir del hospital se iría al traste. El doctor entró en la sala hojeando una libreta, y si le sorprendió ver cómo Kenneth le servía a él otra taza de té, no lo demostró.

—Veo que alguien ha encendido el fuego —empezó a decir Novak.

—He sido yo, hoy el día ha amanecido más frío de lo habitual.

El médico le miró por encima de sus gafas y se sentó en el sillón de orejas frente a él.

—He visto que has disfrutado con los paseos por el jardín con lady Townsend —comentó.

—Siempre es un placer pasear con una dama.

—Tengo entendido que te ha estado leyendo un libro.

—Así es. No es una lectura que yo elegiría, pero disfruto escuchando el sonido de su voz.

El doctor soltó la libreta sobre la mesa y se acomodó en el sillón con las manos apoyadas en los brazos del mismo.

—¿Hay algo de lo que quieras hablarme, Kenneth?

El marqués le miró fijamente a los ojos y decidió dar por fin el paso. Ya estaba harto de esconderse como si fuera un cobarde, era hora de plantarle cara al problema y actuar.

—En realidad sí que lo hay —contestó.

—Adelante —continuó el médico haciendo un gesto con la mano.

—Me llamo Kenneth Dankworth y soy el tercer marqués de Lansdowne. Mis padres eran Alexander y Jocelyn Dankworth. Ambos murieron hace cuatro inviernos a causa de unas fiebres.

El doctor le miraba sin pestañear. Kenneth dudó si seguir hablando, pues

se jugaba mucho en esto, pero decidió que ya que había empezado no podía echarse atrás.

—Mi abuelo recibió el marquesado de manos del rey Guillermo IV por los servicios realizados para la corona. —Inspiró hondo—. Entré a este sanatorio tras la muerte de mi esposa y mi primogénito, la noche del tres de octubre de 1853.

—¡Vaya! —exclamó el médico limpiando sus gafas— Estoy gratamente sorprendido.

—Tras la muerte de mi esposa empecé a escuchar el llanto de un bebé a través de las paredes de mi casa. Estaba sumido en la pena y el dolor y vivía ahogándome en alcohol. Ahora el dolor es soportable y no he vuelto a escuchar esos llantos desde el mismo día en que entré en este hospital.

—¿Desde el primer momento?

—Así es. Intenté hablar con Appleton, explicarle que no escuchaba nada estando aquí y que creía que alguien intentaba librarse de mí, pero en vez de escucharme utilizó sus métodos nada ortodoxos de terapia.

—¿Y por qué ha esperado tanto para contarme todo esto?

—No sabía si podía confiar en usted.

—¿Y qué le ha hecho cambiar de opinión?

—Lady Townsend.

Novak se quedó mirando a Kenneth fijamente, y él tuvo el atino de permanecer impasible. Al cabo de unos minutos el médico asintió.

—Le creo, milord.

—Gracias, doctor. Le agradecería que no informara de esto a mi familia, debo averiguar quién está detrás de todo y ellos son los más beneficiados con mi encierro.

—Mi paciente es usted, lord Lansdowne, no sus parientes. ¿Alguien más tiene constancia de su estado mental?

—Lady Townsend y el conde de Warwick.

—Deduzco que si me cuenta esto ahora es porque quiere salir de aquí a la mayor brevedad.

—Así es. Mi estancia en *Bedlam* me ha servido para procesar la pérdida de mi esposa y mi hijo, pero ya es hora de que vuelva a ocupar mi lugar en la sociedad.

—Firmaré los papeles lo antes posible —contestó levantándose—. Pasarán un par de días hasta que lo tenga todo listo, ¿hay algún inconveniente?



—En absoluto, contaba con ello. Una cosa más, he pensado pasar una temporada en casa de Warwick, solo hasta que las cosas vuelvan a la normalidad. ¿Habría algún problema con eso?

—Cuando salga por esa puerta no tendrá que rendir cuentas más que al creador, milord. Podrá hacer lo que quiera.

Kenneth se levantó también y estrechó la mano del médico.

—Quiero agradecerle que se interesara en mi caso, doctor —dijo—. De no ser por usted posiblemente habría perdido la cabeza de verdad.

—Por suerte ahora nadie tendrá que temer las terapias que me precedieron. Gracias al coraje de lady Townsend los médicos como Appleton han sido expulsados de este hospital.

Pasar un par de días más sin hacer nada era un precio ínfimo a pagar por su libertad. Pensó en Anne, a quien pensaba cortejar como correspondía en cuanto tuviese oportunidad. Se había enamorado de ella, de eso no cabía la menor duda. Era una mujer increíble, de impecables modales y un gran corazón. No entendía cómo era posible que ningún caballero hubiera sido lo suficientemente inteligente para convertirla en su esposa, pero él no sería tan estúpido como el resto. Quería bailar con ella, demostrarle a todo el mundo que Anne le pertenecía, pero sobre todo quería hacerla feliz el resto de su vida.

Volvió al salón principal y encontró a Rose sentada junto a los ventanales con un pequeño libro en la mano. No sabía leer, pero la joven se entretenía mirando las ilustraciones e imaginando su propia historia. En cuanto pudiera sacarla de allí él mismo le enseñaría.

—Hola, preciosa —dijo sentándose a su lado—. ¿Qué estás leyendo?

—Es un cuento que me trajo lady Townsend. Se llama la dama y el sapo.

—¿En serio? ¿Y sobre qué trata?

—Una chica conoce a una rana que habla en un pozo.

—¿Y qué le cuenta la rana?

—La rana la ayuda a recoger agua con la condición de que duerma con ella dos noches seguidas. La mujer accede aunque le da un poco de asco, y cuando se despierta la mañana de la segunda noche la rana se ha convertido en un príncipe y se casa con ella.

—Una historia algo peculiar.

—Lady Townsend dice que significa que no hay que juzgar a las personas por su apariencia, que lo que importa está en el interior.

—Lady Townsend es muy inteligente.

—Por eso es mi mejor amiga.

Kenneth sonrió.

—La mía también.

Anne subió los escalones del hospital con las mariposas aleteando en su estómago. Hacía varios días que no veía a Kenneth y se moría de ganas de estar con él, de que la abrazara y la besara como hizo la última vez en el jardín. No había tenido noticias suyas y no sabía si se había atrevido por fin a contarle al doctor Novak la verdad.

Todas sus dudas quedaron aparcadas cuando le vio sentado en el salón principal leyendo el periódico y bebiendo café. Normalmente vestía el pijama del hospital, pero ese día llevaba un traje de día color tierra con un chaleco esmeralda y un pañuelo perfectamente anudado al cuello. En cuanto la vio, una enorme sonrisa se dibujó en sus labios y se levantó para acercarse a ella y hacerle una reverencia.

—Buenas tardes, lady Townsend —dijo—. Me alegra volver a verla.

—Buenas tardes, milord. Por lo que veo ya le ha contado al doctor Novak las buenas noticias.

—Así es. Demos un paseo por el jardín, allí podremos hablar tranquilamente.

Kenneth le ofreció el brazo y se encaminaron hacia la puerta que daba al jardín. El marqués sacó del bolsillo de su pantalón la llave y salieron al aire fresco de la tarde. El sol estaba a punto de ponerse, pero Anne no tenía ni pizca de frío. Se sentía acalorada, y eso que él se había limitado a caminar a su lado con las manos entrelazadas a la espalda. Cuando llegaron a la glorieta de los bancos, Kenneth la atrapó contra un árbol y unió sus labios a los de ella.

En cuanto el calor de los labios del marqués calentó los suyos Anne sintió que moriría si se detenía. Su lengua juguetona atravesó la barrera de sus labios y acarició la suya lentamente, tentándola a seguirle el juego, saboreándola despacio. Anne tuvo que sujetarse a los hombros de Kenneth para no caerse, porque sus piernas se debilitaron y de no ser porque el pecho del hombre la tenía fuertemente aprisionada habría terminado de rodillas. La mano de Kenneth se enredó en su pelo, deshaciendo su peinado y esparciendo las horquillas por el suelo. Su cálida boca recorrió lentamente su mejilla y su cuello hasta llegar al valle de sus senos, donde se deleitó lamiendo su piel

cremosa. Cuando Anne creyó que moriría, Kenneth interrumpió sus caricias apoyando su frente en la de ella.

—Te he echado de menos, cariño —susurró.

—Yo también a ti. Los días se me han hecho eternos esperando la llegada del jueves. ¿Y bien? ¿Cómo fue tu conversación con Novak?

—Me cree, así que podré salir de aquí en cuanto él lo disponga.

—¿Y eso cuándo será?

—Tal vez una semana, quizás más —mintió con la intención de sorprenderla.

Anne suspiró. Había esperado que su liberación fuese inmediata, y lo que más quería en el mundo era acudir a un baile sabiendo que él estaría allí y la sacaría a bailar.

—Es demasiado tiempo —protestó.

—He pasado encerrado casi dos años, ¿qué más da una semana más? Además, ahora todo es diferente.

—¿Diferente?

—Como has visto, puedo ir donde me plazca dentro del hospital.

—Y puedes leer el periódico. Yo iba a traerte los que lee mi hermano, pero nadie me hace caso cuando pido que se guarden.

—Ahora lo que importa es que pronto saldré de aquí y podré cortejarte como te mereces.

—¿Vas a cortejarme? —preguntó Anne sorprendida.

—¿Qué crees que tenía en mente cuando te he besado tan indecorosamente hace un momento, Anne?

—Le he contado a mi cuñada nuestro secreto —confesó—. Es mi mejor amiga y la persona en la que más confío para guardar mis secretos, pero me dijo que tal vez me estabas utilizando para salir de aquí.

—¿Y qué crees tú? —preguntó él apartándose un paso.

—Creo que se equivoca. No soy la primera dama que viene a ayudar en las terapias del doctor, y desde luego no seré la última. Podrías haber escogido a cualquiera de ellas en vez de a mí, sin embargo aquí estamos.

—Ninguna de esas damas que dices ha conseguido hacerme reaccionar como has hecho tú, cariño. Ninguna de ellas me ha hecho desear salir de aquí.

—¿Qué hay de tu estancia en casa de Warwick? ¿Qué ha dicho el doctor al respecto?

—Que puedo hacer lo que quiera.

—En ese caso enviaré una nota al conde de inmediato para que lo

disponga todo para tu visita.

—Ya le he mandado una nota yo mismo, Anne. Le he pedido que vaya a mi sastre para que me haga ropa nueva también. Supongo que mis primos se habrán deshecho de todas mis cosas durante estos dos años.

—Aún no me creo que vayas a salir de aquí...

—Ya se ha acabado la espera, mi amor. Ahora quiero que dejes de preocuparte por mí, que salgas y te diviertas.

—No me gustan los bailes, odio pasarme toda la velada sentada en un sillón. Lo único bueno de los bailes es charlar con las demás “florero”.

—Cuando salga de aquí te prometo que los bailes serán mucho más animados. Prométeme que irás a un baile mañana.

—Pero...

—Prométemelo.

—¡Está bien, acompañaré a mi hermana al baile del marqués de Donegall!

—Lo pasarás bien, te lo prometo. Le pediré a Warwick que te saque a bailar, así al menos bailarás una vez.

—En realidad serán dos, mi hermano siempre baila conmigo el primer vals.

—Al final va a resultar no ser tan aburrido un baile, ¿verdad?

Anne no tuvo más remedio que sonreír, y Kenneth la recompensó con otro largo y apasionado beso que terminó antes de lo que a ella le hubiera gustado. Kenneth le ofreció el brazo y volvieron al sanatorio dando un paseo. El doctor Novak la hizo pasar a su despacho en cuanto la vio entrar.

—¿Ocurre algo, doctor?

—Quería preguntarle si seguirá viniendo a las terapias ahora que Lansdowne se ha recuperado. Sería una auténtica lástima perder su inestimable ayuda. .

—Por supuesto que seguiré ayudando, doctor. Las muchachas me necesitan tanto o más que Lansdowne.

—Excelente noticia, milady. En ese caso nos veremos el próximo jueves.

El doctor la acompañó hasta su carruaje y ella se acurrucó en la manta con un suspiro. Había pensado quedarse en casa leyendo un libro frente a la chimenea en vez de acompañar a sus hermanos al baile, pero ahora que se lo había prometido a Kenneth tendría que elegir un vestido y aguantar el suplicio de sus zapatos de baile.

Cuando llegó a casa se acercó a ver a su cuñada a su salita de estar. Cada día le costaba más moverse y había limitado sus movimientos de allí al dormitorio. En cuanto la vio entrar dejó a un lado el bordado y dio palmaditas en el sofá para que se sentase a su lado.

—Estoy falta de nuevos cotilleos —suspiró Jillian—. ¿Has ido al *Bedlam*?

—Sí, he ido al hospital —contestó ella con una sonrisa.

—Cuéntame cómo está el marqués.

—Pues ahora que le ha demostrado a Novak que su estado mental es bueno, bastante bien. Me ha dicho que saldrá de allí dentro de una semana, cuando el médico termine de arreglar los papeles.

—Eso significa que pronto tendrás un nuevo pretendiente. ¿Verdad?

—Así es. Me ha dicho que piensa cortejarme en cuanto salga de allí.

—No creo que tu hermano se lo tome demasiado bien.

—Mi hermano quiere que me case, ¿no es así?

—Pero Lansdowne estará en boca de todos cuando vuelva a su vida, Anne. Tu hermano no quiere eso para ti.

—No me importan ni la sociedad ni sus cotilleos. Lo único que me importa es estar con él.

—Te has enamorado de él.

—Tal vez.

—Te ayudaré a convencer a Darío de que apruebe el cortejo si se opone a ello, pero no te prometo que vaya a hacerme caso.

—Es lo único que te pido.

Su hermano entró en la habitación en ese momento y se acercó a su esposa para besarla en los labios. Anne suspiró recordando su propio beso y deseó que dentro de unos años Kenneth la besara con el mismo amor con el que Darío besaba a Jillian.

—¿Cómo te ha ido hoy en el hospital, Anne? —preguntó su hermano.

—Muy bien —tartamudeó ella—. Las terapias propuestas por el doctor Novak son muy efectivas.

—¿Y en qué consisten exactamente esas terapias? Nunca te he preguntado sobre ello.

—Las damas interactuamos con los enfermos que no presentan comportamientos peligrosos. A veces les leemos un libro, otras veces dibujamos con ellos...

—Parece entretenido.

—No es solo entretenido, Darío, es muy gratificante. Los enfermos son como niños pequeños y cualquier cosa que hagas por ellos se ve recompensada con una sonrisa o una muestra de cariño.

—¿Y por qué quiere el doctor que solo participen mujeres?

—No es así. Puede participar cualquiera, pero los hombres son menos dados a las muestras de caridad que las mujeres.

—Me gustaría acompañarte algún día, si no te importa. Quiero ver en qué ocupa su tiempo mi hermana.

—Voy todos los martes, aunque reconozco que me he acercado a veces también en jueves. Te avisaré la semana que viene con tiempo para que hagas un hueco en tu agenda.

—¿Acudirás al baile de esta noche?

Pensar en aguantar a su madre en el baile de su queridísimo duque de York le daba dolor de cabeza. Le había prometido a Kenneth que volvería a acudir a los bailes, pero su promesa empezaba en el baile del día siguiente, no en el de esa noche, así que negó con la cabeza.

—Estoy agotada después de pasar toda la tarde en *Bedlam*, Darío —mintió—. Mañana os acompañaré al baile de Donegall.

—¿Estás agotada o no quieres ver a mamá? —preguntó su hermano con una sonrisa.

—Un poco de ambas —rió ella—. Aprovecha la oportunidad para hablar con el duque de tu propuesta, te aseguro que a mamá le hace más falta un esposo que a Eddy.

—En eso estamos de acuerdo. Vosotras no tenéis que soportar sus quejas por cualquier cosa que le dé la oportunidad de importunarme.

—Está resentida contigo porque te las llevaste de su lado —dijo Jillian—. No se lo tengas en cuenta.

—No podía seguir consintiendo que las tratase como lo hacía, mi amor. A estas alturas Anne debería estar como tú, casada y embarazada. Y no hablemos ya de Edith, a quien pensaba casar con un hombre solo porque ella misma está enamorada de él.

—Te aseguro que nosotras te estaremos eternamente agradecidas por rescatarnos —añadió Anne—, pero ella te odiará hasta el día de su muerte.

—No si consigo que su excelencia el duque de York se plantee pedirle matrimonio...

—Suerte con eso —rió Jillian—. No creo que ningún caballero esté dispuesto a aguantar el mal humor de tu madre por muy sustanciosa que sea

su dote.

# Capítulo 14

Anne prefería mil veces quedarse en casa leyendo esa noche a acompañar a sus hermanos al baile de lord Donegall, pero le había prometido a Kenneth que saldría e intentaría divertirse y ella jamás rompía su palabra. Abrió el armario para escoger un vestido para esa noche, pero ninguno le convencía. Su hermana entró en la habitación a toda prisa, pero se detuvo en seco al verla plantada allí en medio.

—¿Se puede saber qué haces, Anne? —protestó— Ya deberías estar vistiéndote.

—Es que no sé qué vestido ponerme...

—¡Pues no será porque no tienes! Ojalá yo tuviese tu guardarropa, te aseguro que no dudaría a la hora de elegir uno.

—Tú también tienes un guardarropa bien repleto.

—Sí, pero de vestidos insulsos de debutante. Voy a terminar odiando el rosa.

Apartó a su hermana del armario y pasó los vestidos uno a uno hasta que encontró uno apropiado para esa noche: de raso y gasa fucsias, con bordados en la falda y el corpiño y un fruncido recogido a un lado por un ramillete de flores secas.

—Tal vez no lo odie después de todo —susurró Edith admirando el vestido—. Vamos, pónelo.

—Así es mucho más sencillo elegir qué ponerme —rió Anne—. ¿Qué te hacía falta, Eddy?

—Necesito que me prestes un lazo rosa. —Elevó los ojos al cielo—. ¿Tienes alguno que no sea de un aburrido tono pastel?

—Creo que tengo alguno fucsia —contestó mirando en su caja de las cintas—. Aquí está. ¿Te viene bien?

Su hermana cogió el lazo con una sonrisa y salió a correr hacia su habitación.

—¡Vístete ya! —gritó desde el pasillo.



Su cuñada entró en el cuarto inmediatamente después llevando una caja de joyería entre sus manos.

—¡Qué concurrido está mi cuarto! —exclamó Anne— Edith acaba de irse.

—La he visto correr por el pasillo. ¿Has elegido ya un vestido?

—Mi hermana lo ha hecho por mí —contestó mostrándoselo—. ¿Qué te parece?

—Que ojalá yo entrase en él —suspiró su cuñada dejándose caer en la cama—. Te he traído un regalo.

—Ya me habéis regalado bastante, Jill, no tienes que regalarme nada más.

—Lo sé, pero sé que solo tienes en el joyero el juego de diamantes que te regaló tu hermano y no puedes lucir siempre las mismas joyas.

—También tengo mis perlas.

—Perlas de debutante, Anne. Deberías guardarlas de una vez para tu primera hija.

Jillian le entregó la caja, que contenía una gargantilla formada por cinco hileras de perlas que confluían en una pieza central de zafiros blancos y diamantes, acompañada de unos pendientes en forma de lágrima a juego.

—¡Madre mía, Jill! ¡Es precioso! —exclamó Anne sacando el collar de su cama de terciopelo.

—Me lo regaló mi madre cuando me casé con tu hermano y me gustaría que ahora lo tuvieras tú.

—¡Pero no puedo aceptarlo!

—Claro que puedes. Tú me regalaste hace tiempo algo muchísimo más valioso que ese collar y quiero devolverte el favor de alguna manera.

—Yo no te he regalado nada tan valioso como esto, no seas mentirosa.

—¿Crees que no? Me regalaste tu amistad, que para mí vale más que cualquier tesoro del mundo, y si no hubiese sido así ahora no estaría casada con mi alma gemela.

Anne suspiró ante las palabras de su cuñada. Ahora que ella tenía a Kenneth todo le parecía más romántico de lo habitual, hasta frases como esa que había escuchado mil veces. Se acercó a Jillian para que la ayudase a abrochar los minúsculos botones del vestido y se miró al espejo con una sonrisa.

—Sí que tiene buen gusto mi hermana —dijo—. Jamás se me habría ocurrido pensar que este vestido fuera tan bonito.

—Fuiste tú quien eligió todos los vestidos en la modista —rió Jillian.

—No recuerdo haber elegido este. Tal vez lo hizo Darío por su cuenta, recuérdame que le dé las gracias más tarde.

—Llamaré a Prudence para que empiece a peinarte. Si Eddy nos ve aquí de cháchara seguro que le da un ataque.

—Darío dijo que no íbamos a acudir a la cena, así que hay tiempo de sobra para prepararse.

—Eso díselo a tu hermana —rió Jillian.

El salón de baile de lord Donegall estaba repleto esa noche. Todo el mundo sentía curiosidad por la nueva esposa del marqués, con quien se casó antes de terminar el luto por su anterior esposa. Anne buscó a sus amigas con la mirada, pero al no encontrarlas se volvió hasta su hermano con tristeza.

—Hester y Adelaine no han llegado todavía —se quejó.

—Tal vez lleguen más tarde, no seas impaciente.

—¿Qué haré si no vienen, dime? ¿Sentarme sola a mirar cómo bailan las demás?

—Me quedaré contigo todo el tiempo, te lo prometo —dijo Edith—. Seguro que me lo paso mejor contigo que chocando con las demás parejas en la pista de baile.

—Nadie va a permanecer sentada esta noche —protestó Darío—. Vamos, tomemos una copa de champán.

Se detuvieron cerca de la mesa de refrigerios y Anne se limitó a observar distraídamente el salón mientras a su hermana la agasajaban los petimetres deseosos de cazar a una debutante con una buena dote. De pronto, el murmullo incesante del salón se vio silenciado de golpe.

—Acaba de llegar tu lord Warwick —le susurró su hermana al oído.

—No es mi lord Warwick —bufó ella—. Sabes que le he rechazado.

—¿Quién es ese caballero tan apuesto que le acompaña?

Anne volvió la vista hacia la entrada para ver a quién se refería su hermana y casi deja caer al suelo la copa que sujetaba en la mano. Allí, de pie junto a Warwick, se encontraba Kenneth, dejándola sin respiración con ese traje de gala que le sentaba tan bien. ¿Cómo había conseguido salir del sanatorio antes de tiempo?

—Lansdowne —atinó a contestar.

—¿Ese es tu famoso marqués? —exclamó su hermana— Ahora entiendo tu interés en ir a *Bedlam*.

Anne ya no la escuchaba, tenía toda su atención puesta en Kenneth, que se acercaba a ella ignorando las miradas sorprendidas de los demás con una sonrisa socarrona.

—Lady Townsend —dijo haciendo una reverencia y llevándose su mano enguantada a los labios— siempre es un placer volver a verla.

Su voz de barítono le produjo un escalofrío de placer que recorrió todo su cuerpo. Carraspeó.

—Lord Lansdowne —tartamudeó—, permítame presentarle a mi hermana, lady Edith Townsend.

Kenneth y Charles intercambiaron los saludos de rigor con su hermana y el marqués volvió a poner toda su atención en Anne.

—Me temo que somos el centro de todas las miradas, discúlpenme —susurró.

—No es culpa suya que la sociedad londinense sea tan chismosa, milord —contestó Edith—. Queda usted disculpado.

—Lady Townsend, espero que me permita el honor de concederme un baile —añadió mirándola intensamente.

—Será un placer, milord.

Anne le extendió su carné de baile y el muy sinvergüenza escribió su nombre en todas las tarjetas antes de dedicarle un guiño nada decoroso. Anne estuvo a punto de echarse a reír, pero aguantó las ganas por miedo a que su hermano la reprendiese por un comportamiento nada adecuado para una dama.

—Esperaré impaciente nuestro primer vals, milady —susurró el marqués.

Anne hizo un gesto de cabeza porque era incapaz de hablar, y Kenneth se llevó su mano nuevamente a los labios, pero esta vez depositó un cálido beso sobre la seda de su guante. El calor de sus labios traspasó la tela, haciéndola estremecer. Se apretó la mano con fuerza y observó cómo se marchaba a otra zona del salón para saludar a un grupo de caballeros ante la atenta mirada de los demás invitados.

—Ha rellenado todo tu carnet de baile —susurró Eddy sacándola de su estupor.

—No dejen de mirarme —protestó—. Me están poniendo nerviosa.

—El marqués loco ha puesto toda su atención en ti, Anne. Serás la comidilla de la ciudad durante un tiempo.

—Kenneth no está loco —protestó ella.

—Me ha quedado suficientemente claro hace un momento —suspiró su hermana—. Si un caballero me mirase de esa forma no dudaría en casarme con él.

—Desde luego no vas a conseguir que te pidan matrimonio aquí plantada —dijo su hermano a su espalda—. Anne, tus amigas acaban de llegar.

La joven respiró algo más tranquila cuando vio a sus amigas acercarse a ella sin apartar la mirada de Kenneth.

—¡El marqués está aquí! —exclamó Adelaine escondiéndose tras su abanico.

Anne le mostró como respuesta su carnet de baile completo.

—¿Tú lo sabías, Anne? —preguntó Hester.

—Sabía que iba a salir del sanatorio porque el doctor ha determinado que su locura era transitoria, pero creí que lo haría dentro de una semana.

—¡Vas a pasarte toda la noche bailando! —suspiró la americana.

—¡Cómo se te ocurre! —protestó Adelaine— Bailar más de dos veces con el mismo caballero es indecoroso.

—Siempre la he considerado una norma absurda —contestó Hester cruzándose de brazos—. Bailar no tiene nada de malo.

Anne jugueteó nerviosa con su abanico observando con disimulo al marqués. Había marcado todos los bailes de su carnet, pero le había dicho que vendría a buscarla para el vals, el baile más íntimo de todos.

—¿Estás nerviosa? —preguntó su hermana, que acababa de llegar de bailar con Darío.

—¿Tanto se me nota?

—Lo noto yo, que te conozco muy bien.

—Podría haberme dicho que vendría al baile.

—Querría darte una sorpresa —sugirió Hester.

—Pues te aseguro que me la ha dado. Tenía pensado prepararme para este momento, pero no me ha dado la oportunidad.

—¿Prepararte cómo? —preguntó Adelaine— Estás preciosa, Anne. Ese vestido te sienta muy bien.

—No me refería a eso.

—¡Estás enamorada de él! —exclamó Edith.

—¡Sí! ¡No! ¡No lo sé!

—Por supuesto que lo estás —sentenció su hermana—. Espero que él sienta lo mismo por ti.

—Tiene pensado cortejarme —confesó.

Sus amigas suspiraron al unísono haciendo brotar una sonrisa en los labios de ambas hermanas.

—Deberías estar feliz, Anne, no nerviosa —dijo Adelaine.

—Jillian cree que mi hermano se opondrá al cortejo.

—No me extrañaría —añadió Edith—. Mira el revuelo que se ha formado a su alrededor.

—No me importa lo que piense Darío. Si es necesario, me fugaré con él a *Gretna Green*.

—No lo dices en serio —exclamó Hester.

—Te aseguro que sí. Ya estoy cansada de que otros decidan mi futuro por mí.

Kenneth escuchaba la conversación que mantenían los caballeros a su alrededor, pero tenía toda su atención puesta en Anne. Había previsto el revuelo que se formaría a su alrededor, pero no que dicho revuelo la alcanzase también a ella. Debería haberse mezclado con la multitud en vez de ir directamente hasta ella, pero cuando la vio no pudo reprimir el impulso de acercarse y reclamar su carnet de baile por completo. Tal vez sí estaba loco después de todo... loco por ella.

No iba a osar bailar con ella más de dos bailes, por supuesto, pero le pareció un gesto divertido y romántico a partes iguales, y supo que a ella también se lo pareció. Fue divertido ver cómo intentaba aguantarse la risa delante de todas esas miradas, y en cuanto tuviese oportunidad de quedarse a solas con ella la besaría hasta dejarla sin sentido por ello.

Los acordes del último baile antes del vals llegaron a su fin y se acercó a donde estaba Anne con sus amigas para reclamarle el primero de sus dos bailes. Ella aceptó la mano que él le tendía y se dejó guiar hacia la pista de baile. Estaba nerviosa, podía notar cómo temblaba cuando puso una mano sobre su espalda para empezar a bailar.

—¿Te he sorprendido? —preguntó sonriendo.

—Mucho —contestó ella— ¿Por qué no me lo dijiste cuando fui a visitarte ayer?

—Porque no habría sido una sorpresa.

—Todo el mundo nos está mirando.

—Olvídate de ellos —susurró Kenneth—. Ahora estás conmigo.

Anne se sentía protegida y segura entre los brazos del marqués, que la

hacía girar alrededor de la pista de baile como si flotara. Sus pies apenas rozaban el suelo y sus ojos estaban fijos en los del marqués, que la miraba tan intensamente que las mariposas de su estómago empezaron a revolotear. El calor de la mano de Kenneth traspasaba la tela de su vestido calentando su piel y deseaba con todas sus fuerzas volver a sentir el sabor de sus labios, el calor de su lengua sedosa, el hormigueo que le provocaba el roce de sus dedos en la piel.

Kenneth sentía que el corazón iba a salirsele del pecho. Tenerla tan cerca de sí era una deliciosa tortura, y de no ser porque todo el mundo les observaba se habría atrevido a pegar el cuerpo de la joven contra el suyo para sentirla aún más cerca. Esos dulces labios sonrosados le invitaban a besarla, y sus ojos velados por el deseo recién descubierto le prometían sin saberlo noches de absoluto placer. Estaba ansioso por poseerla, por hacerla su esposa y mostrarle las delicias del lecho conyugal, pero su situación les obligaba a ir despacio, a tomarse las cosas con calma y sobre todo a no contrariar al hermano de la joven, que era su tutor.

El baile llegó a su fin antes de lo que a él le hubiera gustado y acompañó a la joven hasta su grupo de amigas, custodiado por el conde Gosford.

—Milord, permítame presentarle a mi hermano, el conde Gosford —dijo Anne.

—Lord Lansdowne... —contestó su hermano con una reverencia— Me alegra ver que se ha recuperado por completo de su afección.

—Así es, milord —respondió Kenneth con una sonrisa que no llegó a sus ojos azules—. El tiempo es capaz de curar heridas del alma que ningún remedio es capaz de curar. —Se volvió hacia Anne con una reverencia—. Tal vez prefiera dar un paseo por los jardines en lugar de nuestro próximo baile, he oído que lady Donegall posee las flores más bellas de la ciudad.

—Se lo agradecería, milord. No sería capaz de bailar nuevamente en una pista tan atestada de gente.

—En ese caso, vendré a buscarla cuando suene nuestra próxima pieza. Señoritas, lord Gosford...

Kenneth sintió la mirada del conde clavada en su nuca, pero siguió caminando hasta encontrarse de nuevo con Charles, que bebía una copa de vino apoyado en una columna.

—¿Cómo ha ido? —preguntó su amigo.

—¿Con ella o con su hermano?

—Te aseguro que sé perfectamente que todo ha ido bien con ella, no había más que miraros.

—No lo aprueba. No le gusta que ronde a su hermana, pero va a tener que hacerse a la idea.

—Sabes que no te conviene tenerle en tu contra, Kenneth. Debes ganarte su confianza.

—Tienes razón. No le he demostrado mi cordura, es normal que recele de mí.

—Debes hacerle ver que respetas a su hermana y que tu interés en ella es genuino. Y te aseguro que llenando su carnet de baile con tu nombre no has ayudado en absoluto.

—Es una pequeña broma entre ella y yo, Charles. Jamás se me ocurriría hacer algo semejante.

—Eso lo sé yo, pero él solo sabe que acabas de salir del psiquiátrico. Tienes que andarte con más cuidado, hombre.

—Lo sé. ¿Has logrado averiguar algo sobre la familia de Rose?

—Qué bonita forma de cambiarme de tema.

—¿Lo has hecho o no, Charles?

—Sí, lo he hecho. Rose era hija del barón Seaford. Fui a verle como me pediste, pero el muy canalla perdió toda su fortuna en el juego y se pegó un tiro dejando a su mujer en la miseria.

—¿Y quién ha pagado desde entonces su estancia en *Bedlam*?

—Lancaster se ocupa de los enfermos cuyas familias dejan de pagar. Por eso ha seguido en el hospital a pesar de todo.

—Iré a ver a su madre mañana mismo.

—Ya lo hice yo, y aunque me ha costado una muy buena suma de dinero ha accedido a nombrarme su tutor.

—Te pedí que investigaras, Charles, no que asumieras la responsabilidad.

—Lo sé, pero no he podido evitarlo. —Sonrió—. Esa muchacha tiene algo que hace que desee protegerla a toda costa. ¿No te parece una locura?

—En absoluto. Produce el mismo sentimiento en todo aquel que se molesta un poco en conocerla.

## Capítulo 15

Anne esperaba ansiosa que Kenneth decidiese acercarse a ella para pedirle su segundo baile, pero los minutos pasaban y lo único que hacía el marqués era charlar con el conde de Warwick. Ya hacía rato que había superado los ataques de celos cada vez que alguna dama se acercaba a él con flirteos evidentes, porque Kenneth se había limitado en todas las ocasiones a sonreír educadamente y alejarse lo antes posible de ellas. Se dejó caer en un sillón cercano con un suspiro y sus amigas se apresuraron a acompañarla.

—¿Ya estás cansada? —preguntó Adelaine.

—Un poco. Si de mí dependiese ya me habría ido a casa hace rato.

—Pero aún te queda un baile con Lansdowne —le recordó Hester.

—No es mi problema si tarda demasiado en pedírmelo. Como ha llenado mi carnet con su nombre no sé cuándo va a decidirse a sacarme a bailar.

—Está esperando a que la gente se olvide un poco de su presencia —dijo Adelaine—. Parece que poco a poco todo vuelve a la normalidad.

Lady Bolingbroke susurró algo en el oído de Kenneth, acariciando descaradamente la manga de su chaqueta. Anne a punto estuvo de acercarse a ella y retarla a duelo por la osadía, pero se limitó a bufar.

—Descarada —susurró Hester, que había seguido la mirada de su amiga—. Su esposo debería darle una buena azotaina por atreverse a flirtear tan abiertamente con otro caballero en un salón repleto de gente.

—Al menos Lansdowne no parece interesado —añadió Adelaine—. Está demostrando ser todo un caballero.

—Creo que voy a marcharme —dijo Anne levantándose—. Ya estoy cansada de tanto espectáculo barato.

Se dirigió con paso decidido hacia la puerta del salón para buscar a su hermano en la sala de juego, pero Kenneth la interceptó en el pasillo.

—Hola, mi amor —susurró acercándose a besarla, pero ella le esquivó—. ¿A dónde vas con tanta prisa?

—Me marcho a casa, estoy muy cansada.



—Pero aún no hemos podido dar nuestro paseo por el jardín.

—Puedes darlo con lady Bolingbroke, apuesto a que estará encantada de acompañarte.

Kenneth la miró divertido y tiró de su muñeca hasta encerrarse con ella en una sala cercana.

—¿Se puede saber qué haces? —protestó ella— ¡Esto es indecoroso!

—Estás enfadada.

—Estoy cansada y quiero irme a casa.

—Estás enfadada, no me mientas. He podido verlo desde la otra punta del salón.

—¡Pues sí, lo estoy! ¡No soporto que todas esas mujeres intenten flirtear contigo delante de todo el mundo!

—Te aseguro que yo no estoy interesado en ninguna de ellas, Anne. Solo me importas tú.

—Eso no significa que no me importe ver cómo te manosean.

Kenneth sonrió atrapándola contra el respaldo de un sillón cercano.

—Así que me manosean, ¿Mmm? —ronroneó acariciando su cuello con la punta de la nariz.

—Lady Bolingbroke casi se atreve a comerte allí mismo —tartamudeó—. Me han dado ganas de retarla a duelo por haberse atrevido a tocarte.

—Tranquila, mi pequeña gatita peleona, la única con derecho a tocarme eres tú.

Kenneth unió sus labios a los de ella y todo el enfado se desvaneció como por arte de magia. Se sujetó al cuello del hombre con fuerza y se puso de puntillas para pegar su cuerpo al masculino. Sintió el bulto de su erección clavándose en su estómago y el calor subió por su espalda, haciéndola jadear. Kenneth la sujetó de la nuca y ahondó más el beso, hundiendo salvajemente la lengua en su boca y acariciando con la mano libre el contorno de uno de sus pechos.

Anne ni siquiera era capaz de pensar en el escándalo que supondría ser pillada de esa manera, solo quería sentir aún más cerca el cuerpo de Kenneth, que la hiciera alcanzar aquello que su cuerpo anhelaba. El marqués subió las faldas de Anne e introdujo la mano por la abertura de sus calzones, acariciando lentamente el nido de rizos húmedos que cubrían su sexo caliente. El primer impulso de Anne fue cerrar las piernas con fuerza, pero tras unas palabras tranquilizadoras en su oído las abrió para que Kenneth pudiese enterrar sus dedos entre sus pliegues sedosos.

Acarició sus labios con la lengua al mismo ritmo al que se movían sus dedos sobre su sexo, acariciando el aterciopelado capullo de placer escondido en su interior. De no ser porque la lengua de Kenneth estaba dentro de su boca, Anne habría gritado por el inmenso placer que esas caricias le hacían sentir. El leve calor se convirtió en fuego candente y sus piernas se tensaron cuando la abrasó haciéndola estallar en mil pedazos, quedando laxa entre los brazos de él.

Kenneth levantó a Anne en sus brazos y la acomodó en la otomana colocando bien sus faldas antes de darle un último beso en los labios.

—Llevamos fuera demasiado tiempo, mi amor —susurró—. ¿Hay alguien en quien podamos confiar? ¿Tus amigas, tal vez?

—Eso creo —contestó soñolienta.

—Quédate aquí, iré a buscarlas para que vengan. Di que te mareaste al salir del excusado y que te despertaste aquí, ¿de acuerdo?

—Ajá.

—Mañana enviaré una nota a tu hermano para poder visitarte, por ahora debemos dejar nuestro paseo para otra ocasión.

Dicho esto, el marqués salió de la habitación cerrando suavemente la puerta. Anne estaba maravillosamente cansada y no pudo evitar sonreír como una tonta. De todas las cosas indecorosas que se le ocurrían, esta se llevaba la palma. ¡Kenneth la había tocado ahí! Y había sido maravilloso. Jamás habría imaginado que esa zona de su cuerpo fuera tan sensible, pero los dedos de Kenneth la habían llevado a rozar el cielo con las manos. Ahora solo quería dormir, cerrar los ojos y dejarse llevar.

—¿Estás bien? —preguntó Edith entrando en la habitación como una exhalación.

—¿Qué haces aquí? —dijo su hermana sentándose de golpe.

—He visto salir al marqués y me ha dicho que te has sentido indispuesta.

—He ido al excusado y me ha dado un mareo cuando volvía al salón de baile —mintió—. De no ser porque Lansdowne estaba en el pasillo en ese momento me habría caído redonda al suelo.

—He mandado llamar a Darío. En cuanto llegue te ayudaremos a entrar en el carruaje y nos iremos a casa.

—Estoy bien, ya se me ha pasado.

—¿Qué te pasa? —preguntó su hermano irrumpiendo en la habitación—  
¿Qué tienes?

—Solo me he mareado, no te preocupes.

—Mañana mismo mandaré llamar al médico.

—Habrá sido el calor —le tranquilizó—. Había demasiada gente en el salón de baile y me sentía un poco acalorada cuando he salido para ir al excusado.

—Vamos, te llevaré a casa. —Darío se acercó a ella para ayudarla a levantarse.

—Puedo sola, de verdad.

—No permitiré que vuelvas a desvanecerte. Vamos, apóyate en mí.

Anne se sentía culpable por preocupar a su hermano, pero hizo lo que él le pedía y se dejó ayudar a llegar hasta el carruaje. Su hermano se detuvo fugazmente junto a Kenneth e hizo una leve inclinación de cabeza para agradecerle que hubiese atendido a su hermana.

En cuanto subieron al carruaje Darío se sentó junto a ella y cubrió su frente con la mano abierta para comprobar su temperatura.

—Estoy bien, deja de preocuparte —dijo ella cerrando los ojos con una sonrisa—. Solo estoy cansada, eso es todo.

—¿Estás segura de que solo ha sido eso? —preguntó su hermano escrutándola.

—Segura. Me agobia estar rodeada de tanta gente, ya lo sabes.

—Sobre todo siendo el centro de atención —añadió Edith—. Todo el mundo te miraba.

Anne lanzó una mirada feroz a su hermana, que respondió encogiéndose de hombros.

—No me miraban a mí, miraban a Lansdowne —rectificó—. Es normal, dadas las circunstancias.

—Me ha parecido curioso que se acercase directamente a ti cuando había en esa fiesta muchas personas a quienes conocía —contestó su hermano acariciándose la cuidada barba.

—Personas que le dejaron pudrirse en el sanatorio en vez de ayudarle a recuperar su vida —bufó Edith—. Anne le ha sacado de allí, ¿acaso no es lógico que esté agradecido?

—Tal vez.

Darío dejó ahí la conversación, pero a pesar de tener los ojos cerrados Anne podía sentir su intensa mirada clavada en ella.

—¿Había algún caballero en la fiesta que despertase tu interés, Eddy? —preguntó la joven para desviar la atención de ella misma.

—Me temo que no —suspiró—. Creo que voy a permanecer soltera una temporada más.

—¿Qué pasó con Montrose? —preguntó Darío.

—Es demasiado rudo para mi gusto. Al parecer en Escocia se olvidan de los modales cuando se trata de cortejar a una mujer.

—¿Se ha propasado contigo? —exclamó Anne alarmada.

—¡Por supuesto que no! —contestó su hermana riendo— No le di oportunidad de hacerlo.

—¿A qué te refieres, Eddy? —preguntó su hermano amenazante.

—Cuando intentó besarme se llevó un buen puntapié en la espinilla. Nadie osará besarme si no le doy permiso antes.

Anne pensó en lo que había pasado momentos antes en la sala privada de la casa de lord Donegall. Kenneth no le había pedido permiso, había tomado cuanto quería y a ella no le había importado en absoluto. Reconoció avergonzada que le habría entregado en ese momento su virginidad si él la hubiera reclamado. No era tonta, sabía que hacer el amor consistía en mucho más que unas excitantes caricias robadas y eso implicaba quedar deshonrada para siempre, pero Kenneth había dicho que quería cortejarla y eso terminaba innegablemente en boda aunque él no hubiese hablado directamente de matrimonio.

A la mañana siguiente su hermana entró en su habitación cuando Anne aún dormía, y tras abrir las cortinas de par en par saltó sobre su cama para despertarla.

—¡Vamos, despierta! —exclamó— ¡Despierta, hay un regalo para ti!

Anne se sentó en la cama de golpe y miró a su hermana, que la miraba a su vez con una radiante sonrisa de oreja a oreja.

—¿Es de Kenneth? —preguntó.

—La nota no está firmada, pero ¿de quién si no? ¡Vamos, corre!

Anne corrió escaleras abajo sin ponerse siquiera las zapatillas y se detuvo en seco cuando vio en la mesa de la salita un enorme jarrón de cristal de Bohemia que contenía un enorme ramo de preciosas rosas rojas.

—¿De verdad es para mí? —preguntó a su cuñada, que acababa de coger la nota.

—No está firmada, pero apuesto a que adivino de quién es.

—Seguro que es de tu marqués —contestó su hermana detrás de ella.

Anne tomó la nota de manos de Jillian y acercó la nariz a las flores para

aspirar su delicioso aroma. Abrió la nota y, tras leerla, se la llevó al pecho con una sonrisa.

—¿No vas a leérsela? —preguntó Jillian.

—Eres la única mujer capaz de dejarme sin aliento —leyó—. Siempre tuyo, K.

—¿K? —preguntó Jillian— ¿Quién puede ser K?

—Kenneth —contestó ella—. El marqués se llama Kenneth.

—¡Oh, Dios, qué romántico! —suspiró Edith dejándose caer en el sofá — Ojalá a mí me mandasen una nota como esa.

—No les das la oportunidad de hacerlo —protestó Jillian—. A la mayoría no le concedes una segunda cita.

—Eso es porque son tan insulsos que no se la merecen.

—Montrose no es soso —protestó Jillian.

—Pero es demasiado atrevido, intentó besarme sin permiso.

—¿Crees que Lansdowne ha pedido permiso para besar a tu hermana? —rió su cuñada.

—¡Claro que sí, es todo un caballero!

—Siempre que me ha besado lo ha hecho de imprevisto —sonrió Anne recordando su encuentro ilícito— y ha sido maravilloso en cada una de las ocasiones.

—¿Le has permitido hacerlo? —preguntó escandalizada Edith.

—Pues claro que sí, mojigata —contestó ella—. ¿Qué crees que hacen las parejas cuando logran quedarse unos minutos a solas, mirarse parpadeando con amor?

—Es indecoroso.

—Y excitante, deberías probarlo —contestó Anne.

—Solo se lo permitiré a mi futuro marido.

—Eres una mojigata, Eddy —protestó Jillian—. No lo creí posible, pero eres aún más difícil que Anne.

—Anne no es nada difícil —rió Edith—, solo estaba esperando a su apuesto marqués.

Anne vio cómo su cuñada palidecía de pronto, y volvió la cabeza hacia la puerta para ver a su hermano mirándola con furia.

—¿Es eso cierto, Anne? —preguntó con voz acaramelada— ¿Te estás tomando en serio las atenciones de Lansdowne?

—¿Y por qué no? —preguntó inocentemente Edith— Es un caballero apuesto y de muy buena posición.

—¡A quien persigue el escándalo! —bramó Darío.

—¡Escándalo que él no se ha buscado! —le defendió Anne— El marqués no tiene la culpa de que le encerraran injustamente.

—¿Injustamente? ¡Oía el llanto de su hijo muerto, por amor de Dios!

—¡Y dejó de oírlo al entrar en *Bedlam*!

Darío inspiró con fuerza intentando recuperar la calma. Su hermana era demasiado inocente para comprender las consecuencias de un matrimonio con el marqués loco, como le llamaban las malas lenguas.

—Anne, cielo...

—¡No me llames cielo cuando discutimos, Darío!

—¡No permitiré que te corteje!

—¡Pues me escaparé con él a *Gretna Green*!

—No te atreverás...

—¡Ponme a prueba!

—¡Maldita sea, Anne! ¡Estoy velando por tu reputación!

—¿Mi reputación? ¿Qué demonios tiene mi reputación que ver en todo esto?

—Serías el hazmerreír de la sociedad —dijo en un tono más calmado—. Nadie te recibiría en las reuniones sociales.

—¿Y tú crees que eso me importa? ¡Seré feliz con él, Darío! ¿No te das cuenta?

—He rechazado su petición de venir a visitarte y es mi última palabra.

—¡Yo te apoyé cuando quisiste casarte con Jillian! —gritó Anne con los ojos anegados en lágrimas— ¿Por qué no puede hacer tú lo mismo?

—Es que no es lo mismo, Anne. Ahora soy tu tutor y debo velar por tu bienestar.

—¡Pues me vuelvo con mamá!

—¿Crees que ella te va a permitir verle? ¿Lo dices en serio?

—¡Te odio, Darío! ¡Te odio con todas mis fuerzas!

Anne echó a correr escaleras arriba y se dejó caer en la cama rompiendo en llanto. ¿Qué le había pasado a su hermano? Antes siempre había apoyado sus decisiones por muy descabelladas que fueran, como cuando decidió ayudar en *Bedlam*. ¿Por qué ahora le importaban tanto las habladurías? ¿Qué más daba lo que dijeran los demás si ella era feliz?

Sintió la palma de la mano de Jillian sobre su espalda. Se volvió hacia ella y se abrazó a su abultada tripa con un sollozo. Su amiga le acarició la cabeza hasta que el llanto se convirtió en un leve quejido y le levantó la

barbilla para limpiarle las lágrimas con un pañuelo.

—No conseguirás nada peleando con él, Anne —dijo—. Debemos buscar la manera de hacerle cambiar de opinión.

—Creí que él me apoyaría, Jill. ¿Qué le ha pasado?

—El título conlleva una responsabilidad. Aunque no lo creas, él piensa que lo está haciendo por tu bien.

—¿Y cómo puedo hacerle cambiar de idea?

—Creo que el tiempo acallará los rumores sobre Lansdowne, y eso jugará a tu favor. Sé obediente ante sus ojos y sigue viendo al marqués a escondidas.

—¿Cómo voy a hacerlo? —suspiró— Darío siempre me estará vigilando.

—Pronto podré acompañarte y podremos arreglarlo todo para que os veáis a solas sin temor al escándalo.

—Aún falta para que nazca el bebé.

—El bebé nacerá antes de lo que te imaginas.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque creo que me he puesto de parto.

Anne saltó de la cama mirando a su cuñada con los ojos como platos. Había roto aguas y tenía el vestido empapado, y en su rostro se apreciaban signos de dolor. La joven empezó a dar vueltas sin sentido por la habitación sin saber qué hacer.

—¿Y qué haces ahí sentada? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Acabo de decírtelo —contestó su cuñada inspirando con fuerza ante una nueva contracción.

Anne se acercó a la jofaina para empapar un paño en agua fresca y ponerlo en la frente de su cuñada, pero ella lo rechazó.

—¿Quieres estarte quieta? —protestó Jillian— Con un paño húmedo no vas a arreglar nada.

—¡Es que no sé qué hacer!

—Primero llévame a mi habitación y ayúdame a cambiarme de ropa. Después avisa al doctor.

## Capítulo 16

Seis horas más tarde, Anne sostenía en sus brazos a Mary Anne Townsend, su preciosa sobrina. Su cabecita estaba cubierta por una espesa capa de pelusa rubia, igual que su madre, y sus mofletes redondeados se movían a la vez que se chupaba el dedo pulgar. Aún no había podido ver el color de sus ojos, pero apostaba a que eran de un claro color miel, como los de su hermano. Darío permanecía sentado junto a su esposa colmándola de atenciones, y por un momento ambos hermanos habían dejado de lado su discusión.

—Es tan bonita... —susurró Edith acariciando sus minúsculos deditos— Parece una muñeca.

—Me da un poco de miedo tenerla en brazos —reconoció Anne—. Temo dejara caer por accidente.

—Pero si se te da muy bien, Anne —rió Jillian desde la cama—. Serás la mejor madrina del mundo.

Anne la miró con los ojos como platos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Pues claro. ¿Quién mejor que mi mejor amiga para el puesto?

—Estaré encantada de ser su madrina —contestó limpiándose una solitaria lágrima de su mejilla.

—Déjame cogerla —pidió Edith estirando los brazos—. Ya la has tenido mucho rato.

Anne puso la niña en los brazos de su hermana y salió de la habitación para dirigirse a su pequeño despacho. Debía enviar una nota a Kenneth para contarle la decisión de su hermano, no podía permitir que pensara que el rechazo era cosa suya. Sacó papel y pluma del primer cajón de su escritorio y con un suspiro empezó a escribir.

Kenneth esperaba el rechazo de lord Gosford, él habría hecho lo mismo si se tratase de su hermana. Ahora debía encontrar la manera de conseguir



que el escándalo que le perseguía desde aquella fatídica noche desapareciera, pero para ello debía descubrir el complot que se forjó a su alrededor dos años atrás. Y debía empezar por volver a su casa, no podría averiguar nada refugiado en casa de Charles.

Su amigo entró en el salón en ese momento quitándose los guantes. Le miró con una ceja arqueada y se sirvió una copa de coñac.

—¿Qué haces aquí encerrado? —preguntó— Ahora que puedes salir a tu antojo no deberías pasarte la tarde en casa.

—Gosford ha rechazado mi petición de cortejar a su hermana.

—Era de esperar. Después de lo que ocurrió anoche en el baile no esperarías que accediese sin más.

—Claro que no, por eso he estado pensando en hacer algo para que cambie de opinión.

—¿Y qué piensas hacer?

—Por lo pronto, voy a volver a mi casa. Debo recuperar mi posición y mi credibilidad.

—¿Volverás solo?

—No, tú vendrás conmigo. Es hora de que lleves a cabo estas reformas de las que hablamos en el *Bedlam*. —Charles sonrió.

—Llamaré ahora mismo a Jacob para que prepare nuestro equipaje. Disfrutaré enormemente al ver la cara de Robert cuando nos vea aparecer.

—No más que yo, amigo mío.

—Deberías insistir en que se marchen de inmediato de tu casa.

—Al contrario. Si les echo no tendré la oportunidad de demostrar que ellos me hicieron creer que estaba loco.

—¿Y qué harás si vuelves a escuchar los llantos?

—Ignorarlos. Después de dos años ya tengo superada la pérdida de mi hijo, y no soy hombre de creer en fantasmas.

—Debemos pensar cómo tenderles una trampa.

—Ya se me ocurrirá algo. ¿Cómo va nuestro plan de sacar a Rose de *Bedlam*?

—Demasiado lento, me temo. Los abogados están tardando más de lo necesario en redactar los dichosos documentos. Creo que lady Seaford tiene intención de pedir más dinero.

—Esa mujer no tiene vergüenza.

—Lo sé, pero esta vez estoy preparado. Si quiere más dinero tendrá que recogerlo en el despacho de mi abogado cuando firme los papeles de cesión

de la tutela. Con suerte Rose será libre antes de que termine el año.

—Deberías mudarte. Una casa de soltero no es lugar para una joven dama.

—También lo estoy arreglando. Nos mudaremos a *Wilton house* con tía Millicent. Contrataré un tutor y profesores de música y baile. Tenemos mucho trabajo por delante con su educación.

—La pobre muchacha ni siquiera sabe leer. Anne empezó a enseñarle cuando iba a vernos, pero aún tiene mucho que aprender.

—Tienes razón. Voy a *White's* a echar una partida de cartas. ¿Quieres venir?

—Voy a dar un paseo por *Hyde Park*. Anne me ha citado allí.

Kenneth se puso su traje de montar y cabalgó sobre el purasangre de su amigo hasta el parque. Aunque no era seguro, tenía la esperanza de que Anne hubiera podido escaparse de casa para ir a su encuentro en el mismo sitio en el que se sentaron cuando pasearon por el parque por primera vez, lejos de miradas indiscretas. Detuvo su caballo junto al lago y esperó pacientemente su llegada, pero el tiempo pasaba y no había ni rastro de Anne. Le había informado del nacimiento de su sobrina y entendía que no acudiera a la cita, pero le hubiera gustado verla después de su encuentro íntimo de la noche anterior. Decidió dejar de esperar y se dirigió a su caballo, pero el tintineo de unos cascabeles llamó su atención.

Anne puso los caballos del cabriolé al trote cuando avistó un caballo atado en la orilla del lago. Había conseguido convencer a Darío de que la dejase salir de casa porque Edith la acompañaba, pero no tenían demasiado tiempo para estar con Kenneth. Quería que la besara de nuevo, pero la presencia de su hermana limitaba la cita a un inocente paseo por el jardín. En cuanto detuvo los caballos, el marqués se acercó para ayudarlas a bajar de vehículo, primero a su hermana y después a ella. La sorprendió dándole un fugaz beso en los labios ante la atenta mirada de su hermana, que suspiró completamente enamorada.

—Creí que ya no vendrías —susurró Kenneth.

—Si no llega a ser por Edith mi hermano no me habría dejado salir.

—Le estaré eternamente agradecido, milady —dijo inclinando la cabeza—. ¿Cómo se encuentran tu cuñada y el bebé?

—Los dos están sanos y felices —contestó sonriendo—. Le han puesto mi nombre y seré la madrina.

—Por favor, milord, dejémonos de banalidades —interrumpió Edith—. Tenemos asuntos más importantes que atender.

—¡Eddy! —protestó Anne.

—¿Acaso no es cierto? Debemos pensar cómo convencer a Darío para que permita que os caséis. Porque piensa casarse con mi hermana, ¿verdad?

—Esa es mi intención —afirmó Kenneth—. He pensado que si descubro a quien me encerró injustamente ante la sociedad tal vez vuestro hermano considere su decisión. Mañana volveré a mi casa para intentar desenmascarar a mi primo.

—¿Y si escuchas de nuevo ese llanto? —preguntó Anne preocupada.

—Lo ignoraré, mi amor. No creo en fantasmas.

—Pero pueden volver a declararte demente, ¿y qué haremos entonces?

—Charles me acompañará para actuar como mi testigo. Aún no sé cómo voy a demostrarlo, pero debo empezar por ahí.

—Ten mucho cuidado, por favor.

—Lo tendré. Y ahora dime a qué baile iréis mañana por la noche.

—Aún es pronto para que vayamos a un baile. Mi cuñada acaba de dar a luz y mi hermano no quiere separarse de ella.

—La semana que viene convenceré a mi hermano para que nos lleve al baile de Almack's —dijo Edith—. Si él no puede acompañarnos tía Agnes lo hará. Es más temible que mi hermano, pero al menos podrá bailar con mi hermana.

—Le agradezco enormemente que nos ayude en esto, lady Edith —dijo Kenneth ayudándola a subir al carruaje.

—Jamás había visto a mi hermana tan ilusionada y feliz, milord. Lo menos que puedo hacer es contribuir a esa felicidad.

Cuando volvieron a casa, Darío las esperaba sentado en el salón cómodamente con el periódico en la mano.

—¿Qué tal vuestro paseo? —preguntó.

—Ha sido reconfortante —contestó Edith.

—Es cierto, después de tantas horas de espera nos ha venido bien un poco de aire fresco —añadió Anne—. ¿Cómo están Jillian y el bebé?

—Descansando —contestó su hermano—. Ha sido un día largo para los todos.

—Mary Anne es un bebé precioso —suspiró Anne—. Debes estar orgulloso aunque no sea varón.

—Ya habrá tiempo para engendrar a un heredero, ahora mismo pienso dedicarme a mimar a mi primogénita.

—¿Iremos la semana que viene al baile de Almack's? —preguntó Edith distraídamente.

—¿Quieres ir? —preguntó Darío.

—Te lo agradecería. Hay varios caballeros interesados en mí y me gustaría poder conocerles un poco antes de decidirme por uno de ellos.

—En ese caso no creo que haya ningún problema. ¿Vendrás, Anne?

—¿Tengo que hacerlo? —protestó.

—Deberías. Tú también tienes que empezar a barajar tus opciones.

Anne se mordió la lengua para no contestarle. ¡Ella solo tenía una opción deseada y él se oponía a ella! En vez de eso, asintió y se marchó de la habitación para no empeorar las cosas entre ellos. Sabía que si seguía discutiendo con su hermano lo único que conseguiría sería una negativa permanente por su parte.

Subió a la habitación y buscó entre los libros su favorito, *Orgullo y sensibilidad* de Jane Austen, para leérselo esa tarde a las jóvenes de *Bedlam*, porque les había leído otros libros de la autora y permanecido sentadas a su alrededor muy atentas a las historias de lo mucho que les gustaron. Cuando llegó al hospital el doctor Novak se acercó al carruaje como siempre para ayudarla a bajar.

—Me alegra verla de nuevo, lady Lansdowne. Las muchachas están esperando impacientes su llegada.

—Es mi momento preferido de los jueves, doctor. ¿Cómo se encuentran hoy?

—Nicola ha tenido un ataque esta mañana, así que no acudirá a su lectura como castigo. Anne, sin embargo, se portan muy bien en la víspera de su visita.

—¿Y Rose?

—Rose está algo triste desde que lord Lansdowne se marchó. Hemos intentado animarla, pero nada la consuela lo más mínimo. Incluso ha dejado de comer, lleva varios días que apenas prueba bocado.

—Espero que mi visita la anime un poco.

—Estoy seguro de que así será.

En cuanto Anne entró a la habitación lady Davenport la interceptó con gesto preocupado.

—Gracias a Dios que has venido, querida. Esa pobre niña lleva varios

días tan apática que temo por ella.

Anne fijó la vista en Rose, que permanecía sentada en el lugar que antes ocupaba Kenneth con los brazos apoyados en el alféizar de la ventana.

—¿Le importaría leerles este libro a las demás chicas? —preguntó sacando el ejemplar de su bolso— Creo que a Rose le vendrá bien dar un paseo por el jardín.

—Con mucho gusto, querida. Espero que puedas ayudarla.

Anne se acercó a Rose y se sentó junto a ella. La muchacha pareció no darse cuenta de su presencia y continuó con la mirada fija en la ventana.

—Creo que sería mejor dar un paseo por el jardín a verlo por la ventana, ¿no crees? —susurró Anne.

Rose se incorporó de inmediato y la abrazó con fuerza.

—¡Anne! ¡Has venido! —exclamó.

—¡Pues claro que he venido! ¿Acaso creías que me olvidaría de ti?

—Creí que ahora que Kenneth no está todos os olvidaríais de mí igual que mi familia.

—No digas tonterías, jamás podría olvidarme de ti.

La joven sonrió con tristeza y a Anne se le partió el alma al verla tan desanimada.

—Vamos, demos un paseo —pidió.

Cogió a la joven de la mano y la llevó hasta la puerta del jardín. Pasearon hasta la glorieta de la fuente y se sentaron en uno de los bancos.

—El doctor Novak está preocupado por ti, Rose. Dice que estás triste y que no has comido nada en varios días.

—No tengo apetito, Anne. Esto es tan aburrido sin Kenneth...

—Pero tienes más amigas aquí, ¿no es así?

—No es lo mismo. Ellas no son como yo.

—Eso es porque tú no estás loca y ellas sí. Pero tienes que tener un poco de paciencia, Rose. Kenneth está haciendo todo lo que puede para intentar sacarte de aquí.

—Sé que no lo lograré. Mi familia no va a concederle mi tutela y yo me pudriré aquí dentro.

—Te prometo que mañana le preguntaré cómo van las cosas y cuando vuelva el próximo día te lo contaré todo, pero tú tienes que prometerme que vas a comer.

—No entiendo por qué mi familia no me quiere, Anne. ¿Tan mala soy que no merezco que me quieran?

Un sollozo escapó de sus labios y Anne la abrazó con los ojos anegados en lágrimas. ¿Cómo iba a contestarle a aquella pregunta cuando ni ella misma sabía la respuesta? Ella jamás abandonaría a una hija de aquella manera y no entendía cómo la madre de Rose había tenido el valor de hacerlo. Levantó la vista y vio a Kenneth acercarse por el camino y se limpió las lágrimas agradeciendo esa visita. Estaba segura de que el marqués sería mucho más capaz que ella de animar a Rose.

—Mira quién viene por ahí —susurró levantando la cabeza de la muchacha.

—¡Kenneth!

Rose se levantó del banco y se lanzó a los brazos del marqués sollozando. Kenneth la levantó en sus brazos y la apretó con fuerza contra su cuerpo, y Anne tuvo que secarse las lágrimas con un pañuelo.

—Me dijeron que mis dos damas favoritas estaban paseando por el jardín —dijo sentándose entre las dos—, pero no esperaba encontrarlas llorando. ¿Qué ocurre? ¿Hay algún problema?

—En realidad ya no, porque Rose me ha prometido que va a volver a comer. ¿Verdad?

—¿Has dejado de comer? —preguntó Kenneth levantándole el mentón — ¿Y eso por qué?

—Porque te echo muchísimo de menos y he perdido el apetito.

—Vaya... ahora que te traía buenas noticias...

—¿Has hablado con mi familia?

—En realidad ha sido Charles quien se ha ocupado de todo.

—¿Tu amigo? —preguntó ella sorprendida.

—El mismo. Está ocupándose de arreglar los papeles para convertirse en tu tutor y en cuanto lo consiga te sacará de aquí.

—¿De verdad?

—De verdad. Pronto saldrás de aquí, pequeña.

—¿Pero por qué él? Creí que ibas a hacerlo tú.

—Y ese era el plan. Le pedí que investigase a tu familia y en vez de eso se me adelantó. Espero que el cambio no te importe.

—Warwick es un buen hombre y estarás bien con él, te lo prometo —añadió Anne.

—Así es —corroboró Kenneth— está arreglando su casa de campo y en cuanto salgas de aquí os mudaréis allí con su tía Millicent. Te gustará, es una dama algo excéntrica pero muy divertida.

—¿Y vosotros estaréis conmigo?

—Cuando vuelvas a Londres iré a visitarte tantas veces como pueda — prometió Anne—, pero me temo que no me será posible visitarte en el campo.

—Mi casa está justo al lado de la suya, así que te prometo que iré a visitarte a menudo —añadió Kenneth—. Pero no quiero volver a verte llorando, ¿de acuerdo? —Rose asintió.

Más tarde, Kenneth acompañó a Anne hasta su carruaje. Aprovechaban al máximo cualquier tiempo del que dispusieran para estar juntos, aunque fuera solo un momento.

—No sabía que Warwick se hubiera ofrecido a hacerse cargo de Rose — comentó Anne.

—Me sorprendió tanto como a ti que se proclamara defensor de la muchacha. Parece que Rose ha despertado en él su vena protectora.

—Es que Rose se hace querer. Me he sentido tan mal por ella cuando la he visto llorar... Creía que nos olvidaríamos de ella ahora que has salido de aquí.

—Intentaré venir a visitarla tantas veces como pueda para que no se sienta abandonada. Le he cogido mucho cariño durante el tiempo que hemos vivido aquí.

—Debería marcharme —suspiró Anne—. Mi hermano se estará preguntando qué me está retrasando tanto.

Kenneth miró a ambos lados de la calle y al ver que no se acercaba nadie, la besó fugazmente en los labios.

—La semana que viene pienso acercarme a ti para pedirte un baile os acompañe o no tu hermano —susurró.

—Darío se opondrá.

—No creo que se atreva a desairarme delante de todo el mundo, así que me aprovecharé.

—Al final va a resultar que sí estás loco —rió Anne.

—¿Es que aún no lo has notado, mi amor? Estoy total y absolutamente loco por ti.





# Capítulo 17

El mayordomo de la casa Lansdowne se quedó con la boca abierta cuando abrió la puerta a su señor unos días más tarde. Charles saludó al viejo Jenkins con su habitual familiaridad y entró en la casa, pero Kenneth permaneció mirando al anciano parado en la puerta con una sonrisa.

—Buenos días, Jenkins —dijo Kenneth.

—¿Lord Lansdowne?

—Al menos no se han deshecho de ti —contestó quitándose los guantes.

—¡Me alegro tanto de verle, milord! —exclamó el sirviente saliendo de su estupor.

—Yo también me alegro de verte. ¿Dónde está mi primo?

—Lord y lady Dankworth aún están durmiendo, milord. ¿Quiere que les avise de su regreso?

—Será mejor que no. Prefiero hablar contigo antes de que descubran mi regreso. Acompáñanos a mi despacho y cuéntenos qué demonios han estado haciendo esos dos en mi ausencia.

—Con gusto, milord.

Kenneth inspiró hondo antes de poner un pie dentro de la casa. Aquella mansión le traía muchos recuerdos dolorosos a la mente, pero los apartó dispuesto a seguir adelante. Arrugó la frente al ver que la pulcra y sencilla decoración de Evelyn había sido sustituida por el gusto recargado de Edwina. Las paredes, antes visibles, estaban cubiertas de cuadros estrafalarios, y los muebles soportaban el peso de innumerables adornos innecesarios de los que Kenneth se desharía en cuanto tuviera oportunidad.

Agudizó el oído para asegurarse de que no volvería a oír aquel desgarrador llanto de antaño, y respiró aliviado cuando lo único que llegó hasta él fue el ruido de los carruajes al cruzar la calle a su espalda.

—Intenté evitarlo, milord, pero nadie me escuchó —se disculpó el mayordomo al ver la mirada de su señor fija en la decoración.

—No te preocupes, Jenkins, nos desharemos de todo esto en cuanto

podamos.

Subieron al despacho de Kenneth y comprobó con alivio que esa estancia había sido respetada. Sirvió tres copas de whisky y le entregó una al sirviente invitándole a sentarse frente a él, que tomó asiento tras el escritorio.

—¿Cómo han ido las cosas en mi ausencia? —preguntó el marqués.

—Esto ha sido un auténtico infierno, milord —se quejó Jenkins—. Al principio nos hicieron creer que estaban apenados por su estado, pero pronto empezaron a mostrar su verdadero rostro.

—¿A qué te refieres? —preguntó Charles.

—Lady Dankworth empezó a derrochar su fortuna en compras absurdas. Compró muebles nuevos y comenzó a acudir a subastas. Toda la decoración ha costado una buena parte de su fortuna, milord.

—Siempre podré recuperarla volviendo a subastarla, ¿no crees? —sonrió Kenneth.

—Después vinieron los innumerables bailes —continuó Jenkins—. Fue terrible ver cómo celebraban el día de la muerte de la marquesa, milord.

—Así que lo celebraron, ¿mmm?

—Y no solo eso. Han despedido a la cocinera y a gran parte del servicio para traer a sus propios sirvientes, que se dedican a campar por esta casa como si fueran los dueños.

—Parece que sí era el momento de que volvieras —dijo Charles.

—¿Tiene usted contacto con el antiguo servicio, Jenkins? —preguntó Kenneth.

—Sí señor.

—Supongo que algunos de ellos ya habrán encontrado trabajo, pero a los que no les quiero de vuelta. Envíeles una nota para que se reúnan conmigo cuanto antes.

—Lo haré de inmediato, milord.

—¿Qué me dice del comportamiento de mi primo?

—Al principio se mostraba taciturno y tenía innumerables discusiones con su esposa. Después se aficionó a la bebida y al juego, y se dedica a apostar jugando a las cartas.

—Gastando el dinero del marqués —adivinó Charles.

—Eso me temo —contestó el sirviente—. Lord Townsend no se caracteriza por su suerte en el juego, más bien al contrario.

—Creí que Robert no tenía nada que ver en todo este asunto —susurró Kenneth—, pero cada vez estoy más convencido de que me equivocaba.

—¿Qué asunto, si me permite preguntar? —preguntó Jenkins.

—Creo que mis primos me hicieron creer que escuchaba a un bebé para encerrarme en *Bedlam* y quedarse con mi título y mi fortuna —contestó Kenneth.

—Le ayudaré a descubrir su complot, milord. Solo dígame que puedo hacer.

—Por ahora no vamos a hacer nada. Mis primos se llevarán una gran sorpresa al comprobar que estoy de vuelta y tal vez cometan un error.

—¿A qué hora suelen levantarse, Jenkins? —preguntó Charles.

—A mediodía, milord.

—Debo hacerles creer que su permanencia en la casa es vital para mi bienestar. Si se marchan no podré desenmascararles —reconoció Kenneth.

—Puedes decirles que Novak ha ordenado que estés bajo vigilancia y que ellos deben seguir siendo tus guardianes —propuso Warwick.

—Si digo eso se creerían con el derecho de impedirme actuar a mi antojo y podrían deshacerse de ti. No, es mejor que piensen que soy yo quien quiero que se queden. Les diré que me siento más seguro teniéndoles aquí.

Cuando Robert y Edwina bajaron al salón a desayunar, encontraron a Kenneth sentado en la cabecera de la mesa tomando café mientras leía tranquilamente el periódico.

—¿Kenneth? —exclamó Robert— ¿Qué haces aquí?

—Cualquiera diría que no te alegras de verme, primo.

—No, claro que me alegro, pero...

—El doctor Novak ha decretado que mi locura era transitoria y que estoy en pleno uso de mis facultades, así que no ve necesario que permanezca en *Bedlam* por más tiempo.

—Creíamos que Appleton llevaba tu caso —dijo Edwina escudándose tras su marido.

—¿No os habéis enterado? —contestó Charles entrando en la habitación y sentándose junto a Kenneth— Lancaster despidió a Appleton.

—¿Despedirlo? —preguntó Robert— ¿Por qué?

—Al parecer al duque no le gustaban demasiado sus métodos.

—¡Pero no tiene derecho a despedirle! —exclamó Edwina.

—Tiene todo el derecho, prima —respondió Kenneth—. Es el mayor benefactor de la institución.

Kenneth observó cómo sus primos cruzaban una mirada llena de

significado. Le habría gustado echarlos en ese mismo momento a patadas, pero para él era mucho más importante lograr que lord Gosford consintiera su compromiso con Anne.

—Os agradezco mucho todo lo que habéis hecho por mí —continuó con una sonrisa que no llegó a sus ojos— y me gustaría que continuaseis viviendo aquí conmigo, al menos hasta que estemos seguros de que no volveré a recaer.

—Por supuesto, primo —contestó Edwina—. Haremos lo que haga falta para asegurarnos de tu bienestar.

—Gracias. Sin embargo debo pedirlos que os mudéis a cualquier otra habitación de la casa. Jenkins me ha informado de que ocupáis mis aposentos y, como comprenderéis, me gustaría recuperarlos.

—Claro que sí, Kenneth —afirmó Robert—. Lo dispondremos todo ahora mismo.

—Otra cosa más. Warwick está realizando obras importantes en su casa para adecuarla ahora que debe cuidar de su nueva pupila, así que pasará una temporada con nosotros. ¿Puedes preparar la habitación de Evelyn para él, Edwina?

—¿La de la marquesa? —preguntó ella escandalizada.

—¿Hay algún problema?

—No, claro que no.

—Ahora que no hay marquesa que la ocupe bien puede ocuparla mi mejor amigo, ¿no crees?

Edwina asintió y ambos se volvieron para marcharse, pero Kenneth les detuvo.

—¿Os marcháis tan pronto? —preguntó— Si aún no habéis desayunado.

—Voy a dejarlo todo dispuesto para la estancia de lord Warwick —explicó Edwina—. Desayunaré más tarde.

—¿Y tú, Robert? —preguntó Charles— ¿No te sientas con nosotros?

—Voy a recoger mis papeles del despacho, apuesto a que también querrás recuperarlo.

—En efecto, pero puedes usarlo siempre que quieras.

—Te lo agradezco, pero creo que me trasladaré a otra estancia, si no te importa. Me gusta trabajar sin interrupciones.

Charles y él les observaron marcharse hasta que Jenkins cerró la puerta. Kenneth se levantó a toda prisa y abrió una rendija para asegurarse que sus primos se habían marchado y no podrían escucharles.

—Han sido ellos —sentenció—. Quería creer que mi primo era inocente, pero es evidente que mi regreso les ha perturbado.

—Yo también lo creo —corroboró Charles—, tenemos que trazar un plan para desenmascararles.

—Por eso he insistido en instalarte en la habitación de la marquesa. Así podremos hablar sin que ellos se enteren.

—¿Cuál será nuestro siguiente paso?

—Relajarnos y dejar que sigan poniéndose nerviosos. Tal vez ellos mismos se descubran después de todo...

Esa noche, Kenneth bajó a cenar bastante animado. Le divertía la forma en la que sus primos intentaban agasajarle, seguramente temerosos de ser descubiertos ahora que había recuperado la razón. Charles ya estaba sentado a la mesa y Robert se paseaba por la habitación como un maldito ratón enjaulado.

—Buenas noches, caballeros —saludó Kenneth.

—Buenas noches, amigo mío —contestó Charles—. ¿Cómo te sientes?

Su amigo y él habían pasado toda la tarde ultimando los detalles de su conversación de la cena, y Kenneth tuvo que morderse el interior de la mejilla para no echarse a reír al ver la desesperada mirada de su primo. Apostaría su alma a que tenía la esperanza de que su regreso le hubiese perturbado lo suficiente como para volver al sanatorio.

—Es duro, Charles, no voy a negarlo —contestó—. Esta casa me trae demasiados recuerdos amargos y no sé si seré capaz de soportarlo.

—Date tiempo, mi querido primo —respondió Edwina desde la puerta—. El tiempo cura todas las heridas.

—Ojalá tengas razón. Aún no soy capaz de entrar en la habitación de Evelyn.

—No te preocupes por eso —dijo Edwina—, me encargué de redecorarla para que no te trajese malos recuerdos.

—Te lo agradezco, querida prima. No sé qué sería de mí sin vosotros.

Notó la tensión en la postura de la esposa de Robert, cómo apretaba los dientes y le miraba con rabia contenida. Con suerte, esos dos se delatarían antes de lo que esperaba y pronto tendría la oportunidad de cortejar a su dama con el permiso de su hermano.

—Te has arreglado mucho, Kenneth —comentó Edwina sentándose a la mesa—. ¿Es que piensas salir?

—Voy a Almack's, ¿por qué?

—¿No crees que es muy pronto para dejarte ver? —preguntó Robert.

—Al contrario. He pasado demasiado tiempo encerrado, primo, ahora quiero volver a ser yo mismo.

Los sirvientes comenzaron a servir los platos. La sopa era un mejunje insípido imposible de tragar, y Kenneth terminó escupiéndola en el plato.

—¿Por Dios santo! —exclamó— ¿Qué es esta bazofia?

—Es sopa de almejas, milord —contestó el mayordomo.

—Dígale a Martha que venga de inmediato —ordenó.

—Martha ya no trabaja en esta casa —contestó Edwina—. Tuvimos que despedirla.

—¿Despedirla? ¿Por qué? —preguntó el marqués.

—Se negaba a cocinar lo que le pedía, Kenneth. Como comprenderás, tuve que tomar medidas.

—Muy bien, que traigan el próximo plato. A ver si al menos ese es comestible.

El pato estaba demasiado seco, el pastel de carne demasiado caldoso. La mujer que se ocupaba de su cocina no tenía ni idea de cocinar o sus primos tenían un paladar un poco extraño. Cansado de probar malos platos, Kenneth lanzó su servilleta sobre la mesa y se levantó dispuesto a dirigirse a la cocina.

—¿La cocinera pertenece al servicio de mis primos? —preguntó a Jenkins, que le pisaba los pasos.

—No, señor, ella es de los nuestros, por así decirlo.

—No lo parece mirando sus platos.

—No sé qué le habrá pasado, normalmente cocina como los mismos ángeles.

—Creo que puedo imaginarme por qué ha decidido no hacerlo esta noche.

La cocinera, que más bien parecía un hada regordeta, se levantó cuando le vio entrar y levantó la barbilla.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el marqués.

—Milicent, milord.

—Y dígame, Milicent. ¿Cocina así de mal o lo hace solo porque he llegado a esta casa?

La mujer desvió la mirada, diciéndole a Kenneth todo lo que necesitaba saber.

—Mi prima la ha amenazado con despedirla si cocinaba bien esta noche,

¿no es cierto?

—Así es, milord —susurró.

—No tiene nada que temer, Milicent. Ahora que he vuelto usted solo debe responder ante mí y yo no pienso despedirla. ¿Sería posible que cocinase algo rápido para el conde y para mí? Estamos muertos de hambre y no hemos sido capaces de comernos lo que ha cocinado.

—Por supuesto, milord, ni yo misma podría. Queda algo del asado de anoche, podría prepararles un plato frío.

—Se lo agradecería, prefiero ir a los bailes cenado de casa. Jenkins, haz que nos suban la nueva cena a mis aposentos, por favor.

—Enseguida, milord.

Kenneth y Charles se retiraron a la habitación de Kenneth. El marqués sirvió dos copas de oporto y se dejó caer en uno de los sillones de orejas junto al fuego.

—¿Y bien? —preguntó Charles.

—Edwina ha extorsionado a la cocinera para que sirviera esa bazofia —aclaró—. Supongo que pretende hacerme la vida imposible antes de que la obligue a volver a la cloaca de la que escapó.

Un joven sirviente entró en la habitación portando una bandeja con carne fría, queso y algunos panecillos rellenos. Charles se llevó uno de ellos a la boca y suspiró.

—Esto quiere decir que la has convencido de que se alíe con nosotros —dijo—. Estos canapés están buenísimos.

—Jenkins dice que es una buena mujer y confío en su criterio. Y ahora, amigo mío, tenemos un baile al que asistir.

Anne se puso su vestido de raso y gasa verde esmeralda, con complicados bordados en el corpiño. Buscó en su joyero los diamantes que le había regalado su hermano y se los puso antes de mirarse en el espejo. Estaba ansiosa por ver a Kenneth, y aunque solo pudiesen hablar el tiempo que dura un baile, necesitaba saber cómo se encontraba ahora que había vuelto a su casa. Por otro lado, temía que el recuerdo de su difunta esposa hubiese podido ensombrecer su interés por ella y le hubiese llevado a decidir desistir en su cortejo.

Jillian entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama mirándola con una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó Anne riendo.

—En pocas semanas podré acompañaros yo misma a los bailes y volveremos a divertirnos como antes.

—Estoy deseando que llegue ese momento, echo de menos nuestras conversaciones escondidas tras los floreros.

—¿El marqués va a acudir al baile?

—Sí, y me ha dicho que piensa solicitarme un baile. Sabe que Darío no se opondrá delante de todo el mundo.

—Pero eso le enfurecerá. Tal vez debería acompañaros después de todo.

—Es demasiado pronto y lo sabes. Además, sé cómo manejar a mi hermano. Centraré mi atención en algún caballero y haré que me vea hablando con él. Al menos así creará que estoy haciéndole caso y buscando un nuevo pretendiente.

—Y de camino pondrás celoso a tu marqués.

—Kenneth lo entenderá.

—Seguro, pero eso no quita que le enfurezca verte hablar con otro hombre. ¡Cómo me gustaría estar allí para verlo!

—¡Cómo te gusta el dramatismo! —rió Anne— Confórmate con que te lo cuente cuando vuelva.

—Pero tienes que contármelo todo... incluso si te besa.

—¿Besarme? ¿Con mi hermano vigilándome cuan halcón? Dudo mucho que pueda.

—Cuando yo te acompañe me ocuparé de que podáis pasar tiempo a solas para intimar.

—¡Jillian!

—¿Qué? ¿Acaso crees que tu hermano y yo no intimamos antes de casarnos? Hay muchas cosas que se pueden hacer y que no implican entregarle tu virtud, Anne.

—Vas a terminar ruborizándome —protestó Anne.

—Solo digo que no solo de besos vive la mujer.



## Capítulo 18

El interés mostrado por Kenneth en el baile de los Donegall hizo que varios caballeros se acercasen a Anne en Almack's para pedirle un baile. Aunque no le apetecía nada bailar con alguien que no fuera él, accedió a dejarse rellenar el carnet de baile para contentar a Darío, que sonreía mirándola a través de su copa de burdeos.

—Me alegro de que al fin hayas despertado el interés e algunos caballeros, Anne —dijo sentándose a su lado—. Era cuestión de tiempo que esto pasara.

—¿En serio? —preguntó Edith— Pues yo creo que se debe al evidente interés que mostró Lansdowne por ella la otra noche y eso no me gusta nada.

—Se debe a que tu hermana es una mujer hermosa y se ha corrido la voz de que soy yo quien orquestará su matrimonio —respondió Darío—. No tiene nada que ver con Lansdowne.

—Sigo creyendo que todos esos alfeñiques lo que quieren es sacarle información acerca del marqués —protestó Edith.

—Tranquilízate, Eddy, si ese es el motivo soy muy capaz de cambiar de tema —contestó Anne—. Delicadamente, por supuesto.

Su hermano se marchó al ver a unos amigos y Eddy se pasó a la silla que había dejado vacía junto a su hermana.

—Temo que quieran ridiculizarte, Anne —reconoció—. Toda esta atención no me gusta nada.

—Ni a mí —añadió Adelaine, sentada a su lado—. Si tu hermano tuviese razón, ¿por qué han esperado a este momento? Bien podrían haberlo hecho mucho antes.

—Esto me servirá para aplacarle cuando llegue Kenneth —explicó—. Va a pedirme un baile y no pienso negárselo.

—Si alguno de ellos intenta ponerte en ridículo dale un fuerte pisotón —sugirió Hester con mirada de diablillo—. Te vengarás de manera inocente y solo nosotras lo sabremos.

—No creo que nadie se atreva a hacer una cosa así, pero lo tendré en cuenta —contestó ella con una armoniosa risa.

Kenneth escuchó la risa de Anne en cuanto entró en el club. Volvió instintivamente la cabeza hacia ella y sonrió al verla divertirse con sus amigas. Anne era un soplo de aire fresco para su alma, y se alegraba de que en ese justo momento ella fuese tan feliz. Decidió saludar a algunos conocidos antes de acercarse a ella, pero apretó los puños al ver a lord Darsley sacarla a bailar.

—Como era de esperar tu interés en ella ha despertado el interés de otros caballeros —dijo Charles a su lado.

—Y Darsley no iba a dejar pasar la oportunidad de intentar humillarme teniendo en cuenta nuestro pasado común.

Christopher Darsley estaba perdidamente enamorado de Evelyn el año de su debut. Se preocupaba de conocer los bailes a los que ella acudía solo para poder bailar con ella. Todo el mundo pensó que el matrimonio entre ellos era evidente... hasta que Kenneth entró en escena. Sus padres y los de Evelyn se conocían desde hacía tiempo y ellos habían sido siempre buenos amigos. Cuando ella floreció Kenneth no fue capaz de evitar enamorarse de ella, pero se comportó siempre como un hermano mayor en vez de un hombre enamorado. Una noche tuvieron una fuerte discusión, ni siquiera recordaba el motivo, y Evelyn echó a correr bajo la lluvia. Kenneth fue tras ella y la alcanzó cerca del viejo roble de *Lansdowne Hall*, la aprisionó contra el tronco del árbol y la besó.

Darsley jamás le había perdonado que le arrebatara al amor de su vida, pero tenía que comprender que también había sido el amor de la suya... o al menos eso creyó en aquel momento. Ahora dudaba mucho que eso fuese cierto, sobre todo porque su corazón se aceleraba cada vez que Anne estaba cerca. El amor que sintió por Evelyn era puro, etéreo. El que sentía por Anne estaba forjado en un fuego abrasador.

Kenneth dio un sorbo a su copa de champán y se acercó a las acompañantes de Anne, que la miraban como perros guardianes.

—Buenas noches, señoritas —dijo con una reverencia—. Creo que voy a terminar deslumbrado por tanta belleza.

—Buenas noches, lord Lansdowne —respondió la hermana de Anne—. Me temo que la receptora de sus atenciones se encuentra en este momento en la pista de baile.

—Créame, lady Edith, la receptora de mis atenciones tiene toda mi atención desde que llegué hace un momento, pero es a vosotras a quien quiero pedir un baile.

—Será un placer, lord Lansdowne —contestó Hester.

—Lo mismo digo, milord —dijo Adelaine.

Edith, sin embargo, miró al marqués con una sonrisa traviesa.

—¿Pretende enfurecer a mi hermano bailando con sus dos pupilas, milord? —preguntó.

—Lo que pretendo es que no me crucifique por atreverme a sacar a su hermana a bailar el vals, milady.

—Estaré absolutamente encantada de colaborar en su hazaña, querido futuro cuñado.

—Temo que para eso aún falta tiempo, milady, pero le aseguro que será un honor escuchar esa palabra de sus labios a menudo.

Kenneth volvió junto a Charles bastante satisfecho y cogió un sándwich de una bandeja cercana.

—¿Qué has hecho? —preguntó su amigo.

—Invitar a algunas damas a bailar, solo eso —contestó con una sonrisa.

—¿A las “florero”?

—Y a lady Edith.

—A Gosford no le va a gustar nada que bailes con sus dos hermanas, Kenneth.

—Tendrá que acostumbrarse.

Kenneth observó a Anne moverse alrededor de la pista de baile. Su gracia innata se percibía en su manera de bailar, parecía que flotaba sobre el mármol del salón de baile. Estaba preciosa esa noche con aquel vestido, aunque él la imaginaba con un despampanante vestido de noche rojo sangre, con los rubíes de los Lansdowne colgando de su esbelto cuello. Carraspeó para apartar esa nítida imagen de su mente y se acercó con paso decidido al duque de Lancaster. Tenía mucho que agradecerle a ese hombre.

—Excelencia —dijo con una reverencia— quisiera agradecerle lo que hizo por mí en *Bedlam*.

Los caballeros que acompañaban a Lancaster se miraron entre sí, pero Kenneth hizo caso omiso.

—De no ser por usted ahora mismo no estaría aquí —continuó.

—No hay nada que agradecer, Lansdowne. Me alegra ver que se ha recuperado por completo.

—Así es, excelencia. El doctor Novak consideró que mi problema era transitorio y que al fin me he recuperado del todo.

—Me ha dicho mi hermana que tal recuperación se la debemos a una dama en particular —dijo el duque señalando a Anne con la cabeza.

—Su hermana es muy suspicaz, excelencia, pero así es. De no ser por lady Townsend seguiría encerrado en mí mismo.

—Es una muchacha excepcional —afirmó Lancaster—. Es una pena que su madre no permitiera que consiguiera un buen matrimonio.

—Tengo intención de que eso cambie pronto, pero me temo que mi situación ha causado que Gosford no permita que la corteje.

—¿Gosford? Siempre ha sido muy protector con sus hermanas. No hace mucho las sacó de casa de su madre porque pretendía hacer con la pequeña lo mismo que con la mayor.

—Entiendo su preocupación, no me malinterprete. Yo tampoco aprobaría que mi hermana fuese cortejada por alguien que acaba de salir de *Bedlam* hasta asegurarme de que está completamente recuperado.

—Puedo intentar ayudarle en tan ardua tarea, si quiere. Podría confirmarle con mucho gusto su salud mental.

—Se lo agradecería, excelencia. Confío en que su testimonio incline la balanza a mi favor.

Empezaron a sonar los primeros acordes de su danza con la joven Townsend y se acercó al grupo de muchachas dispuesto a sacarla a bailar.

—Lady Edith —dijo con una reverencia— creo que este baile me corresponde.

Miró a Anne y le lanzó un guiño de complicidad al que ella respondió con una sonrisa. En cuanto tuvo a su hermana en la pista de baile, ella le acosó a preguntas de su vida que contestó complacido.

—Dígame, lady Edith —la interrumpió—. ¿Cómo están las cosas con su hermano?

—Darío ahora mismo debe estar echando humo por la nariz como si fuera un toro —rió ella—. Sé que cree que está haciéndolo por el bien de Anne, pero no se da cuenta de que está haciéndole daño con su decisión.

—Siento ser el causante de ese dolor, pero le aseguro que tengo toda la intención de casarme con ella, con o sin la aprobación de su hermano. Aunque para ser sinceros, me gustaría que fuera lo primero.

—Darío es muy cabezota, pero mi cuñada pronto entrará en escena y la situación cambiará.

—¿Su cuñada lo aprueba?

—Mi cuñada está encantada con la noticia de su interés en Anne.

—Es bueno oírlo. Me temo que no cuento con demasiados aliados ahora que he salido de *Bedlam*.

—¿Y qué planes tiene para convencer a mi hermano de que le permita cortejar a mi hermana?

—En principio voy a demostrar que fui injustamente encerrado en el sanatorio. Pienso que limpiando mi nombre su hermano considerará su decisión.

—¿Y si no es así?

—Entonces raptaré a su hermana y la llevaré a *Gretna Green* para casarme con ella.

El baile terminó y Kenneth llevó a la joven hasta sus amigas, entre las que se encontraba su hermana. Sujetó los dedos de Anne suavemente y depositó un leve beso sobre ellos. Sintió el escalofrío que la recorrió al sentir el calor de sus labios a través de la tela y sonrió.

—Lady Townsend, quisiera pedirle que me brindara el honor de concederme un vals —dijo—. Es usted la única que me falta.

—Ya he oído que le ha pedido un baile a todas mis amigas, milord. No sé si debería concedérselo yo también.

Estaba bromeando. El brillo travieso de sus ojos y la media sonrisa de sus labios se lo decía, así que decidió seguirle la broma un poco más.

—Sepa usted, mi querida dama, que si no me concede un baile será la culpable de mi inminente apoplejía.

—En ese caso, se lo concedo —contestó ella riendo— ¡Dios me libre de ser la culpable de la muerte de un marqués!

Kenneth escribió su nombre en la tarjeta con una sonrisa y tras una reverencia se alejó al otro lado del salón. Si le sorprendió ver aparecer a sus primos disimuló bastante bien. Robert y Edwina se habían vestido como sendos pavos reales, con trajes estafalarios recargados de adornos y color. Todas las miradas se volvieron hacia ellos esperando ver su reacción al ver a Kenneth, pero Robert se limitó a hacerle una inclinación de cabeza y pasar de largo hacia la sala de juego. Edwina, sin embargo, sí tuvo la desfachatez de acercarse a él con una sonrisa.

—¿Te diviertes, querido primo? —preguntó aceptando una copa de champán de la bandeja de un sirviente.

—La verdad es que sí. ¿Cómo es que os habéis decidido a venir? Robert

no es lo que se dice un amante de los bailes.

—Temíamos que tu aparición fuese demasiado traumática para ti y queríamos estar cerca para apoyarte.

El bufido de Charles casi le arranca una sonrisa, pero se contuvo y dio un sorbo a su copa.

—La sociedad me ha acogido bastante bien, Edwina.

—De cara a la galería tal vez, pero a tus espaldas...

—Sinceramente... me importa un bledo lo que digan a mis espaldas.

Anne observó a Kenneth mientras hablaba con su prima al otro lado del salón. Sentía unas ganas irrefrenables de acercarse a él para protegerlo, pero Warwick ya se ocupaba de hacerlo por ella. Con un suspiro, se dejó caer en una silla y cerró los ojos un segundo para olvidar por un momento el tumulto que se arremolinaba a su alrededor.

—¿Qué quería Lansdowne? —preguntó su hermano acercándose a ella?

—Pedirme un baile.

—¿Y se lo has concedido?

—Por supuesto que lo he hecho. No pensarás que puedo desairar a un marqués en medio del club más prestigioso de la ciudad, ¿Verdad?

—Deberías haberle dicho que estabas cansada —protestó Darío.

—Edith ha bailado con él y no le has dicho nada.

—Edith no tiene intención de casarse con él.

—Estoy haciendo lo que me pediste, Darío. Estoy aceptando los bailes de todos los caballeros que me lo han pedido y estoy considerando buscar un marido adecuado. ¿Qué más quieres que haga?

—Que rechaces a Lansdowne.

—No pienso hacerlo. Es más, creo que voy a darle permiso para venir a tomar el té a casa mañana.

—No te atreverás.

—Por supuesto que me atreveré. Quiero que Jillian le conozca, tal vez ella sea capaz de romper esa cabeza tan dura que tienes.

Dicho eso, se levantó de la silla dejando a su hermano plantado y se acercó a lady Cornick, que estaba acompañada de su esposo, un hombre entrado en años con porte elegante y una sonrisa llena de bondad.

—Lady Cornick, me alegro de verla —dijo con una reverencia.

—¡Mi querida Anne! —exclamó la mujer— Me alegra tanto verte...

—La eché de menos en mi última visita a *Bedlam*.

—Mi hija enfermó y tuve que ir a cuidarla.

—Espero que ya se encuentre mejor.

—Así es. —Señaló a una pareja de bailarines—. Es aquella de allí.

Anne se volvió para mirar a la hija de los Cornick, que había heredado la belleza y la elegancia de su madre.

—Es igualita a usted —contestó sonriendo.

—Por suerte —rió la mujer—. ¿Has visto a nuestro querido marqués? Parece que se ha recuperado por completo.

—Así es, por suerte la terapia le ha venido bien y vuelve a ser el de siempre.

—Y supongo que su intención es cortejarte, ¿me equivoco?

Anne se ruborizó y asintió con una sonrisa.

—No le dejes escapar, querida. Ese Lansdowne es una buena pieza y estoy segura de que te mantendrá caliente en las frías noches de invierno.

Llegó el turno de su baile y vio a Kenneth acercarse a ella con una sonrisa.

—Creo que este es nuestro baile —dijo el marqués.

—¿Le importaría si paseamos en vez de bailar? Estoy algo cansada después de varios pisotones.

—En absoluto, milady.

Kenneth le ofreció su brazo y ambos pasearon alrededor de la habitación. Al principio Kenneth iba algo callado y taciturno, pero después la miró sonriente de nuevo como si ese lapsus nunca hubiera ocurrido.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—¿Por qué lo preguntas?

—Estás muy callado.

—Pensaba en cómo convencer a tu hermano de que me permita cortejarte, Anne. De hecho últimamente no pienso en otra cosa.

—Debemos tener paciencia. ¿Cómo han ido las cosas en tu casa?

—Todo lo bien que cabía esperar. Mi prima amenazó a mi cocinera para que me sirviera bazofia en vez de comida, pero en cuanto hablé con ella y le aseguré su puesto de trabajo todo cambió.

—¿Has vuelto a oír el llanto?

—No. He estado bastante tranquilo, a decir verdad. Esperaba alguna artimaña por su parte pero por ahora se limitan a convivir conmigo.

—Eso no es bueno para tu propósito.

—Terminarán por explotar. Ahora estoy ocupándome de la espantosa

decoración que ha invadido mi casa. Estoy subastando todo lo que Edwina compró con mi dinero para recuperar mi fortuna, que ha mermado considerablemente.

—Mi dote te ayudaría —contestó ella tristemente.

—No necesito tu dote, querida, lo hago por el mero hecho de enfurecerla. Te aseguro que en cuanto logre vender todas esas excentricidades seré más rico que Creso.

Ella sonrió, y a Kenneth esa sonrisa le llenó de calidez. Puso su mano sobre la de la joven y la apretó con cariño.

—Conseguiré que confiesen, te lo prometo —susurró—. Si todo esto no funciona buscaré algo que lo haga y entonces todo acabará.

—Ojalá tengas razón.

—Te he visto bailando con Darsley cuando he llegado —comentó él cambiando de tema.

—Así es. No sé qué ha pasado que ahora todos los caballeros se han interesado por mí. Es agotador.

—No te fíes demasiado de él, mi amor. Puede que intente vengarse de mí por rencillas del pasado.

—No te preocupes, si he bailado con él ha sido únicamente para apaciguar a mi hermano. Pensé que si le hacía creer que estaba considerando otras opciones tal vez no se enfadaría mucho si te invitaba a tomar el té mañana.

—¿Y se lo ha tomado bien?

—Desde luego que no, pero en casa Jillian puede interferir por nosotros. Mi cuñada está deseando poder acudir de nuevo a los bailes para ayudarnos.

—Las mujeres de tu familia sois extraordinarias —contestó él con una sonrisa.

—Ahora queda que el único hombre de la casa se dé cuenta de que yo solo quiero estar contigo —suspiró ella.

—Si no estuviéramos en mitad de un salón de baile atestado de gente te besaría por lo que acabas de decir.

—Resérvese ese beso para mañana, milord. Tal vez Jillian consiga que podamos pasar un momento a solas y quiero que cumpla su promesa.



# Capítulo 19

Anne decidió preparar tarta de manzana para la hora del té. Pasó gran parte de la mañana preparando el hojaldre y horneando los postres, y se sorprendió cuando su hermano entró en la cocina. La relación entre ellos no era demasiado buena desde que Kenneth llegó a sus vidas y temía que su visita a esa parte de la casa se debiera a una nueva discusión.

—Huele de maravilla —dijo su hermano sentándose a la mesa.

Anne hizo caso omiso de su comentario y se centró en colocar la última capa de manzana sobre las tartas y espolvorearlas con canela.

—¿Ahora no nos hablamos? —preguntó Darío precavido.

—Prefiero evitar una pelea.

—No he venido a pelear contigo, Anne. De verdad que no.

—Si has venido a decirme que reconsidere mi decisión respecto al marqués, has venido a discutir.

—Lo que quiero es que entiendas mi postura respecto a todo este asunto.

—Muy bien —contestó ella sentándose a su lado—, te escucho.

—Debes entender que ahora mismo todo lo referente al marqués es un escándalo y no quiero que ese escándalo salpique a nuestra familia.

—No hace mucho dijiste que querías mi felicidad, pero sin embargo ahora te preocupa más el escándalo.

—¿Crees que serías feliz viviendo en desgracia?

—¿Y tú crees que lo sería sin tener a Kenneth a mi lado?

Anne se levantó y apoyó las manos sobre la mesa, mirando fijamente a su hermano a los ojos.

—Dime una cosa, hermano. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué habrías hecho tú si Jillian hubiera sido la persona perseguida por el escándalo? ¿Te habrías casado con otra?

—Esa no es la cuestión.

—Por supuesto que lo es. Contéstame.

Ante el silencio de su hermano, Anne suspiró y decidió utilizar una táctica diferente.

—Recuerdo que huiste con Jillian a *Gretna Green* para casarte con ella —dijo prestando atención a la manzana que estaba pelando.

—Sadie lo supo jamás.

—Por supuesto, porque papá se encargó de ello. ¿Pero qué habría pasado si no hubiese llegado a tiempo?

—Entonces era joven y estúpido, Anne. Ahora no cometería el mismo error.

—Miéntete todo lo que quieras a ti mismo, hermano. Yo sé que si volviese a repetirse la situación, volverías a actuar igual porque la amas.

Darío suspiró y se puso de pie.

—He oído que el marqués está intentando demostrar que fue encerrado injustamente en *Bedlam* —dijo—. Si consigue hacerlo, os daré mi bendición. Pero si no lo consigue considerarás casarte con otro caballero, Anne, y esta vez será uno de mi elección.

—Kenneth tiene razón y lo demostrará.

—Muy bien, en ese caso no tienes nada que temer. Te veré a la hora del almuerzo.

Anne no pudo reprimir su alegría y salió a correr hacia la entrada. Tras ponerse su capa y sus guantes, se dirigió hasta la casa del marqués, en *Berkerley Square*. El mayordomo la miró sin reflejar en su rostro ningún sentimiento cuando le abrió la puerta.

—¿Qué desea, milady? —preguntó.

—Busco al marqués de Lansdowne. ¿Se encuentra en casa?

—No creo que sea prudente, milady. Esta es la casa de un soltero.

Anne se sonrojó, pero lejos de marcharse, sonrió.

—Solo será un momento —explicó—. Avísele, por favor.

—Pase, la acompañaré a la sala.

Anne siguió al sirviente por un pasillo excesivamente recargado de decoración hasta una salita y se sentó en un sofá a la espera de la llegada de Kenneth.

—Haré que le sirvan una taza de té, milady.

—No es necesario, gracias. Como he dicho, no voy a quedarme mucho tiempo.

Kenneth estaba en su despacho trabajando en su libro de cuentas cuando

Jenkins irrumpió en la estancia algo perturbado.

—¿Qué ocurre, Jenkins? —preguntó— ¿Hay algún problema?

—Tiene visita, milord. Una dama.

Parecía que el hecho de que su visitante fuera una mujer perturbaba al pobre anciano y Kenneth sonrió.

—¿Por qué tienes esa cara, hombre? —rió— ¿Acaso es la reina quien me espera en el salón?

—Creo que es una debutante, milord.

—¿Sin acompañante? —se extrañó el marqués.

—Así es. He intentado disuadirla, milord, pero...

Kenneth ya no le escuchaba. Sabía perfectamente quién era la muchacha que le esperaba en el salón, y debía haber pasado algo terrible para que Anne se atreviese a presentarse en su casa sin una carabina.

—¿Anne? —preguntó arrodillándose frente a ella— ¿Qué ha pasado? ¿Qué tienes?

—Estoy bien, Kenneth. No ha pasado nada.

—¡Por Dios santo, Anne! ¡Me has dado un susto de muerte!

—Ahora me siento un poco avergonzada por haberme atrevido a venir así, pero tenía que contarte algo y no podía esperar.

Kenneth, lejos de enfadarse como ella temía, sonrió y se sentó a su lado.

—Vas a matarme de un infarto —protestó—. ¿Qué es eso tan importante que no podía esperar?

—He estado hablando con mi hermano esta mañana. Si demuestras tu teoría, nos dará su bendición para casarnos.

—¿Lo dices en serio?

—¿Crees que me habría arriesgado a venir hasta aquí si no lo fuera? Ahora más que nunca debes demostrar que nunca estuviste loco, Kenneth, solo así podremos casarnos.

Kenneth unió sus labios a los de Anne sin pensarlo ni un momento. Rodeó la cintura de la muchacha con las manos y la apretó contra su cuerpo, sentándola de lado sobre sus musculosas piernas. Sintió la carne de Anne moverse sobre su miembro, duro como una roca, y gimió apartando su boca de la de ella y depositando sus labios en el esbelto cuello femenino. El ardor que sentía estaba venciendo a su razón, y coló la mano por debajo de la falda de la joven con la intención de subirla hasta el muslo, pero un carraspeo en la puerta le detuvo en el acto.

—Siento interrumpir —dijo Charles medio riendo—, pero creo que

terminar lo que habéis empezado no va a ayudaros en nada.

Anne se bajó de inmediato del regazo de Kenneth totalmente avergonzada y volvió la cabeza hacia las ventanas alisando repetidamente sus faldas, y él tuvo que cruzar las piernas para que no fuera tan evidente la erección que tensaba sus pantalones.

—¿A qué se debe su visita, lady Townsend? —preguntó Warwick.

—Gosford ha considerado su decisión —explicó Kenneth—. Si consigo demostrar mi teoría consentirá que me case con su hermana.

—Pues debo decir que vuestro comportamiento de hace un momento no va a ayudar en absoluto a vuestra causa—les regañó—. En primer lugar, Lady Townsend, no debería haber visitado a un caballero en su casa de soltero, mucho menos sin una carabina adecuada.

—Lo sé —contestó ella compungida.

—En cuanto a ti, Kenneth —prosiguió el conde—, deberías tener un poco más de sentido común y haberla mandado a casa de inmediato.

—Tienes razón, lo siento —se disculpó el marqués—. Debemos buscar la manera de sacarla de aquí sin ser vista.

De pronto, Kenneth notó que Anne se ponía tensa y se quedaba mirando fijamente el cuadro que colgaba encima de la chimenea.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada —contestó ella con una sonrisa algo forzada—. Aún es temprano, caballeros, y no creo que haya demasiada gente paseando por la calle. Podré salir sin ser vista y no habrá que lamentar mi pésimo juicio de hoy. ¿Me acompañan, caballeros?

Kenneth y Charles siguieron a la muchacha hasta el recibidor y el marqués la ayudó a ponerse la capa.

—Lord Warwick —dijo Anne antes de marcharse—, tal vez le gustaría acompañar a lord Lansdowne esta tarde a tomar el té en mi casa.

—No creo que... —empezó a decir el conde.

—Insisto —le interrumpió ella bajando la voz hasta que fue apenas un susurro— y no hablen de sus planes hasta que nos hayamos visto, tengo algo de suma importancia que contarles.

Ambos amigos se miraron y asintieron. En cuanto se aseguraron de que Anne estaba a salvo dentro de su carruaje se dirigieron al despacho.

—¿No la has notado algo extraña? —preguntó Kenneth.

—Tal vez ha sido la vergüenza por haberse visto descubierta en vuestro *affaire*.

—No, no ha sido por eso —contestó Kenneth pensativo—. Ha pasado algo, estoy seguro.

—Sea lo que sea lo sabremos a la hora del té. ¿Una copa?

Anne se dejó caer sobre el asiento de su carruaje con el corazón a punto de salirse del pecho. ¡El cuadro se había movido! Bueno, a decir verdad solo los ojos de la dama de la imagen lo habían hecho, pero a ella casi se le detiene el corazón cuando lo descubrió. Estaba segura de que Kenneth no tenía ni idea de lo que pasaba en su casa, y seguro que sus planes iban demasiado lentos por culpa de esos ojos espía. ¿Quién estaría detrás de la pared, Robert o su esposa? Ella apostaba a que era lady Dankworth quien estaba detrás de todo. Tal vez lord Dankworth la apoyara, pero la cabeza pensante de su plan debía ser su esposa.

Cuando llegó a su casa encontró a su cuñada sentada frente al fuego en el salón, con su pequeña tumbada junto a ella.

—¿Dónde has estado? —preguntó Jillian.

—Primero, prométeme que no te enfadarás.

—¿Qué has hecho?

—He ido a casa de Kenneth.

—¿Sin carabina? Espero que al menos no te haya visto nadie...

—¿No te enfadas?

—Anne, ¿debo recordarte que yo hice locuras mucho mayores que esa? Sería una hipócrita si lo hiciera.

—Tienes razón —sonrió Anne.

—Pero supongo que tu estado no es por haber visto al marqués.

—Creo que he descubierto algo importante.

Se acercó a su cuñada, se dejó caer junto a ella y jugueteó distraídamente con la minúscula mano de su sobrina.

—Cuando estábamos en el salón he visto los ojos de un cuadro moverse.

—Moverse...

—Sí, moverse. Creo que hay algún pasadizo secreto en su casa y que sus primos lo aprovechan para vigilarle. ¿Crees que estoy loca al pensar eso?

—Creo que si es cierto que viste moverse los ojos de un cuadro es la conclusión más lógica a la que se puede llegar.

—¿Y si esos pasadizos jugaron un papel importante en el encierro de Kenneth? Tal vez metieron allí a algún niño para que él lo escuchase llorar.

—Pero el marqués destrozó la pared de su habitación y no encontró

nada.

—Solo destrozó una de las paredes, Jill. Tal vez el pasadizo se encuentra en otra.

—¿Se lo has dicho a él?

—No he querido arriesgarme. He invitado también a Warwick a tomar el té esta tarde para contárselo a ambos.

—Has hecho bien. Si no fuera porque te encerraría en tu habitación hasta el día de tu muerte te diría que se lo contases a Darío.

—Sería un punto muy favorable para Kenneth, es cierto.

—Cambiando de tema, Anne, tengo una buena noticia para ti.

—¿De qué se trata?

—El duque de Lancaster nos ha enviado una invitación a pasar un fin de semana en su casa de campo con motivo del aniversario de su hermana y lord Cornick.

—¿Y por qué es una buena noticia para mí?

—Porque apuesto a que Lansdowne también ha sido invitado, y te aseguro que yo pienso acudir.

—¿Harías eso por mí?

—Lo hago también por mí misma. Ya es hora de que empiece a salir.

Edith entró en la sala con un bostezo y mirada soñolienta.

—Estoy tan cansada que podría pasarme todo el día durmiendo —se quejó—. ¿Cómo eres capaz de parecer fresca como una rosa cuando anoche llegaste tan tarde a casa como yo, Anne?

—Porque tu hermana ha tenido una mañana muy interesante —bromeó Jillian.

—¿Has visto al marqués? —preguntó Edith sentándose junto a ellas.

—Solo un momento —reconoció ella.

—¿Y te ha besado? —indagó Edith con una pícaro sonrisa.

—¿Por qué te interesa? —rió Anne.

—Vamos, contesta —la apremió su hermana.

—Sí, me ha besado, pero solo una vez. ¿Contenta?

—Ojalá yo encontrase un caballero que me bese igual que Lansdowne a ti —suspiró Edith.

—¿Debo recordarte que has desechado a todos los caballeros que han intentado cortejarte? —preguntó Jillian.

—Esos no eran caballeros, Jill, eran petimetres —contestó la joven—. Yo quiero a un caballero como Lansdowne.

—¿Montrose también es un petimetre? —rió Anne.

—Montrose es demasiado rudo para mi gusto —protestó Edith cruzándose de brazos.

—Lancaster nos ha invitado a pasar un fin de semana en su casa de campo —informó Jillian cambiando de tema—. Debéis preparar el equipaje.

—¿Lancaster? —preguntó Edith— ¿Desde cuándo conoce Darío al duque?

—No soy yo quien le conoce —contestó su hermano desde la puerta—. Anne es amiga de su hermana.

—Lady Cornick es una mujer encantadora —explicó Anne— y apuesto a que es ella quien está detrás de la invitación.

—Nos iremos el viernes al alba, así que debéis preparar el equipaje cuanto antes —dijo Darío—. Rechazaré los bailes hasta entonces para que estéis descansadas. Dicen que sus celebraciones son dignas de mención.

—Celebra el aniversario de su hermana, Darío —contestó Jillian—. Es una ocasión para celebrar.

—He invitado a Warwick a tomar el té esta tarde, espero que no te importe —dijo Anne.

—¿Warwick?

—He salido a pasear por *Hyde Park* esta mañana y nos hemos encontrado —mintió.

—Me parece bien, así la visita de Lansdowne no parecerá una visita formal.

Jillian elevó los ojos al cielo y tomó a la niña en sus brazos para llevarla hasta su cuna.

—¿Qué? —preguntó su esposo siguiéndola al cuarto de los niños.

—Nada, Darío. Nada.

—¿Qué he dicho? —Jillian suspiró.

—A veces me pregunto dónde estará el hombre del que me enamoré —contestó.

—¿A qué viene esa estupidez? Sigo estando aquí.

—No, Darío, ya no está. El Darío del que me enamoré era apasionado, rebelde, divertido... y tú te has convertido en un muermo.

—Cuando nos conocimos no era el conde de Gosford.

—¡Vuelves a hacerlo! ¡Siempre te escudas en tu título para justificar tus acciones! ¿Puedes al menos por una vez reconocer que te estás equivocando?

—¿Crees que me equivoco al impedir que Lansdowne corteje a Anne?

—¡Pues claro que lo pienso! Se aman, mi amor. El marqués ha pasado dos años encerrado en un sanatorio, tal vez injustamente, y Anne ha conseguido que recupere las ganas de vivir. ¿No debería ser eso suficiente?

—No podemos exponernos al escándalo.

—¿Escándalo? ¡Nosotros fuimos los protagonistas de un escándalo! ¿Ya no te acuerdas de nuestra escapada a *Gretna Green*?

—Nadie se enteró de eso.

—Pero lo hicimos. Nos escapamos porque pensabas que mi padre se oponía a que nos casáramos. ¿En qué se diferencia su situación de la nuestra?

—He accedido a consentir que se casen si el marqués demuestra que nunca estuvo loco, ¿qué más quieres que haga?

—Lansdowne no tendría que demostrarte nada, deberías confiar en la palabra de tu hermana.

—¿Y si se equivocan? ¿Y si perdió realmente la cabeza?

—Si fuera cierto que sufrió locura transitoria fue porque la pérdida de su esposa fue tan insoportable para él que no pudo aguantarlo. ¿Tan extraño te parece que amara a su esposa?

Darío miró al suelo pensando en las palabras de su esposa. ¿Acaso él no terminaría roto de dolor si Jillian muriera? En vez de contestar, se dio la vuelta y abandonó la habitación. No quería que las rencillas con su hermana salpicaran a su matrimonio, pero estaba seguro de que esa noche la puerta de la habitación de Jillian estaría cerrada con llave. Con un suspiro, se dejó caer en el sillón de su despacho con una copa de brandy.

¿Por qué las mujeres de su familia no entendían que lo único que intentaba era proteger a Anne de un escándalo que la convirtiera en una paria? Ya bastante tenía con ser una dama “florero”, como muchos la llamaban. Había visto a su hermana apagarse ante sus ojos y no quería que eso ocurriese de nuevo. Le concedería a Lansdowne el beneficio de la duda única y exclusivamente cuando demostrase que nunca había estado loco, no antes.



## Capítulo 20

Anne estaba bastante nerviosa mientras esperaba la llegada del marqués. Había elegido para la ocasión un vestido de día azul porque quería estar guapa para Kenneth, pero temía que la velada no transcurriese como esperaba. Después de la discusión de esa mañana entre Jillian y Darío dudaba mucho que su hermano estuviese de humor para recibir al marqués, más aún que ella tuviera la oportunidad de estar un momento a solas con ellos para contarles lo que había descubierto.

Eddy entró en el salón vestida de amarillo pálido y se dejó caer sin ninguna delicadeza en el sofá a su lado.

—Darío está insoportable desde esta mañana —protestó—. Se ha encerrado en su despacho y no quiere ver a nadie, ni siquiera a Jill.

—Han tenido una discusión muy fuerte y todo ha sido por mi culpa —se quejó ella—. No hago otra cosa que causarles problemas desde que nos mudamos aquí.

—Tú no tienes la culpa de nada, Anne. Jillian tiene razón, desde que Darío heredó el título parece otra persona.

—El título conlleva mucha responsabilidad —le defendió.

—No le defiendas, que tú eres la mayor damnificada con su comportamiento.

—No le defiendo, pero entiendo el motivo por el que ha cambiado tanto.

—Pues a mí me gustaba más nuestro hermano cuando era divertido y atrevido. Ahora es un auténtico pelmazo.

Anne sonrió ante los comentarios de su hermana y se acercó a la mesa para recolocar una vez más el servicio de té. Quería que todo estuviera impecable para la visita, y se aseguraría de arreglar los problemas de su hermano más tarde.

El timbre de la puerta la sobresaltó, causando que Jillian entrase en la sala riendo.

—¿Estás nerviosa, Anne? —preguntó divertida.

—¿Acaso no se nota? Tengo miedo de que Darío ofenda a Kenneth de alguna forma.

—No se atrevería —contestó su cuñada—. Sabe que eso le costaría una noche más de soledad.

—Siento que hayáis discutido, Jill —se disculpó.

—No ha sido culpa tuya. Tu hermano me estaba cansando con su cabezonería.

En ese momento el mayordomo anunció a los caballeros, y Kenneth y Charles entraron en la habitación con una reverencia.

—Señoras —dijo Kenneth— es un placer ser recibido por tres bellezas como las tuyas.

Charles le miró de reojo y elevó los ojos al cielo.

—Perdonen a mi amigo, el pobre acaba de salir del manicomio —bromeó.

Las tres mujeres rieron la broma, pero Darío, que entró en la sala después que ellos, permaneció callado y serio.

—No creo que sea acertado bromear sobre algo así —protestó.

—Al contrario, milord —contestó Kenneth—, la mejor forma de callar las habladurías es tomarme mi anterior situación con humor.

Jillian sirvió el té y empezó una charla banal, pero Darío no estaba dispuesto a dejar pasar el tema anterior.

—Dígame, Lansdowne. ¿Por qué permaneció en el sanatorio si no había perdido la cabeza?

—¡Darío! —exclamó Jillian escandalizada, a lo que Kenneth respondió con un movimiento despreocupado de la mano.

—Entiendo su pregunta, lady Gosford, no se preocupe —contestó—. Sé por su hermana que su difunto abuelo fue tratado por el doctor Appleton, ¿me equivoco?

—Así fue —respondió Darío.

—Entonces conocerá sus métodos nada ortodoxos —continuó Kenneth—. Él fue mi médico hasta que Novak se hizo cargo de mi caso hace unos meses y no se privó de utilizar esos métodos conmigo cada vez que intenté explicarle mi situación.

—Como usted mismo ha dicho —siguió Darío— Novak se hizo cargo de usted hace meses. ¿Por qué ha esperado hasta ahora para confesar su verdadero estado mental?

—No confiaba en él —reconoció el marqués—. Fue su hermana quien

me convenció de que lo hiciera, cosa que le agradeceré eternamente.

Anne se ruborizó ante la tierna mirada que Kenneth le dedicó y dio un pequeño sorbo a su taza de té.

—El agradecimiento no es motivo suficiente para un matrimonio, milord —protestó Darío.

—Coincido con usted. Tampoco debería serlo la conveniencia, de hecho. El único motivo válido para casarse es el amor.

A Anne casi se le escapa el té por la nariz ante tal confesión mal disimulada. ¿Kenneth la amaba? ¡Y había tenido la desfachatez de confesárselo a su hermano antes que a ella! Un latigazo de indignación cruzó su semblante, pero permaneció sentada en el sillón, recta como una vela.

—Hemos sido invitados a pasar el próximo fin de semana en casa del duque de Lancaster —dijo Edith al ver la cara de su hermana—. Confío en verles allí.

—También hemos recibido la invitación, milady —contestó Warwick—. Me alegra decirle que allí estaremos.

Terminada la velada, Darío se disculpó con los caballeros alegando tener que resolver asuntos de suma importancia y Jillian, tras disculparse a su vez por el comportamiento de su esposo, le pidió a Anne que les acompañase a la puerta. Ella permanecía erguida como una reina sin dirigirle a Kenneth ni una sola mirada, pero debía contarle lo que había pasado esa mañana en su casa, así que se encaró con él.

—Debería darte vergüenza —espetó clavándole un dedo en el pecho.

—¿Perdón?

—¿Le confiesas a mi hermano que me amas antes de decírmelo a mí? —preguntó Anne volviendo a clavarle el dedo en el corazón.

La reprimenda logró que Charles rompiera a reír a carcajadas.

—¿Acaso no lo sabías, Anne? —suspiró Kenneth— Creí que había quedado lo suficientemente claro, mi amor.

—¡Pues no, no lo estaba! Se me ha debido quedar cara de tonta ahí dentro.

Kenneth cogió su cara entre las manos y la miró a los ojos con una sonrisa.

—Te amo —confesó— desde que te vi aparecer a mi lado el primer día que acudiste a ayudar en *Bedlam* estoy completamente enamorado de ti.

—Mentiroso —sonrió ella—. Entonces no querías ni verme.

—Bueno, tal vez no me enamoré de ti entonces, pero te aseguro que

llamaste mi atención.

—¿Podéis dejar los sentimentalismos para otra ocasión? —protestó Charles elevando los ojos al cielo— Os recuerdo que hay un asunto importante del que Anne debe informarnos.

—Es cierto —reconoció ella—. Creo que en tu casa hay un pasadizo secreto, Kenneth, y que tus primos os vigilan por él.

—He vivido en esa casa desde que mi abuelo falleció y nunca he sabido de ningún pasadizo —dijo él.

—Pues te aseguro que debe haberlo y que tus primos lo conocen. Esta mañana he visto moverse los ojos de la dama del cuadro que está encima de la chimenea de tu salón.

—¿Estás completamente segura, Anne? —preguntó Warwick.

—Lo estoy. Al principio creí que era fruto de mi imaginación, pero al cabo de un momento volví a ver cómo se movían. Debéis buscar esos pasadizos, tal vez tengan algo que ver con los llantos que oíste cuando tu esposa y tu hijo fallecieron.

—Pero destrocé la pared... —exclamó Kenneth sorprendido.

—Solo destrozaste la que comunicaba con la habitación de Evelyn —dijo Charles—. Tal vez el pasadizo pasa por la otra pared.

—Eres un auténtico tesoro, mi amor —susurró Kenneth acariciándole la mejilla—. Nos pondremos a buscar ese pasadizo de inmediato.

—Debéis ser prudentes, no podéis permitir que tus primos descubran que sabéis lo del pasadizo —añadió Anne—. Podríais perder la oportunidad de descubrir su maquiavélico plan.

Cuando los hombres se marcharon Anne volvió al salón con su cuñada. Su hermana se había retirado a su habitación a leer, así que ambas mujeres tendrían algo de intimidad para hablar.

—¿Se lo has contado? —preguntó Jill nada más verla aparecer.

—Sí. Van a buscar discretamente la entrada del pasadizo para descubrir los planes de sus primos. Espero que tengan suerte.

—Yo también lo espero. No podré soportar por más tiempo el comportamiento infantil de tu hermano.

—No peles más con él, por favor —pidió Anne.

—Se merece una buena reprimenda por su comportamiento.

—Lo sé, pero lo único que intenta es asegurarse de que Kenneth está realmente cuerdo, y si vuelves a discutir con él puedes empeorar las cosas.

—Muy bien —suspiró su cuñada—, lo haré por ti. Pero que no espere

una invitación a mi cama hasta que no se me olvide lo canalla que está siendo con todo esto.

—Kenneth me ha dicho que me ama —susurró Anne ruborizándose.

—Creo que nos lo ha dejado muy claro a todos, Anne —rió su cuñada.

—Me refiero a después, cuando estábamos a solas.

—¿Y tú no lo sabías?

—¡No me lo había dicho nunca! ¿Te lo puedes creer? Se lo ha dicho a mi hermano antes que a mí.

—Bueno, los hombres a veces son algo estúpidos cuando se trata de mujeres. ¿Qué te parece si nos vamos esta tarde de compras? Necesitamos algunas cosas nuevas para nuestra estancia en casa de Lancaster.

—Creo que a todas nos vendría muy bien. Edith adora las compras y yo necesito despejarme un poco después de todo esto.

Kenneth y Charles se fueron al White's en vez de volver a casa del marqués. Ahora que sabían que no podían hablar libremente en aquel lugar debían encontrar otro sitio donde hacerlo.

—Jamás se me habría ocurrido pensar que la casa de mi abuelo tuviese un pasadizo secreto —dijo Kenneth dando un sorbo a su copa de vino.

—Lo extraño es que no lo descubrieras siendo niño. Pasaste muchas temporadas con tu abuelo entonces.

—Pero Robert vivía en casa con él —reconoció—. Estoy seguro de que él lo descubrió entonces y lo utilizó para confundirme cuando Evelyn murió.

—Debieron alquilar a un niño. Eso explicaría los llantos a través de las paredes.

—Así es. Esta vez no han tenido tiempo de hacerlo porque llegué sin avisar, y aunque hubiesen logrado hacer lo mismo yo no iba a ser tan estúpido de tragarme el mismo cuento dos veces. Deben estar buscando otra manera de enloquecerme.

—Están actuando contrarreloj —continuó Charles—. Y pueden utilizar nuestra ausencia del fin de semana que viene para urdir un plan.

—Estaremos preparados. Esta vez no pienso rendirme sin luchar. Debo demostrar que ellos son los artífices de todo para poder casarme de una vez con Anne.

—Hablando de Anne... ¿En serio no le habías confesado tus sentimientos?

—Creí que no hacía falta, que ella ya lo sabía —se lamentó el marqués.

—Debiste hacerlo antes de confesárselos a su hermano, hombre. A la pobre se le ha quedado cara de espanto cuando lo has dicho en mitad del salón.

—¿Acaso no le he demostrado ya lo que siento por ella?

—A las mujeres les gusta escuchar esas cosas, se nota que has perdido la práctica.

—No puedes culparme, he estado encerrado casi dos años. Hablando de encierros, ¿cómo van las cosas con Rose?

—La madre no se presentó en la oficina del abogado el día indicado. Tengo a uno de mis hombres siguiéndole la pista para conseguir dar nuevamente con ella.

—¿Ha desaparecido?

—Corren rumores de que se ha ido a Bath. En vez de buscar una casa que poder pagar y llevar una vida decente la señora ha pensado que era mejor derrochar el dinero en el balneario.

—Porque espera sacarte cuanto quiera.

—Eso no va a suceder. Cuando mi hombre la encuentre la traerá a rastras si hace falta ante mí y la obligaré a firmar los dichosos papeles. No soporto ver a esa muchacha más en el sanatorio.

—Estuve hace un par de días con ella. Ahora que sabe que estás luchando por sacarla de allí está más animada, pero se siente muy sola porque las demás muchachas no son como ella.

—Debería ir a verla —suspiró Charles levantándose—. Debería haberlo hecho mucho antes.

—Ve a verla mañana, estoy seguro de que se alegrará mucho de verte.

Cuando volvieron a la mansión, Kenneth se retiró a su habitación para examinar todos y cada uno de los paneles de madera que cubrían las paredes de su habitación. Pero aparte de varios agujeros a la altura de los tobillos no encontró nada. Charles entró en la habitación y se dejó caer en el sofá.

—Nada —protestó—. A excepción de unos extraños agujeros en la pared no he encontrado nada.

—¿Como estos? —preguntó Kenneth mostrándole los que él mismo había encontrado.

—Iguales. ¿Para qué servirán? Están demasiado cerca del suelo para ser para mirar.

—Creo que los hicieron para que el llanto del niño llegara a mí más nítidamente.

—Nos quedan aún muchas habitaciones por inspeccionar. En alguna debe estar la dichosa entrada.

—No podemos ponernos a buscarla con Robert y Edwina husmeando, debemos esperar a mañana.

—¿Qué pasa mañana?

—Mis primos van todos los jueves a ver a la hermana de Edwina al campo y se quedan allí un par de días. Tendremos tiempo de revisar la casa ladrillo a ladrillo.

—¿Y si no encontramos nada? Tal vez Anne se imaginó lo que vio.

—No lo ha imaginado, estoy seguro. Es la única explicación a lo que pasó hace dos años.

—Hay otra explicación, Kenneth. Una que no me gusta en absoluto pero que debemos tener en consideración.

—No enloquecí, Charles. Si lo hubiera hecho habría seguido escuchando los llantos después de llegar a *Bedlam*.

—O era esta casa la que te traía malos recuerdos.

—Anne no ha imaginado nada. Si ella dice que los ojos del cuadro se han movido, es que lo han hecho.

Se sentó sobre la cama a pensar en su niñez. Robert era un niño bastante solitario y solía pasar el tiempo encerrado en el desván. ¿Y si la entrada del pasadizo se encontraba allí? Salió de su habitación dejando a Charles con la palabra en la boca y fue hasta la puerta que daba al desván, pero la voz de Edwina le detuvo.

—¿Buscas algo? —preguntó a su espalda.

—Vaya, Edwina, no te había oído llegar —sonrió él—. He pensado en echar un vistazo al desván para deshacerme de lo que no sirva. He oído ruido de ratones ahí arriba y no me gustaría que la casa se llenara de minúsculos roedores.

—Solo encontrarás muebles viejos, Kenneth. No creo que haya nada para tirar.

—Igualmente echaré un vistazo —contestó abriendo la puerta.

Cogió un candelabro y subió hasta la planta superior. Lo normal es que un desván estuviese lleno de polvo, pero allí reinaba la pulcritud. Ni siquiera los espejos cubiertos con telas tenían una mota de polvo.

—¿Necesitas ayuda?

La voz de la mujer de su primo le sobresaltó, pero se volvió hacia ella con una sonrisa.

—No necesito ayuda, gracias. Puedes volver a lo que estuvieras haciendo.

—No estaba haciendo nada importante, Kenneth. Si quieres...

—Puedo hacerlo solo, Edwina. Cualquiera diría que me estás vigilando...

Su frase consiguió que la mujer diera un respingo antes de sonreír forzosamente.

—Qué cosas tienes, querido primo —contestó—. Si insistes en que no necesitas ayuda te dejaré solo.

¿Qué demonios había en esa habitación que Edwina no quería que descubriese? Dejó el candelabro sobre una mesa cercana y empezó a apartar los muebles en busca de alguna trampilla que diese al escondite secreto, pero tampoco halló nada. Cuando estaba a punto de irse, vio en el suelo, junto a un pequeño arcón al fondo de la habitación, unas marcas de arrastre bastante evidentes. Apartó el cofre y descubrió dos agujeros bastante grandes en el suelo. Se arrodilló y descubrió que se encontraban justo encima de su habitación. Así que a eso se dedicaban...

Arrodillado aún buscó más marcas de arrastre, pero eran las únicas que encontró. Bastante satisfecho con su descubrimiento, volvió a poner el baúl en su lugar y se sacudió el polvo de las manos en los pantalones antes de bajar a la planta de abajo. Como pensaba, Edwina le esperaba sentada junto a la puerta.

—Tenías razón, querida —dijo—. No hay nada que debemos desechar ahí arriba.

—Ya te lo dije.

—Culpa a mi aburrimiento. Discúlpame, debo ir a preparar mi equipaje.

—¿Te marchas?

—Lancaster me ha invitado a pasar un fin de semana en su casa de campo. No podía rechazar tal invitación.

—¿Cuándo te vas?

—Partimos el viernes.

—Entonces no nos veremos hasta tu regreso.

—Es cierto, mañana vais a ver a tu hermana al campo. ¿Cómo se encuentra?

—Está algo mayor y empieza a olvidar detalles sin importancia, pero se encuentra bastante bien de salud.

—Me alegro.



—Espero que te diviertas en la casa Lancaster —contestó ella con una sonrisa.

Ríete todo lo que quieras, pensó Kenneth. Antes de marcharse pensaba encontrar la dichosa entrada del pasadizo así tuviera que echar abajo la casa entera.

# Capítulo 21

Kenneth se levantó a la mañana siguiente al alba. Tenían mucho terreno que investigar y poco tiempo, así que aprovechando que todo el mundo dormía se dedicó a investigar su despacho en busca de cualquier cosa extraña que pudiese indicar la entrada a un pasadizo secreto. Movi6 lámparas, cuadros, libros de la estantería rezando por que alguno de ellos hiciera que se abriera una puerta secreta, pero al cabo de dos horas se dejó caer en su silla con un resoplido.

—No puede ser tan difícil, maldita sea —protestó.

—¿Hablando solo de nuevo? —preguntó Robert desde la puerta.

—Solo estoy hablando conmigo mismo sobre un negocio que tengo en mente —contestó.

—¿Y puedo saber de qué se trata?

—No quiero hablar de ello hasta que el negocio sea seguro para que no se gafe. ¿Ya os marcháis?

—Aún no. Edwina está terminando de preparar su equipaje, ya sabes cómo son las mujeres cuando viajan.

—Sí, Evelyn necesitaba días para prepararlo todo —contestó con una sonrisa.

Robert le miró de soslayo ante tal afirmación.

—¿Seguro que estarás bien quedándote solo? —preguntó.

—No estoy solo, Warwick está conmigo.

—Pero...

—Podéis iros tranquilos, Robert, no voy a enloquecer de nuevo.

Aunque reticente, su primo asintió.

—En ese caso nos veremos a vuestra vuelta del campo.

Robert cerró la puerta a sus espaldas y Kenneth se quedó mirando fijamente al fuego. ¿Dónde diablos estaba esa maldita entrada? Debía ser en

una habitación que sus primos frecuentaran, como el salón que daba al invernadero o el dormitorio que Robert había adecentado para convertirlo en su despacho, porque de otra manera creía imposible que sus primos pudiesen entrar en el pasadizo a su antojo. Ahora se lamentaba de haber dejado que la pena por la muerte de su esposa le llevase a querer aislarse del mundo, tal vez si hubiera sido más fuerte nada de esto estaría pasando. Claro que de ser así tal vez nunca habría conocido a Anne...

Dejó las conspiraciones para más tarde y bajó al comedor a desayunar, pues su estómago ya se estaba quejando. Charles ya estaba allí disfrutando de su café y del periódico.

—¿Alguna noticia interesante? —preguntó Kenneth.

—Solo se habla de la fiesta de Lancaster y de tu milagrosa recuperación. Nada nuevo.

—Estoy cansado de que todo el mundo hable de mí —protestó.

—Lo harán hasta que salga a la luz un nuevo escándalo, será mejor que te acostumbres.

—No creo que eso sea posible.

Esperó a que le sirvieran el desayuno para seguir hablando.

—Mis primos están a punto de marcharse —dijo cuando Jenkins cerró la puerta a sus espaldas.

—En cuanto lo hagan empezaremos nuestra tarea.

—Yo he empezado aprovechando que todos dormíais. He estado registrando mi despacho a fondo y no hay nada. He movido todos los libros, los candelabros e incluso he intentado apretar los adornos de la chimenea, pero no ha sucedido nada.

—Creo que has leído demasiadas novelas de terror —rió Charles.

—Solo estoy desesperado. Necesito alguna prueba de que lo que pasó no fue fruto de mi imaginación.

—Aunque encontremos el pasadizo no podremos demostrar nada hasta que no cacemos a tus primos con las manos en la masa, Kenneth. Este solo es un pequeño paso para lograr nuestro objetivo.

—Solo espero poder pasar algo de tiempo a solas con Anne en la mansión Lancaster. No poder estar con ella sí que va a volverme loco.

—Piensa en todo el tiempo que tendréis cuando os caséis.

—Para eso aún falta mucho.

—Cambiano de tema, me harías un gran favor si me acompañaras esta tarde a *Bedlam* —pidió Charles—. La verdad es que no conozco demasiado a

Rose y no sé de qué hablar con ella.

—¿Tienes miedo de una muchacha, Charles? —rió Kenneth.

—No seas imbécil, voy a convertirme en su tutor y habrá veces en las que tendré que ponerme serio con ella. Creo que sería más fácil si tú intercedieras por mí.

—Ya le dije que eras un buen hombre. No tienes nada que temer.

—Aun así, acompáñame, por favor.

—Está bien, lo haré porque tenemos varios días para encontrar el dichoso pasadizo y me vendrá bien salir un rato y despejarme.

—Gracias, y ahora —dijo Charles levantándose— vamos a ponernos manos a la obra.

Kenneth se ocupó del despacho de Robert mientras Charles lo hacía de la salita de Edwina. Pasaron toda la mañana buscando la entrada, pero no encontraron absolutamente nada. A la hora del almuerzo se sentaron a la mesa algo desanimados, así que decidieron ir a ver a Rose cuando terminaran de comer para despejarse y pensar con algo más de claridad.

Novak les recibió con una sonrisa. En cuanto Rose escuchó la voz de Kenneth salió al pasillo corriendo y se lanzó a sus brazos con una risa de alegría que calentó el alma de ambos caballeros. El marqués la hizo girar en el aire antes de darle un sonoro beso en la mejilla. Cuando la depositó en el suelo observó divertido cómo la joven se sonrojaba al dedicar una reverencia a Charles.

—¿Podríamos salir al jardín, Novak? —preguntó Kenneth— Hace una tarde estupenda y sería una lástima desaprovechar tal oportunidad.

—Por supuesto, milord. Wells les abrirá de inmediato.

Kenneth sonrió. Pensaba ir a ver al muchacho antes de irse para agradecerle lo que había hecho por él, pero el doctor le había facilitado la tarea. Al muchacho se le iluminó la cara cuando le vio, y el marqués se acercó a él y le dio una palmada en el hombro y una bolsa de monedas.

—No puedo aceptarlo, milord —se disculpó el enfermero intentando rechazar la bolsa.

—No digas tonterías, Wells. Quiero agradecerte todo lo que hiciste por mí cuando estuve aquí encerrado.

—¡Pero es demasiado!

—Pronto te casarás y formarás una familia. Guarda este dinero para dar un futuro a tus hijos como tu padre hizo contigo.

—Muchas gracias, milord.

—Deja los formalismos —contestó él con un guiño—. Mis amigos me llaman Kenneth.

Permaneció apartado de Rose y Charles. Debía dejarles a solas para que ella empezase a confiar en su amigo, ya que pronto estaría bajo su tutela. Rose, sin embargo, no dejaba de mirar hacia atrás para asegurarse de que Kenneth les seguía, así que optó por aligerar el paso y ponerse a su altura.

—No te preocupes —decía Charles—, no descansaré hasta encontrarla.

—Me encerraron aquí, milord. A mi madre yo no le importo en absoluto —dijo ella con pena.

—Pero sí le importa el dinero, Rose —intervino Kenneth—. Volverá por más y Charles conseguirá tu tutela.

—Me siento tan avergonzada por su comportamiento... Lamento que mi madre le haya extorsionado por mi culpa, milord.

—No es culpa tuya, Rose —contestó Charles—. La culpa es mía por haberme confiado. Debería haberla obligado a firmar los papeles antes de darle un solo centavo.

—No ganamos nada con lamentarnos —les interrumpió Kenneth—. Lo importante es que logremos nuestro objetivo.

—Hablando de objetivos —dijo Rose con una sonrisa—, ¿cómo van las cosas con Anne?

—Lentas, me temo —suspiró Kenneth—, demasiado lentas.

—¿Es que se te ha olvidado como cortejar a una mujer? —rió la muchacha.

—No seas impertinente, mocosa —sonrió Kenneth.

—Su hermano no permite que lo haga —explicó Charles.

—¡Oh! ¿Pero por qué? Eres un marqués...

—Un marqués que acaba de salir de un siquiátrico —contestó Kenneth.

—Y que es la comidilla de la alta sociedad —terminó Charles.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó la chica.

—Debo demostrar que mis primos me hicieron creer que estaba loco con sus artimañas si quiero que Gosford me conceda la mano de su hermana —añadió Kenneth.

—Hemos descubierto que hay un pasadizo secreto en la casa de Kenneth —confesó Charles—. Si encontramos la entrada tal vez encontremos la respuesta.

—¿Y qué demonios hacéis aquí? —exclamó Rose levantándose— ¡Vamos, id a buscar esa entrada!

—Cuando sea tu tutor me encargaré de controlar esa lengua, jovencita —protestó Charles—. Una dama no dice “demonios”.

—Ya habrá tiempo de ocuparse de mis modales, milord —contestó ella—. Ahora hay que ocuparse de que nuestro amigo logre casarse con su amada.

Ambos caballeros volvieron a la casa con intención de seguir buscando la entrada al pasadizo. Pasaron toda la tarde investigando, levantando incluso los paneles de madera de las paredes, pero no encontraron absolutamente nada. Kenneth estaba a punto de volverse loco de verdad. ¿Habría imaginado Anne el movimiento de los ojos del cuadro? Volvió al salón y se acercó al cuadro para observarlo detenidamente. El lienzo parecía estar intacto, pero cuando apretó los ojos de la mujer con los dedos la tela cedió. Cuando apartó los dedos los ojos de la mujer volvieron automáticamente a su lugar, como accionados por un resorte.

—¡Charles! —llamó a su amigo.

—¿Has encontrado algo?

—Toca los ojos de la foto.

Su amigo le miró con una ceja arqueada pero hizo lo que le pedía. Cuando sintió el cuadro ceder bajo sus dedos dio un respingo.

—Anne no imaginó nada —dijo Kenneth.

—¿Pero dónde diablos está la entrada? No hemos podido encontrarla y llevamos todo el día buscando.

—Tiene que haber una explicación. Volvamos al desván, no creo que Edwina estuviese tan interesada en detenerme anoche solo por un par de agujeros en el suelo.

Con la ayuda de Jenkins apartaron uno por uno los muebles para investigar las paredes y el suelo, pero a excepción de otro par de agujeros que daban a la habitación de la marquesa no hallaron puerta alguna. Kenneth abrió entonces todos los cajones y las puertas de los muebles en busca de alguna pista y en el fondo de un armario viejo encontraron una serie de diarios cubiertos de polvo.

—¿Qué será eso? —preguntó Charles.

Cuando abrió el primero de ellos se dio cuenta de que eran los diarios de su abuelo.

—No sabía que mi abuelo tenía un diario —susurró.

—Tal vez en ellos diga dónde está la puerta al pasadizo.

—¿Y si no sabía nada?

—No lo sabremos hasta que los leamos.

Desempolvieron todos los diarios y los bajaron al despacho de Kenneth.

—Haz que nos suban la cena a las ocho, Jenkins. Tengo la impresión de que estaremos aquí mucho tiempo.

Anne estaba tan ocupada eligiendo los trajes que iba a llevar a la mansión Lancaster que no se dio cuenta de la presencia de su hermana hasta que la muchacha empezó a reír, sobresaltándola.

—¿Es que pretendes matarme? —protestó llevándose la mano al pecho.

—Claro que no, solo venía a ver cómo llevabas el equipaje. Estabas tan enfascada en ello que no te has dado cuenta de mi presencia.

—Lo siento, es que no sé qué ropa debo llevar para una fiesta de un duque en el campo. Nunca hemos asistido a una.

—Yo voy a llevarme un par de vestidos de fiesta y un par de diario además de mi traje de montar. Eso sin contar los sombreros, los guantes, los lazos y las joyas.

—¡Las joyas! —exclamó Anne acercándose al joyero— Casi las olvido.

—No te dejes la ropa interior —rió Edith—. A ver si vas a andar por ahí desnuda bajo la falda.

—No seas impertinente, Eddy. Una dama jamás olvidaría tales prendas, mucho más ahora que las mías son de seda y no de simple hilo.

—Es un fastidio que vaya a acudir Montrose —protestó Eddy sentándose en la cama—. Últimamente no deja de incordiar-me.

—¿Te está molestando?

—Me está provocando, más bien. Se dedica a seguirme cuando salgo del salón de baile para tomar el aire o ir al excusado y contarme al oído sus escandalosas intenciones.

Anne sonrió al recordar aquel encuentro furtivo con Kenneth en un salón apartado, a lo que su hermana respondió dándole un manotazo.

—¡No te rías! —protesto la menor de las hermanas— Hace que me ruborice constantemente.

—Tal vez te gusta Montrose más de lo que quieres admitir, Eddy. Por eso te ruborizas.

—¿Gustarme? ¡No le soporto! Es un animal rudo y...

Su cantinela se vio interrumpida por la llegada de Darío, que miró a una y a otra con una ceja arqueada.

—¿Secretos, señoras? —preguntó.

—Hablábamos de cosas de mujeres, Darío —contestó Anne—. No creo que quieras que te contemos cómo nos sentimos en esos días del mes.

—Agradecería que no lo hicieseis —contestó poniendo cara de asco—. Ya tengo bastante con la cuarentena de mi esposa.

—¿Querías algo? —preguntó Edith.

—Venía a deciros que esta noche Jillian y yo vamos a ir al teatro. ¿Queréis acompañarnos?

Edith iba a contestar pero Anne la silenció con un gesto sutil de la mano.

—Nos encantaría, pero creo que deberías pasar tiempo a solas con tu esposa —respondió ella—. Nos quedaremos descansando en casa.

—Muy bien, como gustéis.

Su hermano se marchó y Edith la miró con los brazos en jarras.

—¿A qué ha venido eso? —protestó— Quería ir a la ópera.

—¿Prefieres ir a la ópera a descubrir una puerta secreta en una mansión? —preguntó ella sonriente.

—¿A qué te refieres?

—Pensé que te parecería mucho más excitante ayudarnos a encontrar el pasadizo secreto de casa de Kenneth.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque se me ha ocurrido cuando Darío nos ha invitado a acompañarles, tonta. No sabía que iban a salir.

—Eres mala —rió Edith—, quieres convertirme en una delincuente.

—Debo hablar con Jillian para contarle mis planes. Necesito que entretenga a Darío al menos hasta medianoche.

—Yo me ocupo de terminar tu equipaje —dijo su hermana poniéndose a ello—. Así podremos salir en cuanto se marchen.

Jillian se estaba vistiendo cuando Anne entró en su habitación.

—Me ha dicho tu hermano que preferís quedaros en casa —comentó su cuñada mirándola con una ceja arqueada—. ¿Qué estáis tramando?

—Me conoces demasiado bien —suspiró Anne—. Quiero ir a ayudar a Kenneth a buscar el pasadizo secreto.

—Cada día estoy más convencida que quien ha perdido el juicio eres tú. ¿Cómo pensáis entrar en casa del marqués sin ser vistas?

—Le pediré al mozo de cuadra que nos preste algo de ropa.

—Es demasiado peligroso, Anne.

—¡Vamos, Jillian! ¿Cuándo te has vuelto tan mojigata? Hace unos años habrías sido la primera en apuntarte a la aventura.



—Ahora soy madre y debo ser responsable.

—¿Si te prometo que tendré cuidado me guardarás el secreto?

—¡Por supuesto que te lo guardaré! ¿Por quién me tomas? Que crea que mi deber es advertirte sobre lo peligroso de tu plan no significa que no vaya a apoyarte. ¿Qué puedo hacer?

—Necesito que entretengas a mi hermano al menos hasta medianoche.

—No creo que pueda, la obra termina a las diez y tu hermano querrá volver a casa cuanto antes. Si me entretengo parloteando con algunas damas tal vez lleguemos a casa a las once.

—En ese caso procuraré estar aquí antes de esa hora.

—Tened mucho cuidado y contratad un coche de alquiler. No quiero que vean nuestro escudo en la puerta del marqués a horas tan intempestivas.

—Tranquila, podemos ir andando, apenas vive a unas calles de aquí.

—¿Dos jovencuelos andando solos a estas horas? Ni lo sueñes, o alquiláis un coche o le diré al mayordomo que os encierre con llave.

—¡Está bien, pesada! Utilizaremos un carruaje. Me voy que aún me queda mucho por hacer.

Una hora después Edith y ella parecían dos pillos escapados del orfanato. Como ella era algo más alta la ropa del mozo le quedaba algo mejor, pero Edith era tan bajita que tuvo que darse varias vueltas en las mangas y en los pantalones para no parecer un espantapájaros. El mayordomo no se privó de mostrarles su desaprobación cuando las acompañó hasta el coche de alquiler, pero sabían que el hombre no las descubriría por su fidelidad hacia Jillian.

—Bien... —susurró— Empieza la aventura.

## Capítulo 22

Kenneth miró extrañado a los dos muchachos que Jenkins hizo pasar a su despacho, y se quedó con la boca abierta al darse cuenta de que no eran otras que Anne y su hermana disfrazadas de pilluelos. Charles se limitó a reír a carcajadas y a sujetarse el estómago con los brazos mientras él abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua. Cuando recuperó la compostura se acercó lentamente a ellas y se deshizo de la mugrosa gorra que cubría la melena castaña de Anne. Edith se deshizo de la suya propia y le miró con una sonrisa. ¡Con una sonrisa! ¿Acaso esas dos mujeres estaban locas de remate?

—¿Podéis explicarme qué demonios hacéis aquí a estas horas y vestidas como dos ladronzuelos? —preguntó lo más calmado que sus desquiciados nervios le permitieron.

—Venimos a ayudaros a descubrir el pasadizo —explicó Anne—. Cuatro pares de ojos ven mejor que dos.

La carcajada que escapó de los labios de Charles logró que su amigo le mirase con desaprobación.

—No ayudas en absoluto, Charles —protestó.

—Reconoce que esta situación es lo más divertido que nos ha pasado en todo el día —contestó su amigo.

—¿Te parece divertido? —preguntó elevando las manos al cielo— ¡Se han puesto en peligro!

—¡Oh, no, milord! —exclamó Edith— Mi cuñada se ha ocupado de buscarnos un coche de alquiler y el cochero es digno de confianza.

—Tu cuñada... —Se pasó la mano por la mandíbula intentando digerir la información—. ¿Me estás diciendo que lady Gosford os ha ayudado a perpetrar esta locura? —preguntó aún más asombrado.

—Parece que no te alegras de vernos —bufó Anne cruzándose de brazos—. Si llego a saberlo me habría quedado calentita en casa.

—¿Te has parado a pensar que tal vez ya habríamos descubierto el pasadizo a estas alturas? —preguntó él retándola con la mirada.

—¿Lo habéis hecho? —preguntó ella inocentemente.

—Esa no es la cuestión, Anne —contestó Kenneth a la defensiva.

—¿Lo habéis encontrado o no? —volvió a preguntar ella arqueando una ceja con suficiencia.

Kenneth desvió la mirada para no contestar. Se sentía frustrado, pero aunque no quisiera reconocerlo la admiraba por haber sido tan valiente como para ponerse en peligro por ayudarle.

—No, milady, no lo hemos encontrado —respondió Charles al ver que su amigo no pensaba dar su brazo a torcer.

—Entonces es evidente que necesitan nuestra ayuda, caballeros —contestó Edith triunfal.

—Vosotras dos vais a volver a casa de inmediato —sentenció el marqués empujándolas suavemente hasta la puerta.

—¿Y perdernos la diversión, milord? —preguntó Edith zafándose— Ni hablar.

Kenneth decidió utilizar la persuasión en vez de la fuerza y se volvió hacia Anne.

—Anne, mi amor, no es conveniente para nuestra causa que tu hermano descubra que te has escapado de casa, ¿verdad?

—Mi hermano ha ido a la ópera con mi cuñada y no volverá hasta tarde. No se enterará de nada.

—¿Y si decide volver antes?

—Jillian se encargará de entretenerle —contestó Edith.

—Deja de perder el tiempo ofuscándote y vamos a buscar esa entrada —protestó Anne cruzándose de brazos—. Debemos estar en casa antes de las once.

—Hemos buscado por toda la casa sin éxito, Anne —contestó Charles al ver que su amigo se empecinaba en no colaborar—. Lo único que hemos descubierto son estos diarios del abuelo de Kenneth.

—Pensamos que tal vez haya una pista en alguno de ellos que nos lleve a la puerta del pasadizo —contestó el marqués derrotado.

—En ese caso, todos a leer.

Llevaban más de una hora ojeando los diarios sin éxito. El reloj acababa de dar las nueve y media, a las damas no les quedaba demasiado tiempo y no habían sido capaces de encontrar ni una sola mención al dichoso pasadizo en los diarios que llevaban leídos. Aún quedaba al menos una docena de ellos, pero tendrían que ocuparse ellos solos de continuar buscando. Anne dejó el

diario que acababa de terminar sobre la mesa con un suspiro.

—Nada —protestó—, no tenemos nada.

—No te desanimes, mi amor —contestó Kenneth acariciándole la espalda—. Aún quedan muchos diarios por inspeccionar.

—¿Y si no encontráis nada? —preguntó frustrada.

—Volveremos a buscar por todas las habitaciones. No pienso rendirme aunque tenga que derruir esta casa hasta los cimientos para dar con ese maldito túnel.

—Tal vez tu abuelo no sabía nada de los túneles —se quejó la muchacha.

—¿Cómo iba a conocerlo mi primo entonces? —contestó el marqués— Mi abuelo debía conocer el pasadizo, no hay otra explicación.

—¡Lo tengo! —exclamó Edith dando un salto del sofá— ¡Aquí está!

—¿Qué dice? —preguntó su hermana.

—“Esta noche he dejado, como cada noche, mi bastón con empuñadura de rubíes dentro de mi armario y he descubierto algo asombroso”.

—Continúa, por favor —pidió Kenneth sentándose en el borde del escritorio.

—“El bastón ha golpeado el fondo del armario levantando una columna de polvo que ha inundado mi habitación —continuó Edith—. ¿De dónde podría venir tanto polvo dentro de un armario? Tras estudiar detenidamente la madera he descubierto una pequeña rendija en el lateral derecho del mueble. Al introducir mi navaja en el hueco... ¡La pared interior del armario se ha abierto!”

—Así que estaba en mi armario... —susurró Kenneth.

—De ahí los agujeros del techo —dijo Charles—. Los utilizaban para saber cuándo salías de él.

Charles cogió el cuaderno de manos de la muchacha y continuó leyendo.

—“Tras una angosta escalera he descubierto un laberinto de pasadizos que recorren todas las habitaciones de la casa, seguramente hechos en tiempos de guerra para que la familia que viviera en ella lograra escapar del enemigo” —terminó con una sonrisa.

—¡Lo tenemos! —exclamó Anne.

—Por eso Edwina tenía tanto interés en que no entrases al desván —explicó Charles—. Seguro que conocían la existencia de estos diarios.

—Y por eso ellos sabían que existía el pasadizo —adivinó el marqués—. Mi primo debió descubrir los diarios cuando vivía con mi abuelo.

—¿A qué esperamos? —apremió Edith— ¡Busquemos la entrada!

Salieron a correr hacia la planta de arriba, hacia la habitación de Kenneth. Sacaron entre todos la ropa del armario hasta dejar el tablón del interior al descubierto. Kenneth acercó una vela y comprobó que la llama se movió debido a una leve corriente de aire que salía de ella.

—Aquí esta... —susurró.

Los demás miraron atentamente al marqués mientras buscaba la ranura de la que hablaba su abuelo. Kenneth sonrió en cuanto la encontró.

—La estoy rozando con los dedos —dijo.

Se buscó en los pantalones la navaja, pero no estaba.

—Pásame tu navaja, Charles. No encuentro la mía.

—Espera, voy a buscarla.

Anne puso los ojos en blanco y sacó de su moño una aguja adornada con perlas.

—Prueba con esto —añadió entregándosela.

La madera del fondo del armario cedió en cuanto Kenneth introdujo la punta del adorno femenino en la ranura, dejando al descubierto un pasadizo oscuro y lleno de telarañas. Edith le acercó una lámpara al marqués y entraron en el pasadizo. Aunque las damas iban entre los caballeros, no pudieron evitar sentir pavor cuando unos murciélagos echaron a volar sobre sus cabezas espantados por la luz.

—Solo son murciélagos —protestó Charles.

—Son ratones con alas, y odio los ratones —contestó Edith.

—Esto está asqueroso —protestó Anne apartando una enorme telaraña de su pelo.

—No se ha usado desde que me encerraron en *Bedlam* —explicó Kenneth— y creo que tampoco entonces se molestaron en limpiarlo.

Al final del angosto corredor encontraron una bifurcación. Siguiendo la de la derecha llegaron a un habitáculo de no más de dos metros cuadrados con una trampilla en la pared. Kenneth la abrió para descubrir que no era otra cosa que el cuadro espía del salón, el mismo que Anne había visto moverse días antes.

—Lo sabía —dijo la muchacha triunfal—. Seguro que alguno de tus primos estuvo escuchando nuestra conversación.

—Eres una jovencita muy lista —sonrió Kenneth besándola en los labios.

—Dejad los arrumacos para más tarde —protestó Charles—. Aún nos

queda mucho pasadizo por investigar.

Siguieron inspeccionando los túneles. A la izquierda encontraron una escalera de mano que subía a la planta superior. Los agujeros que en la habitación quedaban a ras de suelo aquí se encontraban a la altura de su cabeza, de modo que el sonido podía ser mucho más claro al otro lado de la pared. Al fondo del corredor había una puerta y una bifurcación. El pulso de Kenneth tembló al sujetar el picaporte. En parte temía descubrir lo que había al otro lado, pero necesitaba saber qué escondían Robert y Edwina en aquella habitación.

Los muebles estaban bastante limpios, señal de que esa estancia había sido utilizada después de su internamiento. En una esquina había un pequeño camastro cubierto por una manta y a los pies de este se encontraba un pequeño armario. Al otro lado de la habitación había un escritorio... y una cuna descuidada. Kenneth se quedó petrificado en cuanto sus ojos recayeron en ella, pero sus amigos no se percataron de ello. Edith abrió el armario y descubrió varios vestidos de sirvienta y algunas cofias agujereadas, seguramente por ratones. En cuanto vio los agujeros la muchacha dio un salto y se miró a los pies en busca de algún roedor escurridizo, y suspiró cuando descubrió una trampa en una esquina de la habitación.

—Está claro que aquí vivió una sirvienta —comentó cogiendo una de las cofias con dos dedos—. No creo que esto sea un disfraz.

—Nuestras sospechas se confirman —dijo Charles—. Le pagaron a alguien para utilizar a su bebé recién nacido.

—Aquí hay también unos cuantos pañales y ropita —continuó Edith sacando más prendas del armario—. Debieron sacarles de aquí a toda prisa.

Kenneth echó a correr. Necesitaba salir de ese lugar cuanto antes, el aire viciado le estaba ahogando y sentía que las paredes se cerraban a su alrededor. Anne le siguió por los túneles hasta salir por el armario y corrió tras él escaleras abajo hasta que salieron por la puerta que daba al jardín trasero de la casa. En cuanto Kenneth inspiró una honda bocanada de aire fresco se dejó caer en el suelo respirando entrecortadamente.

—¡Kenneth! —exclamó ella arrodillándose a su lado— ¿Qué ha pasado?

—No estoy loco —susurró el marqués—. No estoy loco.

—¡Por supuesto que no lo estás! Acabamos de encontrar las evidencias del diabólico complot de tus primos.

—Necesito sentarme —dijo él—. La cabeza me da vueltas.

—Iré a llamar al doctor.

Ella intentó levantarse, pero él la retuvo sujetándola por la muñeca.

—No hace falta, estoy bien.

—Pero acabas de decir que...

—Todo ha vuelto a mí con la fuerza de un huracán, Anne. El dolor por la pérdida, la desesperación por encontrar a ese niño que lloraba... tenía que salir de allí.

—Charles y Eddy seguirán investigando —le tranquilizó ella abrazándole—. Pronto se sabrá toda la verdad y mi hermano cambiará de opinión.

—No podemos utilizar lo que hemos descubierto todavía. Debemos tenderle una trampa a Robert para que confiese.

—Al menos has comprobado que tenías razón, mi amor. Ya no tienes que seguir atormentado por la duda.

Anne siempre era capaz de saber lo que pensaba incluso antes que él mismo. Kenneth la aprisionó entre sus brazos y la besó dejando que su sabor calmara sus heridas, abiertas de nuevo. Le inundó tal mezcla de alivio y pasión que terminó mareado, y se tumbó sobre ella para poder acariciarla a su antojo. Desabrochó los botones de la camisa que llevaba y dejó al descubierto sus turgentes pechos. Sus pezones se endurecieron al contacto con la fría brisa nocturna y él no tardó en introducirselos alternativamente en la boca para calentarlos. Anne gimió ante sus caricias y rodeó su cabeza con los brazos para enredar los dedos en su pelo y tirar de él evitando que detuviera sus caricias. Kenneth introdujo una mano bajo la cintura del pantalón de Anne hasta encontrar su carne sedosa, y acarició con el dedo el pequeño capullo de placer que floreció a la vez que un gemido escapaba de sus labios. La deseaba... la deseaba tanto que dolía. Necesitaba enterrarse en ella como un sediento necesita beber agua, e introdujo un dedo en su sexo para descubrir que estaba mojada y lista para él. Solo tenía que quitarle los pantalones, desabrocharse los suyos y enterrarse lentamente en ella... pero no era un canalla que le robara la virtud a una dama tumbada en las baldosas del jardín sin tener en cuenta su comodidad.

En vez de satisfacer sus deseos carnales se limitó a acariciar el sexo de la joven hasta que se convulsionó entre sus brazos recorrida por el placer, y tras darle un último beso en los labios le puso bien la ropa y la llevó de la mano de vuelta a la mansión.

—¿Por qué te has detenido? —preguntó ella ruborizándose.

—Porque no voy a poseerte como un animal, Anne. Cuando te haga el

amor será en una cama como Dios manda.

—No me habría importado.

—Te aseguro que a mí sí.

Volviéron a entrar en el pasadizo. Esta vez el aire no colapsó sus pulmones, ni se sintió acorralado como la vez anterior. Ahora que había digerido lo que había ocurrido en el pasado ese pasadizo volvía a ser una pieza más en su plan de descubrir a Robert. Cuando llegaron a la habitación de la cuna encontraron a Edith inspeccionando unos papeles, pero no había ni rastro de Charles.

—¿Dónde se ha metido Warwick? —preguntó Anne.

—Ha ido a revisar la otra parte del pasadizo —contestó la muchacha—. Hemos encontrado unos documentos muy interesantes, tal vez te sirvan de algo.

Kenneth estuvo ojeando los papeles que le entregó Edith. Aparte de las facturas del sanatorio había otras sin especificar, pagos de cuantiosas sumas de dinero sin el nombre del destinatario.

—¿De qué podrán ser estas facturas? —susurró.

—Tal vez la sirvienta a la que contrataron ha estado extorsionando a tu primo desde entonces —dijo Charles desde la puerta—. Es posible que hayan estado pagándole asiduamente por su silencio.

—Eso explicaría estas facturas.

—Si la encontráis podríais lograr que confesara delante del juez —sugirió Anne—. Con su testimonio podrían encerrar a tu primo.

—No tenemos ninguna pista de su identidad, Anne —contestó Kenneth—. ¿Cómo demonios vamos a encontrarla?

—El bebé debía haber nacido al mismo tiempo que tu hijo o algunos meses antes —dijo Edith—. Empezad a buscar entre los miembros del servicio. Siempre es más sencillo buscar en los lugares más cercanos.

—¿Has encontrado algo más, Charles? —preguntó el marqués.

—Un par de trampillas más como la del cuadro del salón. Una es de tu despacho y la otra del pasillo.

—Por eso mis primos están tan complacientes —dijo Kenneth—. Conocen nuestros planes a la perfección.

—Ahora que lo sabemos nos guardaremos de hablar de ellos en otra parte —contestó Charles—. Están confiados porque creen que nos vigilan, y eso es un punto a nuestro favor.

—Nosotras debemos irnos —dijo Anne—. Contadnos lo que hayáis



descubierto cuando nos veamos en la mansión Lancaster.

Kenneth acompañó a las muchachas al carruaje y se despidió de su dama con un suave beso en los labios.

—Tened cuidado —susurró.

Charles le esperaba en el despacho con una copa de brandy en la mano. Los diarios habían desaparecido, seguramente su amigo se había ocupado de volver a colocarlos en su lugar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó dando un sorbo a su copa.

—Aliviado —contestó Kenneth sirviéndose un whisky—. Ahora sé con certeza que todo fue una conspiración.

—Debemos ser cautos con todo este asunto. Si dejamos de hablar repentinamente de nuestros planes tus primos sospecharán.

—Tenemos que hacerles creer que seguimos en la ignorancia y continuar hablando de mi intención de desenmascararles —asintió él—. Pero creo que son demasiadas emociones por un día, Charles. Ha sido abrumador reencontrarme con el pasado.

—Mañana nos marcharemos a la mansión Lancaster y podrás olvidarte de todo por unos días. Podrás pasar tiempo con Anne.

—Eso si el perro guardián que tiene por hermano se separa de ella en algún momento —protestó—. Después del interrogatorio de ayer dudo mucho que me deje acercarme a alguna de sus hermanas.

—¿No ha dicho Anne que su cuñada la apoya? Tal vez ella sea la encargada de entretener a Gosford.

—En ese caso me temo que vas a aburrirte como una ostra, amigo mío, porque pienso aprovechar cualquier oportunidad que se me presente para estar con ella.

—No te preocupes por mí, he oído que acudirán al evento algunas de las más bellas debutantes de la temporada. Tal vez sea hora de que me plantee yo también encontrar esposa...

—Y puede que las vacas vuelen —rió Kenneth.

## Capítulo 23

Frances Cornick recibió a Anne y a su familia en la mansión Lancaster con una sonrisa. Abrazó a la muchacha con cariño y enlazó su brazo con el de ella para acompañarla al interior de la mansión.

—Me alegra tanto que hayas podido venir, querida... —dijo con una sonrisa—. Quería que esta celebración fuera especial, teniendo a mi lado a mis más queridas amigas.

—Gracias por invitarnos, lady Cornick —dijo Jillian desde atrás.

—No ha sido nada —contestó la dama—. Mi hermano ha derrochado toda su opulencia para celebrar mis bodas de plata y no podía permitir que mi querida amiga se perdiese toda la diversión.

—Es un placer estar aquí —añadió Anne—. Estaba algo cansada del ajetreo de la temporada londinense.

—Me temo que esto será igual, querida, tal vez peor. Brodrick ha planeado una estancia llena de bailes y actividades para que ningún invitado se aburra.

Frances les acompañó hasta sus aposentos. El dormitorio de Jillian y Darío se encontraba en la planta superior, pero en cambio el de ella y Edith estaba en la primera planta.

—Si no es mucha molestia preferiría que mi habitación estuviese junto a la de mis hermanas —dijo Darío al darse cuenta de la situación.

—Discúlpeme, lord Gosford, pero la familia de mi esposo ha venido de improviso y hemos tenido que reacomodar las habitaciones —contestó la mujer—. Me temo que no hay posibilidad de modificar su posición.

La dama guiñó a Anne, que tuvo que reprimir una sonrisa. Edith y ella entraron en la habitación y se dejaron caer en sus camas con un suspiro. El viaje en carruaje había sido largo y tenían los músculos algo agarrotados, y por si eso no fuera suficiente estaban muertas de sueño por haber trasnochado la noche anterior. Por suerte, las actividades no empezarán hasta el día siguiente, cuando todos los invitados estuvieran instalados, así que Edith

decidió echarse una siesta antes de la hora del almuerzo.

Anne, sin embargo, era incapaz de pegar ojo ante el nerviosismo de poder pasar tiempo a solas con Kenneth. Frances había acomodado a su hermano en otra planta distinta para propiciar dichos encuentros y ella no podía ser más feliz. Abrió la puerta que daba a un gran balcón en el que encontró una mesa y dos sillas de forja, y sobre la mesa había una jarra de limonada y un plato con algunos pastelitos de frutas. Se sentó en una de las sillas y se sirvió un vaso de zumo mientras observaba a los carruajes que llegaban a la mansión. No le agradó comprobar que Victoria Manning se contaba entre las invitadas. Esa muchacha había sido grosera con Rose y la había hecho llorar, y no le apetecía en absoluto tener que cruzarse con ella.

El carruaje de Kenneth paró justo cuando lady Cornick daba la bienvenida a Wickham, el padre de Victoria, y apretó los puños cuando vio que la joven se acercaba al marqués coqueteando descaradamente.

—¡Será atrevida! —exclamó para sí misma.

—¿Quién es atrevida? —preguntó Edith a su espalda.

Anne se sobresaltó y se llevó la mano al corazón.

—¡Por Dios santo, Eddy! ¡Te mueves como un fantasma!

—¿Y bien?

Esperó a que su hermana se acomodara a su lado y diese un bocado a una tartaleta de arándanos.

—La mujer que está coqueteando con Kenneth —protestó.

—Esa es Victoria Manning, ¿verdad?

—¿Tú también la conoces?

—De vista. Llegó del campo creyendo que sería la joya de la temporada pero solo está siendo una más.

—Pues me alegro.

—No te cae demasiado bien, ¿verdad?

—Por su culpa una chica del *Bedlam* casi muere aplastada.

—A mí tampoco me cae demasiado bien. No me gustan sus aires de superioridad.

En ese momento Victoria se atrevió a levantar la mano hacia el pecho de Kenneth, pero él se alejó de ella con una reverencia evitando así que la joven montase un escándalo delante de todo el mundo.

—Si no fuera una dama te aseguro que la arrastraría del moño durante todo el viaje de vuelta a Londres —añadió Anne con los dientes apretados.

—Esa es cualquier cosa menos una dama.

El comentario de su hermana la hizo sonreír y relajó un poco sus celos.

—Me refería a mí misma, Eddy, no a ella.

Kenneth pareció oírla, porque levantó la vista hacia ellas en ese instante e hizo una leve señal tocándose el sombrero. Eddy se puso de pie y agarrándose a la barandilla le saludó a su vez, solo que demasiado efusivamente. Anne tiró del bajo de su vestido y la obligó a sentarse de nuevo.

—¿Se puede saber qué haces? —protestó.

—Marcar tu territorio —contestó su hermana—. Así esa estúpida sabrá que Kenneth es de nuestra propiedad.

—¿Nuestra? —rió Anne.

—¡Tú ya me entiendes! Al caballero de mi hermana no se le puede tocar.

—No hace falta que me defiendas, Eddy. Sé hacerlo por mí misma.

Esta vez fue Anne la que se encaramó a la barandilla cuando vio llegar el carruaje de Adelaine y la vio salir de él seguida de Hester. ¡Sus amigas estaban allí! Seguro que Adelaine le había pedido a su padre que invitara a Hester a acompañarles, porque las muchachas como ella no solían ser invitadas a eventos de tal calibre. Al menos así la velada no sería tan tediosa cuando no pudiera estar con Kenneth. Vio cómo el marqués y Warwick se acercaban a sus amigas para saludarlas y le divirtió el sonrojo en las mejillas de Adelaine.

—He ahí la diferencia entre una dama y una cualquiera —dijo Eddy cuando Hester hizo una exquisita reverencia—. Victoria debería aprender de Hester.

—Victoria se cree superior que ella por el simple hecho de ser hija de un conde. Ojalá Hester logre un matrimonio por amor y ella deba conformarse con uno por conveniencia.

—¡Estás siendo una harpía, Anne! —bromeó su hermana aparentando escandalizarse—. Irás al Infierno por lo que acabas de decir.

La cháchara se vio interrumpida cuando llamaron a la puerta. Jillian entró en la habitación llevando a Mary Anne en brazos y sonrió al verlas.

—Esta casa es de ensueño, chicas —dijo inspeccionando la habitación— ¿Habéis visto que la bañera tiene agua caliente? No hace falta que los sirvientes carguen cubos hasta ella.

—Deberías pedirle a mi hermano que instale una en casa —sugirió Eddy—. Ya que te gusta tanto...

—Será mi prioridad cuando volvamos a Londres —rió Jillian—. Pero hablemos de lo que nos interesa: Lansdowne.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Anne.

—¡Que tienes que verle a solas! —exclamó su cuñada— Lady Cornick nos lo ha puesto muy fácil al separar nuestras habitaciones, pero tenemos que pensar en la manera de que te reúnas con él.

—Podrías retener a mi hermano en tu cama durante todo el fin de semana —rió Edith—. Apuesto a que a nuestra vuelta sería un hombre dócil como un corderito.

—¡No seas impertinente! —protestó Jillian— Además, desde nuestra discusión no le he permitido compartirla, no puedo dejarle volver sin un motivo. Me he enterado de que esta tarde las damas más jóvenes van a ir a dar un paseo en barca por el lago y le he dicho a tu hermano que iréis.

—No me apetece... —empezó a decir Anne.

—Lo que no le he dicho —la interrumpió su cuñada— es que los caballeros solteros os acompañarán.

—¡Jill, eres un encanto! —exclamó Anne besándola en la mejilla.

—Un paseo en barca es lo más romántico del mundo y te da la oportunidad de hablar con Kenneth lejos de oídos indiscretos —continuó su cuñada.

—Más le vale a tu querido amigo Warwick que se ofrezca a pasear conmigo antes de que lo haga Montrose —protestó Eddy—. Me debe un favor enorme por haber encontrado la cita del diario.

—Espera, ¿qué cita? —preguntó Jillian.

—Es cierto, con todo el ajetreo del viaje nos olvidamos de contarte lo que pasó —dijo Anne—. Warwick y Kenneth encontraron los diarios del abuelo del marqués.

—Nos pasamos más de una hora leyendo y encontré la mención al pasadizo secreto.

—Estaba dentro del armario de la habitación de Kenneth —explicó Anne—, por eso no pudieron encontrarla.

—¿Y qué había en el pasadizo? —preguntó su cuñada.

—Aparte de algunas trampillas por las que vigilar a través de los cuadros, una habitación —contestó Eddy.

—Había una cuna y ropa de sirvienta en un armario —siguió Anne—. Creemos que los Dankworth contrataron a una mujer con un bebé para que hiciera creer a Kenneth que oía el llanto de su hijo.

—Malditos degenerados...

—También encontramos facturas sin receptor, grandes sumas de dinero —dijo Eddy—. Ellos piensan que la sirvienta les está extorsionando y van a intentar encontrarla.

—Parece que Lansdowne sí tenía razón —suspiró Jillian—. Ahora solo hace falta que convenza a tu hermano.

Después de comer Anne y Edith se reunieron con las demás chicas en el recibidor para ir a pasear por el lago. Adelaine y Hester corrieron a abrazarlas en cuanto pusieron el pie en el último peldaño de la escalera.

—¡Cuánto os he echado de menos! —dijo Anne— Tengo tantas cosas que contaros...

—Pues empieza de inmediato —dijo Hester—, tenemos tiempo de sobra.

Anne levantó la mirada al sentir la presencia de Kenneth. Entró en la mansión con el porte digno de su título, tan elegante y tan guapo que no puedo evitar suspirar.

—O puede que no —rió Adelaine—. Me temo que su enamorado nos la arrebatará en breve.

—Tendremos mucho tiempo para hablar cuando mi hermano esté presente —se disculpó ella—. Por su culpa apenas hemos pasado tiempo juntos.

—No os preocupéis, yo me quedaré con vosotras durante todo el paseo —dijo Edith enlazando sus brazos con los de las dos muchachas.

—Señoritas —dijo Kenneth acercándose a ellas— espero que nos concedan a mi amigo y a mí el honor de su compañía.

Anne elevó los ojos al cielo al escuchar el exagerado suspiro de Hester y aceptó el brazo que el marqués le tendía. Warwick se ofreció a llevar a sus amigas mientras Kenneth las llevaba a ella y a su hermana.

—¿Hay alguna novedad en lo referente al tema que nos preocupa a todos, milord? —preguntó Edith al marqués.

—Hemos decidido dejar de pensar en ello hasta que volvamos a Londres —contestó él—. Este fin de semana es para disfrutar, no para quebraderos de cabeza.

—Disculpa a mi hermana, Kenneth —se lamentó Anne—. Cuando encuentra un misterio que resolver no descansa hasta que lo consigue.

—Entonces disfrutará leyendo novelas de misterio, lady Edith —sonrió

él.

—Así es, milord. Son mis favoritas.

—Cuando me case con su hermana tal vez le interese echar un vistazo en mi biblioteca, tengo algunos libros que le interesarán.

—Será un honor —sonrió Edith—, aunque me temo que tendré que esperar aún demasiado tiempo.

—¿Tuvisteis algún problema al llegar a casa? —preguntó el marqués.

—El carruaje de mi hermano llegó en cuanto cerramos la puerta —reconoció Anne—. Tuvimos que correr hacia nuestras habitaciones y acostarnos sin cambiarnos hasta que se durmió.

—Por favor, no volváis a cometer una locura semejante —les pidió él—. No creo que mi pobre corazón soporte más preocupaciones.

Al llegar a las barcas, Warwick ayudó a Adelaine y a Hester a subirse en una barca, y cuando Kenneth iba a hacer lo mismo con Edith y Anne, el duque de Montrose, que se acababa de unir al grupo, le interrumpió.

—Disculpe, milord —dijo el duque—. ¿Le importaría permitirme pasear con lady Edith? Tenemos algunos asuntos que discutir.

—En absoluto, excelencia —contestó Kenneth—. Yo pasearé con lady Anne.

Si las miradas matasen, Kenneth estaría en ese mismo instante cayendo fulminado. Anne se aguantó las ganas de reír y se volvió hacia la barca para subir en ella y evitar poner en ridículo a su hermana, y el marqués se subió en la barca tras ella. Cuando se alejaron lo suficiente de la orilla, la joven estalló en carcajadas.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó él con una sonrisa.

—Edith va a odiarte por eso —reconoció—. Dice que no soporta al duque y quería evitar quedarse a solas con él.

—No me ha parecido que Montrose le desagrade. De hecho le miraba con interés cuando se acercaba por el camino.

—Yo creo que le gusta, pero no quiere reconocerlo.

—Montrose es un buen partido, y por lo que he visto está realmente interesado en tu hermana.

—No sé... tiene fama de libertino.

—Todos los hombres lo somos hasta que encontramos a la mujer adecuada.

—Tú nunca has sido un libertino —protestó ella.

—Te aseguro que en mi juventud fui el peor de ellos, Anne. Pero conocí

a Evelyn y me reformé.

—¿Y ahora?

—Ahora te tengo a ti.

Anne sonrió e hizo girar su parasol.

—Si no estuviéramos en mitad del lago te besaría —dijo ella.

—¿Y por qué no viene hacia aquí, señorita atrevida?

—Porque la barca puede volcarse y no sé nadar.

—Yo te rescataría. Pensar en lo apetecible que estarías mojada me tienta a hacerla volcar yo mismo.

—No te atreverías.

Kenneth sonrió mirándola travieso y tras introducir los remos en la barca colocó sus manos en ambos lados de la misma para hacerla balancearse. Anne inspiró con fuerza y soltó el parasol para agarrarse con fuerza al borde, consiguiendo que la sombrilla terminase en el agua.

—Ahora tendrás que pescarla —rió sin soltarse de la barca.

Kenneth se puso de pie logrando hacerla chillar. Todas las miradas se volvieron hacia ellos, y Anne agachó la cabeza avergonzada.

—Por tu culpa nos miran todos —protestó.

—Yo no he gritado como una *banshee* —rió Kenneth cogiendo de nuevo los remos—. Vamos, recuperemos tu parasol.

Tras el paseo, los caballeros acompañaron a las damas hasta la casa y ellas subieron hacia las habitaciones para descansar hasta la cena. Adelaine y Hester entraron con ellas y se dejaron caer en la cama con un suspiro.

—El conde es un hombre tan apuesto —dijo Adelaine.

—Es cierto, ha sido de lo más amable y educado con nosotras —respondió Hester.

—¿Y a ti qué tal te ha ido con Montrose? —preguntó Anne a su hermana intentando aguantarse la risa.

—Dile a mi futuro cuñado que esta me la va a pagar. Ha intentado propasarse de nuevo. ¡Me ha aprisionado contra un árbol y ha intentado besarme!

—Kenneth ha hecho lo mismo conmigo muchas veces y no me he sentido ofendida, Eddy, sino más bien al contrario.

—Seguro que él no lo ha hecho por la fuerza.

—Ninguna de las veces me ha pedido permiso para hacerlo.

—Eso es porque tú estás enamorada de él.

—Y aunque lo niegues, a ti te gusta el duque.



—Montrose es guapísimo y además duque —protestó Hester—. Te aseguro que yo estaría más que dispuesta a recibir sus atenciones.

—Pues te las regalo.

—¿Por qué le tienes tanto rencor, Eddy? —preguntó Adelaine.

—Cuando vosotras acudisteis al baile del *Bedlam* le cacé en pleno *tête à tête* con su amante.

—¿Estás segura de que era su amante, Eddy? Tal vez estás confundida.

—Fui a descansar un poco del tumulto de la fiesta y decidí hacerlo en el estudio —explicó Edith—. Cuando abrí la puerta le encontré a solas con ella. ¿Te parece suficiente para estar segura?

—No tienes pruebas de que sea su amante —susurró Adelaine.

—Sé que lo es. ¿Pretende cortejarme y se deja ver en los salones de baile con su amante? —protestó Eddy.

—La mayoría de los caballeros de Londres tienen amantes, Eddy —explicó Hester.

—Lansdowne no tiene amante—contestó Edith.

—La situación de Kenneth es muy disinta —le defendió su hermana—. Acaba de salir del sanatorio y tiene toda su atención puesta en demostrar que le encerraron injustamente.

—Warwick tampoco la tiene —siguió diciendo su hermana.

—Eso no puedes saberlo —dijo Anne—. Ni siquiera yo lo sé, que le conozco un poco mejor.

—¿Y qué pensarías de Kenneth si descubrieras que tiene una amante, Anne? —preguntó su hermana— ¿Te conformarías igualmente?

—¡Claro que no! —exclamó ella ofendida— Pero él nunca haría una cosa así. Me ama.

—¿Y qué tiene que ver en todo esto el amor? —contestó Hester.

—Que si de verdad esa mujer es su amante y está interesado en mantenerla después del matrimonio es que no ama a Edith lo suficiente.

Sus amigas se marcharon y ella permaneció taciturna, pensando en lo que acababan de comentar. ¿Tendría Kenneth necesidad de mantener a una amante? Y en ese caso, ¿sería ella capaz de soportarlo?

## Capítulo 24

La cena de esa noche se sirvió en el salón del pavo real. La decoración era deslumbrante: jarrones cubiertos de plumas de dicho animal, muebles de palo de rosa y cortinas irisadas. Como era costumbre, la anfitriona fue la encargada de designar los acompañantes de las damas solteras, y casualmente a Kenneth le correspondió acompañar a Anne. Darío les miraba de reojo visiblemente desairado, pero permaneció en silencio para no ofender a su anfitrión.

—Tu hermano va a matarme con la mirada —susurró Kenneth.

—Se siente impotente por no poder protestar. Esta mañana se ha enfadado porque su habitación está en la segunda planta y no junto a la mía en la primera.

—Así que tú también estás en la primera planta... Tal vez esa noche vaya a visitarte —susurró.

—Encontrarás a mi hermana roncando en la cama de al lado —bromeó ella.

—Entonces me llevaré a Montrose conmigo, así él se ocupará de mantenerla en silencio.

—No seas malo —rió ella.

Anne observó a su hermana, que permanecía mirando hacia la puerta del comedor junto al duque sin prestarle al caballero la menor atención.

—Ya sé por qué no le soporta —dijo—. Dice que le descubrió con su amante en un baile.

—¿Y por eso le detesta? —preguntó él.

—¿Acaso tú pretendes mantener a una amante cuando nos casemos?

—¿Te importaría si lo hiciera?

—¡Por supuesto que me importaría! No quiero que tengas amantes, Kenneth. Lo que necesites en la alcoba te lo proporcionaré yo misma o me encargaré de que no puedas yacer con ninguna mujer durante el resto de tu vida.

El marqués sonrió con dulzura y besó su mano enguantada.

—Te aseguro, mi amor, que no tuve amante alguna cuando estuve casado con Evelyn y no tengo intención de tenerla en el futuro. Y ahora que sé que mis partes nobles correrían serio peligro si lo descubrieras mucho menos —bromeó.

—No bromees con esto, Kenneth. No tiene gracia.

—No lo hago por importunarte, sino porque me encanta que seas tan posesiva en lo que a mí respecta. En cuanto a tu hermana, su problema tiene fácil solución.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Que haga lo que tú misma acabas de hacer, Anne, decirle que no quiere que tenga una amante. Si el duque está lo suficientemente interesado en ella lo aceptará.

Cuando entraron al comedor, los sirvientes empezaron a servir los diferentes platos: sopa de champiñones, jamón glaseado, tomates guisados con maíz y chirivías, frijoles franceses, pastel de calabaza y nueces con chocolate. La conversación fue amena, y Anne se pasó gran parte de la cena charlando con la joven que tenía a su lado. Pasada la cena, los invitados pasaron al salón a tomar una copa de oporto. Anne se reunió de inmediato con su cuñada y sus amigas. Su hermano hablaba animadamente con el padre de Adelaine, el conde de Perth, pero no le quitaba el ojo de encima a su esposa.

—¿Qué tal ha ido ese paseo por el lago? —susurró Jillian apartándola ligeramente del grupo— Estaba deseando tener un momento a solas contigo para preguntarte.

—Ha sido divertido —sonrió ella—. Aunque el marqués ha amenazado con volcar la barca para lograr salvarme.

—¿Y no ha intentado besarte?

—Me temo que había demasiadas personas alrededor como para hacerlo.

—Aún os quedan dos días para disfrutar del campo. Tenéis tiempo de sobra.

—Eso si las actividades del duque nos lo permiten. ¿Ha dicho algo mi hermano? Nos ha estado lanzando miradas asesinas durante toda la cena.

—No puede decir nada porque ofendería a Lancaster. Ha sido muy divertido ver cómo se removía incómodo en su asiento cada vez que Lansdowne se acercaba a ti.

—Si confiase más en mí no estaría pasándolo mal —protestó Anne cruzándose de brazos.

—Voy a subir a ver a Mary Anne, ¿quieres acompañarme?

—Por favor... aprovecharé para retirarme cuanto antes a ver si puedo dormir, que esta mañana he sido incapaz de conciliar el sueño.

Jillian y ella subieron al cuarto de los niños a ver a la pequeña. La niñera de los Lancaster les sonrió y se retiró discretamente del cuarto para dejarlas a solas con el bebé, que en vez de dormir gorjeaba intentando atrapar la luz de luna que entraba por la ventana.

—Serás diablillo —susurró su madre cogiéndola en brazos—. Deberías estar durmiendo.

—Creo que ella también sufre por el ajetreo del viaje —dijo Anne acariciando la mejilla de la niña con un dedo.

Jillian se sentó en la mecedora y empezó a moverse susurrándole a la pequeña una nana. Anne se sentó en el suelo a su lado mientras acariciaba su cabecita cubierta de pelusa. La niña volvió la cabeza instintivamente hacia el pecho de su madre y abrió la boca buscando su adorado alimento, logrando hacerlas sonreír.

—Parece que tiene hambre —rió Anne.

—Es una glotona, no para de tragar —contestó Jillian descubriéndose el pecho.

Así las encontró más tarde Darío, que tuvo la misma idea de subir a ver a su hija. Se apoyó en la puerta con una sonrisa a disfrutar del espectáculo que tenía ante sus ojos. Su preciosa niña jugueteaba con los dedos de su tía mientras su madre la apoyaba en su hombro para que expulsara los gases de su festín.

—Una estampa encantadora —dijo al fin.

Se acercó a su esposa y besó a sus dos mujeres en la frente.

—¿Te estás divirtiendo, Anne? —preguntó.

—La verdad es que sí. He conocido a algunas damas de mi edad que son muy agradables y estoy disfrutando de pasar tiempo con mis amigas.

—¿Y el marqués?

—¿Qué pasa con el marqués?

—¿Cómo se encuentra?

—Creo que muy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque mi hermana está interesada en él y aún no tengo constancia de ninguna noticia acerca de conspiraciones en su contra.

—Está investigando sobre el asunto y tiene algunas pistas, pero aún no ha podido demostrarlo.

—Como suponía.

—Darío... —advirtió Jillian.

—Deberías empezar a pensar en la posibilidad de que estuviera en *Bedlam* porque tenía que hacerlo, Anne.

—¡Le encerraron injustamente! —protestó.

—Cariño, entiendo que quieras creer eso, pero...

—Ha encontrado un pasadizo secreto que recorre su mansión a través de las paredes —confesó.

El rostro de su hermano se llenó de sorpresa e interés.

—¿En serio? —preguntó— ¿Y había algo que le indique que está en lo cierto?

—Así es. Hay una habitación al final de uno de los corredores. En ella encontró una cama, un armario lleno de ropa de bebé y una cuna.

Darío inspiró con fuerza. Se había equivocado, lo sabía, pero aun así no iba a permitir que su hermana se casara con el marqués si no demostraba todas sus teorías. No podía permitir que Anne se expusiera al escándalo.

—Deberías hablar con Lansdowne, mi amor —dijo entonces Jillian—. Deberías mostrarle tu aprobación para cortejar a Anne.

—No me niego a su cortejo porque estuviera loco en un pasado, Jill. De hecho creo que yo también enloquecería si a ti o a la pequeña os ocurriera algo malo.

—¡Dios, Darío! ¡Deja de pensar en los chismes de la sociedad! —protestó su hermana— ¿Acaso no es suficiente para ti que Lansdowne me ame?

—No puedo permitir que seas el hazmerreír de Londres, Anne. No creo que pudieras soportarlo.

Anne miró a su hermano con los ojos como platos y rompió a reír a carcajadas. Darío la miraba sin entender nada, y Jillian se limitó a asesinar a su esposo con la mirada.

—No puede importarme menos lo que los demás piensen de mí, hermano —aclaró Anne cuando pudo por fin hablar—. Seré feliz viviendo en el campo el resto de mi vida si es junto al hombre al que amo.

—Eso dices ahora, pero ¿qué pasará cuando des un baile y no acuda nadie que no sea de la familia? ¿O cuando no recibas ni una sola invitación a eventos sociales?

—Tenía pensado vivir soltera el resto de mi vida y tampoco te pareció bien. Estás pareciéndote a mamá, que lo único que quería era retenerme a su lado.

Esa acusación le dolió, y ella lo sabía. Pudo ver el reflejo de ese dolor en los ojos de su hermano cuando la miró con reproche un momento antes de marcharse de la habitación.

—Te has pasado, Anne —le regañó su cuñada.

—Ahora me siento fatal —reconoció—. ¡Pero es que me saca de mis casillas! ¿Cómo puede ser tan obtuso?

—Cree que lo hace por tu bien.

—Y aunque le estoy diciendo que no me importa el qué dirán sigue empeñado en protegerme. Le quiero, de verdad que le quiero muchísimo, pero a veces me dan ganas de ahorcarle.

—Ve y pídele perdón, Anne. Tu acusación no tiene excusa y le has herido en lo más profundo.

Anne se levantó del suelo y fue a buscar a su hermano. Le encontró en el jardín fumándose un cigarro. Ni siquiera sabía cómo disculparse por haberle dicho algo tan ruin, pero tenía que hacerlo si quería que su relación no se deteriorase.

—Siento haberte dicho que eres como mamá —susurró—. Estaba enfadada y lo dije para hacerte daño.

—Ya lo creo que me lo has hecho —contestó él sin volverse.

—¿Por qué no podemos llevarnos como antes? ¿Por qué no puede volver a ser todo como cuando vivía con mamá?

—Porque ahora soy responsable de ti, Anne. Ahora soy tu tutor y no puedo permitirme el lujo de olvidarlo.

—¿Es que hay alguna rencilla del pasado entre Kenneth y tú? ¿Es por eso que no le soportas?

—¿De dónde te has sacado esa idea? —preguntó volviéndose por fin hacia su hermana— Yo no tengo nada en contra de Lansdowne, Anne. Al contrario, me parece un buen hombre.

—¿Entonces?

Su hermano suspiró y la instó a sentarse en un banco de piedra junto a él.

—Tú eras demasiado pequeña para acordarte, pero yo tenía quince años cuando la hija de nuestro vecino, lord Aberdale, se vio sacudida por el escándalo.

—¿Qué pasó?

—La muchacha había pasado sus tres temporadas sin encontrar a un caballero con quien casarse. Esa temporada se ofreció a acompañar a su sobrina a los bailes y un caballero la engatusó con palabras azucaradas.

—Como todos los caballeros.

—Tal vez —sonrió Darío—. Pero ella tuvo la mala fortuna de ser descubierta en los brazos del caballero. No habían hecho nada más, solo se habían besado, pero para la sociedad era como si le hubiera robado la virtud. Ella creía que él estaba enamorado de ella, pero lo único que quería de ella era su dinero, así que se dedicó a malgastarlo con su amante delante de toda la sociedad sin pensar en su esposa.

—¡Dios santo! —exclamó ella llevándose las manos a la boca.

—Las habladurías la llevaron a quitarse la vida, Anne. El caballero no tardó en buscar a otra inocente a quien seducir para hacerse con su fortuna, pero su familia vivirá con la pena y el escándalo para siempre.

—¿Y qué tiene que ver ella conmigo?

—¿Estás segura de que Lansdowne no te está utilizando? ¿Confías en él lo suficiente?

—Por supuesto. Han pasado muchas damas por *Bedlam* antes que yo, Darío.

—Pero ninguna de ellas era una solterona con una buena fortuna.

—Aunque así fuera, yo no soy tan estúpida como para quitarme la vida por culpa de un error. No me importa que chismorreen a mi consta, hermano. ¿Crees que no lo hacen ya?

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Dios, Darío, a veces me sorprendes. ¡Pobrecita lady Anne que se ha quedado para vestir santos porque su madre no ha querido sacarla de sus faldas! ¡Pobre Lady Anne que va a terminar sola y cuidando de la insoportable de su madre! ¡Qué lástima de chiquilla que no va a conocer hombre alguno!

—Vale, está bien —sonrió su hermano—. Me hago una idea.

Ella permaneció pensativa un segundo y luego agarró a su hermano del brazo.

—Si te prometo que nadie sabrá nada de nuestro compromiso hasta que Kenneth demuestre su teoría, ¿permitirás que nos veamos sin enfadarte?

—¿Qué entiendes tú por veros, Anne?

—Cruzarnos casualmente por el parque y dar un paseo, o hablar en un

baile sin temer que mi hermano me lleve a rastras de vuelta a casa. Quiero poder contarte las cosas en vez de ir haciéndolas a escondidas.

Tras un momento de duda, el conde asintió.

—Está bien —dijo—. No me opondré a que veas a Lansdowne siempre que sea en eventos públicos, nada de venir a visitarte o a tomar el té.

—Gracias, hermano. Te prometo que no te arrepentirás.

Darío vio cómo su hermana salía a correr hacia la casa, posiblemente para contarle a su hermana las nuevas noticias. Suspiró. Tal vez se estuviera equivocando, pero estaba cansado de luchar contra ella. Echaba de menos sus bromas, su complicidad y su cariño. Esperaba de corazón que el marqués lograra demostrar su teoría de conspiración, porque de lo contrario él estaría metido en un buen lío.

Anne corrió escaleras arriba hacia su habitación cuando se encontró de golpe con Kenneth, que se la quedó mirando con la boca abierta mientras giraba el picaporte de la puerta de la suya. Anne se acercó lentamente a él y, tras asegurarse de que no había nadie en el pasillo que les pudiera delatar, le empujó dentro del cuarto entrando ella detrás.

—¿Se puede saber qué haces, Anne? —susurró el marqués— ¿Acaso te has vuelto loca?

—Tenía que hablar contigo.

—¿Y no podías esperar a mañana? Como te descubran al salir de aquí nos meteremos en un buen lío.

—He estado hablando con mi hermano, Kenneth. Va a permitir que nos veamos en los eventos sociales siempre y cuando no hagamos a la gente sospechar de nuestro compromiso.

—Eso no significa que acepte el compromiso, mi amor. Solo te está dando algo de margen.

—Menos es nada —protestó ella cruzándose de brazos—. ¿Es que no te alegra no tener que andar escondiéndonos de mi hermano?

—Pero Anne —susurró él acercándose a ella lentamente— yo nunca me he escondido de tu hermano.

—En eso tienes razón.

Kenneth sonrió y aprisionó a su dama entre los brazos para besarla. Después se acercó a la chimenea y encendió el fuego.

—Vamos, acércate —pidió sentándose en un sillón—. Tienes la piel helada.



—Mi hermano y yo hemos estado hablando fuera —reconoció.

La joven se acercó al fuego y puso las manos cerca de las llamas para calentarlas. Pronto su piel adquirió un tono rosado y Kenneth no pudo evitar la tentación de tirar de su cintura, haciéndola trastabillar y caer sobre su regazo.

—Ahora estás atrapada —bromeó.

—En tus brazos no me importa estarlo.

El marqués acarició con un dedo la comisura de sus labios y lo bajó por la columna de su cuello hasta colarlo en el valle entre sus senos. Anne inspiró con fuerza sin apartar la mirada de la del marqués. Su respiración se tornó errática y entreabrió los labios en busca de aire, pero Kenneth se lo impidió volviendo a unir sus labios con los de ella.

—Sabes tan dulce... —susurró— A miel y canela.

—He comido un bollito —reconoció ella sonriendo.

—Siempre sabes a miel y a canela.

Volvió a besarla, esta vez con más insistencia. Los labios de la joven se abrieron instintivamente y la lengua del marqués abordó su boca, saboreándola, recorriéndola despacio y arrancando de su pecho gemidos entrecortados. Recorrió con el dedo el contorno cuadrado de su escote, rozando su piel erizada, y lo introdujo dentro de la tela para alcanzar uno de sus pezones y hacerlo florecer.

Anne estaba en el paraíso. Las caricias de Kenneth la estaban llevando a la locura y necesitaba volver a sentir la explosión de placer que él le había proporcionado antes. Se removió inquieta en su regazo y notó el bulto de su erección clavado en las nalgas. Kenneth bajó los labios por su cuello hasta besar los redondeados montículos de sus pechos, y ella deseó que le quitase el vestido y le hiciera el amor.

—Eres muy peligrosa, mi amor —ronroneó—. Deberías marcharte o terminaré haciéndote el amor.

—¿Y qué pasa si no quiero hacerlo?

Kenneth la miró intensamente con las llamas de la chimenea reflejadas en sus ojos azules. ¿O eran tal vez las llamas de su pasión? Acarició lentamente su mejilla y esperó, tal vez intentando adivinar algún rastro de duda en sus ojos castaños.

—¿Estás segura de que es lo que quieres, Anne? Después de esto no habrá marcha atrás.

—No he estado más segura de nada en toda mi vida.

## Capítulo 25

Kenneth miró a Anne intentando encontrar algún atisbo de duda en sus ojos, pero solo pudo ver en ellos el dulce reflejo de la pasión recién descubierta. La levantó de su regazo y se dirigió a la puerta para cerrarla con llave antes de volverse hacia ella.

—Si en algún momento quieres que pare, lo haré —susurró acercándose lentamente—. Te lo prometo.

Ella asintió. Estaba muy nerviosa, pero sabía que estaba segura en los brazos de Kenneth. Cuando estuvo apenas a dos pasos de ella, Anne le dio la espalda para que pudiera desatar el lazo de su vestido. Sintió el calor de sus dedos atravesar la seda de su camisola y un calor conocido ya por ella empezó a crecer en su interior. Con un silbido que llenó el aire de la habitación, el vestido formó un mar de seda alrededor de sus pies y el marqués le tendió la mano para ayudarla a salir de él.

—Volvamos junto al fuego —dijo—. Hace mucho frío.

Kenneth se sentó de nuevo en el sillón de orejas y ayudó a su dama a sentarse en su regazo con las piernas cruzadas sobre uno de los brazos del sillón. Empezó a acariciarle tranquilizadamente la espalda, logrando que el latido de su desbocado corazón se calmara. Rozó los labios de Anne con los suyos varias veces, sin apenas tocarlos, y formó un reguero de besos desde la comisura de los mismos a lo largo de la curva de su mandíbula hasta llegar a su oído.

Anne estaba a punto de desvanecerse. Las caricias de la boca de Kenneth eran pecaminosas y divinas al mismo tiempo. Lograban que le hormigueara la piel, desde la punta de los dedos hasta el lugar que rozaban sus labios. Se recostó lánguida contra su pecho y sintió los dientes del marqués apresar el lóbulo de su oreja, logrando que la recorriera un escalofrío. La risa de Kenneth vibró por todo su cuerpo y le arrancó un suspiro. ¿A qué esperaba para tocarla? Si seguía así iba a terminar

enloqueciendo desesperada porque lo hiciera.

El marqués la hizo sentarse en el sillón que había frente al suyo, privándola de su calor. Se deshizo de los zapatos de Anne, los dejó caer al suelo con un ruido sordo y masajeó sus pies cubiertos por las medias hasta que el calor volvió a hacer correr la sangre por ellos. Subió después sus manos por el tobillo hasta la pantorrilla y la joven gimió cuando llegó a la altura de la rodilla. Kenneth tiró muy despacio de la liga que sujetaba la media y la desenrolló hasta tener su pequeño pie desnudo colgando sobre el brazo del sillón. Tras repetir la tarea en el otro pie, se arrodilló y colocó uno de ellos sobre su erección mientras besaba uno a uno los dedos del otro antes de introducirlos en la boca y chuparlos con lascivia.

¡Anne iba a arder! Kenneth sembró un lento y tortuoso sendero de besos húmedos desde el empeine de su pie hasta su muslo. Su cálido aliento acarició su carne cuando volvió la cabeza para hacer lo mismo en su otra pierna, y el corazón de Anne latía desbocado a cada caricia. Se sujetó con fuerza a los brazos del sillón con la cabeza echada hacia atrás y no opuso resistencia cuando Kenneth abrió sus piernas para lograr colocarse entre ellas.

—Sabía que serías apasionada, mi amor —ronroneó—. Eres la mujer perfecta.

Anne le permitió que acariciara su sexo con la yema de los dedos como había hecho ya tantas veces, y gimió cuando le vio llevárselos a la boca y lamerlos con un ronroneo de satisfacción. Kenneth acercó la nariz a sus pliegues íntimos e inspiró con fuerza antes de pasar por ellos su cálida y áspera lengua. Ella intentó cerrar las piernas muerta de vergüenza, pero la cabeza del marqués le impedía hacer cualquier movimiento. Kenneth rodeó sus muslos con los brazos y empezó a acariciarla con los labios, a rozar con sus dientes el tierno capullo de placer que floreció al primer contacto, a atormentarla con lentas pasadas de su lengua.

Anne sintió el placer subir por su espalda como una serpiente lasciva. Se retorció intentando escapar de esa dulce tortura, pero Kenneth la tenía bien sujeta y no le permitía margen de acción. Sus gemidos se habrían convertido en gritos si no se hubiese mordido el labio hasta el punto de hacerse sangre, y cuando el mundo estalló a su alrededor vio estrellas brillar bajo sus párpados. Quedó sin fuerzas, repantigada en el sillón sin abrir los ojos e intentando recuperar el aliento y cuando lo hizo le vio limpiarse la boca con la manga de su camisa y una sonrisa en los labios. Tras un último y fugaz beso, Kenneth

la cogió en brazos y la llevó hasta la cama.

Anne sintió su propio sabor en los labios del marqués cuando la besó. Le pareció excitante, y cuando la dejó caer en la cama le rodeó el cuello con los brazos para acercarlo más a ella. Kenneth se tumbó a medias sobre su cuerpo y su erección se clavó en su muslo. Anne acercó tímidamente su mano al miembro viril temiendo que la rechazara, pero en vez de eso Kenneth se apartó sutilmente de ella para dejarle espacio para tocarle. Al principio pasó tímidamente los dedos sobre la tela del pantalón, sintiendo la dureza y la fuerza del marqués. Después fue más atrevida e intentó introducir la mano por la cinturilla de la prenda, pero Kenneth la apartó con cuidado para ponerse de pie.

Anne apoyó la cabeza en una mano para ver cómo se desvestía. Sus ojos bajaron por su pecho desnudo cuando se deshizo de la camisa, y sonrió al ver que estaba salpicado de finísimo vello oscuro. Kenneth sonrió mientras desabrochaba las presillas de sus pantalones y los dejaba caer a sus pies, y ella abrió los ojos como platos al ver el tamaño de su miembro, que saltó al quedar libre de la prenda.

—Quiero parar —susurró aterrada.

—No debes tener miedo. No te haré daño.

—Seguro que me lo harás. Es imposible que no me lo hagas.

—¿Confías en mí, Anne?

Ella asintió. Kenneth sonrió satisfecho y gateó hasta ella para besarla y terminar con sus miedos, reavivando su pasión. Le pasó la camisola por la cabeza dejándola completamente desnuda, y la hizo meterse bajo las mantas al ver que su piel se erizaba. Sus manos acariciaron su cintura, subieron por sus costillas y apresaron su pecho para acercarlo a su cálida boca. Chupó, lamió el pequeño capullo calentándolo, endureciéndolo y arrancando nuevamente gemidos de su garganta. Anne volvía a sentir ese ansia, esa necesidad imperiosa de estallar en mil pedazos que la volvía loca de deseo.

Kenneth se colocó encima de ella apoyándose en los brazos y la miró un segundo a los ojos en busca de un ápice de arrepentimiento, y al no encontrarlo la besó al mismo tiempo que se introducía lentamente dentro de ella. Anne era deliciosamente caliente, pecaminosamente estrecha, y cada centímetro de piel que entraba dentro de su sexo era para él una dulce agonía. Su instinto le decía que debía moverse deprisa para encontrar su liberación, pero su corazón le instaba a ser con ella tan cuidadoso como fuera posible. Cuando se topó con su virginidad, separó los labios de los suyos y la miró de

nuevo.

—Dime que no quieres que pare —susurró.

—No quiero que lo hagas.

Él sonrió. Por un instante había temido que sus miedos la hubieran hecho cambiar de opinión, pero sabía que su Anne era ardiente y apasionada y que deseaba llegar hasta el final. Con un firme movimiento, traspasó la liviana barrera y se quedó inmóvil enterrado por completo en ella. Sintió cómo se tensaba, sintió sus manos apoyarse en sus hombros y sus dedos clavarse en su carne mientras un quedo gemido escapaba de su garganta.

—¿Te he hecho daño, mi amor? —preguntó.

—Solo un poco —susurró ella.

—Pronto pasará, te lo prometo. Es normal la primera vez.

Ella asintió y cerró los ojos con un suspiro. A él se le partió el corazón al verla tan vulnerable y se dedicó a llenar de suaves besos su rostro hasta que ella le miró nuevamente.

—Ya ha pasado —dijo la muchacha titubeante.

—¿Estás segura, mi amor? Puedo esperar un poco más.

Ella asintió y Kenneth comenzó a moverse muy despacio, saliendo centímetro a centímetro de ella para comprobar si era cierto que había pasado lo peor. Al no ver ninguna reacción en su cara que no fuera de deseo empezó a moverse normalmente, sintiendo su carne apresada por sus pliegues calientes y su espalda perlarse de sudor. Estaba a punto de liberarse, el placer era tal que le costaba hasta respirar, pero no quería hacerlo sin ella, así que enterró la mano entre sus cuerpos para alcanzar su pequeño capullo y acariciarlo en círculos mientras se movía dentro y fuera de ella con frenesí. Anne gemía, se retorció bajo su cuerpo y sujetaba con fuerza la sábana entre sus dedos. Kenneth apretó la mandíbula intentando controlarse, el sexo de Anne se amoldaba a él como un guante y no se veía capaz de aguantar mucho más. Por fin, la joven se convulsionó a su alrededor con un gemido sordo y él se dejó llevar.

Los amantes quedaron laxos sobre las sábanas respirando entrecortadamente. Anne apenas podía hilar dos pensamientos seguidos. Lo que acababan de hacer había sido tan intenso que no tenía fuerzas ni para abrir los ojos. Kenneth saboreaba lo que posiblemente fuera el mejor momento de su vida. Jamás había sentido tal mezcla de amor, ternura y pasión descontrolada, ni siquiera con Evelyn. Se volvió hacia ella y comprobó que se había quedado dormida. Acarició su pelo esparcido por la

almohada y depositó un beso en su frente que la hizo ronronear y abrazarse a él. Ya no tendría que volver a pensar en lo que haría sin ella, ahora no había marcha atrás. Demostraría el complot que habían planeado para deshacerse de él y así tener la aprobación de su hermano, pero solo porque era importante para ella. Si no lograba descubrir a Robert pensaba hacer todo lo que estuviera en su mano para conseguir su aprobación, incluso contarle lo que acababa de pasar entre ellos si se veía obligado a ello.

Se levantó de la cama y se vistió antes de servirse una copa. La dejaría dormir un poco más antes de mandarla de vuelta a su habitación, lo suficiente para que los pasillos estuvieran desiertos y no corriese peligro alguno de ser descubierta. Tras la ventana, el cielo estaba completamente despejado y brillaba una enorme luna plateada. ¿Cómo lograrían dar con la sirvienta? Después de dos años no creía posible que lograsen encontrarla, debería recurrir a otras formas de descubrir la verdad.

Anne se despertó por el suave roce de los dedos de Kenneth en su espalda. Sonrió complacida y se dio la vuelta para besarle. Se sentía deliciosamente saciada, y aunque notaba un leve escozor debido a lo que acababan de hacer no se arrepentía de ello en absoluto. Kenneth le devolvió el beso con ternura, pero antes de que ella pudiera acostumbrarse al sabor de sus labios se separó de ella.

—Vamos, mi amor —susurró—, debes volver a tu habitación.

—Quiero quedarme contigo —protestó ella.

—Cuando estemos casados nos quedaremos en la cama hasta mediodía si quieres, pero ahora tienes que marcharte.

—Aguafiestas.

Anne se levantó de la cama y buscó su ropa en el suelo. Kenneth la ayudó a vestirse y cuando terminó de atarle los cordones del vestido le entregó las horquillas que habían terminado esparcidas por la habitación.

—Me temo que no puedo ayudarte con tu pelo —dijo sonriendo.

—No importa, tenía que deshacerme el peinado de todas formas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó abrazándola.

—Cansada y feliz.

—Pronto podremos casarnos y prometo hacerte feliz todas las noches, mi amor. Vamos, te acompañaré a tu habitación.

La aprisionó de nuevo en sus brazos para besarla una última vez y, tras asomarse al pasillo para asegurarse de que nadie les descubriría, tomó a la

muchacha de la mano para llevarla a su habitación.

—¿Cuál es? —susurró.

—La tercera puerta a la derecha empezando desde el fondo.

—No podías ponérmelo fácil, ¿verdad? —bromeó él.

—No he sido yo quien ha asignado las habitaciones.

Caminaron en silencio por el frío suelo de mármol. Anne tenía los pies helados, pero llevaba los zapatos en la mano para que el repiqueteo de los tacones no despertara a alguna chismosa que desatara el escándalo. La sangre se le heló en las venas cuando oyó el ruido de un picaporte al abrirse. Kenneth la pegó a la pared cubriéndola con su cuerpo, pero cualquiera podría identificar su vestido y delatarles.

—¡Maldita sea! —susurró la voz de Warwick— ¿Os habéis vuelto locos?

Anne suspiró tranquila y miró por encima del hombro a su amigo.

—La llevaba de vuelta a su habitación —explicó Kenneth.

—Eso ya lo veo, galán —protestó su amigo—. ¿Cuál es?

—La tercera puerta de la derecha.

Warwick les acompañó hasta la puerta de la habitación de Anne y bufó cuando el marqués la besó apasionadamente antes de abrir la habitación y empujarla a su interior.

—¿Dónde demonios estabas? —preguntó su hermana sobresaltándola— Estaba preocupadísima por ti.

—¡Dios santo, qué susto Eddy! —exclamó llevándose la mano al corazón— Creí que era Darío.

—¿Y qué habría pasado si hubiera decidido venir a darnos las buenas noches?

—Estaba con Kenneth hablando sobre lo que van a hacer a partir de ahora —mintió.

—¿Despeinada? —preguntó su hermana alzando una ceja.

—Me dolían las horquillas y me las quité.

—¿Y no has podido esperar para hablar con él a estar en plena luz del día?

—Sus planes son secretos, Eddy. No sabe si en la fiesta hay algún amigo de su primo.

Eddy se levantó de la cama y acercó la luz de la lámpara hacia su hermana.

—Estás arrebolada —comentó.



—Estábamos en el jardín y hacía mucho frío. ¿Quieres dejar de interrogarme?

Se alejó de su hermana para ponerse el camisón, pero su verdadera intención era evitar que Edith la tocara, porque notaría su piel caliente y no fría, como debería estar si hubiese pasado horas a la intemperie. Se metió bajo las mantas con un suspiro y cerró los ojos para conciliar el sueño, pero su hermana no pensaba dejar las cosas como estaban.

—Has intimado con él, ¿verdad?

—¿Qué? ¡Claro que no! —protestó— ¿Cómo se te ocurre pensar eso?

—¿Y a qué viene esa sonrisa bobalicona?

—Me ha besado. Varias veces. —Suspiró—. Me arrancó parte de las horquillas al sujetarme para hacerlo y decidí quitarme las que me quedaron. ¿Satisfecha?

Tras un asentimiento nada convincente, Edith se volvió a la cama, dejando que por fin ella pudiera dormirse profundamente.

En el pasillo, los dos amigos se dirigieron a la habitación de Kenneth.

—¿A dónde ibas? —preguntó el marqués a su amigo.

—No podía dormir y pensaba fumarme un cigarro en el porche. ¿En qué estabas pensando, hombre? ¿Cómo se te ocurre poner a Anne en peligro?

—Ella vino a mí, Charles. No he sido capaz de rechazarla.

—Deberías haberlo hecho. ¿Qué habría pasado si hubiese sido otro quien sale al pasillo en ese justo momento?

—Que me habría casado con ella de inmediato —sonrió.

—Sí, con un escándalo a las espaldas y la enemistad de su hermano de por vida.

—Tienes razón, debería haber sido más inteligente.

—Procura andarte con cuidado si no quieres que su hermano te la arrebatte del todo.

—Gosford ha accedido a permitir que nos relacionemos en eventos sociales hasta que descubra la verdad.

—Es un buen tipo preocupado por su hermana.

—Lo sé. He estado pensando en todo este asunto, Charles.

—¿Antes o después de tomar la virtud de tu dama?

—Déjalo ya.

—Muy bien, lo siento. ¿Has llegado a alguna conclusión?

—Encontrar a esa sirvienta es como buscar una aguja en un pajar, no

tenemos ninguna pista que nos lleve hasta ella y dudo mucho que mi primo se arriesgara a contratar a alguien del servicio o alguno de sus conocidos.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Tengo que tenderle una trampa a Robert.

—¿Cómo? Mi testimonio no será tomado en cuenta por la amistad que nos une y Robert nunca hablará de ello en público por mucho que le presionemos.

—Se me ha ocurrido una idea, pero para llevarla a cabo necesito la ayuda de alguien poderoso, como Lancaster.

—¿Crees que te ayudará?

—Me ayudó estando en *Bedlam*, ¿no? ¿Por qué no iba a hacerlo ahora?

—Y conociéndote, ya tienes en mente cómo lograr que confiese.

—Así es. Le pediré a Lancaster que hable con el juez a mi favor, y con el inspector jefe de Scotland Yard. Necesitamos que ellos sean los testigos para poder recuperar mi reputación.

—¿Y cómo piensas hacer que hablen delante de los agentes?

—Los martes mi primo pasa la tarde en el club mientras Edwina aprovecha para ir a tomar el té con unas amigas. Será el momento para que los testigos puedan entrar al pasadizo. Cuando vuelvan de sus quehaceres les citaré en el salón y les haré confesar.

—¿Y si no lo hacen?

—Les hostigaré hasta que lo hagan, y así el juez escuchará de sus propios labios la confesión.

—¿Crees que funcionará?

—Tiene que funcionar.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces seguiremos el paradero de esos malditos cheques y encontraremos a la sirvienta.

## Capítulo 26

Anne se levantó a la mañana siguiente deliciosamente dolorida. Prudence le preparó un baño y se metió en el agua caliente con un suspiro. Se sentía dolorida y notaba una leve quemazón en su sexo, pero nada que un buen baño caliente no pudiera remediar. Decidió que esa mañana se quedaría en la casa acompañando a Jillian en vez de asistir a la cacería, ya tendría tiempo de salir a caballo al día siguiente.

Su hermana asomó la cabeza en el cuarto de baño y sonrió.

—Pienso pedirle a nuestro hermano que instale una bañera como esta en casa —rió Eddy—. Me voy a malacostumbrar.

—Es una delicia, y si el agua se enfría solo tienes que abrir la llave y vuelves a tener agua caliente.

—No tardes, que yo también quiero darme un baño.

Anne suspiró e introdujo la cabeza bajo el agua para aclararse el cabello antes de salir de la bañera y vestirse apresuradamente para no morir congelada. Pasó por el lado de Edith cuando corría hacia su propio baño y se sentó frente a la chimenea de la habitación a secarse el cabello mientras se lo peinaba.

Pensó en la noche anterior y en lo que Kenneth le había hecho sentir con sus caricias. Había sido tan maravilloso hacer el amor con él... No creía poder esperar hasta su boda para volver a estar entre sus brazos... si es que su hermano terminaba consintiendo la boda. Cada vez dudaba más que el marqués pudiera demostrar el complot de sus primos, habían sido demasiado listos y habían cubierto sus huellas demasiado bien.

Dejó de pensar en ello y bajó al salón a desayunar. Vio a Kenneth al fondo de la habitación charlando con Charles, pero en vez de acercarse a él se dirigió a la mesa del desayuno. No pasaron ni dos minutos hasta que él se detuvo a su lado para servirse un plato de comida.

—Buenos días, milord —saludó ella.

—Buenos días, lady Townsend. Espero que haya descansado.

—Bastante bien, gracias. La cama de mi habitación es de lo más cómodo.

Kenneth se apoyó en la mesa del desayuno mirando distraídamente hacia la habitación.

—¿Cómo te sientes? —susurró— ¿Te encuentras dolorida?

Anne se sonrojó de inmediato e intentó esconder su rubor sirviéndose un poco de jamón en el plato.

—Un poco —reconoció.

—Deberías evitar montar hoy, mi amor. No quiero que termines más dolorida aún.

—Había pensado quedarme con Jillian y mi sobrina en la casa.

—Estupendo. Yo voy a aprovechar la cacería para hablar con Lancaster.

—¿Sobre qué?

—Voy a pedirle su ayuda para convencer a las autoridades de que colaboren en mi plan.

—¿Tienes un nuevo plan?

—La verdad es que lo pensé anoche mientras dormías. Creo que va a ser imposible dar con la sirvienta que colaboró con mis primos hace dos años, así que tengo que conseguir que confiesen sus fechorías. Pero nadie me creerá si mi testigo es Charles, ya que es mi mejor amigo y haría cualquier cosa por mí.

—¿Entonces?

—He pensado que algún representante de la ley podría esconderse en el pasadizo y verlo todo desde el cuadro del salón. En un principio había pensado en el mismo Lancaster, pero no creo que un duque quiera meterse en un pasadizo polvoriento si puede evitarlo.

—Lancaster conoce al jefe de *Scotland Yard* —dijo ella—. Es aquel hombre de allí.

Anne señaló a un hombre alto y delgado que permanecía observando la habitación desde su posición junto a la chimenea.

—¿Crees que te ayudará? —preguntó al marqués.

—Se ofreció a ayudarme a convencer a tu hermano de que nos dejara casarnos. Este es el primer paso para conseguirlo.

Edith entró en la habitación seguida de Adelaine y Hester y se acercó a ellos, que dejaron entonces la conversación.

—Buenos días, milord —dijo haciendo una reverencia—. ¿Ha dormido bien?

—Perfectamente, milady. Espero que usted también.

—Muy bien, gracias.

—Debería volver con Warwick, debemos unirnos lo antes posible a la cacería. ¿Nos acompañará, lady Edith?

—No soy partidaria de hacer daño a los animales por diversión, milord. Prefiero quedarme en la casa, hay varios juegos muy divertidos en los que participar.

—En ese caso, nos veremos a la vuelta.

Kenneth se alejó hasta donde se encontraba su amigo charlando con otros caballeros y Edith y Anne fueron hasta la mesa donde se habían sentado sus amigas.

—¿Vosotras vais a ir a cazar? —preguntó Anne tomando un bocado de su bollito de canela.

—Sí, mi padre ha insistido en ello —suspiró Adelaine—. Dice que es una oportunidad de oro para interactuar con los caballeros, a ver si alguno decide milagrosamente proponernos matrimonio.

—Nosotras vamos a quedarnos en la casa —dijo Anne—. Quiero estar descansada para el baile de esta noche.

—Yo voy a jugar al críquet —añadió Edith—, es un juego tranquilo y divertido.

—Podría convencer a Jillian para que hagamos un picnic para verte jugar —sugirió Anne—. Así la pequeña tomará un poco el sol.

—Os envidio —protestó Adelaine—. Odio la caza del zorro.

—Pues a mí me resulta interesante —contestó Hester—. Excepto por el hecho de que matan al zorro, claro.

Las cuatro amigas se echaron a reír. Hacía tiempo que Anne no se lo pasaba tan bien como en ese fin de semana, y se alegraba de que el padre de Adelaine hubiera extendido su invitación a Hester. Tras dar buena cuenta de su desayuno se acercó a la habitación de su cuñada para contarle sus planes. La encontró sentada en la cama vistiendo a la pequeña, que pataleaba mientras su madre intentaba sin éxito meter sus piececitos en las medias.

—Estate quieta, diablilla —susurró Jillian.

—Te veo bastante entretenida —bromeó Anne.

—Parece que se alegra de que vayamos a salir de la habitación. Desde que la he sacado de la cuna no deja de patalear.

—Es normal, apenas ha salido de aquí desde que hemos llegado.

—Con tantas actividades apenas he pasado tiempo con ella —se quejó

Jillian.

Anne se sentó al otro lado de la cama, junto a la cabeza de Mary Anne, y empezó a entretenerla con la cadena que llevaba al cuello. La niña centró toda su atención en la joya e intentaba cogerla.

—Se nota que es mujer —rió cuando al fin la alcanzó e intentó llevársela a la boca—. Le gustan las joyas como a la que más.

—En eso ha salido a mí —bromeó su cuñada.

—Tienes razón, es clavadita a su madre.

—¿Vas a ir a la cacería?

—No. Estoy algo cansada del ajetreo de ayer, prefiero quedarme en la mansión.

—¿Y qué tienes planeado hacer?

—He pensado que podríamos hacer un picnic junto al campo de criquet. Edith tiene pensado jugar y tal vez a la pequeña le siente bien tomar el fresco.

—Hace demasiado frío para sacarla afuera —contestó Jill—, pero puedo dejarla con la niñera y acompañarte si quieres.

—¿No te importa?

—Pues claro que no, tonta. Así me cuentas las novedades en lo referente a Lansdowne.

Anne se ruborizó al pensar en lo que habían hecho la noche pasada y su cuñada la miró de reojo con una sonrisa.

—¿Qué ha pasado entre vosotros? —preguntó.

—Nada —se apresuró a contestar Anne.

—¿Has hecho el amor con él?

—¡Jillian! ¿Cómo se te ocurre?

—¿Entonces por qué estás tan ruborizada?

—Porque me da vergüenza hablar de esas cosas.

—¿Qué cosas? ¿Un beso, tal vez?

—En realidad fueron algunos más.

—Mi inocente Anne... cuánto te queda aún por aprender —rió Jillian.

Si ella supiera... Pero Anne no podía confesarle a su amiga lo que habían hecho aquella noche. Sabía que ella nunca diría nada, pero por algún motivo necesitaba guardarse ese momento tan especial solo para sí.

Kenneth cabalgaba junto a Charles intentando pensar en la manera de abordar al duque. No podía interrumpirle en plena conversación, pero tampoco quería dejar pasar la oportunidad que se le presentaba.

—¿Se puede saber a qué esperas? —preguntó Charles.

—A que termine de hablar con ese caballero.

—Si no te acercas no dejará de hacerlo —protestó su amigo, que se quedó mirándole fijamente—. Temes que se niegue a ayudarte, ¿no es así?

—¿Y si lo hace? ¿Qué nos quedará entonces?

—Si se niega volveremos al plan principal. Encontraremos a esa sirvienta, Kenneth, las personas no pueden volatilizarse.

—Pero sí pueden morir ahogadas en el Támesis.

—¿En serio ves a tu primo capaz de asesinar a alguien, hombre? Vamos, si no lo intentas nunca lo sabrás.

Kenneth inspiró con fuerza y puso su caballo a trote para acercarse al duque.

—¿Podría hablar un minuto con usted, excelencia? —preguntó.

—Por supuesto, Lansdowne, pero antes déjame presentarte al juez sir Edgar Parker.

—Un placer, milord —contestó sin poder creer su buena suerte.

—¿Y bien, Lansdowne? ¿Qué se le ofrece? —preguntó Lancaster.

—Como sabe, tengo intención de casarme con lady Anne Townsend, pero para ello tengo que demostrar que lo que pasó hace dos años fue un complot orquestado por mi primo, Robert Dankworth, para quedarse con el título y la fortuna.

—Esa es una acusación muy seria, milord —dijo el juez.

—Lo sé, pero puedo demostrarlo con ayuda.

—¿Está seguro de eso? —preguntó el duque— Cuando le vi en *Bedlam* no parecía estar muy lúcido.

—Cuando me vio en *Bedlam* estaba tan aturdido por las palizas que era incapaz de hablar, excelencia. —Suspiró—. Me encerraron porque oía el llanto de un niño a través de las paredes de mi casa. Incluso yo creí que estaba perdiendo la razón, pero los llantos cesaron en cuanto puse un pie en el sanatorio.

—No soy médico —dijo el juez—, pero creo que la locura no se cura de un momento a otro por muy transitoria que sea.

—He descubierto en mi casa una serie de pasadizos secretos que la recorren a través de las paredes y dan a una habitación en la que encontré ropa de bebé y una cuna.

—¡Por Dios santo! —exclamó Lancaster.

—También me he percatado de que mis primos me vigilan a través de

pequeñas aberturas en la pared que coinciden con los cuadros de mi casa, e incluso a través del techo de mi habitación.

—¿Y por qué no ha acudido a las autoridades? —preguntó el juez.

—¿Me creería usted si me presentara ante el tribunal yo solo?

—Tal vez le creería, pero sin pruebas no podría declarar a su primo culpable —reconoció Parker.

—Por eso es indispensable conseguir que mi primo confiese.

—¿Y qué tiene planeado? —inquirió el duque.

—Los martes mi primo pasa toda la tarde en su club mientras su esposa toma el té con las amigas —explicó—. Sería el momento perfecto para que algún agente de la ley entrase en los pasadizos y se escondiese tras el cuadro de mi salón. Cuando Robert volviera a casa, me ocuparía de hostigarle hasta que lograra una confesión.

—¿Y si no confiesa? —preguntó el juez.

—Confesará. Mi primo es incapaz de mantener un secreto y este lleva demasiado tiempo en su cabeza. En cuanto le presione un poco confesará.

—Si está tan seguro de eso le presentaré a Charles Rowan, que casualmente ha acudido a la celebración —se ofreció Lancaster.

—Se lo agradecería, excelencia. Necesito solucionar esto de una vez por todas.

Esa noche se celebraría un baile en honor a lord y lady Cornick. Anne eligió para esa noche un vestido rosa pálido de raso y encaje acompañado de sus perlas. Eddy suspiró cuando vio el vestido y lo comparó con su vestido blanco de debutante.

—Estoy cansada de ser debutante —protestó.

—Yo estoy cansada de ser una solterona —contestó su hermana.

—Lo siento, no pretendía ofenderte.

—No lo has hecho. Solo que me gustaría estar casada con Kenneth y no tener que limitarme a bailar con él una única vez.

—¿Han descubierto algo ya sobre la misteriosa sirvienta?

—Dice que es como encontrar una aguja en un pajar, así que va a intentar que su primo confiese lo que hizo.

—¿Y lo conseguirá?

—Eso espero, o te juro que yo misma le sacaré esa confesión a golpes.

Edith rió a carcajadas al imaginar a su delicada hermana golpeando a un caballero como si fuera un delincuente. Con resignación se puso su vestido de



noche y se retocó el peinado en el espejo.

—Solo pensar en tener que bailar con Montrose me hace querer quedarme en casa.

—Deberías solucionar tus problemas con el duque de una buena vez —la reprendió Anne.

—Estoy segura de que esa mujer era su amante —protestó Edith.

—¿Les viste besarse? ¿Tocarse al menos?

—No, pero...

—Tal vez es solo una amiga que le estaba pidiendo ayuda. O una mujer de su familia.

—No lo había pensado —reconoció Edith.

—Pregúntale. Dile que si te casas con él no quieres que tenga una amante. Si acepta, no lo pienses más y sé su esposa.

—¿Por qué estás tan empeñada en que me case con él?

—Porque le quieres —espetó Anne—. Le quieres tanto que le odias al pensar que está interesado en otra.

—Eso no es cierto —protestó su hermana.

—¿Entonces por qué te ofende tanto que estuviese con una mujer a solas en un salón?

Anne se marchó dejando a su hermana con sus pensamientos. Esperaba que le hiciera caso y hablara con Montrose, porque la verdad es que estaba un poco cansada de escucharla quejarse del duque. Su hermano las esperaba al pie de la escalera junto con Jillian, que sonrió en cuanto la vio aparecer.

—Como siempre estás preciosa, mi querida cuñada —dijo enlazando su brazo al de Anne.

—Tú sí que lo estás —respondió la aludida admirando el vestido de crepé rojo y encaje que se había puesto su amiga.

Tras la copiosa cena los invitados fueron pasando al salón de baile. Anne permaneció junto a su hermano bebiendo pequeños sorbos de su copa de champán hasta que vio aparecer a Kenneth, seguido como siempre por Warwick. Vio a Lancaster acercarse a ellos con un caballero y tras cruzar unas palabras se dirigieron hacia ellos.

—Lansdowne viene hacia aquí —susurró Jillian.

—Ya lo veo —comentó su esposo—. ¿Pero por qué viene acompañado de Lancaster?

—Enseguida lo averiguaremos —contestó Anne.

—Lord Gosford, lady Gosford —comenzó a decir Lancaster—,

permítanme presentarles al juez sir Edgar Parker.

Tras las presentaciones de rigor, el duque continuó hablando.

—El juez será el encargado de demostrar el complot que el barón Dankworth ha urdido para usurpar el título y la fortuna Lansdowne.

Darío miró a Kenneth con curiosidad.

—¿Su primo ha confesado? —preguntó.

—Conseguiré que lo haga —respondió Kenneth.

—Permítame que le haga una pregunta, excelencia —dijo Darío a Lancaster— ¿Cree usted la teoría de Lansdowne?

—Por supuesto, ¿acaso usted no?

—Nunca he dicho que no le crea —respondió su hermano a la defensiva.

—Entonces, ¿por qué no permite que corteje a su hermana? Lansdowne es uno de los mejores partidos de esta temporada.

—Mis motivos no tienen nada que ver con su salud mental.

—¿Y cuáles son esos motivos, hombre? No creo que sean tan importantes como para evitar que dos personas enamoradas se casen.

—El escándalo, por ejemplo.

—¿Escándalo? Reconozco que Lansdowne ha dado mucho de qué hablar desde que salió de *Bedlam*, pero ¿escándalo?

Darío desvió la mirada y Anne permaneció astutamente en silencio. El duque estaba logrando todo lo que su insistencia y la de Kenneth no habían conseguido y rezaba en silencio para que su hermano hiciera caso al duque y les permitiera casarse.

—Lo que yo creo es que tiene miedo de perder a su hermana —añadió Lancaster sorprendiéndoles a todos—. Se ha acostumbrado a tenerla cerca y cree que si se casa con Lansdowne la perderá.

—Eso no es cierto —protestó Darío.

—Por supuesto que lo es. Lo sé porque a mí me pasó lo mismo cuando Frances se enamoró de su esposo. Pero créame, en vez de perderla a ella seguramente ganará a un incordio como me ocurrió a mí con Peter. No tiene nada que temer.

Darío permaneció en silencio unos minutos y después suspiró derrotado.

—Puede casarse con mi hermana, Lansdowne —admitió al fin—. Pero como le haga el más mínimo daño le retaré a duelo y le aseguro que soy un excelente tirador.

—No se arrepentirá, Gosford —contestó Kenneth—. Le doy mi palabra. Kenneth se volvió hacia Lancaster.

—Aun así quiero demostrar lo que le comenté hace un momento, así que le agradecería que me presentara a Rowan.

—Por supuesto, milord. Si me acompaña, lo haré de inmediato.

—Antes debo pedirle a mi prometida un baile —contestó sonriendo—. Ahora que es oficial no puedo desaprovechar la oportunidad. —Se acercó a ella y besó su mano enguantada—. Hasta el vals, querida.

## Capítulo 27

Kenneth se sorprendió al ver a Gosford entrar tras su mayordomo en la sala del desayuno el martes siguiente. Dejó el periódico a un lado y le ofreció asiento y una taza de café.

—¿Qué le trae por aquí tan temprano? —preguntó.

—Perdone mi visita a tan temprana hora, Lansdowne. Quería ofrecerle mi ayuda en el asunto que llevará a cabo en el día de hoy y no sabía si llegaría a tiempo si me presentaba aquí más tarde.

—Se lo agradezco.

—Quiero que sepa que no tenía, ni tengo, nada personal contra usted. Mi negativa a permitirle casarse con mi hermana solo tenía que ver con el hecho de que su circunstancia estaba rodeada por el escándalo.

—¿Y qué ha cambiado?

—Si posee el apoyo de alguien como Lancaster ese escándalo desaparecerá pronto, tanto si logra demostrar su teoría como si no.

—¿Por qué teme tanto el escándalo, Gosford? —preguntó Kenneth suspicaz.

—Fui testigo de la muerte de una muchacha en condiciones parecidas a las de mi hermana. El escándalo la llevó a quitarse la vida y no quería que eso le ocurriese a ella.

—Su hermana es mucho más fuerte y valiente de lo que cree. Sería capaz de cualquier cosa por las personas a las que ama y estoy seguro de que jamás se le ocurriría quitarse la vida por lo que puedan decir los demás.

—También Beatriz lo era —respondió Darío—. En cualquier caso, espero que no haya rencillas entre nosotros.

—Por supuesto que no, milord. Pronto seremos familia y le aseguro que viendo la que tengo ahora una pequeña disputa del pasado no me impedirá disfrutar de la venidera.

—Me alegro de escuchar eso. Y ahora dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Tal vez podría ser mi testigo. Sé que con el testimonio del agente de

*Scotland Yard* sería suficiente, pero nunca está de más estar bien preparado.

—Haré lo que sea.

—Mis primos se marchan sobre las tres y el agente vendrá sobre las cuatro. Normalmente Edwina vuelve a casa a la hora de cenar y Robert un poco más tarde, así que contaremos con tiempo de sobra.

—Estaré aquí a las cuatro, entonces. Y ahora debo irme.

—Gracias, Gosford —dijo Kenneth—. Por ofrecerme su ayuda, pero sobre todo por permitirme casarme con Anne.

—No puedo oponerme al amor y es evidente que usted ama a mi hermana.

—Más de lo que he amado nunca a una mujer, ni siquiera a Evelyn.

Darío asintió y le dejó solo en la sala. Volvió a coger el periódico y terminó de desayunar antes de que Charles bajara a desayunar.

—Me ha parecido oír la voz de Gosford —comentó Warwick.

—Así es, ha venido a ofrecerme su ayuda.

—Parece que Lancaster le dio que pensar en la fiesta.

—Le he pedido que venga esta tarde.

—¿Esta tarde? —preguntó Robert desde la puerta— ¿A quién?

—He pensado celebrar una timba aquí en casa —mintió—. Puedes unirte a ella, si quieres.

—No... prefiero pasar el tiempo en el club. Lo mío es el ajedrez, no las cartas —contestó sentándose—. Esta tarde pienso derrotar a lord Ashton.

Kenneth se mordió la lengua. ¿Que no le gustaban las cartas? ¡Había dilapidado parte de su fortuna con ellas!

—¿Edwina va a salir? —preguntó en cambio.

—Todos los martes va a tomar el té con su círculo de amistades y pasa la tarde ayudando en el hospicio, ya lo sabes.

—Lo olvidé —sonrió.

—De todas formas le comunicaré tus planes. No creo que le apetezca estar presente en tu pequeña fiesta privada.

Anne apenas pudo pegar ojo esa noche. No dejaba de pensar en lo que se avecinaba y temía que Dankworth fuera demasiado astuto como para dejarse atrapar. Por si eso fuera poco, no había tenido noticias de Kenneth desde el domingo, cuando se despidieron en la casa Lancaster. Entendía que estaba muy ocupado tratando de incriminar a su primo, pero a ella le hubiera gustado que la recordase aunque fuera un poco.

Con un suspiro se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Vio llegar a su hermano a caballo y se puso la bata para bajar a toda prisa las escaleras hasta el recibidor.

—¿A dónde has ido? —preguntó.

—Sube a vestirme, Anne. Vas a terminar enfermado.

—Estoy bien, Darío. ¿Dónde has estado?

—He ido a ofrecerle mi ayuda a Lansdowne.

—¿Y la ha aceptado?

—Sí, lo ha hecho.

—No he podido dormir pensando en lo que va a pasar hoy —suspiró ella dejándose caer en una silla.

—Pues deja de preocuparte, te aseguro que tu marqués lo tiene todo más que bien atado.

—Pueden surgir imprevistos.

—Habrá un agente de la ley escondido en alguna parte. ¿Qué puede salir mal?

—¡Dios santo, no lo sé! ¿Crees que estoy exagerando?

—Un poco, pero es normal dadas las circunstancias. ¿Por qué no subes a vestirme y bajas a desayunar conmigo?

—Muy bien, no tardaré.

Anne subió a vestirse y bajó al salón del desayuno, pero apenas probó bocado. Aparte de una taza de té lo único que hizo fue marear la comida en el plato.

—¿No tienes apetito? —preguntó su hermano.

—No demasiado.

—Anne, todo va a salir bien, te lo prometo.

—Tengo la sensación de que no será así. Creo que no estoy siendo demasiada buena compañía, lo siento.

—No tienes que sentirlo, entiendo tu preocupación.

—Te agradezco que hayas querido ayudar en todo esto, sé que lo haces por mí.

—Cuando todo esto termine nos ocuparemos de la boda. Creo que ya va siendo hora de que os caséis.

—Es lo que más deseo —sonrió ella.

—Siento haber sido tan cabezota con el asunto, Anne. Pensé que estaba haciendo lo mejor para ti.

—Lo importante es que ahora me apoyas, Darío.

—Debí haberte escuchado mucho antes.

—¿Y cuándo has hecho tú algo así? —bromeó su hermana— ¿Te recuerdo aquel día que te pedí que te bajaras del árbol porque podías caerte?

—¡Era solo un niño! —protestó el conde— Además, lo tenía todo controlado hasta que me distrajiste.

—La rama se estaba partiendo, Darío. No controlabas nada.

—Pero si no me hubieras distraído habría seguido subiendo.

—Y te habrías caído igualmente al bajar.

—Vale, tenías razón entonces y supongo que también la tenías ahora.

—Pues a ver si aprendes a hacerme caso. Todo te iría mucho mejor.

A las cuatro en punto se personaron en casa del marqués de Lansdowne el juez Parker y el agente Rowan para llevar a cabo su plan. Gosford hacía rato que había llegado y los tres caballeros (Lansdowne, Warwick y él mismo) esperaban en el despacho del marqués bebiendo oporto. Kenneth estaba algo nervioso, tenía la esperanza de que su plan saliera bien, pero ¿qué pasaría si no lograba que su primo confesara?

—El juez Parker y el agente Rowan, milord —anunció el mayordomo.

—Gracias, Jenkins —contestó el marqués—. Quédate también, necesitare tu ayuda.

El mayordomo asintió y miró la copa que su señor le ofrecía.

—Hoy todos necesitamos un trago —explicó Kenneth.

Tras acomodar a sus invitados, el marqués se sentó en su silla y tras un buen trago dejó su copa a un lado para empezar a hablar.

—Bien, Edwina llegará sobre las cinco y media y mi primo estará en casa a la hora de cenar —explicó—. Les he dicho que iba a celebrar una timba de póker entre amigos para que se marcharan, así que puede que regresen un poco antes.

—Les mostraré el pasadizo donde permanecerán escondidos hasta que vuelvan —explicó Warwick—. Hemos pedido al servicio que lo adecen un poco, pero me temo que aún no es demasiado confortable.

—Podrán esperar hasta el momento de la verdad en una habitación que hay al otro lado del corredor. Cuando mis primos lleguen, Jenkins les pedirá que se reúnan conmigo en el salón principal y les avisará de su llegada para que escuchen a través de la pared toda la conversación.

—Tengo a mis hombres rodeando la mansión —explicó Rowan—. Si alguno de ellos intenta huir le arrestarán.

—Perfecto —dijo Charles—. Si me acompañan, caballeros...

Charles acompañó a los tres caballeros por los pasadizos hasta la el habitáculo del salón y les mostró la pequeña puertezuela que permitía ver a través de los ojos del cuadro, y después les acompañó a la habitación de la sirvienta, que habían adecentado y convertido en un pequeño centro de operaciones.

—Solo tienen que seguir el corredor cuando Jenkins les avise —explicó Warwick—. Espero que todo salga bien.

Darío y el juez se sentaron a esperar en un par de sillones, pero Rowan salió de la habitación para investigar la zona a conciencia. Poco después volvió nada satisfecho.

—No hay ningún agujero por el que quepa el cañón de mi pistola —protestó—. Si la cosa se pone fea no tendré más remedio que disparar a través de la pared.

—Esperemos que no sea necesario —dijo el juez—. Debemos llevar el asunto con la mayor discreción posible.

—Mi prioridad es mantener al marqués con vida, milord, no llevar el asunto con discreción.

En el salón, Kenneth se paseaba de un lado a otro mientras Charles intentaba leer el periódico.

—¿Quieres parar? —protestó el conde— Vas a terminar mareándote.

Kenneth recordó otro momento en el que la situación fue parecida y rezó porque esta vez las cosas salieran de una manera diferente. Se sentó en el sofá y cruzó las piernas, pero el nerviosismo que sentía hacía que moviera la pierna con frenesí.

—Todo va a salir bien —intentó tranquilizarle su amigo.

—No las tengo todas conmigo, Charles. Pueden negarlo todo y yo quedaré como un imbécil.

—Buscaremos entonces a la criada. Esta no es nuestra última esperanza.

Kenneth se tensó al oír a Jenkins hablar con su primo en el recibidor. Se puso de pie y se dirigió a la ventana mientras Charles soltaba el periódico en la mesa que había a su lado.

—Empieza la función —susurró el conde.

Edwina y Charles entraron en el salón mirando a cada momento a Jenkins, que se marchó tras un asentimiento de su señor.

—¿Qué está pasando, Kenneth? —preguntó su prima— Jenkins no me



ha permitido siquiera subir a cambiarme.

—Tenía ganas de pasar tiempo con vosotros —dijo el marqués—, a fin de cuentas sois mi única familia y habéis velado por mi bienestar cuando ni yo mismo podía hacerlo.

—Por supuesto que lo hemos hecho, primo —contestó Robert—. La familia lo es todo.

Kenneth observó moverse los ojos del cuadro, señal de que los agentes de la ley ya estaban en sus puestos. Sonrió.

—¿Por eso me hicisteis creer que había enloquecido? —preguntó— ¿Porque la familia lo es todo?

—¿De dónde has sacado esa idea estúpida? —protestó Edwina— ¿Tu amigo ha estado metiéndote ideas raras en la cabeza?

—Creo que mi amigo es el único que se ha preocupado realmente por mí en todo este asunto —respondió Kenneth.

—¡Nosotros te cuidamos tras la muerte de Evelyn! —exclamó ella indignada.

—¿Cuidarme? —rió el marqués— ¿Ahora resulta que cuidarme consiste en permitirme beber hasta perder el sentido? ¿Cuidarme es hacerme creer que escucho el llanto de mi hijo muerto?

Se alejó de la ventana y se acercó intencionadamente a la chimenea, apoyando el brazo sobre la repisa de mármol.

—¿O tal vez asesinasteis a mi hijo para quedaros con el título?

—¡Cómo se te ocurre! —se escandalizó Edwina— ¡Tú mismo le viste!

—Entonces se os ocurrió el plan después, cuando os visteis libres de él, ¿no es cierto?

—No sé de qué demonios estás hablando —susurró Robert.

—Dime, primo. ¿Cuándo descubriste los pasadizos secretos tras las paredes? ¿Antes o después de asesinar a nuestro abuelo?

—¡Yo no le asesiné, maldita sea! ¡Yo le quería!

—¿En serio? ¿Por eso te marchaste de esta casa cuando agonizaba, porque le querías?

—No soportaba pensar que le vería morir.

—¡Pobre primo Robert! ¡El único hombre que ha velado por él murió y no le dejó ni un centavo!

—¡Debería haberlo hecho! —gritó su primo— ¡Debería haberme dejado la fortuna que no va unida al maldito título!

—¡No te la merecías, maldito egoísta! ¡Lo único que te importaba de él

era el dinero que te gastabas!

—Kenneth, querido... —susurró Edwina acercándose a él— Creo que estás alterado.

Intentó sujetarle del brazo pero él se zafó.

—Esta vez no, prima. Esta vez te aseguro que no vas a llenarme la cabeza con tus mentiras. Sé que me habéis estado vigilando a través de los túneles, sé que contratasteis a una mujer para que viviera en un cuarto dentro de los pasadizos y que utilizasteis a su hijo para hacerme creer que estaba loco. Lo sé todo.

—Es evidente que Novak te dejó en libertad demasiado pronto —protestó Edwina caminando hacia la puerta—. Estás desvariando nuevamente.

Charles se apoyó con una sonrisa en la superficie de madera para impedir que se marcharan.

—¿Os vais tan pronto? —preguntó— Y eso que aún no ha empezado la diversión...

—No vais a conseguir ir demasiado lejos, Robert —advirtió Lansdowne—. Las autoridades lo saben todo y vienen hacia aquí. Pronto tendremos a *Scotland Yard* escoltándoos a la prisión de *New Gate* por vuestros delitos.

—Tendrás que demostrarlo —contestó Edwina cruzándose de brazos.

—Verás, querida prima... sé que la sirvienta os ha estado extorsionando. Hemos hablado con ella y está dispuesta a testificar por una considerable suma de dinero, así que te aseguro que tengo pruebas suficientes para mandaros a la horca.

—Será mejor que os entreguéis por propia voluntad —dijo Warwick—. Tal vez os reduzcan la pena por colaborar.

—¡Todo fue idea de ella! —explotó Robert señalando a su esposa— ¡Ella lo planeó todo y me arrastró con ella!

—¡Cállate, maldito desgraciado! —chilló la mujer.

—¡Yo no quería hacerlo, te lo juro! —continuó diciendo Robert— ¡Pero no me dejó otra opción!

—Siempre hay otra opción, Robert —susurró el marqués.

Edwina les sorprendió a todos sacando una pequeña pistola de plata de su ridículo. Apuntó a Kenneth a la cabeza y el marqués levantó los brazos para evitar que se alterara.

—¡Todo tenía que ser mío! —exclamó la mujer— ¡Fui yo quien cuidó del viejo decrepito cuando se moría, no Robert! ¡Era yo quien permanecía

encerrada en esta maldita casa pudriéndome mientras este imbécil se divertía derrochando el dinero del viejo!

Se acercó a Kenneth y pegó el cañón de la pistola a su sien.

—¡Pero no! ¡Tenías que venir tú a quedarte con todo lo que me correspondía, estúpido! ¡Por eso aproveché la oportunidad! Estabas tan borracho que apenas eras capaz de volver a la cama por tu propio pie y pasabas las noches como un loco hablando con tu esposa muerta. ¿Por qué no ayudarte a terminar completamente loco?

La mujer empezó a dar vueltas de un lado a otro de la habitación con el dedo puesto en el gatillo. Cuando Charles intentó acercarse a ella para arrebatarse el arma corrió para volver a apuntar al marqués con ella.

—Debería haberme deshecho de ti como planeaba —susurró con los dientes apretados—. Solo tenía que pegarte un tiro y simular que había sido un suicidio. Hasta aprendí a imitar tu letra para hacerlo. ¡Pero este imbécil —gritó señalando a Robert— no me dejó hacerlo!

—Vamos, Edwina... suelta el arma —pidió su marido acercándose muy lentamente a ella—. No merece la pena morir por dinero.

—¡He dicho que te calles! —gritó la mujer— Siempre estás diciéndome lo que tengo que hacer... siempre hablándome al oído cuando no puedo verte. ¡Déjame en paz de una maldita vez!

Edwina levantó la pistola para apuntar a Robert, pero un disparo salido de la pared impactó en el centro de su frente haciéndola caer hacia atrás con una sacudida. Robert cayó de rodillas con un suspiro y permaneció allí hasta que Rowan irrumpió en la habitación.

—Acompáñeme, lord Dankworth —dijo levantándole del suelo—. Creo que va a pasar una temporada entre rejas.

Cuando iban a salir por la puerta, Robert se detuvo.

—Lo siento, Kenneth —se disculpó—. Nunca pretendí que esto terminara así.

Cuando unas horas después Kenneth acompañó a Gosford a su casa y vio la cara de preocupación de su prometida, abrió los brazos para que ella corriera a refugiarse en ellos.

—¿Estás bien? —preguntó Anne examinándole— ¿Te han hecho daño?

—Estoy bien, mi amor —susurró él enterrando la nariz en su pelo.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis logrado que confiese?

—Sí, cariño. Al fin todo ha terminado.

# Epílogo

Anne se miró por enésima vez en el espejo de cuerpo entero de su nueva habitación en *Lansdowne Hall* para admirar su precioso vestido de novia. En unas horas sería por fin Anne Dankworth y no podía pensar en ser más feliz que aquel día. Al fin todos sus sueños, los sueños de una dama, iban a convertirse en realidad.

Su cuñada terminó de atarle los lazos del corpiño del vestido y se asomó por encima de su hombro con una sonrisa.

—Es imposible estar más guapa que tú ahora —dijo.

—Estoy nerviosa —reconoció.

—Es normal que lo estés. Hoy será el principio de tu nueva vida y pensar en ello causa vértigo.

Edith entró en la habitación algo despeinada y bastante sonrojada. Se dejó caer en la cama con un suspiro y cerró los ojos respirando entrecortadamente.

—¿Eddy? —preguntó Jillian preocupada— ¿Qué te ha pasado?

—Que le he hecho caso a Anne —respondió la aludida.

—¿A mí? —se extrañó su hermana— ¿Respecto a qué?

—He hablado con Montrose sobre lo que vi en aquel baile y tenías razón, no era su amante.

—Te lo dije —contestó su hermana triunfal.

—Resulta que la dama era su hermanastra, la hija ilegítima de su padre con una sirvienta. Él pretendía presentarla en sociedad como a una prima lejana con una muy buena dote para que tuviera una buena vida.

—Al final resulta que es un buen hombre —suspiró Anne.

—Así es. Ella se había presentado en el baile de improviso aquella noche porque la dama que debía ocuparse de ella la había puesto de patitas en la calle y no tenía donde ir.

—¿Le crees? —preguntó Jillian.

—Aunque parezca increíble, sí, le creo. La ha traído esta noche con él,

creo que la boda de su futura cuñada es la ocasión perfecta para darla a conocer.

—¿Su futura cuñada? —preguntó Jillian.

—¿Le has aceptado? —añadió Anne.

—Le amo —suspiró—, teníais razón en todo. Le he pedido que espere al final de la temporada para pedirle mi mano a Darío, no creo que su pobre corazón soporte pagar dos bodas en el mismo mes —bromeó.

—Yo tampoco lo creo —rió Jillian.

Abajo, en el jardín de rosas y peonías, Kenneth esperaba pacientemente la llegada de su novia. Junto a él, Warwick sonreía al verle colocarse bien la chaqueta del traje por enésima vez.

—Tranquilo, hombre, ya falta poco —susurró su amigo.

—¿No está tardando demasiado? —preguntó el marqués.

—Es costumbre de la novia hacer esperar al novio.

—Te aseguro que ya he esperado bastante desde que salí del sanatorio.

La pequeña Rose salió de la casa portando un ramo de rosas blancas seguida de Edith y Jillian. Kenneth inspiró profundamente esperando ver aparecer a Gosford llevando del brazo a su Anne. Cuando la vio, su corazón se saltó un latido maravillado por su belleza, pero fue su sonrisa, esa que solo era para él, la que verdaderamente le dejó sin aliento.

Tras una bonita ceremonia el cura les declaró marido y mujer. Kenneth se volvió hacia su esposa, y acariciando su mejilla con el dorso de la mano, la miró con tanta ternura que los ojos de ella se llenaron de lágrimas de felicidad.

—Gracias por salvarme de mi locura, mi amor —susurró un segundo antes de besarla.

Rodeados de vítores y bajo una lluvia de pétalos de flores, los novios se dirigieron al salón para empezar su nueva vida en común. Una vida tranquila, plena... y llena de amor.

*Fin*

# Nota de la autora

El hospital psiquiátrico de mi novela es el *Bethlem Royal Hospital*, más conocido como el *Bedlam* (casa de locos) o “palacio de los lunáticos”, considerado el peor hospital psiquiátrico del mundo.

Este hospital comenzó como una institución de caridad. Fue fundado en 1247 pensado como sede del priorato para las hermanas y hermanos de la Orden de la Estrella de Bethlehem. Abrió originalmente en Bishopsgate, Londres, y su objetivo era recaudar dinero para ayudar a la Iglesia de los Cruzados. Los monjes lograron construir el edificio y donaron las monedas recogidas a los más pobres de la ciudad. Unos años más tarde se transformó en un asilo psiquiátrico y los monjes recogieron a gran cantidad de locos sin hogar de las calles de Londres.

En esa época nadie entendía demasiado de psiquiatría. Las personas que sufrían afecciones muy conocidas hoy día como depresión, esquizofrenia, epilepsia, ansiedad, problemas de aprendizaje, etc, así como personas que sufrían alguna discapacidad física, eran alojados juntos y todos recibían el mismo tratamiento. Dicho tratamiento incluía castigos diarios para los que los monjes compraron cadenas, candados y esposas, y enseñanzas de las Escrituras. La dieta de los enfermos era bastante deficiente, consistente en una combinación de vegetales y cereales.

En 1370, Eduardo III sustituyó a los monjes por personas llamadas “guardianes”, que tenían poca o ninguna experiencia en trabajar en un hospital y menos aún en tratar enfermos mentales. Las cosas ya estaban mal pero se pusieron mucho peor a partir de ese momento. Después de una inspección en 1598, el hospital fue considerado “no apto para ser habitado por seres humanos”, y “sucio y repugnantemente mantenido.” En ese momento, había veintiún pacientes que habían sido encerrados durante casi una década.

El Rey Jacobo I nombró a Helkiah Crooke como administrador del hospital durante su reinado, pero en vez de mejorar las condiciones de los

enfermos se dedicó a malversar dinero, robar a los pacientes y tomar las donaciones de caridad para sí mismo. Lo que no se guardaba para sí mismo se lo vendía a los enfermos, y los que no tenían dinero para pagar terminaban muriendo de hambre.

Carlos I ordenó una inspección de Bethlem en 1631 y se determinó que la mayoría de los pacientes probablemente iban a morir de hambre. Crooke fue despedido y el rey impuso un nuevo sistema que incluía un médico, un cirujano y un boticario.

El hospital se cerró en 1667 y reabrió en un nuevo edificio en Moorfields. Este nuevo hospital era muy grande y costoso y se conocía como el “palacio de los lunáticos”. Después de tan sólo trece años se abrió al público como atracción turística aun cuando había enfermos mentales dentro. Los pacientes todavía se trataban cruelmente en este hermoso palacio, considerados como prisioneros en lugar de personas enfermas. Estaban desatendidos, muertos de hambre y encerrados en aislamiento. A los visitantes del hospital se les permitía interactuar con los pacientes y los trataban casi como si fueran animales del zoológico. Les daban monedas para animarles a cantar canciones y bailar, y algunos se vieron obligados a cumplir con lo que querían las visitas en contra de su voluntad. Los visitantes no eran supervisados, bebían alcohol y caminaban entre los pacientes sin restricciones.

En 1795 John Haslam (en la novela Appleton) pasó a dirigir el edificio. Creía poder curar la locura y practicaba su propio tratamiento en los pacientes, que consistía en darles a los pacientes baños de agua fría y obligarles a sentarse en columpios para terapia de rotación.

En un esfuerzo por renovar Bethlem una vez más, se construyó un nuevo edificio en 1815 en St. George’s Fields. Aunque aparentaba ser un hospital bastante lujoso, la calefacción no funcionaba y las condiciones pronto empeoraron a medida que llegaban más pacientes. Tuvieron que construir varios anexos porque la demanda de habitaciones iba en aumento.

Las cosas cambiaron cuando el médico residente William Hood (en la novela George Novak) se hizo cargo del hospital en 1852. Sus técnicas terapéuticas promovían un ambiente pacífico y tranquilo. Trajo revistas y artesanías para mantener a los pacientes ocupados, e incluso se celebraban bailes mensuales donde los pacientes podían mezclarse con el personal y los visitantes, pero ya no de una manera extraña y espeluznante. Bethlem dejaba de ser, poco a poco, el peor hospital del mundo.





# Table of Contents

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)